
SACRÍLEGO
¿Puede un demonio enamorarse de un angel sin destruirlo?
Paz Iribarne

Sacrílego

Saga Prohibidos Libro 1

PAZ IRIBARNE

Derechos de autor © 2025 PAZ IRIBARNE

SAFE CREATIVE
2502210937889
Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Esta novela contiene escenas de violencia y sexo explícito, lenguaje vulgar, traumas psicológicos y otro tipo de patologías, por lo cual, es apta solo para mayores de 18 años.

Para los ángeles y demonios, porque tod@s tenemos un poco de los dos.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Advertencia
Aclaraciones de algunos conceptos y de la trama de esta novela
Sinopsis
1 Diferente
2 Sangre fresca
3 Matsudaira
4 Oyabun
5 Eres lo único que tengo
6 Soluciones
7 Miedo oculto
8 Venganza
9 Confesiones
10 Monstruos
11 Confinamiento
12 Una vida diferente
13 Conciencia
14 Creencias y realidad
15 Locura
16 Linaje
17 Asesinos
18 Yakuza
19 Lujuria
20 Brutal
21 Votos
22 Peligroso
23 ¿A qué le temes?
24 Tienes un corazón
25 Mijail
26 Lágrimas
27 ¿Estás enamorado de él?
28 Posesividad
29 Tráelo a casa
30 No te vayas
31 Señuelo
32 Rendición
33 Charles Brandon
34 Kaname
35 ¿Quién eres?
36 Seppuku

37 Hoguera
38 Gracias
39 Aparición
40 Lavanda y menta
41 Entre silencios y gemidos
Epílogo
Capítulos extras
Nocturno
Regalo de cumpleaños
Naoki Matsudaira
Agradecimientos
Acerca del autor

Advertencia

Esta novela contiene escenas de violencia y sexo explícito, lenguaje vulgar, traumas psicológicos y otro tipo de patologías, por lo cual, es apta solo para mayores de 18 años.

Aclaraciones de algunos conceptos y de la trama de esta novela

Me parece importante agregar que, en esta novela, en varias ocasiones se hablará de algunos pasajes de la biblia o hechos expresados allí, así como también principios o preceptos de la iglesia. Quiero aclarar que, en ningún momento, ha sido mi intención menospreciar la religión y mucho menos a Dios, a quien venero y en el que creo profundamente. Quiero enfatizar este punto.

A su vez, quiero también destacar que, en este libro, se utilizarán varios términos de la cultura japonesa, los cuales, se los voy a describir aquí para que no haya confusión.

Oyabun: Líder de la Yakuza.

Ane san: Esposa del líder.

Saiko Koman: Consejeros o asesores del líder

Katana: La Katana es quizás la más popular de las espadas japonesas un tipo particular de sable de filo único, curvado, tradicionalmente utilizado por los samuráis. Su tamaño más frecuente es un metro de longitud.

Sai: El sai es una arma japonesa que realmente tuvo su origen en una herramienta agrícola. Su forma básica es la de una daga sin filo, pero con una aguda punta, con dos largas protecciones laterales también puntiagudas, unidas a la empuñadura. Los Sai se construyen de variadas formas, en algunos, la punta central es redonda y lisa, mientras que, en otros, es octagonal.

Tanto: El tanto es una espada japonesa más corta en forma de daga o puñal fino con un solo filo y se llevaba escondido. Solamente se usaba en caso de emergencia.

Gaiyin: Modo despectivo en el que algunos japoneses se refieren a los extranjeros.

Sinopsis

Miko Subaru siempre les tuvo miedo a los demonios. Había visto sus rostros cuando masacraron a su madre y él debió huir de Japón a Alemania junto a su hermano mayor. Fue allí donde creció y se ordenó como sacerdote. A Miko lo atormentan los recuerdos de su pasado, los hechos cometidos por miembros de su propia sangre, por monstruos del clan Yakuza. Miko ha sido lo más parecido a un ángel, entregado a su labor de ayudar a los necesitados y descarriados. Nunca esperó caer en las garras de un ser oscuro una vez más. Nunca esperó que, lo que comenzó como un miedo atroz, se transformara en amor.

Sasha Kozlov ha jurado venganza después de sobrevivir a un atentado. Encontrar al padre Subaru ha sido una suerte que no esperaba. Lo ha tomado prisionero en su propia iglesia, pero, llegado a un punto, eso no le basta. Sasha quiere que Miko se rinda a él, que lo venere como a una divinidad. Sasha anhela apropiarse de su inocencia, algo que él perdió hace mucho tiempo, algo que, quizás, jamás tuvo. Su objetivo es claro. Debe encontrar y matar a todos aquellos que quisieron acabarlo. Es un buen plan. Un plan que está a punto de desmoronarse por la cosa más estúpida del mundo. Se está enamorando de un hombre que no solo es prohibido, sino que puede convertirse en su perdición.

Cada cien años se enamora un ángel de un demonio, uno sacrifica su paz, y el otro renuncia a su odio.

—Anónimo.

1 Diferente

Vecindario Kabukichō, Shinjuku, Tokio. Japón.
Veinte años atrás.

Lo peor que le puede pasar a un niño es descubrir que es diferente.
Cuando lo único que esperas del mundo es que no te abandonen y agradarles, el descubrir que no encajas, sin importar cuánto lo intentes, puede dejar un profundo dolor en ti. No es una herida que a simple vista puedas ver, es tan profunda, tiene tantos colores, tantos tonos de grises, pero, al mismo tiempo, se esconde de tal modo que nadie es capaz de ver la sangre emanar de ella, como si fuera un río putrefacto, la hiel que sale a borbotones e inunda cada paso de la existencia.
Tenía solo cinco años cuando descubrí que era diferente, cuando entendí que la maldad de los hombres me perseguiría mientras albergara un mínimo aliento en mi cuerpo, que, por algún motivo, hay seres que están destinados a una vida de dolor y sacrificio, sin importar cuánto intenten salir de ahí. Mamá siempre me dijo que debemos agradecer nuestra existencia, agradecer el simple hecho de respirar y abrir los ojos cada día, amar a Dios sobre todas las cosas, amar a Dios sobre el hambre y el desasosiego. En esos momentos yo la miraba, ¿ella lo habría hecho? ¿Agradecería el hambre?¿Agradecería comer todos los días el pan de la humillación y la desdicha? ¿Estaría en sus rezos aquel hombre que mató a su amado esposo y abusó de ella? Y lo que más miedo me daba, en lo único que he pensado a través de los años y en lo que todavía pienso de vez en cuando, ¿agradecería por mí, por el fruto de ese dolor? ¿Agradecería por un niño que la llevó a perder todo? ¿Daría gracias por un bebé del asesino de su gran amor? Porque eso es lo que era, podía trazar en mi mente varios caminos, sin embargo, todos confluían en el mismo lugar.
El vecindario era colorido. Me crie entre la diversidad, las flores, la tristeza, la alegría, la multitud, la indiferencia, la pobreza y también el crimen. Mariska, así se llamaba mamá, era una mujer oriunda de Vladivostok que trabajaba como costurera y haciendo otras labores para mantenernos. Conoció a su esposo en Rusia, él era comerciante, al menos, esa fue siempre la versión original. Ella no tardó en enamorarse y dejar su vida en Rusia para vivir en Japón. Siempre nos dijo que le costó adaptarse a la cultura oriental, sin embargo, era una mujer hábil e inteligente, y, con el tiempo, ya se movía sin problemas pese a desconocer el idioma.
«Cuando la fe te abandone, cuando sientas que no puedes mantenerte en pie, mira las estrellas. Mira las estrellas porque en esa grandeza, en esa inmensidad, está Dios».
Aquella frase nunca me abandonó. La escuché por primera vez cuando tenía tres años y estaba junto a mi hermano mayor.
—Los niños me dicen que soy un gaijin, mamá.
—No debes hacerles caso, cariño.
—Ellos se burlan y se ríen.
—Porque las flores, a veces, envidian a las rosas más hermosas del jardín. Eso es lo que tú eres Miko, tú y Dohko son las rosas más bellas del inmenso jardín de Dios. Déjalos que se burlen, déjalos que se rían. Nunca te detengas por ellos.

Sé que había sido difícil para ella, su familia política nunca la quiso, excepto su cuñada, es más, hizo lo posible para que su esposo la dejara, pero él la amaba, sin importar que los hijos que tuvieran fueran mestizos, o, mejor dicho, que tuvieran más rasgos europeos que orientales incluso, como fue nuestro caso.

Confié en mamá, confié en la fuerza de su corazón, en las palabras que siempre acariciaban mi pequeña alma. Jamás pensé que me haría tanta falta años después, jamás pensé que mi vida se hundiría en un abismo en donde me enterraba cada día más.

«La rosa más hermosa del jardín».

Por las noches, me sentaba en el balcón del diminuto apartamento que daba hacia una de las calles principales de Kabukichō y observaba las luces de los antros y discotecas bailables que le daban su impronta a la zona, observaba el cielo en el cual apenas podían visualizarse las estrellas por la luz artificial de las calles. No me importaba, si no podía verlas, las imaginaba, quería volar con ellas, ir a un lugar del universo en donde la opresión que siempre sentí en el pecho se desvaneciera, un sitio en donde mi madre ya no observara la foto de su esposo cada noche, se derrumbara en llanto y su fe se quebrara, un espacio en donde todo fuera luz a mi alrededor, y mi hermano, diez años mayor que yo, no me observara con una mezcla de desolación, rabia y remordimiento. Un sitio entre las estrellas en donde ser diferente no doliera, no se sintiera como un nudo intrincado y pesado en la garganta cada vez que respiraba.

Aquel doce de diciembre está en mi memoria como si fuera ayer, como si los años se diluyeran como el agua en medio del Sahara, el día en que comprendí que ser diferente no solo era doloroso, sino que podía ser mortal.

Era la madrugada, mi hora preferida, si debo ser sincero. Mamá nunca se enteró de que su hijo deambulaba por las noches sin albergar una gota de sueño en su diminuto cuerpo. Me mantenía en silencio, dejaba a mi familia descansar, dejaba a mi mamá cerrar los ojos después de horas de costura y pagos nefastos.

Me senté en el pequeño balcón, contemplé las luces estridentes y disfruté de la soledad, del silencio en aquella hora. Nunca me cansaba de mirar al cielo y escaparme de la tierra, aunque fuera un ratito, nunca me sentí como un niño de cinco años sino como un alma vieja enclaustrada en ese cuerpito tibio que anhelaba consuelo para su madre y su hermano.

Un par de automóviles se estacionaron frente a nuestro edificio y el corazón se disparó en mi pecho cuando los vi.

«Cuando ellos vengan por nosotros, lo sabrás. Escapa, Miko. Huye tan rápido como puedas y nunca mires atrás. No hay nada bueno en el pasado. No hay salida de allí».

Miles de personas caminaban por las calles cada día, cientos pasaban frente a ese lugar, pero como mi madre me dijo esa vez, lo supe. Mi corazón se encogió en mi pecho y un puñal atravesó mi estómago. El miedo me entumeció. Eran cinco hombres. No eran transeúntes, estaban aquí por un objetivo.

«Vinieron por ti cuando naciste y lo seguirán haciendo, Miko. Temen a lo que eres y por eso buscarán destruirlo. Mi pequeña rosa bella, eres más fuerte de lo que crees, nunca dudes de los planes de Dios para ti».

Había llegado el momento, en mi cabeza inocente y asustada de infante las cosas se tornaron borrosas por el miedo, pero mi cuerpo sabio reaccionó. Venían por nosotros, mamá siempre me lo advirtió, yo era una amenaza, siempre lo fui y, tarde o temprano querrían cobrarme mi existencia como si yo hubiera pedido venir a este mundo, como si yo hubiera sido el autor de ese hecho aberrante que me dio la vida.

Corrí hacia el interior de la pocilga a la que le llamaba hogar. Una pocilga que amaba, porque,

a pesar de todo, siempre estuvo llena de amor. Mis manitos sudaban y las limpié en mi camiseta blanca.
—Mamá—me apresuré a tocarla y ella abrió los ojos de inmediato, las palabras se atropellaron en mi lengua para salir—, unos hombres.
Mamá no dudó, su rostro estoico no defraudó un segundo.
—Despierta a tu hermano, hay que irnos. —Mamá dio un salto de la cama y se vistió a la velocidad de la luz.
—¿A dónde? —pregunté absorto, con mi mente inocente que aún no procesaba que estaba siendo arrancado de mi nido.
—¡Busca a tu hermano! ¡Ahora! —Mamá exclamó, retrocedí con miedo y di media vuelta para ir por mi hermano.
Dohko ya había despertado y se estaba vistiendo cuando llegué a su lado. Me dio una mirada dura, una que carcomió mi conciencia, y una vez más, sentí culpa de ser quien era.
Mamá me tocó el hombro y me giró hacia ella. Mi hermano abrió su viejo armario y sacó de allí una mochila, la cual, empezó a llenar con ropa y otros artículos. Iba de un lado a otro. Mamá, con sus enormes ojos verdes llenos de lágrimas presionó sus manos en mis hombros con fuerza.
—Vas a irte ahora con Dohko—ordenó—, y no vas a regresar hasta que yo me comunique con ustedes, ¿de acuerdo?
Negué una y otra vez, mi ceño se frunció y las lágrimas corrieron por mis ojos como en una tormenta despiadada, se deslizaron por mis mejillas redondas y rosadas, mamá las limpió.
—No quiero irme.
—Esos hombres quieren matarnos—advirtió mamá—, ellos no se detendrán hasta conseguirlo. No voy a permitirlo, mi amor. Eres lo único que me queda junto a tu hermano. Mi pequeño Miko.
—¿Por qué mamá? ¿Por qué son así?
Mamá sonrió y negó con lágrimas en sus ojos.
—Porque solo pueden albergar odio en sus corazones, amor.
Me abrazó con su alma, no solo fue un gesto físico. Su amor, su aroma a menta que me envolvía y me daba seguridad. Me arropé contra su cuerpo, jamás volví a sentir ese calor, nunca más un abrazo se sintió como aquel, como el último que le di. Mamá se puso de pie y observó a mi hermano que ya tenía las cosas, lo asió de las mejillas y le besó la frente.
—Sé fuerte—dijo y sentí que parte de su alma se desgarraba en ese instante—, váyanse ahora.
—Dohko la besó y la abrazó. El sonido de pasos en el piso de madera del pasillo nos reveló la oscuridad agazapada detrás de la puerta—. Escóndanse.
Dohko me asió de la camiseta de algodón de color blanco y me arrastró hacia el pequeño balcón. Mamá cerró la puerta de vidrio y la cubrió con las cortinas.
—Guarda silencio—dijo entre dientes mi hermano y yo lo abracé con todas mis fuerzas.
Mis pequeños brazos rodearon el cuerpo tembloroso que escuchaba, al igual que yo, los gritos desgarradores de la mujer que nos había criado, que siempre estuvo para nosotros. Dos disparos quebraron los sollozos, dos disparos rompieron mi corazón en tantos pedazos que jamás fui capaz de volver a reunirlos. Dohko cayó de rodillas y lo sostuve, lo abracé ante lo inevitable, ante la absoluta certeza de que estábamos solos, de que nadie vendría por nosotros, que los milagros a los que mamá se aferraba solo eran cuentos para niños que conservaban las esperanzas, nosotros ya no teníamos ni siquiera eso. El lugar se inundó de murmullos, de hombres que revisaban la casa y pateaban los escasos muebles que teníamos. Dohko hizo que me colocara detrás de él y se preparó para luchar. Una hormiga a los pies de un elefante, eso es

lo que era, pero no iba a resignarse.
Nada de eso fue necesario. Los hombres salieron del departamento media hora después, una media hora que me supo a eternidad en el paladar. Subieron a sus vehículos y se marcharon, dejándonos en medio de la tragedia y la angustia inenarrable. Dohko fue el primero en salir y observar si todos se habían marchado. Estiró su mano y yo fui hacia él. Me mostró dos pasajes de tren.
—Iremos a buscar a la tía Emi—explicó—, ella nos ayudará a salir de aquí. El tren a Osaka sale en una hora, debemos llegar a la estación.
Negué y miré alrededor.
—No, ¿dónde está mamá?
Dohko me sostuvo del mentón con fuerza.
—Mamá no puede acompañarnos. —Era mayor que yo, pero seguía siendo un adolescente. Su voz se quebró—. Ya no queda nada para nosotros aquí.
Me aparté y corrí hacia la habitación de ella.
—¡Mamá! ¡Mamá!
—Miko, ¡regresa! —Intentó detenerme, pero era demasiado tarde. Abrí la puerta de su habitación y la encontré allí.
No puedo decir que sentí miedo ni tampoco estupor, solo me quedé allí inseguro de dar un paso, preguntándome si la mujer que yacía en el piso de madera, al lado del enorme mural de flores de cerezo, era mi mamá, aquella que me había dado un abrazo que me acompañaría durante toda mi vida. Sus ojos verdes carecían del fulgor y el entusiasmo que siempre tuvo, sus labios tenían una coloración violácea y estaban levemente entreabiertos, sentí que me observaba a mí, pensé que, en algún momento, se levantaría, mis pies descalzos se empaparon de sangre, el líquido entre rojo y bordó, se convirtió en un espejo que ahora llenaba cada recoveco de la madera. Tardé en darme cuenta de que su camisón níveo estaba teñido de muerte, y un enorme hoyo adornaba su pecho de manera macabra. Su pómulo estaba morado, había recibido un golpe, del mismo modo sus brazos y sus manos cuyas uñas estaban rasgadas como las de un animal que puso todo de sí para defenderse.
¿Qué haríamos sin ella? ¿Quién nos cuidaría? ¿Esos hombres nos encontrarían?
—Miko—Mi hermano me jaló hacia su cuerpo y me alzó—, vámonos de aquí.
Dohko se quedó inmóvil, me enfoqué en su rostro perplejo, en el millón de connotaciones emocionales que esa imagen le dejaría. El miedo lo invadió como una enfermedad, me presionó con fuerza y salimos de la habitación.
—Perdóname—dije en un susurro y Dohko frunció el ceño—, perdóname—repetí sin entender claramente por qué debía decirle esto a mi hermano.
Los ojos de Dohko estaban hinchados de lágrimas. Negó una y otra vez, pero jamás me respondió. Con una mochila vieja y un par de bolsas salimos de nuestro hogar en esa madrugada. Las calles solitarias nos abrazaron con su frialdad. Quise mirar por última vez al edificio, pero Dohko asió mi rostro.
—No, nunca mires atrás—reprendió con dureza—. No hay nada bueno en el pasado, mamá siempre lo dijo.
Le hice caso y caminamos a paso rápido hacia la estación de tren. No estábamos a salvo, no lo estaríamos hasta que saliéramos de Japón, pronto aprendí que nunca en la vida lo estaríamos, no mientras viviera, no mientras siguiera siendo un hijo bastardo del heredero del Oyabun.

2 Sangre fresca

Fráncfort del Meno, Alemania.
Actualmente.

El humo del cigarrillo flotó en el ambiente, Sasha Kózlov le dio una pitada mientras el hombre frente a él se diluía en ahogos y lamentos. El ruso dio un suspiro y una nueva pitada llenó sus pulmones de tabaco, alquitrán y nicotina. No era una costumbre arraigada por completo. Sasha solía fumar de vez en cuando y era muy específico, pero, sobre todo, tenía que ver con su estado de ánimo. Sasha fumaba cuando su ánimo era bueno, cuando había una oportunidad para dejar fluir sus instintos.
La cabaña en el bosque estaba alejada de la civilización, era vieja y andrajosa, solo una mesa y una silla ocupaban el sitio, eso más decenas de metros de nylon protector para recubrir paredes y piso cuando fuera necesario ¿Qué más se requería para darle la bienvenida a un traidor?
—¿Qué te hizo pensar que podías delatarme?—preguntó como si el otro fuera capaz de responder mientras intentaba sujetar la sangre que caía al piso entre el polvo y la suciedad—¿No vas a contestarme? ¿Estás de malas, Talo?
La mandíbula de Talo tembló cuando Sasha lo asió e hizo que se encontrara con su mirada. La sangre fluía de su arteria aorta como un río. Sasha se humedeció los labios. Talo debería haberlo sentido como un alivio después de dos horas de tortura, pero no era así, quería vivir, sobrevivir, asesinar a ese hijo de puta delante de él que era la reencarnación del demonio. No iba a suceder, al menos no en esta vida. Talo abrió la boca, pero nada salió de ella.
—Sasha—Talo susurró y tragó saliva, su vista borrosa—, yo no quise, lo juro.
—¿No quisiste?—Sasha frunció el ceño entretanto sostenía al hombre del mentón—. Me vendiste, hijo de puta, me dejaste a merced de mis enemigos cuando ese bastardo se merecía claramente lo que le sucedió.
Talo comenzó a reír, una risa histérica fruto de la desesperación, de saber que su final estaba escrito.
—Fuiste por las personas equivocadas, Kozlov, sabías los riesgos. Darío era importante y luego lo ocurrido con Brandon ¡Tú cavaste tu propia tumba!—Talo gritó con las pocas fuerzas que le quedaban.
—Darío me traicionó, tú también lo hiciste. Confié en él ¡Confié en ti la puta madre! En cuanto a Charles Brandon, ese imbécil será mío.—Sasha juró y apretó la mandíbula—. Ese es el único destino de ese malnacido.
—¿Qué es lo que más te duele Kozlov? ¿Haber perdido frente a Brandon y Genson? ¿O haber sido traicionado por mí?
Sasha frunció los labios y le dio un nuevo puñetazo, otro y otro, presionó sus dedos sobre el tabique nasal roto y Talo gritó con todas sus fuerzas, los dedos talentosos se hundieron en la herida, la adrenalina corrió por el cuerpo de ambos hombres. Sasha presionó con ímpetu, Talo buscó huir del agarre mortal de un hombre que iba a matarlo.
—Nadie va a escucharte.—Sasha escupió con sus ojos verdes clavados al hombre moribundo—. Te haré sentir el dolor y la desesperación que sentí cuando me percaté de tu traición.

—¡Hipócrita! ¡Eres un maldito hipócrita!
—Yo no traiciono—replicó Sasha—, a mis enemigos muerte, a mis aliados, lealtad. Tu recibiste lealtad de mi parte, de hecho, te gustó recibir incluso más de mí. Me confié, bajé la guardia como un imbécil frente a un tipo que vale mierda, ¿y así me pagas? —La voz de Sasha se quebró por la rabia. No importaba cuánto golpeara y torturara a Talo Petrov, a su aliado y amante, era irreversible. Había estado a punto de morir por su culpa—¿Por qué carajo confié en ti?—preguntó en tono asqueado—. Al fin y al cabo, no sabes ni follar.
Sasha se puso de pie y asió su cuchillo con mango de plata, aquel con el dibujo de una sirena tallada que ya estaba empapado en sangre. Talo bajó la cabeza y observó el piso cubierto de su sangre. Estaba desnudo, el hielo le calaba los huesos en esa cabaña lúgubre en medio de uno de los bosques de Fráncfort. Sasha asió el trapo sucio que ya había utilizado y taponó su boca una vez más. El cuchillo rozó el hombro de Talo, Sasha profundizó el corte y el hombre gritó con tal intensidad que el sonido habría retumbado en toda Europa si su boca no estuviera apresada.
—¿De verdad vas a rendirte tan fácil?—preguntó Sasha socarrón—¿Rusia no te ha enseñado nada? ¡Si eres una puta vergüenza! ¡Por algo te gusta que te den por el culo!
Los ojos de Talo refulgieron, las ganas enormes de gritarle y decirle que era tan marica como él, que, si a él le gustaba que le dieran, a Sasha le sobraban ganas de dárselo. Era un maldito hipócrita.
El dolor fue interminable, Sasha cortó los cuatro tendones de su hombro. La sangre brotó como un río y mientras hundía su habilidoso cuchillo con saña, el líquido carmesí salpicó su rostro.
—¡Joder! ¡Qué desastre contigo! —El cuerpo laxo de Talo le mostró que se había desmayado una vez más. Sasha dio un suspiro y se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano. La sangre empapaba su ropa militar y pronto debería deshacerse de ella, así como del cadáver de su amante. Buscó una botella de agua que llevaba consigo y se la arrojó en el rostro a Talo quien se ahogó—¡Aquí de vuelta, amigo! ¡Atento que apenas comenzamos!
Talo tiró de las cuerdas que colgaban de la viga de madera central de la cabaña y que traspasaban su piel manteniéndolo de pie desde hacía varias horas. Es lo que pensó Talo, dado que había un pequeño recoveco en una ventana por donde ingresaba luz solar. No había salida de allí, por lo que el hombre buscó enfurecer a su amante para que le diera una muerte lo más rápida posible. Lucharía por ello.
Sasha le quitó el trapo sucio de la boca. Talo percibió que los espasmos controlaban un cuerpo que ya no le pertenecía.
—Van a atraparte, Kozlov.—Talo dibujó una sonrisa que apenas se vislumbró en su cara deformada por moretones y heridas—. Nadie se va del grupo como tú lo hiciste, nadie lo abandona y vive para contarlo. Mataste a Darío y te lo van a cobrar.—Sasha escuchó y presionó sobre el cuchillo—. Nadie los deshonra.
—Necesitas más que algunas balas para matarme, creo que te lo he demostrado.—Sasha se jactó y mostró las heridas que todavía estaban cubiertas con vendas—. Los muchachos van a aprender por las malas que conmigo nadie se mete.
—Tienes todos tus activos congelados—advirtió Talo con su voz entrecortada—. No podrás dar un paso sin que ellos estén tras de ti. Has matado a uno de sus hombres más importantes, quizás yo muera hoy, pero tú, no durarás mucho. Nadie va a ayudarte, Kózlov. No tienes a nadie.
Sasha se humedeció los labios y sonrió.
—Hoy estás muy parlanchín, Petrov. Creo que mi musa y yo deberemos arreglar eso.—Sasha acarició el dibujo en relieve en su cuchillo labrado. La sirena tenía un par de rubíes en sus ojos, la mueca macabra de su sonrisa. La perdición y la sensualidad de sus formas. Una artista del

engaño y la muerte—. Prepárate, puta. Esto te va a doler.
Talo escupió su rostro.
—Siento pena por ti, no eres más que escoria—dijo sabiendo que este era el final.
—Descuida, no la tengas—Sasha se burló—. Como siempre he dicho, nadie es tan inocente como para no merecer la muerte y nadie es tan débil como para no soportar un poco de dolor. Tranquilo, Petrov, estoy preparado para la muerte y para el dolor mucho más que tú.
Y dicho esto, asió a Talo del mentón y se dedicó a profanar su boca con el encanto de su musa. Las melodías de sus víctimas, el canto monocorde del lamento, Sasha amaba la locura, se extasiaba con los gritos que parecían abrir la tierra y llenar su cuerpo de una euforia que solo encontraba en la tortura, en su capacidad de dominar, en demostrarle al otro que no era nada, y que él era Dios.
Los gritos se acallaron en un término de diez minutos. La habitación cubierta con plásticos fue desmontada en un abrir y cerrar de ojos. Estaba en medio de un bosque, no podía incendiarla y atraer más miradas curiosas. El grupo Wagner buscaría su cuerpo, lo cazaría sin importar donde estuviera, pero Sasha primero les daría pelea. A él nadie lo traicionaba, de él nadie se burlaba sin recibir castigo divino. Darío Novikov había merecido su muerte, Talo Petrov también. Su hermano Mischa también debería haber caído bajo su yugo, pero tuvo suerte. Debía averiguar quiénes más eran los autores del atentado que casi acabó con su vida y mandarlos al otro mundo, pero antes de eso, debía encontrar la forma de sobrevivir sin recursos.
Talo había sido claro. Cualquier movimiento electrónico sería captado por sus enemigos, los cuales no le tendrían piedad. No es que Sasha la pidiera ni mucho menos, pero al menos, quería una lucha en igualdad de condiciones, y no la tendría hasta conseguir provisiones. Introdujo el cuerpo de Talo en una bolsa negra y lo sacó de la cabaña junto a todos los instrumentos utilizados y a las bolsas empapadas de sangre. Abandonó el lugar entrada la madrugada. Enterró el cuerpo en lo profundo del bosque. Subió a su camioneta y abandonó las copas frondosas que ahora comenzaban a teñirse de blanco llegadas las primera nevadas. Se detuvo a unos diez kilómetros y quemó las bolsas junto con su ropa sucia en un contenedor de basura, luego de eso, abandonó la camioneta a cinco kilómetros de allí y la prendió fuego. Encendió un nuevo cigarrillo y sus ojos se enfocaron en las llamas altas y el humo negro que subía al cielo como una estela. Una parte de Sasha Kozlov murió junto a Talo en ese momento, lo que quedaba de él, era aún más oscuro.

3 Matsudaira

Corporación Matsudaira.
Ciudad de Ginza, Tokio. Japón.

Ginza era uno de los distritos más impresionantes de Tokio. La moda, el glamour, el estilo y la fastuosidad convergían en un sitio en donde era común ver japoneses y extranjeros millonarios interactuar.
La corporación Matsudaira era una de las más poderosas del país. Vinculados a la tecnología, eran muchos los negocios que se nucleaban alrededor, sin embargo, era un secreto a voces que los miembros de la familia pertenecían a los Yakuza.
El *Oyabun* había tenido dos hijos.
Jun y Kaname. Jun, quien iba a heredar el puesto cuando su padre muriera, había sido asesinado durante un ajuste de cuentas.
Un negocio en el cual Jun no debería haber intervenido. Era un deudor menor, un tipo insignificante, pero no fue eso lo que había llamado su atención. Kaname supo que Jun no era el hombre impertérrito del cual pregonaba su padre, sino más bien un simple esclavo de sus bajas pasiones. Jun había caído preso de lujuria por la esposa de Haruki Subaru. Una rusa que se dedicaba a la costura y que llevaba junto al hombre casi dos décadas juntos.
Kaname se había reído. El Jun serio y lleno de sabiduría se había desvanecido en el momento en que supo de la existencia de la bella mujer. Debía poseerla como fuera. Fue así como terminó él mismo presionando a Haruki para que le devolviera dinero de un préstamo, y, al no encontrar repuesta del otro lado, decidió hacerle una visita en donde no solo golpeó a Haruki, sino que abusó de su esposa frente al hombre esposado y amordazado que lo único que pudo hacer fue llorar y gritar ante la escena.
El asco le revolvió el estómago a Kaname. Él jamás habría participado de algo tan vil. Jun era peor que él, pero ante los ojos de su padre eso jamás cambió. El día que su hermano abusó de Mariska Subaru selló su sentencia. En un descuido, Haruki se soltó de las cuerdas, obtuvo un cuchillo de mesa e hirió a Jun en el corazón. Un golpe letal. Haruki fue testigo de cómo la vida abandonaba al bastardo abusador de su esposa mientras el resto de los lacayos caían sobre él y lo golpeaban hasta morir. Mariska se desmayó ante la locura, ante la monstruosidad del ser humano, y, por algún motivo, los hombres no la remataron. Kaname nunca entendió el motivo, pero, a través de los años, entendió que los Matsudaira en su soberbia jamás pensaron que una simple costurera *gaijin* tuviera más peso o fuese escuchada.
Veinte años habían pasado desde esa fatídica noche en la que los Matsudaira perdieron a su heredero, no obstante, tiempo después, llegó a oídos del *Oyabun* que Mariska dio a luz a un mestizo. Un pobre niño que llevaba el peso del dolor y la muerte sobre sus hombros.
El *Oyabun* jamás se repuso de la pérdida de Jun. No importaba el esfuerzo y la disciplina que Kaname pusiera en sus actividades, nunca sería digno a los ojos de su padre. La mirada de altivez nunca cambió.

—¿Cómo está el *Oyabun*?
Kaname fue extraído de sus pensamientos cuando la voz de uno de sus *saiko koman* resonó en la sala de reuniones de la compañía. El hombre observó al viejo delante de él. Desafiante y soberbio como era su costumbre. Kaname estaba en la mesa de la gran sala de reuniones que ahora se encontraba vacía.
—Está bien, Niwa—replicó sin mayores explicaciones—. Muy pronto dimitirá en sus funciones. Las obligaciones son cada vez mayores y él no tiene fuerzas para llevarlas adelante. Tiene ochenta años.
—¿De verdad lo cree?—indagó Niwa con curiosidad—. Veo un hombre enfermo, pero a la vez fuerte, mientras que en usted…
—¿Qué?—preguntó a la defensiva. Niwa no escatimó en sus críticas. Podía ser el hijo del *Oyabun*, pero Kaname nunca fue importante.
—Veo un hombre joven, pero débil. La fortaleza no viene de la edad ni de la experiencia, sino del espíritu y usted siempre se mantuvo en la sombra por una razón.
«No eres digno».
Kaname lo había escuchado tantas veces, lo había vivido y sentido. La voz de su padre que se deshacía en elogios a favor de su primogénito mientras que él, el simple, tosco y maleducado hijo menor. La oveja negra de la familia.
Kaname sonrió y dio un suspiro. Bebió del sake que descansaba en su taza y luego se afirmó en el mullido sillón de cuero.
—Les gustaría verme derrotado—afirmó con odio—. Les encantaría que el *Oyabun* designara a uno de ustedes como sucesor.
Niwa negó, de pie frente a él y con las manos juntas en la parte delantera.
—El sucesor natural fue su hermano Jun, cuando él murió, su padre fue consciente de que la corporación Matsudaira sufriría.
—Jun era un maldito criminal violador.—Kaname escupió con odio—. Si no se hubiera muerto, nosotros mismos deberíamos haberlo asesinado. Se lo dije a mi padre una y otra vez, pero lo ignoró, al contrario, la muerte, irónicamente, lo convirtió en un ser inmortal.
—Era el hijo primogénito de su padre—Niwa le recordó—, y tiene herederos.
—No los tiene.—Kaname controló su voz. Frente a él tenía a uno de los *saiko koman* preferidos de su padre. Debía moderarse.
Niwa dio pasos hacia la mesa opulenta y acarició la madera.
—Usted no puede engendrar.—El corazón le golpeó en el pecho a Kaname. Ser infértil lo hizo aún más inútil para su familia ¿Por qué carajo debía sucederle algo así?—. Miko Subaru está vivo—confesó Niwa y contuvo una sonrisa maliciosa—. Su padre pretende dejarle su imperio a él a su muerte. Es el hijo de Jun.
Kaname arqueó una ceja, incapaz de seguir escuchando a ese viejo que amaba la discordia.
—¿A un mestizo? ¿Es así como terminará la sangre Matsudaira? ¿El trabajo y el sacrificio de todos nuestros ancestros? ¿Quedará en manos de un hombre que de seguro nos odia a todos? Jun violó a su madre ¿Cómo piensas que aceptará de buen grado sus absurdas suposiciones? El resto de los *saiko koman* no van a permitir a alguien que no sea de sangre pura. Todos sabemos lo reacios que son a los *gaijin*.
Niwa asintió con delicadeza. Había plantado la semilla de la duda en la mente de Kaname. Siempre fue un hombre frágil.
—La muerte de la *Ane san* trajo desdicha profunda a su padre, luego la muerte de Jun. El *Oyabun* cree que el linaje está maldito, que es hora de florecer, que la corporación Matsudaira

está lista para una nueva primavera.
Kaname entrecerró los ojos.
—Eso es lo que tú estás persiguiendo, ¿verdad? Es lo que esperas que suceda.
—Sus palabras, no las mías—señaló Niwa con la tranquilidad que lo caracterizaba—. El *Oyabun* hará el anuncio pronto. Está seguro de que su muerte se acerca y necesita un heredero. El joven Miko es el elegido.
—Ni siquiera saben dónde está.—Kaname les recordó—. Huyó, ¿recuerdan? ¿Qué les hace pensar que ahora vendrá? ¡Mi padre intentó asesinarlo incluso!
—Los tiempos cambian—esbozó Niwa—, nuestros enemigos pueden tornarse amigos, la venganza puede convertirse en perdón y reconciliación.
Kaname dio un suspiro, su mano se hizo un puño en el apoyabrazos derecho. No sabía qué pensar.
—Mi padre debería haber hablado conmigo antes que con ustedes. Soy su hijo, le guste o no.
—Lo hará—explicó Niwa—, solo espera el momento adecuado, cuando su endeble estado de salud se lo permita.
Kaname asintió con su rostro inmutable. Bien, si estos viejos decrépitos creían que se iba a apartar como si no valiera nada, estaban muy equivocados. Niwa abandonó la sala de conferencias y el hombre se puso de pie, caminó hacia el enorme retrato familiar que ocupaba el centro del recinto. Observó a su padre, al *Oyabun* y su mandíbula se tensó. No habría un mestizo al mando del clan, no mientras él viviera.

4 Oyabun

Barrio residencial Den en Chofu, Tokio. Japón.

Los mestizos rozaban lo prohibido en la *Yakuza*. Formar parte era también una cuestión de pureza de sangre ¿Cuánto odio podía albergar el *Oyabun* para preferir a un mestizo sobre su hijo?

El mismo había tratado de asesinar al pobre niño, el *Oyabun* tenía las manos teñidas de la sangre de Mariska Subaru. Era una locura, pero, aun así, Kaname no iba a permitir que los delirios de un viejo moribundo llegaran a buen puerto. Acabaría con el problema de una vez por todas.

Tocó su frente y contuvo una sonrisa mientras el chofer lo llevaba hasta el hogar familiar.

El maldito Jun seguía torturándolo desde el más allá. Había plantado la semilla para seguir infligiendo dolor incluso cuando ya no estaba. Ese bastardo no se quedaría con su lugar, con el que venía detentando desde hacía varios meses dado los problemas de salud de su padre que se agravaba cada día más. Niwa estaba loco, su padre no era más fuerte que él ¡Estaba muriendo! Kaname solo adelantaría su partida si era necesario.

Llegó a la mansión, descendió del vehículo y le pidió a su chofer que lo esperara. La charla no duraría mucho. Arregló el sobretodo negro que llevaba encima de un traje de tres piezas color gris humo. El frío se había instalado en Tokio desde hacía varias semanas y se esperaban temperaturas bajo cero muy pronto.

«Una nueva primavera».

Kaname dio un suspiro y sacudió la cabeza, dejó a un lado la voz de Niwa que solo buscaba enfurecerlo. Debía ser metódico. Primero, era su deber hablar con su padre y salvar diferencias, en caso de que eso fuera posible.

Ingresó a la mansión en donde fue recibido por dos empleados que lo llevaron hacia el dormitorio de su padre que había sido equipado como una gran sala de internación. Kaname tragó saliva, el miedo lo invadió, siempre lo hacía, era como retroceder a su infancia, a veces, le costaba incluso mirar a su padre a los ojos.

«Oyabun».

Como líder del clan, su padre siempre fue más jefe que padre, más director que hombre de sentimientos y cariño hacia sus hijos, sobre todo para él. Kaname dio pasos hacia la cama. La habitación tenía una suave luz cálida y las cortinas de color púrpura estaban cerradas, la recámara envuelta en un suave tono amarillo pastel había sido desmantelada en cuanto a muebles y equipada con todo lo necesario para el paciente. Kaname observó a su padre, al hombre que tenía los ojos cerrados y respiraba despacio. Las cánulas rodeaban sus brazos, incluso tenía oxígeno. Su respiración era suave, casi como un susurro, sus pulmones llenos de pus como consecuencia de la neumonía que lo había afectado luego de que le declararan el cáncer de tiroides seis meses atrás.

Ninguno de los tratamientos surtió efecto, como si el *Oyabun* buscara su muerte a toda costa. Kaname, en un primer momento, sintió pena por él, ahora, después de todo lo que sabía gracias a

Niwa, su corazón había muerto.
—Padre—Kaname habló con una voz muy suave—, ¿cómo está?
El hombre abrió los ojos y su pecho se infló, un leve sonido escapaba cada vez que respiraba, algo así como un silbido.
—Kaname—el hombre se humedeció los labios—, sírveme agua.
El hombre observó a la mesa ubicada a un costado y llenó una de las copas. La acercó a su padre quien bebió apenas un sorbo.
—Despacio—dijo ante la urgencia del viejo, y su incapacidad de beber todo de un solo tirón. Bebió dos sorbos más y descansó su cabeza sobre la almohada. Había sido un esfuerzo enorme para él.
—¿Cómo están yendo las cosas, hijo?
—¿Niwa no le ha contado acaso?—preguntó y de inmediato se percató de que su voz salió dolida.
—Quiero escucharlo de ti—balbuceó—. Habla conmigo, Kaname.
—Los acuerdos comerciales con los alemanes están en su última etapa—explicó—, vamos a cerrarlo la semana que viene. Ellos vendrán. Las ventas han tenido un incremento del diez por ciento este mes. Los financiamientos siguen y ha bajado el nivel de endeudamiento.
El hombre sonrió.
—Quisiera que Jun estuviera aquí y fuera testigo de esto.
La mandíbula de Kaname se tensó.
—Podría haberlo hecho—replicó—, si la palabra control hubiera formado parte de su vocabulario y su estilo de vida.
La sonrisa del *Oyabun* se desvaneció.
—Es mi hijo de quien estás hablando.
—Yo también lo soy, por si no lo recuerda—argumentó Kaname—. Jun también es mi hermano, pero lo que le ocurrió fue su error. Usted más que nadie lo sabe, de hecho, intentó matar ese error varias veces a lo largo de estas dos décadas.
La respiración del hombre se tornó más profunda.
—¿A qué has venido Kaname?
—Sabe muy bien a qué he venido—señaló—, la víbora que envió a la compañía esta tarde se aseguró de que estuviera esta noche aquí.
Los labios del *Oyabun* temblaron, las fosas nasales aletearon.
—Me debes respeto como tú padre y líder de este clan.
—Me debe respeto como su hijo y futuro *Oyabun*—recalcó Kaname que ya estaba harto de bajar la cabeza y buscar complacer a un hombre, al cual no le interesaba.
El silencio adormeció la habitación, la hundió en un letargo en donde el tiempo se detuvo. Kaname mantenía sus puños, a la espera de la respuesta de su padre.
—Nunca serás el *Oyabun*.
Kaname sonrió. Era duro imaginarlo, pero que su propio padre no confiara en él y le dijera las palabras a él, dolía más que cualquier bofetada. Quizás, Niwa tenía razón, Kaname era débil.
—Soy su único hijo.—Kaname presionó—. Ya he asumido su función incluso.
El hombre lo observó fijamente, sus ojos negros penetrantes buscaron amedrentar a un hijo que había decidido levantarse y luchar.
—Es hora de un cambio, lo he pensado en detalle a los largo de los últimos años, he recibido los consejos de los hombres más sabios de este clan y solo me han confirmado lo que supe hace mucho tiempo. Tú no eres digno de ser el *Oyabun*.

—No, supongo que ser violador debe ser una cualidad que no se me da bien.
—Tú—Kaname rio ante la expresión y el intento inútil de su padre de reprenderlo—, fuera de mi vista.
—Dígame, padre.—Kaname lo desafió, ¿qué más daba?—¿Qué aptitudes tenía Jun que yo no tuviera?
—No pienso discutir eso contigo.
—Por años intenté ser el mejor hijo para usted—esbozó Kaname—. El mejor en la escuela, me gradué con honores, lo seguí fiel como un perro, maté por usted, di hasta lo que no tengo por el clan, ¿por qué este desdén, padre?
—Soy tu *Oyabun*—replicó el hombre—, muchas veces has esperado de mi beneplácito o de mi opinión para seguir tu vida. Te has referido de manera correcta a tu personalidad. Eres un perro que hace lo que le digo, pero no tiene el don del liderazgo en su piel. Eres leal, pero careces de la fuerza para tomar decisiones que cambien el rumbo.
—Eso no es verdad.—Kaname intentó defenderse.
—¿No?—La voz se entrecortó, se estaba esforzando demasiado—¿Acaso los acuerdos que has logrado no fueron supervisados por mí o por Niwa? Nunca en tu vida has mostrado valía, estudiaste lo que yo te dije, te casaste con quien yo te ordené, siempre a la espera de una caricia a tu ego. Eres débil, Kaname, emocional y espiritualmente. No has pasado por ninguna prueba en la vida, siempre has tenido una vida fácil. Dime, ¿cómo podría dejar a mi gente bajo el mando de alguien como tú?
Kaname pestañeó sin quitar la vista de su padre. Se percató de que él era mucho más parecido a nivel físico al *Oyabun* que el propio Jun. Las lágrimas resbalaron por su rostro anguloso sin barba. Eran las últimas que derramaría por él. Se humedeció los labios y dio un suspiro. Su padre se mantuvo en silencio a la espera de que su hijo se echara de rodillas al lado de su cama y le suplicara perdón como el buen perro que era, siempre fiel, siempre cerca de su amo.
Kaname se dirigió a la puerta en ese instante, asió la manija, pero en vez de salir, colocó el seguro. Nadie entraría hasta que él lo permitiera, luego dio media vuelta y se enfocó en su padre, en ese hombre que lo había destruido de mil formas.
—Tiene razón, padre.—Kaname se acercó a la cama, el hombre comenzó a observar a los costados, su vista fue hacia el botón con el cual llamaba a la enfermera. Cuando buscó estirar la mano para tocarlo, su hijo se lo retiró antes de que lo hiciera—¿Sabe? Creo que, a veces, la gente subestima a los perros.—El rostro de Kaname era pensativo—. Podemos golpear, humillar y mancillar a un pobre animal tanto como queramos, no obstante, hay una mínima cantidad de casos en los que ellos responden y se defienden ante el dolor. Casos en los que han terminado destruyendo con sus propios dientes y devorando a sus dueños maltratadores.
—Hijo.—Los ojos negros que siempre mostraron soberbia ahora revelaban algo más, una emoción genuina, pero conocida para Kaname.
El hombre dio un suspiro y negó, luego asió una de las almohadas que estaba al costado de la cama y la sostuvo entre sus manos. Tocó la suavidad, la simpleza del algodón.
—Debió haber tratado mejor a su perro, padre. Si lo hubiera hecho, no habría muerto de esta forma.
Los ojos de *Oyabun* se abrieron, abrió la boca e intentó gritar, pero Kaname fue rápido. Le quitó las cánulas que transportaban oxígeno de su nariz y estrelló la almohada en su rostro sin dudarlo y la presionó con furia. Los débiles forcejeos de su padre fueron en vano. No se detuvo, no permitió que la conciencia lo embargara, Kaname lloró y rechinó los dientes mientras su padre perdía la vida en sus manos. Siempre lo había respetado y estuvo para él, ¿de qué había valido?

Hundió la almohada en el rostro de su padre hasta que las fuerzas lo abandonaron, luego, al percatarse del cuerpo inerte debajo de él, retiró el trozo de tela. Su padre tenía los ojos abiertos, su vista perdida en un punto del techo. Kaname le cerró los ojos, colocó las cánulas de oxígeno una vez más y dejó la almohada donde la encontró en un primer instante. Se limpió las lágrimas y se observó en el espejo ubicado en el extremo opuesto de la habitación. Lucía igual a como había llegado, no como un parricida.

Eso era todo, se acomodó el saco y el nudo de la corbata. Dio pasos fuera de la habitación y le comentó a la enfermera que su padre se había dormido. Ella le sonrió y asintió. Kaname salió de la mansión de la cual muy pronto sería único dueño, subió al vehículo que lo estaba esperando y se marchó a su hogar. Esa noche no dormiría, su reinado recién comenzaba y muy pronto la noticia se esparciría como pólvora.

«Eres un perro, el cual, hace lo que le digo, pero no tiene el don del liderazgo en su piel. Eres leal, pero careces de la fuerza para tomar decisiones que cambien el rumbo».

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro de Kaname, su padre no tenía idea del monstruo que había desatado.

Una vez que llegó a su penthouse, Kaname se sirvió una copa de vino y esperó la llegada de las noticias. Su esposa dormía, el hombre se sentó en el sofá de la enorme sala y observó la imagen de su familia, el mismo retrato que su padre poseía en la compañía. Sus ojos fueron a Jun y levantó la copa hacia él.

«Voy por tu bastardo, hermano. Esta vez no se escapará».

5 Eres lo único que tengo

Zona rural cerca de Múnich, Alemania.
Tres meses después.

—¡Mira tío! ¡Un pez!
El pequeño de cuatro años señaló hacia el cielo, a algunas nubes que tenían formas graciosas. Miko estaba sentado debajo de uno de los enormes árboles del jardín de la casa de campo donde vivía su hermano Dohko junto a su esposa y a sus dos mellizos. Había aprovechado el fin de semana para visitarlos. El trabajo como sacerdote en una pequeña iglesia en Fráncfort del Meno no paraba. Si bien la mayor parte de los alemanes eran protestantes, había una minoría de la población que iba a su iglesia, sobre todo inmigrantes, muchos de ellos con problemas económicos e incluso adicciones. A Miko no le gustaba ausentarse del lugar. Su amiga Anastasia, quien le ayudaba en la administración y en la coordinación de algunos grupos, le había dicho que un descanso era necesario, que las personas estarían allí esperándolo cuando regresara, que no irían a ningún lado. Miko tenía grandes problemas para relajarse. Su entusiasmo sumado a su hiperactividad hacía que la palabra tranquilidad fuera lejana y desconocida. Le gustaba la vida en Alemania, había llegado allí cuando tenía solo cinco años gracias a su tía. Dohko y él fueron criados por un matrimonio de personas mayores sin hijos que les dieron todo el afecto que pudieron. Miko no podía quejarse, sus papás adoptivos fueron maravillosos, sin embargo, los ecos del pasado siempre estuvieron allí, incluso cuando la voz de su mamá le seguía diciendo que el pasado no tenía nada bueno para él.
Hanna, la esposa de Dohko había sido su amiga desde pequeña. Se habían criado juntos prácticamente. Fue extraño darse cuenta que, de un momento a otro, los ojos de la chica ya no estaban en él, sino en su hermano mayor. Miko sonrió al recordar cómo había llorado al principio. Un llanto en silencio durante las noches para que nadie lo descubriera. Hanna estaba enamorada de Dohko, y él, como un gran tonto, se quedó con el corazón destruido. El dolor fue mermando con el paso de los meses, la vida le fue mostrando que, tal vez, él no estaba hecho para el amor de pareja, sino para algo más sublime, algo más cercano a los ángeles, al servicio de las personas que se sentían solas y desamparadas, como él se sintió tiempo atrás.
Tenía diez años cuando ingresó a la iglesia y se sentó en uno de los bancos muy cerca de la imagen de Cristo crucificado, lo miró, lo observó y sintió que los ojos de él también estaban en los suyos. Fue una sensación mágica, fue encontrarse con él mismo y con un mundo más allá de lo físico. Miko descubrió que Dios no solo acariciaba su cuerpo sino su alma, le dio cobijo y lo hizo sentir único.
«La rosa más bella del jardín».
Los ojos verdes de Miko sonrieron y se encontró con su imagen de niño, se encontró con su madre y sus palabras, se encontró con el consuelo de la divinidad que le mostró que nunca había estado solo, y que incluso en la oscuridad más absoluta, él le había dado su luz. Nunca creyó en las historias de santos que de repente descubrían a Dios y se retiraban del mundo para servirle, sin embargo, allí estaba él, llorando y riendo frente a un Cristo bañado en sangre que lo limpiaba

de la miseria y la angustia y que le decía que no se preocupara, que su camino no era con Hanna, pero sí con los hermanos de la vida, con esos que llegarían buscando refugio y alivio en su iglesia.
Miko se entregó a Dios y le entregó todo lo que era en aquel momento. Su dolor, sus rencores, sus miedos, su odio e ira perpetua hacia los asesinos de su madre, sus alegrías, sus amores terrenales, y todo lo que vendría quedó en las manos de la divinidad. Miko muy pronto se encontró prestando servicio en la iglesia, estudiando y luego asumiendo el sacerdocio con amor y fe. Nunca se detuvo, nunca dudó de que ese era el camino correcto, de que el niño que vivía en Tokio con su madre y su hermano todavía estaba en él, pero ya no temía porque Dios lo cuidaría siempre. Miko descubrió su verdadera fortaleza, esa que no viene de la mente ni del cuerpo, sino del corazón.
Ahora estaba allí, en medio de verdes pastizales y árboles frondosos. La primavera con su luz inundaba todo los espacios, las flores rosadas y blancas que rodeaban la casa estaban llenas de mariposas y colibríes, el aroma a hierba verde luego de la lluvia colmaba sus fosas nasales mientras se encontraba bajo la enorme copa del árbol en medio de su jardín, entretanto sus sobrinos corrían de un lado a otro y encontraban formas en las nubes del cielo.
«Paz».
Ese era el sentimiento que colmaba su vida. Encontrar felicidad después de la miseria era una sensación inenarrable, ver a su hermano desbordar de alegría junto a su familia era sublime.
—¡Allí hay un dinosaurio!—exclamó Nuri esta vez y Miko se levantó para llegar hasta donde estaban los niños. Se cubrió la frente para que el sol no lo encandilara.
—No, eso es una montaña—replicó y Nuri frunció los labios.
—¡Mira bien!—La pequeña le marcó el lugar—¿No lo ves? ¡Tiene cola y todo!
Miko comenzó a reír, la verdad es que para él solo era una nube gorda y blanca. Se encogió de hombros y levantó a su sobrina, la cual gritó mientras daba vueltas con ella.
—¡Yo también quiero!—Johan daba saltitos al lado de Miko y este rio. Dejó a Nuri en el piso y alzó a Johan quien cerró los ojos y gritó.
—¿Por qué cierras los ojos?
—Porque me dan miedo las alturas.
—Entonces te bajo.
—¡No! ¡Me gusta!
Miko se carcajeó y dio vueltas con su sobrino mientras Nuri saltaba a su lado. El sol tibio de primavera calentaba sus cuerpos. Miko hizo una medialuna y sus sobrinos lo siguieron. Johan se dobló su bracito y cayó al suelo.
—¿Estás bien?—preguntó asustado Miko y el niño frunció los labios para no llorar—. Vamos, no llores, ya pasó.
Miko le acarició el brazo mientras Nuri era espectadora. Johan, como sucede con los niños, se repuso de inmediato y continuó jugando.
—¡Chicos! ¡Hay chocolate caliente!
Los dos niños se miraron y corrieron alegres hacia la casa. Miko levantó el libro que había quedado en el piso y fue tras ellos. El aroma en el comedor era delicioso, Hanna cocinaba como los dioses, bueno, era una blasfemia, pero Miko pensó que Dios nunca había probado el chocolate y el strudel de manzana de su cuñada, de lo contrario, pensaría lo mismo.
—Dohko vendrá en cualquier momento. Ha ido por provisiones—dijo Hanna y Miko le sonrió.
—La vida aquí los mantiene ocupados todo el tiempo.
—Ni lo digas.—Hanna puso los ojos en blanco—. Entre los animales, las hortalizas, los frutales

y los niños, nunca te aburres.
Miko bebió el chocolate caliente y gimió. Estaba buenísimo.
Los niños sujetaban las enormes tazas y bebían con gusto además de atiborrarse con strudel.
—¡Oigan! ¡Dejen para su papá!—Hanna los reprendió, pero los niños hicieron caso omiso—. Mierda, voy a tener que cocinar otro.
Miko rio ante el insulto, al principio Hanna y Dohko intentaban no decir palabrotas en su presencia, pero luego se dieron cuenta de que era una lucha de la cual no saldrían victoriosos.
Miko comió su porción de strudel cuando la puerta se abrió y su hermano ingresó.
—¡Papá!
—Mis enanos—dijo Dohko en tono cariñoso.
—No importa cuánto se demore, ellos siempre lo reciben igual—musitó Hanna cerca de Miko.
—Eso me parece maravilloso.
Hanna se levantó, le dio un beso y le ayudó a quitarse su chaqueta. Dohko se sentó al lado de su hermano.
—Dicen que las lluvias se prolongarán más de lo habitual—señaló el hombre mientras se servía chocolate—, he escuchado incluso que hablan de inundaciones.
—No digas esas cosas, no te adelantes—agregó Miko. Dohko hizo una mueca.
—Es inevitable preocuparnos, esta es nuestra vida.
—Confía en que Dios en su infinita sabiduría traiga lo mejor para ti. No dudes.
Dohko observó a su hermano y le arregló el cabello.
—Tienes el cabello más largo—agregó en un intento de cambiar de tema. Miko se lo arregló, lo tenía un poco por debajo de sus hombros, lacio y negro como la noche, lo que hacía que sus ojos verdes como esmeraldas lucieran más bellos.
—Sí, me gusta cómo queda.
—Podrías dejarte una barba y todo.—Dohko se burló—. Da un aspecto más cristiano.
Miko frunció el ceño y rio.
—¿Qué tiene que ver la barba con ser cristiano?—preguntó aguantando la risa. Dohko se encogió de hombros—. Dudo que me parezca a Jesús si esa es tu comparación, con o sin vello en la cara.
—Es verdad, además en tu caso es una tarea perdida—dijo Dohko socarrón—. Tienes una eterna cara de bebé, igual que la tenía mamá.
Miko se humedeció los labios y le dio una sonrisa tímida. Era tan diferente a su hermano a nivel físico. Dohko era enorme, con facciones masculinas y profundos ojos marrones, entretanto él tenía problemas incluso para demostrar su edad. Más de una vez le habían pedido su identificación, y eso que ya tenía veinticinco años. Su rostro era delicado y dulce, mejillas más bien redondas, ojos verdes que parecían un bosque en primavera, pestañas largas y negras, labios rosados pulposos. Era una belleza. Dohko siempre pensó que su hermano podría convertirse en modelo incluso, a pesar de medir solo un metro setenta. Tenía una luz especial, cada vez que sonreía a Dohko se le rompía un poco el corazón. Se parecía tanto a Mariska.
Hanna encendió la televisión y la vista de ambos hombres fue hacia las noticias internacionales. El corazón le tembló a Dohko con uno de los titulares.

Kaname Matsudaira asume la presidencia de la corporación japonesa,
tras la muerte de su padre.

—Sube el volumen, amor—Dohko pidió a Hanna y la mujer lo hizo—. Carajo, el viejo palmó en

su mansión, al parecer ¿Cómo carajo no nos hemos enterado antes?
—Dohko.—Miko lo reprendió.
—¿Qué? ¿No estás contento, hombre? ¡Ese hijo de puta mató a mi familia! ¡Discúlpame si me alegro de que ya no esté en este mundo!
Dohko dejó el cubierto con el que había estado comiendo el strudel. Miko tenía su vista en el plato mientras escuchaba el nombre del sucesor.
«Kaname Matsudaira».
Ese hombre era su tío paterno. Miko levantó los ojos y se enfocó en la televisión, en el tipo que ahora se haría cargo de todos los negocios.
—Discúlpame, no debí.
—Tienes razón.—Miko replicó hacia su hermano—. Ese hombre nos arruinó la vida, ese hombre fue detrás de mí y nuestra pobre madre murió como consecuencia de eso. Nos privó de una infancia junto a ella, su hijo te privó de una vida junto a tu padre. Te quitó a tu familia. Créeme, Dohko, entiendo perfectamente tu reacción, es solo que no puedo evitar sentirme culpable por todo lo que viviste y sufriste.
—Niños, si ya terminaron, vengan conmigo. Vamos al jardín.—Hanna actuó de inmediato mientras los dos hermanos se quedaron en silencio en un lugar que solo había sido risas y alegrías hasta hacía unos segundos atrás.
La pregunta incómoda, esa a la que Miko siempre le tuvo miedo estaba en el aire. Dohko levantó la mano y asió la de su hermano con firmeza.
—Nunca te culpé.—Miko pestañeó y su corazón se aceleró—. Eras todo lo que tenía, lo que me había quedado, te amé con el alma, jamás pude culparte. Lo intenté muchas veces, sobre todo en la noche cuando la soledad me invadía, pero fue imposible.—Dohko observó a su hermano y le acarició las mejillas—. Nadie con un corazón puede mirar esta carita y sentir rabia. Sé que debí decirlo hace tiempo, pero no sabía cómo. No sabía cómo encarar un tema que ha sido tan duro para ti.
Miko sostuvo la mano de su hermano y comenzó a reír. Luego, regresó su atención a la noticia una vez más y le dio un golpecito en el brazo a su hermano.
—Gracias por haber estado ahí, Dohko. Gracias por haberte quedado conmigo. Ha muerto el último vestigio que nos unía al pasado. Somos libres de él y de su familia.
Dohko rodeó con su brazo el cuerpo de su hermano y dio un suspiro.
—Así es, padre Subaru. Somos libres y nadie nos puede quitar esta tranquilidad, a ninguno de nosotros.

6 Soluciones

Fráncfort del Meno, Alemania.
Días después.

El hombre se arregló las gafas mientras caminaba de regreso a su departamento tras largas horas de trabajo en su turno rotativo. Era cerca de medianoche y la ciudad ya no rezumaba en gentío y conversaciones alrededor, ni en vehículos que iban y venían, sino que la tranquilidad marcaba las calles. El hombre le echó un vistazo al celular y respondió un mensaje de su esposa a quien le avisó que llegaría en unos quince minutos. Lo guardó en su bolsillo, otro sujeto se acercó a él.
—Disculpa, ¿tienes fuego?—preguntó el enorme rubio con cara de pocos amigos y un cigarrillo en la mano.
El hombre sonrió y asintió. El miedo lo recorrió a pesar de que no había nada que señalara al tipo como peligroso, solo era serio, tampoco es que eso fuera un crimen. La zona era muy tranquila, es más, jamás había tenido inconvenientes desde que empezó a trabajar en esa empresa.
—Claro—respondió y buscó en su bolsillo. Sasha observó las manos del hombre y lo que estaba haciendo. Una media sonrisa se dibujó en su rostro. El pobre tonto era suyo.
«Cinco segundos».
Fue el tiempo en que Sasha tardó en golpear al hombre, dejarlo inconsciente, arrastrarlo a un callejón y quitarle el dinero y el celular. Tocó el pulso y se percató de que estaba vivo.
—Tuviste suerte, amiguito.—Sasha le dio dos golpecitos en la cara al hombre inconsciente y lo afirmó a la pared. Sus ojos fueron hacia todos los puntos posibles. No había testigos.
Dio un suspiro. Encendió un cigarrillo con el encendedor del tipo y comenzó a caminar. El tipo estaría de ese modo unos diez minutos.
—Bien imbécil más vale que contestes—dijo mientras marcaba el número del último tipo que sería capaz de arriesgarse por él.
«Eres peso muerto. Nadie va a ayudarte. Muy pronto me harás compañía en el otro lado».
—¡Hijo de puta!—Sasha maldijo al recordar las palabras de Talo. Carajo, debería haberlo torturado un poco más.
Se frotó el pecho con fuerza y violencia, como si el estúpido órgano allí hubiera comenzado a funcionar.
«¿Justo ahora, cabrón? ¿No podías elegir otro momento?».
Sasha jamás había dudado, sus barreras siempre estuvieron altas, murallas impenetrables en donde su trabajo no lo detenía. ¿Por qué permitió que un imbécil como Talo Petrov entrara en su vida?
Ni siquiera se percató cuando sucedió. Simplemente pasaron de las misiones y los asesinatos a revolcarse como animales en celo en la clandestinidad. No había sentimientos. Nunca los hubo. Fue lo que siempre tuvo claro Sasha.
Tipos como él no caían por idioteces. Ya le había ocurrido una vez. Solo un tonto le tomaría cariño a la piedra. Lo de Talo era solo un polvo, un tipo experimentado que tenía tantos trucos bajo la manga como él y era hábil con su boca.
Pasaron meses acostándose a espaldas de todo el equipo mientras estaban en África, lo hicieron

también cuando les tocó desembarcar en Venezuela ¿Cuándo las cosas cambiaron? ¿Cuál fue el instante en que Sasha le dio permiso al órgano insensato de su pecho para que se acelerara cada vez que su mirada se encontraba con la de Talo Petrov?
¿Acaso importaba? A Petrov se lo estaban comiendo los gusanos en ese momento. Todo lo que sintió se desvaneció con su traición.
«Darío Novikov».
Si tan solo el bastardo no se hubiera burlado, si tan solo hubiera guardado ese polvo para él. Claro que había sido incapaz de hacerlo. Le encantaba enfurecer a Sasha, pues ahora debía ingeniárselas para enfurecer al diablo desde el otro lado.
Sasha sacudió la cabeza y se liberó de pensamientos inútiles. Había sido traicionado y los tipos estaban muertos. Fin de la historia. Ahora había que rebuscárselas para sobrevivir. No podía seguir robando de esa manera, como si fuera un carterista cualquiera.
Sasha pertenecía a una familia poderosa, una a la que de seguro no le importaría ayudarlo. Quizás, a su hermano Mischa quien vivía en Alemania, le preocuparía, pero ¿cómo iba a solicitar ayuda a un tipo al cual le había jurado la muerte?
Se rio ante el mal chiste, incluso Mischa se reiría si lo supiera.
Había solo una persona que podría darle una mano con esto sin armar un escándalo, alguien que le debía la vida suya y también la de su esposo Asef.
—Campbell—respondió el tipo del otro lado de la línea. Sasha dio un suspiro mientras caminaba a paso rápido por la calle. Estaba a unas cinco cuadras de su víctima.
—Soy Kozlov—replicó—, ha pasado un tiempo, Martin.
—¿Sasha? ¿Qué carajo hombre? ¿Dónde estás?
Sasha se detuvo y se escondió en un callejón. Debía pensar cada palabra.
—En Alemania—confesó sin dar mayores detalles—, he tenido algunos inconvenientes.
—¿Algunos?—Martin se burló—¿Matar al hijo del líder de Wagner cuenta como un pequeño inconveniente para ti?
Sasha maldijo. Si Martin se había enterado significaba que todo el grupo en diferentes partes del mundo le estaba dando caza. Tenía las horas contadas. Sasha podía ser muy bueno en su campo, pero sin armamento solo tenía la fuerza de sus puños y eso era inútil para la guerra que se avecinaba y lo tenía como protagonista.
—Escucha.—Sasha se humedeció los labios—. No tengo mucho tiempo. Necesito dinero y una vía de escape para poder rearmarme y terminar con el problema de raíz.
Martin volvió a reír.
—Estás muy loco, infeliz ¿De verdad pretendes asesinar a Novikov? El tipo no va a dejar de perseguirte hasta que tenga tu cabeza en su mano.
—Novikov se cree muy listo e intocable. Pregúntale a su hijo cómo le fue, es más, pregúntale a Talo Petrov cómo le fue.
Martin abrió y cerró la boca varias veces. Su esposo cocinaba, ajeno a la charla que los estaba poniendo en peligro a los dos. Esa vida ya no formaba parte de ellos, sin embargo, con cada palabra, Sasha lo arrastraba de vuelta al rodeo.
—Dios, no me digas que también lo mataste.
—Vino por mí y no me quedó de otra que mandarlo al otro lado.
—No mientas—replicó Martin—. Siempre tienes otra opción, simplemente no quisiste. Sasha, si quieres que te ayude, vas a tener que empezar a hablar con la versión completa.
Sasha empezó a reír, fue inevitable recordar todas las anécdotas que tenía con ese hombre.
—Todavía me resulta increíble que alguien como tú se haya retirado.

—Creo que te lo dije, amigo. No somos iguales y un hombre enamorado hace muchas cosas— argumentó Martin con sus ojos puestos en Asef, en su *habibi*.
—¿Incluso dejar de ser él mismo?
Martin pensó un segundo.
—Cuando todos los días despiertas al lado de una persona que te observa como si fueras lo más maravilloso del mundo, entiendes que no quieres moverte de allí nunca más en tu vida.
—Una persona que yo puse en tus manos—Sasha recalcó en caso de que Martin quisiera echarse atrás.
—Sí, así es—replicó Martin—. No me olvido de que fuiste tú quien lo recuperaste. No olvido todo lo que hiciste para regresarlo en una pieza. Si, te debo su vida y también la mía porque no podría vivir sin él.
La boca de Sasha se secó. Estaba tan equivocado. Creyó que habría algún vestigio del traficante de armas que fue Martin Campbell, pero solo encontró un llorón que se creía poeta. Al carajo, Martin no iba a traicionarlo de todos modos, así que se decidió a hablar. Contar toda la historia, aunque fuera larga.
—Me encargaron un trabajo que salió mal. Uno de mis competidores era Kevin Genson. Perdimos todo a manos del equipo de Charles Brandon, luego, como si fuera poco, me entero de que Talo Petrov con quién había estado revolcándome se acostó con Darío Novikov, incluso ayudó al equipo de Brandon a destruirme. Debería haberme marchado, pero no pude, así que terminé matando a Novikov, luego me entero de que mi estúpido hermano y su novio saben mi secreto, llego aquí a Alemania para encargarme de ellos. Gran error, al parecer la verga tiene un poder hipnótico porque el bastardo de Talo apareció para encargarse de mí, me dio tres disparos y me dejó tirado en la calle.
»La gente me llevó al hospital en dónde milagrosamente, según el médico, pude recuperarme. Hui del hospital tres días después cuando recuperé la conciencia. Luego, le devolví el favor a Petrov y lo desangré, literalmente, le devolveré el favor al líder Novikov por todo lo que me está haciendo pasar en este segundo, por lo que Darío me provocó, y como broche de oro, volaré a Sudáfrica para terminar con ese bastardo de Brandon que debe estar feliz por mi muerte. Quiero ver su cara cuando aparezca y lo acribille a balazos. Ahora con todo esto, la pregunta es, ¿me ayudarás o no?
Martin se quedó sin palabras ¿Sasha había arrasado con toda una organización y esperaba salir ileso de esto?
—No la tienes fácil.—Martin presionó el puente de la nariz y pensó. Su mente era un caos—. Sasha, necesito tiempo y lo sabes.
—¿Cuánto? —preguntó urgido y aliviado de que Martin no lo hubiera mandado a la mierda.
—Un mes como mínimo, debes esconderte hasta eso.
Los ojos de Sasha se desorbitaron.
—¿Un mes? ¡Me estás jodiendo!—Sasha negó—. Martin, ¡no tengo un mes! Voy a terminar viviendo en la calle. Tarde o temprano, alguien me denunciará por los robos e iré a la cárcel. No es el lugar al que pretendo ir hasta que termine mi misión.
—No es una misión, es una cruzada de venganza contra tipos como Brandon que no te están molestando.
—Me pagaron para eliminarlo. Cumplo con mi trabajo siempre.
Martin puso los ojos en blanco.
—Eres un hombre entrenado. Naciste para esto. Has estado en misiones suicidas ¡No me digas que vas a acobardarte ahora porque debes pasar necesidades!

—Martin, he estado en misiones, pero he sido yo quien controlaba la situación. Yo era el que mataba, yo era el asesino, ahora estoy a su merced. No tengo dinero ¡Entiende!—Sasha dijo entre dientes con las ganas intactas de introducirse por el teléfono y golpear a su amigo quien minimizaba la situación.
—Sasha, sabes que hace mucho no hago esto. Debo reflotar contactos, permisos, logística. Soy rápido y trataré de ser más rápido aún, pero debes tener paciencia.
—La paciencia no es mi fuerte—replicó Sasha.
—Pues es eso o que los Wagner vayan por ti, es más, ni siquiera deberíamos tener esta conversación. El celular debe estar siendo rastreado. Ellos van a buscarte por cielo y tierra.
—Acabo de robar el celular—confesó Sasha quien volvió a mirar alrededor.
—Dios, no me digas que mataste a otro tipo.
—No, lo dejé inconsciente.—Sasha aseguró—. Solo mato cuando estoy trabajando.
—¿En serio? Creo que Novikov no diría lo mismo.
Sasha chasqueó la lengua.
—Ellos me traicionaron.
Sasha percibió el sabor amargo que no se iba de su boca.
—Mataste a dos de sus mejores hombres y ahora tienes que pagar, tan simple como eso.—Martin argumentó con frialdad—. No voy a explicarte cómo funciona el negocio. Dejaste de ser imprescindible en una empresa en la que cada día llega carne fresca.
—Ya lo sé, cabrón—Sasha estaba enojado—. Darme cuenta de eso no me va a ayudar a salir de esta situación, así que, ahórrate el sermón.
—¿Por qué nunca me dijiste que te atraían los hombres? Conociste a Athis, luego a Asef. Sabías de mis gustos, incluso cuando te lo comenté siempre te mostraste reacio a todo esto, ¿por qué?—preguntó Martin. Sasha dio un suspiro.
—Los hombres no me atraen.
Martin arqueó una ceja.
—¿Entonces Talo Petrov era mujer? Vaya, ¿con ese vozarrón quién lo habría imaginado?
Sasha tragó saliva, quería retorcerle la garganta y callar esa risita imbécil.
—Nadie más me ha interesado de ese modo, ni lo hará. No me gustan los hombres, punto, y no vayas a salir con toda la cantaleta de la negación. Sé muy bien quién soy, ¿quedó claro?
Martin dio un suspiro. Era inútil conversar con una pared, implicaba malgastar tiempo y esfuerzo.
—Vaya, amigo. Te encanta escupir para arriba—¿Qué había que decir ante semejante verdad? Sasha guardó silencio. Siempre fue mejor con los puños que con las palabras—. Debes llamarme dentro de una semana. Te iré contando las novedades. Hasta entonces, mantente vivo.
«Una semana».
Sasha contó el dinero que el hombre llevaba en su billetera. Le alcanzaba para algo más que tres días en un hotel de mala muerte, después de eso, debería ponerse en marcha de nuevo y encontrar una nueva víctima. No había mejor alternativa que Martin. Era eso o nada.
—Está bien, Martin. Te llamaré en una semana.
—Una última cosa, Kozlov.
—Dime.
—Bueno, es más bien curiosidad, pero ¿arriba o abajo?
Sasha puso los ojos en blanco. Martin Campbell nunca dejaría de ser un imbécil.
—Vete al carajo.
Martin se carcajeó del otro lado.

—Está bien, Kozlov. Estamos en contacto.

7 Miedo oculto

Fráncfort del Meno, Alemania

—Padre Subaru, me da tanto gusto verlo de nuevo.
Anastasia era una mujer de unos cincuenta años. Miko se hizo muy amigo de ella y su marido cuando perdieron a su hijo en un accidente de auto dos años atrás. Miko siempre tuvo un corazón sensible, con la capacidad de ponerse en el lugar del otro y entonces, ese día cuando hablaba de perdón, observó a la mujer que se derrumbó en lágrimas. No la había visto hasta ese momento, era nueva en la iglesia y el pecho se le hinchó de dolor porque lo miraba como si lo conociera, como si esa mujer quisiera ver más allá, pero desconocía cómo, era un rostro que buscaba respuestas, no una pregunta específica sino todas, incluso aquellas respuestas en las que su mente aturdida por las pastillas no sabía qué existían.
—¿Por qué Dios me ha castigado? ¿Por qué Dios me ha abandonado, padre?
Miko se sentó al lado de la mujer aquel día y contempló el Cristo en la cruz como aquella vez cuando tenía diez años. Habían ocurrido tantas cosas en su vida desde entonces.
—Dios no te ha abandonado, está aquí contigo. Te dio un hijo que amar y estuvo contigo por décadas, te hizo más fuerte incluso cuando sentiste que el alma se desgarraba, te dio un amanecer de colores vivos, un atardecer entre naranja y violeta cuando se une a la noche. Te dio un marido que siente dolor igual que tú, pero igual lucha por salir adelante. Te dio paz en medio de numerosas batallas. El alma de tu hijo conocía su destino, el plan de Dios para él, para ti y para tu esposo y lo aceptó con valentía, sin mirar atrás, ni dudar.
—Siento que me han robado el tiempo con él, padre Subaru. Siento que ya no me queda nada.
La vida pesaba en sus hombros, era un peso tan grande que ni la gran bóveda celeste de Atlas se asemejaría.
—Mira a tu alrededor, Anastasia, mira a tu alrededor y vas a darte cuenta de que Dios no te ha robado nada, te está dando la posibilidad de comenzar de nuevo.

Miko abrazó a la mujer que lo recibió como si fuera su hijo. Le pellizcó las mejillas suaves y redondas.
—Estás más guapo, padre. Los feligreses no paran de hablar de ti y de lo lindo que eres. Me haces fácil reclutar voluntarias. Creo que deberemos hacer más reuniones.
Miko negó, el arrebol tiñó sus mejillas delicadas. No sé veía a sí mismo como alguien guapo. Solo un muchacho más de rasgos mestizos occidentales y orientales.
—Dices cada cosa.—Miko negó con una sonrisa.
El voluntariado había sido su mayor desafío cuando desembarcó en esa pequeña iglesia. Muchas mujeres, hombres y niños llegaban en busca de guía e incluso ayuda para su alimentación. Personas que estaban en una situación ilegal en el país, que estaban pasando por una mala racha económica. Si bien Alemania era, dentro de los países de la Unión Europea, uno de los mejor posicionados en cuanto a calidad de vida, los esfuerzos y las políticas de bienestar impulsadas por el gobierno eran insuficientes.

El desafío de la iglesia no solo era ayudar, para Miko se debía ir un poco más allá, por lo tanto, había impulsado el voluntariado denominado «Cambiar vidas» que consistía en dedicar cuatro horas semanales en darle a las personas no solo un plato de comida sino en ubicarlos en la estructura económica a través de un oficio. Desde los altos rangos de la iglesia habían catalogado su plan como ambicioso, algunos fueron más allá y lo tildaron de poco realista. Miko no se desalentó, con la ayuda de Anastasia el grupo crecía a pasos agigantados. Organizaban todo tipo de eventos que les permitan recaudar fondos y continuar su labor. Fue así como Anastasia también trajo a su esposo y encontraron consuelo en el lugar menos pensado. Habían perdido un hijo, ahora ayudaban a los jóvenes a tener un futuro. Miko pensó que esa era la esencia de Dios, la cual, estaba en cada ser humano, un pequeño rincón que solo podía ser explotado por aquel que se entregaba por completo.

Miko mezclaba la harina para preparar el pan. En la casa de su hermano, su cuñada Hanna ni siquiera le había permitido tocar una cuchara en la cocina, ahora en su ambiente, Miko se sentía con ganas de explotar ese talento innato para preparar cosas deliciosas. El sacerdote hacía exquisiteces, más de uno lo comentó, pero ahora, con los dichos de Anastasia, Miko se preguntó si eran verdaderos o solo un intento de coquetearle.

—He traído dos recetas de postres con manzanas.—Miko señaló—. Me gustaría que me ayudes a prepararlos.

—¡Pues será un placer!—Anastasia siempre estaba lista para la cocina. Miko le mostró el papel escrito por sus propias manos. Había tomado nota mientras su cuñada estaba concentrada y le explicaba todos sus secretos—¿Cómo está su hermano?

—¿Sabes? Creo que está cada vez mejor. Tiene una familia tan hermosa. Mis sobrinos son adorables, tiernos, educados.

La mujer lo miró pensativa.

—¿Le habría gustado tener una familia?

Miko hizo una mueca.

—Nunca lo pensé—esbozó con sinceridad—. Fue como si esa posibilidad fuera arrancada de mí. No creo tener la capacidad, ni la infinita paciencia que demanda criar a un hijo. Mis sobrinos son maravillosos, pero requieren muchos cuidados. Dohko y Hanna tienen la habilidad de estar en todos los lugares y momentos para ellos ¿Cómo es posible? Te juro, por momentos los observaba y me lo preguntaba. Los padres son casi superhéroes, aunque muchos no lo noten.

—Es la magia de ser padres.—Anastasia detuvo sus manos que estaban en la harina—. Es verdad que por momentos es cansino, pero nunca te arrepientes de lo que das. El lazo que te une a ellos supera todo lo malo, todo el esfuerzo. Estás agotada, pero eres feliz, como aquel que completa una obra maravillosa. Usted es padre de esta iglesia también. Tiene muchos hijos.

Miko se encogió de hombros.

—Tampoco me arrepiento de lo que doy así que sí, supongo que lo soy.

Anastasia dio un profundo suspiro. Miko frunció el ceño.

—Quizás esto le caiga mal, Miko—dijo la mujer—, pero a veces, cuando veo hombres tan jóvenes dedicados al sacerdocio me da un poco de pena. Pienso en todo lo que perdieron para estar allí.

—Son decisiones Anastasia, nadie nos obliga—replicó Miko—. Es una decisión consciente, al menos la mía lo fue. Siempre estuve vinculado a este ámbito. Mamá era católica, incluso lo fue cuando en Rusia no estaba bien visto. Ella guardó sus creencias y las transmitió con todo su amor.

—Lo sé, pero en mi mente lo imagino con una buena mujer al lado.

Miko se humedeció los labios.
—Te diré que solo me enamoré una vez y resultó bastante mal.—Miko se rio al recordar su corazón roto—. Estuve enamorado de quién es mi cuñada.
—¡Oh por dios!—Anastasia parecía escandalizada. Miko rio.
—Tranquila. Nunca pasó nada entre nosotros. Ella ni siquiera lo supo. Éramos apenas unos niños entrando en la adolescencia, a ella le gustaba otro estilo de hombre. Supongo que las cosas que ustedes ven lindas en mí, a ella no le agradaron. Tenía inclinación por los hombres grandes y corpulentos.
—Como su hermano.—Había tristeza en el tono de Anastasia. Miko entendió cómo se veía todo el asunto. El eterno enamorado encasillado como amigo por su gran amor, pero no era así.
—Sí, Hanna se sintió atraída por mi hermano a medida que fue creciendo ¿Te das cuenta, amiga? Dios nos lleva por caminos que ni siquiera imaginamos, nos muestra infinitas posibilidades más allá de nuestra racionalidad ¿Quién iba a decirme a mí cuando tenía cinco años que terminaría a tantísimos kilómetros de Tokio y me convertiría en un servidor de Dios a tiempo completo?
—¿Volvería a su país?—preguntó la mujer.
—No.—Miko no dudó un segundo—. Forma parte del pasado y no hay nada bueno para mí allí. Corresponde a un Miko que ya no existe. Mi vida está aquí junto a ti, a mi iglesia, a mi hermano y a su familia.
Anastasia comenzó a formar la masa del pan. La pregunta seguía rondando su cabeza.
—Hay muchas mujeres en la iglesia. ¿De verdad no se ha fijado en alguna de ellas?
Miko volvió a reír.
—Aunque no lo creas, jamás lo hice. Puedo admirar la belleza de una mujer, pero nunca la amaría de manera apasionada, quizás hubo algo en mí desde el principio, quizás no traje el interruptor de la libido, porque de verdad, soy incapaz de sentir ese tipo de pasión carnal que a todo ser humano lo embarga.
Anastasia se carcajeó.
—Ay, padre. Tiene algunas ideas muy locas.
—¡Es verdad!—Miko confesó entre risas—. Escucho todo el tiempo sobre las tentaciones y lo prohibido, pero desde mi perspectiva, mi cuerpo nunca experimentó ese tipo de reacciones. Mirar a una mujer con lascivia, no lo sé, definitivamente debe haber algo mal en mí.
Miko encendió los hornos de la inmensa cocina con la que contaba en la pequeña casa detrás de las instalaciones de la iglesia. El lugar era de techos altos, la madera y el ladrillo eran los materiales más utilizados. El padre Subaru tenía allí también una diminuta habitación con una gran cantidad de plantas. Había un patio que tenía también diversas plantas colgantes, y un jardín el cual cuidaba con su vida. Miko dedicaba varias horas a las plantas del jardín, sobre todo a los rosales y a las de su habitación. Ponía dedicación en todo lo que hacía, el mismo amor que ponía en cada sermón, en cada homilía.
—¿Puedo confesarte algo?—preguntó Miko con una mueca avergonzada—. A veces imagino que mi vida vuelve a cambiar, que aparece alguien que sacude mi mundo y rompo mis votos por ella. Es un miedo interno, algo muy arraigado en mí.
Anastasia abrió la boca y luego rio.
—Vaya, padre Subaru. Tiene imaginación después de todo ¿Usted dejando todo lo que ama? Eso sería imposible.
—Sí, ¡qué gran tontería! La cabeza me juega malas pasadas, quizás la soledad tiene sus truquitos para volverlo loco a uno.
Miko y Anastasia cocinaron los panes y el sacerdote se preparó para dar misa esa tarde. Salió

cargado de entusiasmo y se dedicó a brindar lo mejor de sí. Había practicado esa mañana temprano, le gustaba escribir lo que diría, aprenderlo y después transmitirlo.
El tema de ese día era la importancia de la familia. Miko era breve y ágil, detestaba que la gente se durmiera durante las homilías, para él, la iglesia debía brindar herramientas útiles para la vida diaria, para una vida que preparaba a la gente para escuchar el exterior, pero nunca para mirarse a sí mismo, y era ahí donde estribaban los problemas de la humanidad.
Estaba nervioso. Miko desde que llegó, sintió que las cosas estaban por cambiar. Su intuición le decía que algo sucedería, que el miedo latente en él no era un resabio de sus dolores inconscientes.
«Concéntrate».
Miko dio pasos cerca de los feligreses, se arregló la estola de color violeta, la cual, por algún motivo, resbalaba de su cuello y se acomodó el cíngulo ceñido a su cintura, que acompañaba su vestimenta nívea.
—Muchas veces, creemos que podemos resolver los problemas escuchando lo que dicen los demás, sin embargo, ¿cuándo nos escuchamos nosotros? Debemos recordar que mi opinión es la más importante. Puedo amar a mi madre, a mi padre, a mi esposa, marido o a mis hijos, puedo amar a mis amigos, pero ante Dios solo estoy yo, y mi conciencia es la que me acompañará por el resto de mis días. Acostúmbrate a escuchar a tu corazón, y, desde su sabiduría, podrás guiar a tu familia.
Miko se concentró en el hombre sentado en el último banco. Destacaba por su porte y su altura, su inmensa musculatura intimidaba a cualquiera. Miko tragó saliva y sus miradas se encontraron. El verde de los ojos del hombre era diferente al suyo, eran casi grises, su cabello rubio platinado. Era guapo, pero de una forma más masculina. Los latidos del corazón de Miko se dispararon. Se enfocó en los asistentes e intentó recordar de qué estaba hablando. Improvisó y se alejó. Volvió al altar desde donde, de vez en cuando, observaba de soslayo al hombre cruzado de brazos que parecía no pestañear, ¿estaba vivo?
El extraño no dejó de mirarlo ni siquiera una milésima de segundo, atento a cada movimiento, a cada palabra, a su sonrisa. Una idea tonta pasó por la cabeza de Miko.
«Está memorizando».
¡Qué estupidez! ¿Por qué carajo haría eso?
Los minutos se tornaron horas, el tiempo se detuvo en una misa de la cual el padre Subaru quería huir. Ese hombre había despertado algo en él, un miedo profundo, un miedo oscuro que no había sentido en más de veinte años.
Los recuerdos dormidos que atiborraban su cabeza regresaron con fuerza. Miko se sostuvo del altar y tembló. El sudor corría por su piel debajo de su vestimenta. Minuto tras minuto fue una lucha constante entre huir y terminar con su prédica.
«Eres un adulto, ya no eres el niño al que le arrebataron a su mamá».
Miko se percató de que los miedos solo se habían guardado en un rincón de una habitación de su corazón, pero nunca se fueron por completo. Cuando la misa finalizó, Miko se dirigió a su habitación y se lavó la cara. El agua fría le trajo un poco de tranquilidad, se observó en el espejo y sacudió la cabeza. Quizás, haber hablado con Anastasia o haber pasado algunos días con su hermano activaron esa emoción profunda, tal vez, el hombre poderoso al final de los asientos contribuyó a eso. De cualquier modo, ya había pasado, debía ser humilde y trabajar en sí mismo. Se preocupaba tanto por los demás y se estaba olvidando de él.
«En definitiva, predicas, pero no aplicas».
Miko regresó al altar al cabo de unos minutos cuando la misa había terminado y observó

alrededor. Se dirigió al banco donde había estado sentado el hombre y se preguntó quién sería. Era la primera vez que aparecía y Miko se debatió entre la curiosidad de conocer más y el rechazo que el imponente hombre le provocó. Se tocó el centro de su pecho y su vista fue hacia el Cristo crucificado en el centro.

«Protégeme».

Miko cerró los ojos y dejó ir todo tipo de pensamientos acerca de ese hombre. No tenía idea de porqué había actuado de ese modo, pero ya no se repetiría. Su iglesia era para todo el mundo y ese hombre no era culpable de sus traumas.

—Llévala siempre contigo.

—¿Una biblia?

—Si, amor. He marcado algunos pasajes. Cuando te sientas solo, búscalo y entrégate a esa energía, a algo más poderoso que nosotros mismos. Confía, mi pequeña rosa, nunca dejes de confiar en Dios y en ti, sobre todo en ti.

Miko dio un suspiro y sus palpitaciones se normalizaron. Había mucho que hacer en el día. No había excusas para las vacilaciones.

8 Venganza

Ciudad de Ginza, Tokio.
Una semana después.

Kaname Matsudaira se sentó en el lugar que ocupó su padre por décadas. Sintió la suavidad del terciopelo púrpura, una distinción semejante a la de un príncipe que hereda un trono. La distinción a un hombre que no estaba destinado a ser rey y, contra todo pronóstico, logró imponerse y quedarse con la corona.
—Señor Matsudaira.
—¿Qué sucede?
—Su padre se ha ido.
—¿Cuándo?
—Anoche.
La lógica era sencilla. Por algún motivo, los pulmones del *Oyabun* dejaron de responder. Nadie cuestionó el motivo del deceso, incluso no se requirió una autopsia. Kaname era el único autorizado para hacer ese reclamo y por supuesto no usaría ese privilegio. Su padre estaba donde debía estar por su propia responsabilidad.
Una vez que la muerte del *Oyabun* se difundió, algunos clanes comenzaron a preguntarse si de pronto los Matsudaira perderían poder e influencia. Todo un equipo de abogados estuvo trabajando día y noche para que el patrimonio de su familia pasara a sus manos sin inconvenientes. Aún restaba la otra parte, controlar el territorio, mantener unido a diversos grupos que ahora buscarían, quizás, renegociar los términos o peor aún, traicionarlos.
«No eres capaz de tomar decisiones».
Su estúpido padre no tenía idea.
Kaname no se amedrentó, impuso mano de hierro desde el momento en que fingió enterarse del fallecimiento de su padre. Utilizó a los miembros de la *Yakuza* para llamar la atención de aquellos que no estaban cumpliendo con sus pagos, así como también dejó en claro a base de sangre que no toleraría sublevaciones. Rápido y letal. Dos características que le sobraban a Kaname, aunque su padre jamás se percató de ellas.
Cambió a varios de los seguidores de su padre. Aquellos que estaba seguro de que traerían problemas por su conducta o por su lealtad al hombre muerto. Ahora restaba la parte más difícil.
Observó la manera en que cinco empleados retiraban el enorme cuadro familiar de la sala de conferencias. Sería reemplazado por una imagen de él junto a su esposa. Dentro de una hora, se celebraría la primera reunión con los consejeros y debía estar listo para lo que viniera. Kaname se acarició el kimono negro con arreglos dorados. Pocas veces se vestía de manera típica oriental, pero también era una forma de demostrar su poder. El *Oyabun* siempre había usado su vestimenta típica en cambios profundos. Kaname no sería solo un *Oyabun*, se propuso ser el mejor de toda la historia de su familia.
—Temo por ti.
—¿Por qué lo harías?
—El poder posee a la gente, no al revés. Tu padre y tu hermano son una muestra de ello.

—*No confías en mí, Naoki.*
—*Te amo, Kaname, pero no sé si pueda soportar todo lo que viene.*
Su esposa no lo entendía. Kaname pensó que quizás nunca lo hizo. Todo el mundo dudaba de él, ¿por qué ella sería diferente? Ni siquiera pudo poner un hijo en su vientre, ¿qué clase de respeto tendría hacia él?
Kaname frunció los puños sobre el sillón mullido y perfecto.
Los ocho *saiko koman* que habían pertenecido a su padre comenzaron a llegar a la hora señalada. Los hombres lo saludaron y se ubicaron en sus puestos. Kaname se mantuvo en silencio, luego le hizo una seña a uno de los asistentes para que abriera las puertas de la gran sala de reuniones. Una docena de guardaespaldas ingresaron en ese momento y se ubicaron a los costados de la sala, detrás de los asesores.
Kaname se humedeció los labios y sonrió.
—Bienvenidos—dijo en un tono solemne.
Los hombres miraron hacia todos lados, seguros de que su vida correría peligro en cualquier momento.
—¿Es necesario esto *Oyabun*?
Kaname le sonrió a Niwa, apoyó sus codos sobre la mesa y juntó sus manos a modo de base para su mentón.
—Son necesarios—argumentó—, están aquí para mi protección.
—Por décadas hemos sido los servidores más fieles de su padre.
—Exacto, Niwa—Kaname apoyó el concepto—, eso no implica que estén dispuestos a obedecer mis órdenes.
El silencio llenó la sala, algo oscuro e incómodo se paseó entre los *saiko koman,* los cuales, se dieron miradas cómplices.
—Gracias a todos por estar aquí hoy. Como saben, con la pérdida de nuestro *Oyabun* surge la necesidad de establecer nuevas reglas—argumentó Kaname observando los gestos de sus asesores—, en primer lugar, voy a vender la fábrica textil ya que de todo el conglomerado es la de menor ganancia.
Niwa frunció el ceño.
—El área textil está bajo mi dirección.
—Lo sé, serás transferido a otras áreas de la compañía que sean más redituables. Nos enfocaremos en generar el máximo de ganancias. Todos nuestros recursos irán al sector financiero y tecnológico.
Los finos labios de Niwa temblaron. La corbata era un nudo asfixiante en aquel momento. Le dio a Kaname una mirada asesina.
—Sé lo que estás haciendo—esgrimió con veneno—. Es lo que tú padre siempre temió. Destruirás esta compañía.
Kaname dio un suspiro, se hizo hacia atrás en el sillón y colocó sus manos sobre su vientre plano.
—Creo que te olvidaste a quién te estás dirigiendo.
Niwa se puso de pie.
—Si por un momento piensas que voy a arrodillarme frente a ti, maldito bastardo, pues estás muy equivocado. Como te dije antes de que el verdadero *Oyabun* muriera, eres débil, sigues siendo el mismo niño que lloraba porque su padre no le reconocía, y no me voy a quedar de brazos cruzados como todo este grupo de perros falderos.
Kaname le dio una sonrisa de labios cerrados. Su vista se fijó en uno de los custodios detrás de

Niwa. Con un pequeño asentimiento de cabeza dictó la sentencia. El tipo sacó su pistola y la colocó en la nuca de Niwa. Los ojos del asesor se abrieron con terror.
—Prescindo de tus servicios a partir de este momento, Niwa. Gracias por todo.
—Maldito, no puedes…
El silenciador en el arma impidió que un estruendo llenara la sala, pero sí lo hizo la sangre. El aire quedó contenido en la garganta de los siete *saiko koman* que fueron testigos de la furia de Kaname. El nuevo *Oyabun* se detuvo en el rostro desmembrado del tipo que ahora yacía a su lado.
—Como les comenté, la compañía sufrirá algunas reestructuraciones—Kaname le hizo seña a su asistente quien le entregó una carpeta a cada hombre que apenas podían concentrarse después de lo sucedido—. La idea es que nuestra oferta no sea tan diversa, pero sí de mejor calidad. Competiremos en mercados en los que, hasta el momento, no tenemos una gran injerencia como es el caso de la Unión Europea.—Kaname se puso de pie y caminó alrededor de los hombres—. Quiero que revisen los documentos y me brinden los mejores consejos, como hacían con mi padre.
—Si no estamos de acuerdo, ¿terminaremos como nuestro hermano Niwa?
Kaname rio y negó. Se detuvo detrás de su sillón y apoyó sus brazos en él.
—El problema de Niwa es que siempre pensó que era mi padre y podía faltarme el respeto. Bueno, creo que les ha quedado bastante claro que no voy a tolerar esa conducta. En cuanto a críticas que apuntalen nuestros negocios siempre serán bien recibidas, pero desde ya les advierto, soy el nuevo *Oyabun*, y no voy a tolerar el desdén de nadie.
El asesor asintió. Kaname ordenó a tres de sus guardaespaldas sacar el cuerpo de Niwa y encargarse del problema.
—*Oyabun*, me gustaría pedir la palabra.
—Por supuesto, Saíto—esgrimió—, te escuchamos.
Saíto respiró y tragó saliva. El miedo escurría en la sala como jamás lo había hecho ¿Cuántos saldrían vivos?
—El antiguo *Oyabun* nos solicitó rastrear el paradero de Miko Subaru hace algunos meses. No habíamos tenido suerte hasta ahora.
La mandíbula de Kaname se tensó, así que el bastardo estuvo abonando el terreno para dejar su puesto a ese imbécil.
—¿Qué obtuviste?—El hombre sacó de una carpeta una serie de fotografías, las cuales le entregó al asistente de Kaname y se las acercó. Kaname arqueó una ceja—. Mira lo que tenemos aquí. Vaya, tiene escasos rasgos familiares, ¿no crees?
Saíto asintió nervioso.
—Esas fotografías las obtuvieron hace una semana atrás en la estación de Múnich.
—Alemania—susurró Kaname—, ¿qué más tienes?
—Al parecer su hermano y su familia viven en una casa de campo a las afueras de la ciudad. Ha sido lo máximo que encontramos hasta ahora.
—Saíto—Kaname se enfocó en el hombre—, quiero que dispongas de todos los recursos necesarios para rastrear a Miko Subaru. Este hombre representa una amenaza a todo lo que vamos a construir.
—Nos encargaremos de él, *Oyabun*. No se preocupe.
—No—Kaname lo detuvo—, quiero que una vez estén seguros de su paradero, lo traigan aquí.
—¿Aquí?—Otro de los asesores preguntó y Kaname se acarició el mentón.
—Por supuesto. Si va a morir, lo hará como un verdadero japonés, después de todo, es el

bastardo de Jun Matsudaira.

9 Confesiones

Fráncfort del Meno, Alemania.
Una semana después.

Estaba de nuevo ahí. El maldito hombre que disparaba sus pulsaciones estaba en el mismo lugar, el sitio el cual ocupaba desde hacía casi una semana. Miko pensó que, con el devenir de los días, los nervios irían abandonando su cuerpo.
«¿Qué te está pasando?».
La cosa es que había sucedido todo lo contrario. Miko temblaba ante la mirada de ese hombre, ante los ojos verdes grisáceos que parecían brillar y flamear. Esos orbes lo estaban quemando. Si al menos hubiera tenido la posibilidad de hablar con él, quizás esas ideas delirantes se habrían sosegado, pero no, el hombre se esfumaba en el momento en que Miko se descuidaba.
Miko servía el vino, estaba en plena eucaristía. Se acercó a los feligreses y estos formaron una fila para recibir la hostia que simbolizaba el pan. Sus piernas trémulas estuvieron a punto de fallarle cuando el hombre se puso de pie y también esperó su turno.
—El cuerpo de Cristo—susurró mientras una alabanza sonaba de fondo.
—Amén—respondió la mujer que estaba en primer lugar.
Miko era incapaz de controlar el temblor en sus manos ¿Es que acaso haría el ridículo? ¿Era miedo en verdad lo que esté hombre le proyectaba? ¿Qué recuerdo encapsulado en su memoria liberaba?
El sacerdote miró hacia arriba. Era un hombre de dos metros, estaba seguro de ello. Recio, imponente, Miko observó el tamaño de sus manos, las cuales fácilmente podrían triturar su cráneo. Dios, ¿en serio había pensado eso?
—El…—Las palabras yacieron extraviadas en su boca. El tipo se agachó y Miko podría jurar que observó una mueca de una sonrisa.
—Amén.
Su voz dura, fría, rígida, coincidía con el hombre. Miko se giró hacia el altar antes de caer de rodillas por sus temblores. Guardó la copa y las hostias restantes en el sagrario y continuó con el tramo final de la misa.
—La bendición del Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda y esté siempre con ustedes. Estaré recibiendo a quienes deseen una confesión en media hora. Son bienvenidos los que deseen quedarse, los que no, pueden ir en paz a sus hogares.

****

—¿Se encuentra bien, padre Miko?
—¿Qué?
Anastasia le tocó el hombro y frunció el ceño.
—Está pálido—explicó—¿Está seguro de que quiere dar confesiones hoy?
—Sí—Miko se repuso de inmediato—, de seguro hay personas esperándome.
—Varias de hecho—replicó Anastasia—, he contado por lo menos una decena.

Miko dio un suspiro. Esto era bueno, escuchar los problemas ajenos lo distraerían de los propios. Miko se colocó la estola y se dirigió al confesionario. Se ubicó en su silla frente al reclinatorio y apoyó la mano en su corazón. Tocó su mano derecha y se percató de que el calor del aliento del hombre en su mano no había desaparecido.

«Amén».

Su voz resonaba en cada célula de su cuerpo, una sensación que todavía desconocía, en un primer momento había sido miedo, pero ahora, había algo más, pero Miko no alcanzaba a dilucidar qué.

La primera en pasar fue una adolescente. Miko le sonrió y la invitó a ubicarse en su sitio. La chica le contó que estaba conociendo a un muchacho que su familia no quería, le contó que no sabía cómo lograr que sus padres lo aceptaran, que ella estaba enamorada.

Luego de ella fue un hombre el que llegó al padre Miko, un tipo que tenía una vida paralela en donde no podía tomar la decisión de abandonar a una de las mujeres porque, según él, las amaba a las dos.

Miko escuchaba cada confesión, daba los consejos que le parecían más apropiados y guardaba silencio cuando era necesario, a veces, era solo la escucha, solo con eso, las personas se iban más livianas. Miko jugaba con sus pulgares, y su mente, pese a que hacía el intento, volaba hacia el hombre que lo había trastornado, ese desconocido que no se apartaba de su cabeza.

Las horas pasaron, algunos feligreses demoraban más de la cuenta, pero Miko jamás puso límites. Las personas lo necesitaban y él estaba en servicio. Era una tarea que no todo el mundo estaba dispuesto, pero él lo hacía con gusto y, sobre todo, amor.

Miko observó su reloj cuando advirtió que llevaba más de tres horas en el confesionario. Se puso de pie cuando alguien golpeó la puerta de la habitación. Bien, había una persona más.

—Adelante—dijo con la amabilidad que lo caracterizaba. Miko puso su mejor sonrisa a pesar del cansancio, pero esta de inmediato se desvaneció cuando observó de quién se trataba.

—Buenas tardes, padrecito.

«Padrecito».

Miko puso sus labios en línea recta cuando notó el ápice socarrón en la frase. El enorme hombre estaba allí, frente a él, en la soledad del confesionario.

—Soy el padre Miko—Su voz sonó firme y eso le agradó—, por favor, ubíquese en el reclinatorio.

El hombre arqueó una ceja divertido.

—¿Y eso me aguantará?

—Lo hará.—Miko se mostró serio—.Por favor.

Al tipo le gustó esa actitud. La manera en que controlaba los nervios que eran evidentes. Miko se arregló el cabello lacio negro detrás de las orejas. Hizo la señal de la cruz y Sasha lo observó.

—¿Alguna vez se ha confesado?

—Nunca, ni siquiera creo en Dios.

«¿Por qué carajo tomaste la eucaristía entonces?».

Miko frenó a su cabeza y la pregunta que ya tenía respuesta. Lo había hecho porque podía, así de simple. El sacerdote dio un profundo suspiro, carecía de importancia si el hombre creía en Dios o no, estaba allí porque necesitaba una guía y él se la daría.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El Señor está en tu corazón para que te puedas arrepentir y confesar con humildad tus pecados.

Sasha afirmó sus codos en el reclinatorio. El padre Miko estaba rojo, no eran solo sus mejillas, todo su rostro se estaba tiñendo de carmesí.

—¿Puedo tutearte?
—Por supuesto.
—¿Cómo te llamas?—preguntó Miko.
—Sasha.
—Encaja contigo—dijo Miko y respiró.
—Gracias, padrecito.
Miko tensó la mandíbula.
—Bien, ¿por dónde te gustaría comenzar?
—¿De verdad las personas hacen toda esta tontería?
No era el primer ateo con el que se cruzaba, pero sí el más maleducado, sin lugar a duda.
—Las personas hacen lo necesario para sentirse bien y encontrar su camino.
—Claro, entonces si yo vengo y le cuento que soy casado y me tiro a toda la ciudad, ¿usted sería capaz de guiarme por el camino correcto?
Lo estaba provocando. Miko se propuso no caer en su juego. Era tarde y estaba cansado.
—No puedes salvar al que no desea ser salvado—argumentó—, intento aconsejar, pero cada ser humano tiene lo que se llama libre albedrío. Son sus decisiones las que van a generar determinadas consecuencias.
Sasha se humedeció los labios y lo recorrió con la mirada. Miko se sintió expuesto, completamente desnudo ante un hombre que parecía inmutable.
—No sé si estoy listo para contarle mis pecados, padre Miko.
—Estoy aquí siempre, para ti o para cualquier feligrés que desee mi guía.
Sasha se mordió la uña del dedo pulgar derecho.
—Ni siquiera usted y su Dios perdonarían todo lo que he hecho.
La sangre en Miko dejó de fluir. Sasha de seguro tenía unos cuarenta años, un poco menos quizás, todo su cuerpo se movía con gracia y seguridad. La manera en que sonreía, el modo en que movía sus manos le develó que podía pertenecer a alguna fuerza de seguridad. Los músculos de sus bíceps que se marcaban en la camiseta negra hablaban de años de entrenamiento.
—No tengo miedo de escucharte, ¿tú me temes a mí?
—Yo no le temo a nada, padrecito—replicó sin dudar—, pero he venido aquí, así que voy a contarle todo.
Miko apoyó sus manos en su vientre y se preparó.
—Te escucho.

La historia de los villanos es mucho más entretenida que la de los héroes, porque los monstruos no nacen, son creados. No surgen del vacío, ni de la oscuridad por sí mismos, sino que son moldeados por las circunstancias, por las heridas del mundo que los rodea. En ellos, se refleja lo más profundo del dolor humano, el rechazo, la soledad, la incomprensión. Un héroe se define por sus actos de valentía, pero un villano es el resultado de un corazón que, alguna vez, fue puro y terminó corrompido. Los monstruos, en su tragedia, nos muestran lo que podría sucedernos a todos, si el mundo nos diera la espalda.

—Mary Shelley.

10 Monstruos

—No creo que las personas como yo podamos recibir comprensión, seres como usted, padrecito, siempre nos juzgarán, incluso cuando me diga que no lo hace, sé que miente. Todos mentimos en algún punto. Mentira terrible o mentirita blanca, pura mierda, las mentiras son eso, una distorsión o la inexistencia de verdad. Usted miente y dice que comprende a la gente, pero nunca podrá hacerlo, no del todo, para comprenderlo debería vivirlo y usted no estaría dispuesto a eso.
»He matado a trescientas cuarenta personas desde que me dedico a este negocio, y sí, estoy al tanto de que acabo de decir negocio porque eso es lo que es para mí. He ayudado a destituir a dictadores y he puesto a dictadores en el poder, hombres que te matarían de solo pestañear si a ellos no les agradas, he torturado por información a miles de personas de las cuales no sabía nada, personas que tenían familia a las que nunca regresaron. Hice desaparecer a personalidades de la política y del mundo empresarial y no he dejado rastro de ellas.
»He follado a hombres y mujeres sin compromiso, participé en tríos, orgías, intercambios, he practicado BDSM en todas sus formas, intenté asesinar a mi propio hermano porque lo considero, he asesinado a mi último amante después de rebanarlo porque el bastardo me engañó. Lo enterré en un lugar donde nadie lo encontrará y ahora estoy pagando las consecuencias de mis decisiones, y es probable que reciba el castigo de estos hijos de puta antes que el de su dios, aunque bueno, a esta altura, de seguro tendré de ambos.
Miko pestañeó una y otra vez, convencido de que estaba en medio de una de esas pesadillas nocturnas que lo embargaban con frecuencia desde que era un niño. El gigante que escuchaba su prédica de manera diaria desde hacía varios días era incapaz de hacer todo eso. No, Miko había escuchado mal.
«Monstruo».
Miko buscó que la palabra no doliera en su mente, pero no había otra forma de denominar a este hombre.
—¿Te arrepientes?
Sasha frunció el ceño, y luego rio. Miko tragó saliva ¡El maldito estaba riendo!
—¿Eso serviría?—preguntó y movió las manos—¿Resucitaría a los que maté? ¿Le daría paz a las familias que destruí? ¿ A los huérfanos y a las viudas? ¿Qué sentido tiene el arrepentimiento, padrecito? —Miko se humedeció los labios y bajó la mirada. Sasha lo observó y negó—. Deja de hacer eso, padrecito, de lo contrario, voy a tener que agregar un nuevo pecado a la lista interminable. —El sacerdote se congeló, su vista fue hacia la puerta cerrada y Sasha le sonrió. Tenía una sonrisa perfecta. Si el monstruo frente a él fuera una persona normal, Miko diría que tenía la sonrisa más bella que había visto en su vida. El miedo se apoderó del sacerdote—. Yo que tú, no lo haría.
Miko no dudó e hizo oídos sordos a la advertencia. Se puso de pie y saltó hacia la puerta. Sasha dio dos pasos, lo sostuvo de la sotana y lo estampó contra la pared con una fuerza arrolladora. Miko fue consciente de cada célula de su cuerpo que vibraba en un dolor sordo.
—¡Ayuda!—Miko gritó y Sasha le cubrió la boca.
—Cierra la boca, padrecito—musitó en su oído—, de lo contrario, deberé actualizar mi lista de muertos. Vas a guardar silencio y me vas a escuchar, ¿sí?
La voz de Sasha estaba llena de furia contenida, transmitía seguridad, terror. Miko cerró los ojos.

El hombre aflojó el agarre de su boca.
—¿A qué has venido?—Miko tenía los ojos llenos de lágrimas.
—Te dije que he matado a una persona hace algunas semanas, bueno, mis superiores me están buscando y claman sangre. No tengo dinero y ningún tipo de recurso.
Miko negó con su cabeza con rapidez.
—Yo no puedo ayudarte.
—Padrecito, por favor—esgrimió en un tono socarrón—. Te jactas de ser bueno con el prójimo, estimulas a todos los idiotas que vienen aquí a brindar cobijo y ayuda al necesitado ¿Qué pasa? ¿Acaso eres un hipócrita?
—¡Déjame ir!—Miko le dio un pisotón en el pie derecho y su rodilla se clavó en los testículos de Sasha, luego le dio un empujón, abrió la puerta y corrió por los pasillos para abandonar la iglesia. Quizás este hombre lo rebanara también como a su excompañero, pero Miko no se rendiría con tanta facilidad. Anastasia ya se había marchado, no había nadie en la iglesia que pudiera ayudarlo. Debía llegar a la calle. Abrió las puertas a toda velocidad cuando el agarre firme sobre sus largos cabellos lo detuvo y lo tiró hacia atrás hasta que su culo se estampó en el suelo.
—¡Suéltame!—gritó con todas sus fuerzas y Sasha lo arrastró del cabello por el pasillo hacia el interior de la casa que ocupaba como si se tratara de una pluma. El sacerdote aulló de dolor, buscó la manera de zafarse del agarre, pero las manos de Sasha se asemejaron al concreto. Ya en el interior de la casa una vez más, en el antiguo piso de madera, el hombre puso su bota de combate sobre la garganta y presionó. Miko intentó moverlo, pero fue imposible. ¿Cómo mover una montaña? El hombre comenzó a hundir su peso en su tráquea.
—Vas a guardar silencio como te ordené porque a la próxima no la cuentas, ¿entendiste, imbécil?—Miko no respondía—¡¿Entendiste?!
—¡Sí! ¡Por Dios! ¡Sí!—Miko gritó con todas sus fuerzas desmoronándose en llanto. Sasha puso los ojos en blanco y lo levantó de un tirón.
¿Cómo un hombre tenía esa fuerza?
—Ya, no te pongas llorón, que no te he hecho nada.—Sasha le limpió la cara y le sacudió la sotana como si se tratara de un niño.
—Hay comida y dinero en la iglesia.—Miko dijo con voz trémula, con la tonta esperanza de que Sasha se fuera—. Toma lo que quieras y vete. Juro no decir nada, solo vete, ¿sí? Hagamos de cuenta que esto nunca sucedió.
—¿De verdad vas a mantener cerrada tu linda boquita, padrecito?—Un escalofrío recorrió la columna de Miko de punta a punta, una corriente eléctrica que le reveló que el peligro era mayor al imaginable. Sasha negó—. Mierda, de verdad te creí más inteligente, chinito.
«Chinito».
El imbécil ni siquiera suponía que su ascendencia no era china sino japonesa.
—No soy chino. —Miko escupió y Sasha puso los ojos en blanco.
—Claro, chinito, como sea. Requiero de un lugar para esconderme hasta tener novedades de mi contacto en América Latina. Voy a quedarme aquí y tú me asistirás, ¿entiendes ahora o debo deletrearlo?
—No—Miko negó—, tú no…
—¿Quieres morir, chinito?—Sasha lo asió del mentón—. Porque no me costará nada matarte y estoy aguantando las ganas de callarte de un solo golpe. No estás en posición de decidir, grábate eso.
Sasha colocó su índice sobre la sien de Miko y presionó con tanta fuerza que el sacerdote se tambaleó.

«Es una pesadilla».
Había sobrevivido a tantos asesinos a lo largo de su vida, asesinos de su propia sangre, ¿por qué Dios le seguía enviando pruebas? ¿Cuánto dolor debía pagar para caer en las garras de este hombre?
El escrutinio de Sasha fue feroz sobre cada parte de su cuerpo. Cuando el bastardo se mordió el labio inferior, Miko tembló de anticipación. Lo seguía mirando de ese modo, como si fuera una presa al alcance de una bestia.
—Suéltame. Prometo no gritar.
Sasha hizo una mueca, peinó su cabeza y acarició con su mano derecha los hematomas que se estaban formando en su cuello y en la parte inferior de su rostro. Las lágrimas corrían incontrolables en el rostro de Miko, y Sasha entornó los ojos. Carajo, esto estaba saliendo peor de lo que esperaba.
—Escucha, sé lo que parece, pero de verdad no busco hacerte daño. No voy a quedarme eternamente aquí. Solo necesito un mes y después serás libre de mi presencia por el resto de tu vida.—Sasha explicó—. Vamos, no me hagas matarte.—Miko tragó saliva y escuchó al hombre que todavía lo sostenía contra su cuerpo—. No tengo nada en contra de ti, padrecito, pero necesito un lugar donde ocultarme y no levantar sospechas y este parece el mejor. Nadie en su sano juicio pensaría que Sasha Kozlov se oculta en una iglesia.
—Por supuesto, por lo general las iglesias no albergan a Satanás reencarnado.—Miko quería morderse la lengua para no responder, pero el ímpetu fue más fuerte. Sasha dio pasos hacia atrás y comenzó a reír.
—Creo que hay varios colegas tuyos que son mucho peores que yo, así que no creo que estés en condiciones de juzgar ¿Quieres que los enumere? Tipos que fingen ser pastores de ovejitas cuando en realidad son el puto lobo feroz.
Miko se irguió. El dolor en la mandíbula era inenarrable. Le dolía hasta pensar en ese momento. Estaba en el sitio que había sido su hogar, un hogar que ahora le pertenecía al tal Sasha. Lo sería por un mes si el bastardo cumplía su palabra.
—No hablo por mis colegas, hablo por mí y puedo asegurarte que mi vida ha sido un infierno a causa de personas como tú que se arrojan el derecho de matar, torturar y perseguir.—Miko estaba enojado, Sasha notó los gestos de un hombre que a simple vista parecía un ángel, pero ahora estaba sacando las garras—¿Cómo sabes que no te denunciaré a la policía? No voy a dejar mis labores, Sasha. No me tendrás cautivo encerrado en una habitación. Si piensas que voy a actuar de ese modo, pues…
—¿Qué?—Sasha deslizó su lengua por el labio inferior entre divertido y provocador—, Anda, muestra pelotas, padrecito.
—La iglesia seguirá funcionando conmigo. Si no aceptas mi condición, mátame ahora, porque no voy a ceder.
Dos pasos adelante, uno más, otro y otro. Sasha avanzó sobre el cuerpo trémulo que ahora retrocedía hasta chocar con la mesa de la salita de invitados, la cual, estaba decorada con muebles antiguos. Miko se sostuvo de la madera y esperó el golpe.
—En el momento en que decidas hablar, si tienes la loca idea de traicionarme, iré al hogar de tu linda amiga Anastasia y la asesinaré a ella y a su marido ¿Eso suena como una buena condición para tu silencio? ¿Suena como una condición aceptable para que mantengas las apariencias?
Miko se cubrió la boca y volvió a llorar.
—¿Por qué? ¿Por qué yo?—Miko anhelaba golpear a ese hombre frente a él, deseó por un instante haber muerto cuando era un niño—. Dios.—Sasha, como era su costumbre arraigada,

solo lo observó. Miko se quedó inmóvil, bañado en lágrimas frente a un tipo que esperaba con paciencia que su ataque de dolor y pánico terminara—. Por favor, no le hagas daño a mi gente, solo eso te pido.

Sasha asintió y Miko fue consciente de que ese gesto sería lo máximo que obtendría de él.

—Bien, padrecito. Ahora que nos entendemos, aliméntame. No he comido desde ayer.

11 Confinamiento

La risa de Martin fue un sonido que mitigó el miedo que abrumaba el ambiente de la salita del hogar del padre Subaru.
—¿Me estás diciendo que estás en una iglesia? Por Dios, eres increíble, hijo de puta, de verdad.
—Te dije que me las arreglaría—explicó Sasha—. Aquí me mantendré hasta recibir novedades tuyas, que, por cierto, espero estés moviendo tu culo para conseguir lo que te pedí.
—¿Vas a matar al sacerdote?
Sasha observó alrededor. Miko estaba en su cuarto, se había refugiado allí luego de dejar un plato de estofado para él en la mesa. Sasha devoró la comida. Jamás había probado nada tan delicioso, o tal vez tenía mucha hambre. Para el caso era lo mismo.
—No es la idea.—Sasha se sinceró—. Es un medio, pero mi intención no es eliminarlo.
—Claro, ya no matas personas buenas.
—Lo intento—replicó Sasha—, ¿eso se tomaría como un avance?
Martin se restregó la cara.
—Sasha, ese hombre está rodeado de feligreses, tarde o temprano te va a delatar.
—No lo hará, no si quiere mantenerlos a salvo de mí. Ya le conté cómo le fue al último que me traicionó.
Martin dio un profundo suspiro.
—Asef está molesto conmigo, ¿sabes? Piensa que regresaré a esta vida.
—Pues deberías—replicó Sasha—, me resulta imposible pensar en un tipo como tú fuera de este negocio.
—Es la mejor decisión que tomé en mi vida—confesó Martin—, mi primer esposo murió a causa de esto, me niego a perder a Asef por lo mismo.
Sasha se encogió de hombros.
—¿Hombres como nosotros tenemos alternativa?
Martin frunció el ceño.
—Siempre la hay, solo que debes tener un aliciente que te impulse a encontrar algo mejor.
Sasha dio un gran suspiro de incredulidad.
—Muy bien, príncipe encantador, ahora dime, ¿qué sabes?
Martin le sonrió.
—Charles Brandon está convencido de tu muerte, ni siquiera ha hecho nuevas investigaciones. Se ha tornado descuidado, será fácil llegar a él.
—Al fin algo positivo—replicó Sasha—, ¿qué hay del dinero? ¿Novikov?
—Bueno, empecé con la buena noticia, ahora viene la mala—señaló Martin—, me informaron que Novikov está en Alemania y se ha puesto en contacto con el gobierno para su colaboración. Están cerca, Sasha.
—Eso no servirá, Alemania no va a colaborar con ellos—afirmó Sasha y Martin se encogió de hombros.
—Quizás no le brinde el apoyo explícito, pero lo que puedo decirte es que hasta ahora no se han pronunciado en contra del accionar de tus camaradas en el territorio. Hay miembros de Wagner en Alemania, están en alerta por ti.
Sasha apretó el puño y lo llevó a su boca.

—¿Qué hay de mis documentos?
Martin negó.
—Debes tener paciencia.
—Martin, la puta madre—insultó Sasha—, tengo a estos hijos de puta que me pisan los talones, debo encargarme de ellos como sea, o de lo contrario me matarán, o lo que sería peor, terminaré en Rusia de nuevo y conozco de primera mano lo que le sucede a los que…
—¿A quiénes? ¿A los traidores? ¿Es casi justicia poética no es así?—indagó con sorna y Sasha le mostró el dedo medio.
—Pues métete la justicia poética por el culo—expresó con la ira que buscaba emerger—. Novikov y Brandon van a morir y lo voy a lograr así sea lo último que haga. Sé que mis días están contados, soy consciente de que este momento puede ser el último, pero mientras haya una parte de mí que pueda seguir, no voy a detenerme.
Martin frunció el ceño.
—¿Por qué no escapar directamente?—Martin se encogió de hombros y movió las manos—¿Por qué te empeñas en ir tras tu muerte?
—Novikov no dejará de perseguirme en lo que me queda de vida, y en cuanto a Brandon, es lo que corresponde. Me pagaron para asesinarlo, así debe ser.
—¿Es nada más que eso?
—¿Qué más habría, imbécil?
—No lo sé.—Martin presionó en el punto de molestia y dolor—. Tu eterna rivalidad con él cuando el tipo ya dio vuelta de página.
—Qué conveniente para él dar vuelta de página cuando ha ganado una batalla. Pues, ahora va a darse cuenta de que, si no arrancas la maleza de raíz, esta vuelve a crecer.
Martin negó.
—Los hombres de Novikov están rondando, Sasha, te lo repito una vez más. Asegúrate de que el padre Miko mantenga la boca cerrada.
—Lo hará—aseguró Sasha—, es un hombre sensato a pesar del miedo. No habrá inconvenientes.
—Estás usando su celular, él que parece que ha perdido las últimas neuronas eres tú.
—El padrecito conseguirá un teléfono descartable, por ahora, esto es lo que tengo, o, tal vez, me quede con este.
—Si Novikov se entera de que te ayudó, sabes lo que va a sucederle a él. No tendrá piedad.
—Eso depende de ti, amigo.—Sasha señaló a la pantalla—. Muévete rápido y todo se solucionará. El padrecito hará de cuenta que nunca estuve aquí y yo obtendré mi venganza. Todos felices comiendo perdices. ¿No sería un final maravilloso?

****

El cielo se caía a pedazos esa noche. Era la primera noche que pasarían en Alemania, la primera de muchas, la primera de toda una vida. Miko se acurrucó en la cama que compartía con su hermano y lo abrazó con tanta fuerza que despertó a Dohko.
—Hey—Dohko, siempre maduro y protector, le acarició el cabello y dejó un beso en su frente—, son solo truenos, nada va a pasarnos.
—Extraño a mamá.
—Sí, yo también—el abrazo de su hermano se intensificó—, pero estamos vivos, y esa es nuestra recompensa. Mamá siempre lo dijo, mientras estemos vivos, mientras respiremos, vamos a encontrar motivos para avanzar.

Miko se hizo un ovillo en su cama envuelto en las sábanas y lloró por enésima vez. Vestía un pantalón corto blanco y una camiseta celeste sin mangas. Había dudado en quitarse la ropa, pero no tenía opción.

«Le perteneces».

Esa era la triste verdad. Escuchó la voz de Sasha proveniente de la sala.

«Un mes».

Debía estar bromeando, una broma macabra y cruel propia de un ser como él ¿Cómo soportaría un mes con Sasha a su lado? Su rostro estaba adormecido, la mandíbula y el cuello habían tomado una coloración violeta que llamaría la atención de sus feligreses. Iba a mentirles, por supuesto, pero ¿qué mentira no levantaría sospechas? ¿Cómo le explicaría a su amiga Anastasia el hecho de que ahora compartía su pequeño hogar con un gigante?

Las punzadas en la cabeza no se detuvieron pese a los analgésicos, Miko era incapaz de conciliar el sueño. Escuchó los pasos firmes sobre el piso de madera y la puerta de su recámara se abrió. Miko saltó de la cama, la mano derecha en su pecho. Sasha arqueó una ceja.

—¿Todavía despierto?—preguntó casual.

Miko tragó saliva cuando el tipo comenzó a desnudarse. Lo primero que se quitó fue la camiseta negra. Los ojos del sacerdote lo recorrieron, su piel blanquecina era una amalgama de cicatrices y tatuajes. Había dos enormes hematomas del lado derecho, por su coloración eran muy recientes, además de heridas de arma blanca y de fuego. Los ojos de Miko se encontraron con la mirada escrutadora de Sasha.

—¿Qué estás haciendo?—preguntó con un hilo de voz.

—¿No es obvio?—preguntó Sasha—. Ha sido un largo día. Voy a darme un baño y a dormir.

—No aquí.—Miko se negó—. Hazlo en el sofá.

—Mido dos metros con cinco centímetros, padrecito. No voy a entrar en el sofá, además, no quiero que se te ocurra la brillante idea de huir mientras estoy dormido, así que, voy a acostarme a tu lado, te guste o no.

—¿Es así como todo funciona para ti?—Miko se secó las lágrimas—¿Tomas lo que deseas, destruyes sin miramientos, sin pensar en nada más?

Sasha le dio una sonrisa de labios cerrados.

—Así es, chinito. Creo que lo has resumido bastante bien, pero, a diferencia de lo que tu mente cree, no tomo sexualmente a la fuerza a las personas, a menos claro, que eso les guste.—Las mejillas de Miko se tiñeron de rojo—. Solo para que tengas un poco de tranquilidad, súmale también que para nada eres mi tipo. Te destruiría con solo una embestida, y me sirves más estando vivo en este momento.

Algo feo y agrio se asentó en el estómago de Miko, y lo peor es que no sabía expresar qué era lo más repugnante de todo lo dicho. El estúpido e irónico sentimiento de no sentirse elegido le molestó ¿Qué pasaba por su ridícula cabeza? ¿Es que de verdad esperaba que Sasha se sintiera atraído por él?

«Es tu captor. Despierta de una vez, Miko».

—No dormiré contigo—replicó tajante y Sasha le señaló una silla de madera rota al lado de la cama.

—Pues te acomodarás ahí entonces, pero de esta habitación tienes prohibido salir sin mi autorización. ¿quedó claro?

—Eres un…

—¿Qué?—Sasha se acercó y se agachó para quedar de frente con el sacerdote—¿Te das cuenta de que eres un puto cobarde? Ni siquiera eres capaz de insultar por miedo a las represalias

divinas.
—¡Ahhhhhhhh!—El golpe fue rápido. Miko le asestó un derechazo y se lanzó sobre el hombre que cayó en la cama. Sasha lo asió de la muñeca con fuerza, llevó su brazo hacia la espalda, lo volteó boca abajo en el colchón—¡Bastardo hijo de puta! ¡Malnacido infeliz!
—¿Ves que no era tan difícil, chinito? Si tienes ganas de insultar, puedes hacerlo. Nadie te detiene, excepto tu tonta conciencia susurrándote que, si eres tú mismo, vas a ser castigado—El aire se quedó en los pulmones cuando Sasha lo aplastó debajo de él—. Siempre me pregunté quién confiesa a los curitas boca sucia como tú.
Miko gritó con toda su fuerza. Sasha rio y lo giró para colocarlo boca arriba. El sacerdote pataleó y el hombre se posicionó entre sus piernas. Miko estaba indefenso. No tenía oportunidad frente a un hombre de puro músculo y poder. Sasha exudaba masculinidad en cada poro. El sacerdote absorbió su aroma que ahora formaría parte de él. Su perfume, una mezcla de maderas y sándalo, salvaje y persistente como su maldito captor que se mezclaba en un equilibrio perfecto con un suave aroma a tabaco.
Estaba expuesto frente a un hombre que no dudaría en tomarlo como se le diera la gana. Había dicho que no era del tipo que abusaban, pero ¿cómo creerle después de jactarse de todas sus acciones?
Una cosa era cierta, Sasha tenía la fuerza física para hacer lo que le placiera.
Una leve caricia con la punta de los dedos sobre su mandíbula y descendió sobre el cuello adornado por un color violáceo. Sus ojos verdes grisáceos lo recorrieron con un hambre voraz. Los dedos se deslizaron hacia abajo y serpentearon sobre el pecho cubierto por la delgada camiseta.
—¿Me tienes miedo padre Subaru?
—Sabes que sí.—Miko confesó con su respiración agitada. La sangre brotó del labio de Sasha. No quería pensar en las consecuencias de su osadía.
—¿Por qué me temes?
—¿Qué sentido tiene para ti esta conversación?—preguntó enojado.
Miko se estremeció cuando el dedo índice hizo círculos sobre el pezón. No lo estaba soñando, ese hombre estaba ahí.
—El miedo es un arma tan magnífica como impredecible. Un ser humano con miedo puede rendirse ante ti o atacarte. Nunca sabes qué hará. Nunca terminas de conocer la naturaleza de un animal que se siente acorralado.
—Te gusta que la gente te tenga miedo. Tienes el sadismo a flor de piel.
Sasha dio una risilla. Las charlas con el padre Subaru le parecían de lo más cómicas.
—Me gusta la combinación de miedo y excitación. Cuando te vuelves consciente de que puedo usarte para aterrorizarte o para el placer. Dime, ¿para qué quieres que te use?
El corazón de Miko se saltó un latido cuando la lengua de Sasha lamió sus labios. Su voz se extravió ante el contacto y las lágrimas rodaron por sus ojos. Ese hombre lo lastimaría más de lo que ya lo había hecho.
—¿Acaso no lo has decidido ya? —La voz de Miko se quebró y Sasha la dio una sonrisa ladina. Se movió a un costado y se apartó. Quedaron uno al lado del otro en la enorme cama que , en ese momento , para Miko parecía la litera de un ratoncito que debía compartir con un gato grande y hambriento.
—Ya duérmete, padrecito. Es tarde. —Sasha se colocó de perfil, su rictus serio—. Si vuelves a golpearme me vas a conocer, te lo garantizo. No te gustaría verme enojado.
Una vez que dijo sus palabras se dio media vuelta y se acomodó en su lugar de la cama. Los

ronquidos llenaron el ambiente casi de inmediato. Miko se enfocó en el techo. Su cuerpo continuaba temblando. Puso las manos en el centro de su pecho y le pidió a Dios fuerza, la fuerza necesaria para soportar todo lo que viniera.

12 Una vida diferente

El golpe en el lago cubierto de la gruesa capa de hielo, gritos, gritos y más gritos. El impacto del puño sobre la superficie cristalina que no cedía. La nieve caía sin cesar y empapaba sus ropas. Más gritos, llantos desgarradores y la imagen de su único amor, de lo único que había tenido perdiendo la vida.

—¡Mijail! ¡Mijail!

Sus ojos dejaron de brillar, las últimas burbujas bailaban en el agua fría que se tornaría su tumba. Toda su fuerza no fue suficiente, su destreza no fue suficiente. Nada de lo que hizo sacaría a Mijail del hielo. Los alaridos de dolor resonaron en la inmensa planicie helada. La sangre tiñó de rojo el hielo que no cedió. Lo había perdido.

Sasha dio un suspiro ahogado y abrió los ojos con estupor como ocurría desde hacía casi dos décadas. El trino de los pájaros muy cerca de la ventana le mostró el lugar donde se encontraba. Estaba vivo, su corazón seguía latiendo pese a sus deseos por apagarlo.

«No todavía, tienes cuentas que ajustar».

—Murió por tu responsabilidad.

—No es verdad. Fue responsabilidad de esos hijos de puta.

Sasha tensó la mandíbula. Si tan solo hubiera muerto ese día, si tan solo la maldita bala hubiera respondido cuando intentó poner fin a todo eso.

Un suspiro profundo lo sacó de su miseria, lo sacó del recuerdo que se repetía como en una espiral donde el resultado siempre era el mismo. Observó la cama a su lado y el padre Subaru seguía en ella. Dormía, sí, dormía, contra todo pronóstico, ese hombre fue capaz de conciliar el sueño al lado de un monstruo.

«Monstruo».

El término era tan común para él como respirar. Todo el mundo lo llamaba de ese modo, por lo que dedujo que no todos podían estar equivocados.

Sasha se ubicó de perfil y se encargó de grabar sus gestos. Su labio superior era un poco más regordete que el inferior, sus pestañas largas y gruesas le daban el toque perfecto a su piel de porcelana. Sasha se humedeció los labios y negó con una sonrisa antes de ubicarse de nuevo mirando el techo.

¿Cómo encuentras el billete de lotería ganador en la calle? Es casi una proeza, ¿verdad? Pues, eso fue lo que le sucedió a él.

Sasha había caminado sigiloso por las calles a primera hora de la mañana. El dinero se había acabado, necesitaba una nueva víctima hasta que Martin le consiguiera lo prometido. Odiaba depender de las personas, pero era la única salida posible. Encendió el último cigarrillo y se detuvo frente a uno de los mercados de la zona. Allí estaba, llevaba sotana ese día. El sacerdote le sonrió a la vendedora mientras palpaba la calidad de los tomates. Sasha se humedeció los labios del mismo modo a cómo lo estaba haciendo en ese momento y le dio una nueva pitada al cigarrillo. Miko emprendió su camino de regreso a casa y Sasha lo siguió, fue cuando llegaron a una iglesia católica. El hombre observó la fachada del sitio, era antigua, pero estaban haciéndole algunas restauraciones. Miko ingresó al lugar y Sasha entró a una iglesia por primera vez en toda su vida. Averiguó los horarios de misa y a partir de allí, todo su talento entró en juego. El sacerdote no tenía a nadie, sabía que vivía solo en la casa detrás de la parroquia, una mujer de

unos cincuenta años junto a su esposo le colaboraban en alguna de las reuniones y en proyectos. Miko era la víctima perfecta, un ángel caído del cielo ante un demonio, al cual, lo embargaba la desesperación.
Sasha le acarició el cabello con la punta de sus dedos. Su piel ardió y tensó la mandíbula, un hábito común al momento de frenar sus instintos. No recordaba la última vez que el deseo bramó en su interior con tanta fuerza.
«No abuso a las personas».
Era una verdad como un templo. Sasha jamás había forzado a nadie, es más, odiaba a ese tipo de escorias a los cuales consideraba peor que él incluso, pero el padre Subaru, Dios, era una tentación ambulante.
«No eres mi tipo».
Sasha pensó en cuántas veces se había follado a hombres delgados y pequeños y el número fue cero. Le gustaba el combate, la lucha cuerpo a cuerpo, el choque de sus pieles con furia. Con Talo había tenido eso, con sus amantes anteriores también, no obstante, esta sensación extraña que el padre Subaru despertaba en él llevaba décadas dormida, una sensación que debería haber quedado guardada en lo más profundo de su mente y también en los resabios de su corazón.
—Quisiera una confesión.
—Es nuevo aquí, ¿verdad?
—Lo soy.
—No se preocupe. El padre Miko es maravilloso. Sea muy bienvenido.
Anastasia le había dado una sonrisa llena de calidez y Sasha había reído, no por amabilidad, sino pensando en la estupidez de la pobre mujer.
Entonces, aquí estaba. En la cama del padre Subaru deleitándose con sus suaves ronquidos y su respiración acompasada.
¿Qué tan mal de la cabeza podía estar Miko para acostarse a su lado?
Más de una vez esa noche, Sasha pensó que el sacerdote huiría, pero no lo hizo en ningún momento. Obedeció sumiso, o quizás resignado, pero de igual modo, se mantuvo a su lado.
Sasha se acercó unos centímetros más, el calor del cuerpo del sacerdote se percibió en el suyo.
«Dios siempre perdona, está en su infinita misericordia hacerlo, y, si nosotros tuviéramos su fuerza o su espíritu, seguiríamos su ejemplo».
Sasha estuvo a punto de carcajearse cuando escuchó esa frase. Estaba claro que Miko había vivido en una burbuja toda su vida, el dolor no le había rozado ni una uña, de lo contrario, no lanzaría tantas estupideces al viento.
El padre Subaru dio un gemidito y se acurrucó contra su cuerpo y Sasha se tensó. Esto era peligroso, no para Sasha por supuesto, sino para el pobre tonto que no intuía el calor que había despertado en el mercenario. Necesitaba sexo, mucho sexo y este hombre se le estaba presentado en una bandeja decorada con hojas verdes y una manzana en la boca.
«Contrólate. Lo necesitas».
Cierto, había que seguir un plan. Uno que se le estaba yendo a la mierda desde el momento en que abrió los ojos. Sasha se enfocó en el reloj que estaba al lado de la cruz en la pared frente a ellos. Eran las seis y treinta. Hacía tanto tiempo que no dormía de un solo tirón. Sasha se durmió profundamente después de la abierta provocación al sacerdote, al cual, le había aclarado que no era su tipo.
Sasha rio para sí mismo ¿En serio había coqueteado con un sacerdote? Martin se reiría a carcajada limpia si le contara. Se giró una vez más hacia Miko. Deberían prohibir que hombres así se dedicaran al sacerdocio. Eran una tentación. Sasha no sabía mucho de la iglesia, pero

entendía que uno iba a ese lugar a dejar los pecados, no buscando follarse al cura.
Miko se movió en la cama y su frente se apoyó en el musculoso brazo de Sasha. Fue cuando de un solo salto se incorporó y voló fuera de la cama. Sasha se rio ufano.
—Buenos días, padrecito ¿Dormiste bien?
El sacerdote llevó su vista a la habitación, a los escasos muebles acomodados prolijamente en la habitación. No había sido una pesadilla, ese hombre estaba allí en su cuarto, en su cama. Su aroma estaba impregnado en cada parte.
«Dios mío, ayúdame».
Miko bajó la mirada al piso de madera y tomó conciencia de la realidad, el bulto en sus pantalones cortos le dio escalofríos.
—Hay muchas mujeres en la iglesia. ¿De verdad no se ha fijado en alguna de ellas?
—Aunque no lo creas, jamás lo hice. Puedo admirar la belleza de una mujer, pero nunca la amaría de manera apasionada, quizás, hubo algo mal en mí desde el principio, quizás no traje un interruptor de la libido, porque de verdad, soy incapaz de sentir ese tipo de pasión carnal que a todo ser humano lo embarga.
El miedo atravesó su columna vertebral como un látigo, sus ojos se llenaron de lágrimas por el terror.
¿Por qué carajo tenía una erección?

13 Conciencia

—Buenos días, padrecito. Linda mañana, ¿no le parece?
Miko restregó su piel una y otra vez con la esponja del baño. El agua fría corrió por su cuerpo y tembló. Se cubrió la cara con sus manos y comenzó a llorar.
«Es solo una erección matutina. Es normal».
Se lo dijo una y mil veces, pero odiaba a su cuerpo ¿Por qué tenía que comportarse así ahora? ¡Justo enfrente de ese bastardo! ¿Cuándo empezó a jugar con fuego? ¿Cuándo decidió calentarse por el calor de otro ser humano?
«No es un ser humano, es una bestia».
Era como si se hubiera olvidado cómo se conocieron, la violencia con la que lo inmovilizó. Había tenido un par de sueños húmedos durante su adolescencia, es todo lo sexual que pudo ser a través de los años. Miko pensó que era una persona sin deseos o impulsos de ese estilo. No había visto una película para adultos jamás, ¿qué le ocurrió esa mañana?
La diversión en los ojos de Sasha, el sonrojo de Miko que rogó que la tierra se lo tragara. Sasha Kozlov era una bandera negra en una playa. Un tiburón a la espera de su presa.
«¿Quieres ser su presa?».
Sacudió su cabeza y se concentró. Era martes, un gran día, excepto porque convivía con su secuestrador. Nuevas voluntarias llegarían para conocer la iglesia y trabajar junto a él ¿Qué haría Sasha? ¿Dónde se escondería? Bueno, en caso de que quisiera esconderse.
«Aunque ande en valle de sombra de muerte no temeré mal alguno porque tú estarás conmigo».
Miko se aferró a esas palabras del salmo veintitrés y contuvo las lágrimas. No estaba en condiciones mentales ni emocionales de llevar a cabo las actividades de la iglesia, pero ¿qué otra opción tenía?
Ir a la policía estaba descartado ¿Contarle a Dohko? ¡Jamás en la vida! Su hermano tenía una familia hermosa y no la expondría a la venganza de un loco.
«No es mi intención hacerte daño».
¿Debería confiar en él? ¿En un hombre que tiñó su cuello de morado y lo golpeó?
«Sé fuerte».
¿Cómo explicarle a su madre fallecida que estaba cansado de ser fuerte? Que, aunque fuera unos instantes, anhelaba el cobijo de alguien y que este lo protegiera. Alguien que le dijera que todo estaría bien y que podía descansar en su hombro.
Cerró la ducha, se secó, y se dirigió a la habitación, se vistió con un pantalón negro y una camisa gris y zapatos negros. Se miró al espejo y se colocó el alzacuello de color blanco. La imagen que el espejo le devolvió le dio miedo. Había algo diferente en él, aunque no alcanzó a dilucidar qué.
Se aplicó unas gotitas de perfume, uno que Anastasia le compró para su cumpleaños dos meses atrás. Era una fragancia suave con un toque de lavanda y menta. Amaba los aromas frescos. Dio un suspiro y se arregló el cinturón antes de salir de la habitación. Las voces en la sala lo petrificaron. Esa voz, esa era …
—¡Anastasia!—Miko exclamó y corrió hacia la salita.
La escena que encontró fue surrealista. Anastasia reía junto al enorme hombre rubio que ahora parecía de lo más amigable. Estaba cruzado de brazos y movía sus manos contando lo que era

una especie de anécdota sobre la cena de la noche anterior.
Las palabras se perdieron en su boca, su lengua fue incapaz de hacer rodar las frases.
—¡Padre Miko!—Anastasia le sonrió con inocencia y dulzura como era su costumbre—. No me había contado que tendría visitas tan temprano.
—Buenos días, Ana. Es que con tanto trabajo los días pasaron volando y cuando quise acordar, ¡zas! Ya estaba aquí.
Miko rio con nerviosismo.
—Me alegra tanto que tenga compañía. Siempre está tan solo. Sasha me comentó que lo incluirá en las labores de la iglesia.—Anastasia le dio un golpecito en la espalda—. Vayan a sentarse. Pronto les llevaré café, he traído una de mis tartas de fresa.
—Eso es genial—asintió y caminó hacia el comedor. Sasha puso las manos en sus bolsillos y lo siguió. Una vez que llegaron al comedor. Miko golpeó la mesa—¿Por qué te acercas a ella?—cuestionó entre dientes y el hombre hizo una mueca de indiferencia.
—Anastasia tocó el timbre y salí a recibirla. Ella fue la primera persona con la que hablé en la iglesia y me reconoció. Me dijo que estar cerca tuyo me hará muy bien. ¿Qué? ¿Debería haberle dicho que se aparte? O quizás…
—¡Ya!—Miko ardía de furia—. He aceptado ayudarte con la condición de que nadie de mi entorno sufra. Tienes que cumplir tu parte, porque te juro por Dios que te vas a arrepentir.
Sasha contuvo una carcajada. Le pareció profundamente divertido el enojo de Miko.
—¿Por qué piensas que no lo haré? Anastasia está viva y de una pieza.
Miko se restregó el ceño como si quisiera borrarlo.
—Eres un maldito hijo de puta.
Sasha abrió la boca y señaló con su índice.
—Es la tercera palabrota que le escucho, padrecito. ¿No le da vergüenza?
El ambiente se tornó denso. Sasha se mordió el labio inferior.
—Debería matarte.
Sasha sonrió ante el aspecto sombrío del sacerdote.
—¿En serio? ¡Pues aquí estoy, Miko! ¿Qué te detiene?
Las manos de Miko se hicieron puños. La impotencia llenó su cuerpo.
—Este café huele mejor que nunca.—Anastasia ingresó al comedor con una bandeja y su famosa tarta de fresa.
—Debo darte la razón, huele exquisito.—Sasha se sentó de inmediato. Miko parecía una momia.
—Padre, siéntese. El café se va a enfriar.
Apenas podría ingerir bocado, pero no iba a desairar a Anastasia que siempre fue amable con él y se había esforzado en esa tarta, además debía estar atento al loco de múltiples personalidades que ocupaba su hogar.
Miko ingirió la bebida que se asentó en las entrañas. Comió la porción de tarta que con tanto amor Anastasia le sirvió.
El hombre sentado frente a él era otra persona. Lejos había quedado el tipo serio y temible que lo observaba durante las misas y que al final de ellas, se escabullía o desaparecía como un fantasma.
«¿Cuántas caras tienes?».
Miko entrecerró los ojos y escrutó a su captor con detenimiento. Era tan bueno fingiendo, la manera en que respondía y hacía preguntas a su amiga. La forma en que cuidadosamente contaba partes de historias, su cerebro preparado para ello. Este hombre era como un veneno de acción tardía, una víbora que nunca sabes cuando asestará la picadura.

—¿De qué parte de Rusia eres?—preguntó Anastasia.
—De Moscú.—Sasha bebió el café—. Crecí allí junto a mis padres y mis hermanos.
—¿Te llevas bien con ellos?
—Creo que nunca podría alejarme por completo de ellos. Son como una parte de mí, aunque uno de mis hermanitos está aquí en Alemania.
«¿Cuál? ¿Ese que pretendías matar?».
Miko arqueó una ceja y se imaginó haciendo la pregunta, se imaginó quitándole la máscara y exponiéndolo frente a su amiga a la cual tenía comiendo de su mano.
—¿A qué te dedicas ahora?
Sasha dio un suspiro. Miko sonrió. Bien, ¿qué vas a contestar ahora, cabrón?
—Tuve un altercado con el hijo de mi jefe y me despidieron. Eso me dejó sin alternativas, así que ahora, busco rehacer mi vida en esta parte del planeta. Todavía no tengo bien en claro mi camino, pero pronto lo descubriré.
Los ojos verdes grisáceos fueron hacia Miko quien se estremeció.
—El padre Miko es un gran mentor. Los jóvenes de la zona lo aman—señaló Anastasia—. Fue mi mayor sostén cuando perdimos a nuestro hijo.
—No lo dudo.—Sasha no le sacó los ojos de encima a Miko—. A mí me impactó desde el primer instante.
Miko bajó la mirada y bebió su café.
—Tengo que hacer unas llamadas al arzobispado. Ya regreso.
Miko se levantó de la mesa y caminó despacio hacia su pequeño despacho. Lo primero que hizo allí fue correr al baño de ese cuarto y vomitar. Se sentó en el piso al lado del inodoro y respiró. Necesitaba rezar, requería de Dios y su fuerza más que nunca.
Su estómago dolía después de forzarlo a ingerir alimentos, pero lo ignoró. Regresó al despacho, se ubicó en la silla frente a su escritorio, asió el rosario que estaba sobre la madera, y se decidió a entregarse a Dios y a sus planes, le pidió fuerza para enfrentar las tinieblas, templanza y entendimiento frente a lo que estaba ocurriendo ¿Cuál era el plan de Dios para Miko? ¿Cuál era el plan para Sasha? ¿Por qué lo llevó a su puerta? ¿Por qué?
Eran tantas las preguntas que atormentaban su mente.
—Te pertenezco en cuerpo y alma, protégeme de las tentaciones. Me gusta ser tu pastor, sabes que he cumplido con esta labor con alegría, pero no sé qué hacer en este momento. Hay personas en riesgo, gente que amo que podría morir por mis errores y equivocaciones y por las consecuencias del accionar de este hombre. Sasha también podría salir herido y…
«No quiero que sufra».
Lo dijo en su mente, pero no lo pronunció. Era difícil reconocer que tenía empatía por su captor, por un hombre que no valía la pena. Miko acarició la cruz del rosario y se decidió a perderse en la oración. Nada bueno saldría de tanto cuestionamiento de su cabeza, era momento de escuchar la voz de su corazón, la voz de Cristo y la virgen María.

14 Creencias y realidad

El día fue intenso. Miko habló con los jóvenes acerca de la importancia de ayudar al prójimo, de los recursos que necesitaban, de cómo podían emprender nuevas campañas para atraer a más personas. Una de las chicas, Camille, resultó ser creadora de contenido en Instagram por lo que les brindó buenas ideas para difundir su trabajo y llegar a más personas usando esa red social. Ningún recurso era suficiente cuando todos los días llegaban personas que requerían alimentos, ropa e incluso ayuda psicológica. Otra de las mujeres, Ofelia había llevado un pequeño gatito negro como obsequio para Miko. El sacerdote sonrió ante tamaña sorpresa.

—Es hermoso, Ofelia.

—Pensé que a lo mejor le gustaría. Sé que hay personas supersticiosas.

—Yo no soy así.—Miko la interrumpió—. Es más, aún me parece terrible el daño que se cometió a millones de animales a favor de mantener el *statu quo* y el poder hablando de tonterías de brujería.—Miko acarició al gatito en su mentón y este ronroneó—. Gracias de verdad. Lo aprecio.

Ofelia le mostró que la canasta que lo cobijaba le serviría de cama. El fondo estaba cubierto de mantas de color blanco y rosa que hacían resaltar la pequeña figura en su interior.

—Dámelo, yo lo tendré, así puedes continuar saludando.

Miko tragó saliva. Era el primer contacto que tenía con Sasha después de varias horas. El hombre se mantuvo estoico a un costado siendo testigo de toda la conversación. Más de una vez, Miko se percató de que contenía en sus labios una risa burlona.

«Ignóralo. Él nunca lo entenderá. No te metas en problemas».

Miko no quería más dolores de cabeza. Ya tenía demasiados encima. Sasha asió la canasta y la chica le sonrió con corazones en los ojos.

—No te había visto antes.—Ofelia jugaba con un rizo que caía en el lateral de su rostro y le daba una mirada coqueta al hombre. Miko puso sus labios en línea recta.

—Sasha apenas comienza con las labores. Se está adaptando.

Ofelia puso atención una vez más en el sacerdote. Frunció el ceño al notar el leve cambio de humor. Sasha se acercó más a la mujer.

—Espero verte de nuevo. Hay tanto que hacer aquí que voy a necesitar una guía aparte del padre Miko por supuesto.

—Claro.—La sonrisa de Ofelia floreció. La mujer saludó con la mano y se alejó hacia el grupo de chicos que estaba despidiéndose.

Sasha se ubicó al lado de Miko.

—Cambia esa cara. No estés celoso.

Miko apenas contuvo las ráfagas de ira.

—¿De qué carajo estás hablando? Me enerva que estés buscando acostarte con mis feligreses, eso es todo.

Sasha se enfocó en él y le entregó la canasta con el gato. El animalito tenía su vista fija en él.

—Los felinos son fascinantes, ¿no crees?—Sasha cambió de tema—. Son nobles e independientes. En las planicies africanas muchos de ellos viven su muerte en solitario.

Miko tragó saliva. El pequeño gatito ahora se chupaba su manito. La rabia se había desvanecido, incluso sus intentos por descubrir porque estaba molesto con Ofelia, porque si había estado

molesto, no temeroso de su suerte.
«¿Estas celoso?».
No, no lo estaba, que Dios lo librara de ello, porque eso significaba que él necesitaba más un psiquiatra que el propio Sasha.
—Una muerte en solitario debe ser lo más triste—respondió al comentario de Sasha e hizo caso omiso a la pregunta en su cabeza.
—Es lo mejor. No hay nada peor que la compasión.
Ahí estaba el verdadero Sasha Kozlov. Miko fijó su atención en su perfil. El hombre recio y espeluznante que era dueño de su vida se mostró. Atrás quedó el teatro de la simpatía y la amabilidad.
—La compasión nos hace humanos.—Miko respondió con firmeza. Sasha chasqueó la lengua.
—La compasión nos hace débiles, padre Subaru. Usted cree que ayuda, pero no lo hace, solo está creando gente dependiente. Toda esta parafernalia ridícula del amor de Dios, todos estos tontos con sus sonrisas fáciles y luchando contra lo inevitable.
—¿Eso te dices en las noches? ¿Eso le dices a tu conciencia cada vez que te golpea? ¿Cuando recuerdas a quienes mataste?
Sasha se carcajeó.
—No, padrecito. La condición para tener una crisis de conciencia es albergar una. Créame cuando le digo que carezco de ella y, cuando observo lo que la conciencia les hace a las personas, agradezco por eso. Mire lo que le hace a usted. Vive en preocupación, queriendo cambiar un mundo podrido. El débil será devorado por el más fuerte, ni más ni menos. Negarse a entenderlo es vivir en guerra con sus propios pensamientos.
Era una persona horrible. Miko negó con rabia y decepción. El pequeño gatito tocó con su manito suave y esponjosa el dorso de su propia mano, un intento de calmar a su corazón que saltaba en su pecho.
¿Qué tenía Sasha Kozlov para meterse debajo de su piel solo con palabras? ¿Para mover sentimientos y odios tan dormidos y olvidados?
—Jamás me verás indiferente al dolor. No me importa si el mundo está condenado como tú dices, mientras haya personas buenas en el mundo, hay esperanzas. Me aferró a eso cada día que Dios me regala.
Miko sentenció sin dudar. Había consagrado su vida a la compasión. Aceptar la afirmación de Sasha era fallarse a sí mismo, era corroborar que todo su trabajo era en vano, una magnífica pérdida de tiempo y no estaba dispuesto a hacerlo, no frente a un ser detestable, a alguien que ya se había adueñado de su existencia.
Sasha apoyó la palma de su mano en el hombro izquierdo del sacerdote.
—Esa es su sentencia padrecito. Fue su compasión la que le dijo que debía cuidarme y ahora lo tengo en mis manos.
Los ojitos del felino estaban sobre él ahora. Había asombro y ternura. Miko sonrió y le acarició la carita sin darle mayor atención al tipo a su lado. Sasha se escabulló entre la gente y regresó a la casa. El sacerdote dio un suspiro.
Los latidos de su corazón eran ensordecedores. Su cabeza volvió a doler a pesar de los analgésicos. La afirmación de Sasha giró una y otra vez en su cabeza. Ese hombre estaba equivocado.
«No fue mi compasión la que me sentenció. Fue mi curiosidad por ti».
Miko se dirigió a la iglesia después de la reunión. Se sentó en el primer banco frente al altar como hizo aquella vez cuando era solo un niño y decidió su camino. Habló con el Jesús

crucificado, hablaron de sacrificio y abnegación, hablaron de bondad y también de compasión. Hablaron de deseo, de esa sensación que invadía el cuerpo de Miko mucho antes de compartir una cama con Sasha.
«Ayúdame a sacarlo de mi vida».
Miko regresó a su hogar una hora después. Juntó todos los ahorros con los que contaba y buscó a Sasha quien estaba sentado en el jardín con un cigarrillo en la mano y el pequeño gatito en la canasta. El sacerdote se detuvo, dudó ante la imagen, como si tuviera problemas para diferenciar al verdadero Sasha.
«Este también es el verdadero».
Un hombre que se dedicaba a asesinar, a secuestrar, de pronto tenía esta actitud desconcertante, casi humana.
Miko se paró a su lado en silencio. Sasha tampoco le dirigió la palabra. El sacerdote tragó saliva. No era momento de dudar sino de actuar.
—Te daré todo el dinero que tengo. Si mis cálculos son correctos tendrás hotel y comida por tres semanas. Puedes esperar allí la llamada de tu amigo. Quédate con mi teléfono, y tengo una computadora que…
—No—Sasha le dio una nueva pitada al cigarrillo. El sonido de los insectos llenaba el espacio junto a sus respiraciones aceleradas—, no voy a irme, Miko.
El corazón de Miko dio un vuelco.
—¿Por qué no? Dijiste que estabas aquí debido a que carecías de recursos, pues, fantástico, te estoy dando hasta el último centavo. Aquí has estado expuesto a decenas de personas hoy, algunas desconocidas, en un hotel será más reservado, incluso si deseas puedes tener algo, tú sabes…
Sasha dio una nueva pitada y dejó que el humo llenara sus pulmones.
—No, no sé, Miko. Aclárame esa idea por favor.
—Puedes llevar a alguien que te haga compañía.
Sasha dibujó una sonrisa divertida.
—Me gusta tu compañía padre Subaru y no voy a cambiarla.
Miko estaba destrozado. Su plan había estallado en su cara.
—Dijiste que no buscas hacerme daño.
—Exactamente.
—Pero será inevitable. Si te encuentran aquí, ¿a quién crees que castigarán primero?
—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr.
El sacerdote hervía de rabia.
—Por supuesto, con la vida de los demás.
Sasha arrojó la colilla de cigarrillo a un costado. Se puso de pie frente a Miko quien se cruzó de brazos.
—Esa postura es de resignación.
—¿Qué?—La mente de Miko estaba en un limbo.
—Cuando encoges tus hombros y doblas tu espalda pareciera que estás a punto de pedir limosna, en cambio, si te cruzaras de brazos, pero te mantuvieras erguido es un claro mensaje de que nadie puede incomodarte, porque nadie es más fuerte que tú.
Miko le dio una sonrisa cargada de tristeza.
—¿Mi postura cambiaría algo?
—No en realidad—Sasha agregó con sinceridad—, pero, al menos, no tendrías un aspecto tan patético ahora.

Los ojos de Miko se llenaron de lágrimas, ardían a tal punto que derramaría mares.
—Me estás lastimando al punto de la locura. Voy a terminar quebrándome, Sasha. Quizás no hoy, tampoco mañana, pero sucederá. No puedo.
Sasha alzó su mano y lo asió del mentón con delicadeza.
—Espero que no, no me gustaría que te arrepientas por el resto de tu vida.

15 Locura

Diez días después.

La dinámica entre Sasha y Miko paso de pobre a inexistente con el transcurrir de los días. No había miedo en Miko, solo una sensación de desánimo y sentimientos extraños que lo llevaban a esquivar a Sasha a toda costa. Las grandes ojeras y el cansancio profundo del sacerdote no era un tema que pasara desapercibido, sin embargo, lo peor de todo y también lo más grave es que Miko seguía despertando cada día con una erección furiosa. Su cuerpo tomaba la cercanía física de ese hombre como un manjar que debía probar. Era la única respuesta posible y, aunque rezaba cada día para que su cuerpo se calmara, todo resultó en una misión imposible.

Lo peor comenzó una semana atrás. Había tenido decenas de sueños húmedos en dónde el bastardo era su protagonista y lo follaba hasta dejarlo seco. Miko se despertaba avergonzado al lado de ese bastardo que tenía una mueca de diversión en su rostro y no dejaba de mirarlo.

Era una especie de tortura psicológica, Sasha no iba a irse, y le haría la vida imposible mientras estuviera allí. Miko había caído preso de la locura. Las fantasías que su cabeza elucubraba lo acompañaban durante todo el día, incluso cuando daba misa, incluso cuando hablaba de las tentaciones mundanas y lo sacrílego. Nadie era más pecador que él en ese instante , es así como se sentía.

«¿Desde cuándo te gustan los hombres?».

Fue la pregunta que inundó su cabeza la primera vez que soñó con Sasha entre sus piernas. Fue tan vivido, una sensación placentera en dónde toda su existencia se redujo a los besos, las caricias y el enorme trozo de carne alojado en su interior. No había visto la verga de Sasha, pero por la forma en que su boxer se perfilaba, intuyó que el tamaño era considerable. Se estremeció en el sueño, gimió y chilló en un orgasmo brutal cuando abrió los ojos y se percató de que se había venido en su ropa interior y Sasha estaba acostado de perfil, con la palma de la mano en su rostro sin perder detalle.

—Gimes alto, ¿te lo habían dicho?

Saltó de la cama y se refugió en el baño. Se lavó con la esponja que ya estaba irritando su piel, y lloró como todos los días. Salió de la ducha, se vistió, y se preparó para su rutina. Necesitaba ayuda psicológica, al menos conversar con alguien que lo escuchara sin juzgarlo. Sasha estaba en la cocina preparándose un café. Miko acarició al gatito que todavía dormía en la canasta y buscó una chaqueta ya que la brisa estaba un poco fría. Buscó las llaves de su auto y Sasha lo detuvo.

—¿A dónde vas?

—A ver un amigo.

Sasha arqueó una ceja.

—¿Qué clase de amigo?

—No es de tu incumbencia.

Miko intentó pasar y Sasha lo sostuvo de la cintura para acercarlo a su cuerpo.

—Ten cuidado en quien confías.

—Suéltame.—Miko lo observó con odio. Sasha se apartó y el hombre caminó hacia la puerta.

—Esto no será eterno, padre Subaru, pronto te librarás de mí.
Algo en esa frase le dolió. Miko rio para sus adentros, de verdad estaba loco.
—Ruego a Dios cada día porque eso suceda.
Miko abrió la puerta y se marchó. Buscó su auto y condujo hasta la parroquia del padre Orlando, un hombre de la edad de su hermano Dohko que siempre le daba los mejores consejos en momentos difíciles. La parroquia quedaba en la ciudad de Bad Nauheim en el distrito de Wetterau, en el estado de Hesse. Miko condujo algo más de cuarenta minutos, una vez que su auto se detuvo presionó sus manos sobre el volante con nerviosismo
¿Por dónde empezaría a contarle? ¿Era justo meter a alguien más en este torbellino? Tenía a un asesino viviendo en su casa, un hombre que solo esperaba el momento para seguir asesinando. Bajó del vehículo y caminó hacia la parroquia. Hacía mucho que no visitaba a Orlando, pese a que solo estaban a treinta y cinco kilómetros. Orlando lo recibió con los brazos abiertos, observó a su amigo y frunció el ceño. Estaban en su despacho, en el área administrativa de la iglesia.
—Miko, ¿está todo bien?
Miko tragó saliva.
—No, no lo está. Han pasado cosas que me han hecho cuestionar mi vida.
Orlando lo invitó a sentarse en una de las sillas frente a su escritorio y le sirvió un café. Cerró los ojos y dio un suspiro.
—¿Es una mujer?
Miko se arregló el cabello, la verdad es que no era la forma en la que pretendía entablar la conversación, pero Orlando había mencionado el elefante en la habitación y no se echaría atrás.
—Un hombre—replicó y los ojos de Orlando estuvieron a punto de salirse de sus órbitas. Se sentó en la silla, estaba atónito—. Necesito una confesión.
—No—Orlando se negó—, háblame como tu amigo, no como sacerdote.
Los ojos verdes y llenos de vida de Miko brillaron con lágrimas.
—No sé qué hacer, Orlando—confesó—. Este hombre entró en mi vida hace unas semanas.
—¿Mantienes una relación con él?
—No.
—¿Tienes deseos por él? ¿Este hombre te corresponde?
El sacerdote empezó a reír entre lágrimas.
—La verdad es que no lo sé, pero…
—¿Qué?
—Es una mala persona, Orlando.—Miko se sinceró—. La verdad es que buscó la forma de apartarlo de mi vida, pero él se niega.
—¿A qué te refieres con mala persona?
Miko abrió la boca y la cerró.
—Ha asesinado personas. Es un soldado, a menos es lo que pienso por su cuerpo y la forma en que actúa.
—Miko, debes entregarlo a la policía.
—¡No!—Miko se levantó de la silla—¡No puedo hacer eso! ¡Todos corremos peligro si lo hago!
—Miko—Orlando también se levantó para calmarlo—, si lo pones tras las rejas, no tendrás que seguir con este miedo.
Miko suspiró y caminó hacia la puerta y luego regresó.
—¿Sabes qué es lo más retorcido de esto?—La voz se le quebró—. No tengo miedo, Orlando, quizás por mi entorno, pero no por mí. Él me atrae, y…Dios, estoy tan mal.
El hombre negó y volvió a sentarse. Orlando entendió que alguno de los dos debía estar en

calma, y, por lo visto, debería ser él, ya que Miko estaba al borde del colapso.
—Padre Subaru—expresó con cautela—, estás condenando a tu alma y no solo hablo de la lujuria que puede haber despertado en ti, sino por las consecuencias de esta locura. Si es un hombre entrenado como tú dices, sabe perfectamente el impacto que causa en ti, la forma de manipularte, tú eres un ser que no ve el mal en las personas.
—Sí, lo hago—corrigió Miko—, he visto la maldad que me ha acariciado la cara incluso. Lo vi cuando el clan de mi padre asesinó a mi mamá, lo vi cuando debimos correr y dejar la seguridad de nuestro hogar. Lo he visto, olido y tocado, pero por alguna razón, este hombre representa todo eso y me atrae como nada en este mundo. Me atrae como un maldito imán.
—Debes estar más en oración.
Miko se rio ante la tontería.
—Dios no me escucha, Orlando—dijo con dolor—, le hablo y le ruego que me de fuerzas y cada día caigo un poco más. Caigo un poco más cada vez que lo observo a mi lado dormir incluso.
Los ojos de Orlando se abrieron con espanto.
—¿De qué estás hablando?
El sacerdote negó con una risa irónica.
—Oh, sí, no te lo he dicho aún, pero él se está quedando conmigo—La verdad cayó como un balde de agua congelada. Orlando era incapaz de salir del estupor—. Deja de mirarme así, deja de juzgarme. Suficiente lo hago yo cuando me miro al espejo cada día.
—¿Cómo quieres que te mire, Miko?—Orlando le recriminó—. Estás alojando un asesino en tu casa, un asesino por el que tienes sentimientos impuros.
Miko se apoyó en el escritorio, su codo sobre la madera, la palma de la mano en su frente.
—Orlando, estoy aquí porque necesito de tu ayuda.
—No quieres ayuda, Miko. Quieres que te diga que todo estará bien, pero no lo va a estar si no tomas acción. Denuncia a ese hombre frente a las autoridades, sácalo de tu vida.—Miko se limpió la nariz con la palma de la mano. El sacerdote frente a él apenas lo reconocía—. Hasta los ángeles son tentados por el Diablo, padre Subaru. Toma las riendas de tu vida, solo tú puedes hacerlo.

16 Linaje

Sasha observó el reloj cuando este sonó marcando las diez de la noche. Se rascó la barbilla con fuerza e intentó, por todos los medios, conservar la calma. Miko no había regresado.
—¿A dónde vas?
—A ver un amigo.
—¿Qué clase de amigo?
—No es de tu incumbencia.
El miedo a la traición rondó su cabeza como un pájaro carroñero a la espera de una muerte. No, si Miko sabía lo que le convenía, no se atrevería.
Sasha chasqueó la lengua y se levantó, tiró la silla hacia atrás con violencia. La molestia en su cuerpo continuaba. No era miedo, era algo más. Desde el tiempo que llevaba vigilando y después conviviendo con Miko este solo se limitaba a reuniones en la iglesia, misas, y charlas con Anastasia. Lo había escuchado hablar con su hermano un par de veces, pero nada más ¿Quién carajo demandaba su atención?
«No es tu propiedad».
¿Por qué no? Estaba bajo su poder, era suyo. Sasha no detuvo las emociones oscuras que sobrevolaron. El sentido de pertenencia arraigado, como si Miko fuera una cosa de la cual se valía, sin alma ni sentimientos.
«Esta no es tu casa, y él es solo tu prisionero».
Dio vueltas y vueltas a la idea. Cuando todos los pensamientos lo marearon, caminó hacia el dormitorio. Quizás necesitaba dormir, sí, eso era, ni siquiera tenía hambre. Ingresó a la habitación y se sentó en la cama. Observó la pared frente a él donde había un espejo de unos dos metros, a su lado una cruz y un reloj de pared, en una esquina un armario de madera oscura que tenía en la parte inferior cajones enormes. El mueble era antiguo, quizás de segunda mano, como todo lo que había en la casa.
Sasha dio pasos hacia el armario y abrió uno de los tres cajones en donde Miko guardaba sus pertenencias. Había un par de perfumes, crema de manos, una crema corporal con un suave aroma a té verde, y fotografías, decenas de ellas. Sasha, con la impunidad que lo caracterizaba, decidió sacar las fotos y mirarlas. Compartía la cama con Miko, lo había escuchado gemir en sueños, ¿qué le haría darle a conocer un poco más de su intimidad?
Las fotos eran viejas, algunas estaban amarillentas, en ellas se veía a una hermosa mujer rubia de profundos ojos verdes.
«Los ojos de Miko».
Resultó innegable que esa mujer era su madre, junto a ella, un hombre alto y corpulento de ascendencia asiática, japonés, como le había aclarado más de una vez Miko, y un niño a su lado que no era Miko, tendría alrededor de cinco años. El paisaje onírico detrás de ellos le reveló que estaban en Japón en primavera, las flores rosadas cubrían el piso y los árboles estaban pletóricos de ellas. La mujer y el niño tenían una bella sonrisa, el hombre, si bien era un poco más serio, también lucía feliz. Sasha continuó espiando, había más fotos de la familia, en diferentes lugares, una casa de té, un parque, algunas calles de Tokio, pero en ninguna de las fotografías aparecía Miko.
Sasha frunció el ceño, ¿por qué dejarían afuera de cada fotografía al hijo menor? A medida que

el tiempo transcurría, Sasha advirtió que el niño, poco a poco, iba creciendo, pero la ausencia de Miko era el rasgo sobresaliente, a su vez, se percató de que la familia perdía su colorido, incluso en su vestimenta. Las ropas lucían desgastadas, el cabello rubio platinado de la mujer se tornó ceniciento. Algo ocurrió en esa familia con el devenir de los años, y el hecho de que Miko no estuviera, generó más interrogantes. Junto a las fotografías también había una biblia cuya tapa de cuero estaba desgastada por el uso.

«La biblia de Miko».

El padre Subaru llevaba esa biblia todo el tiempo con él, era esta. El cuero con vetas de diferentes colores y algo rasgadas por el uso. Sasha abrió el pequeño libro, el cual estaba lleno de inscripciones y frases marcadas con bolígrafo, se trataba de pasajes bíblicos, dentro de ella también encontró un sobre amarillento y en él interior dos trozos de papel escritos con tinta negra y una foto diminuta, en ella se representaba un bebé, el cual era cargado por la mujer rubia. Sasha frunció el ceño, era la única fotografía y estaba separada del resto, como si el padre Subaru no perteneciera a esa familia.

Las palabras estaban escritas en cirílico.

«Mi madre era rusa».

La mujer dejó una carta junto a la única foto, y Sasha se decidió a leerla.

Por la pobreza en la que vivieron papá y mamá, por los fracasos que tuvimos, porque se arruinó el molino, por haber tenido que cuidar niños, vigilar huertos frutales y ovejas; y por mi constante cansancio, te doy gracias, Jesús.

Te doy las gracias, Dios mío, por el fiscal y por el comisario, por los gendarmes y por las duras palabras del padre Peyremale.

No sabré cómo agradecerte, si no es en el paraíso, por los días en que viniste, María, y también por aquellos en los que no viniste. Por la bofetada recibida, y por las burlas y ofensas sufridas; por aquellos que me tenían por loca, y por aquellos que veían en mí a una impostora; por alguien que trataba de hacer un negocio, te doy las gracias, Madre.

Por la ortografía que jamás aprendí, por la mala memoria que siempre tuve, por mi ignorancia y por mi estupidez, te doy las gracias. Te doy las gracias porque, si hubiese existido en la tierra, un niño más ignorante y estúpido, tú lo hubieses elegido.

Porque mi madre haya muerto lejos. Por el dolor que sentí cuando mi padre, en vez de abrazar a su pequeña Bernardita, me llamó «hermana María Bernarda», te doy las gracias.

Te doy las gracias por el corazón que me has dado, tan delicado y sensible, y colmaste de amargura.

Porque la madre Josefa anunciase que no sirvo para nada, te doy las gracias. Por el sarcasmo de la madre maestra, por su dura voz, por sus injusticias, por su ironía y por el pan de la humillación, te doy gracias.

Gracias por haber sido como soy, porque la madre Teresa pudiese decir de mí: «Jamás le cedáis lo suficiente».

Doy las gracias por haber sido una privilegiada en la indicación de mis defectos, y que otras hermanas pudieran decir: «Qué suerte que no soy Bernardita».

Agradezco haber sido la Bernardita a la que amenazaron con llevarla a la cárcel porque te vi a ti, Madre. Agradezco que fui una Bernardita tan pobre y miserable que, cuando me veían, la gente decía: «¿Esa cosa es ella?», la Bernardita que la gente miraba como si fuese el animal más exótico.

Por el cuerpo que me diste, digno de compasión y putrefacto, por mi enfermedad, que arde como el fuego y quema como el humo, por mis huesos podridos, por mis sudores y fiebre, por los

dolores agudos y sordos que siento, te doy las gracias, Dios mío.
Por el alma que me diste, por el desierto de mi sequedad interior, por tus noches y tus relámpagos, por tus rayos, por todo. Por ti mismo, cuando estuviste presente y cuando faltaste, te doy las gracias, Jesús.

—Testamento de Santa Bernardita Subirous.

Sasha se apoyó en la pared y observó cada letra, cada trozo de dolor y luego observó la foto de esa mujer junto a Miko. Los ojos verdes estaban allí, pero carecían del brillo que poseía en el resto de las fotografías. El mensaje en la carta era tan doloroso que incluso Sasha sintió que algo se estremecía en él. Hasta ese momento, Sasha había pensado que Miko vivió toda su vida en una nube de idilios tontos lejos de la realidad, pero de pronto, encontrarse con esta carta, con esa fotografía lo hizo dudar de todas las conclusiones que había sacado.
Las gotas de lluvia comenzaron a golpear el techo y sobre los cristales de las ventanas que daban al patio. Un enorme relámpago atravesó la ciudad y luego un trueno ensordecedor. Sasha buscó en los demás cajones, pero solo encontró ropa interior y medias. Todo olía a té verde, a lavanda y menta, era el perfume de Miko, una fragancia suave, pero envolvente que el sacerdote dejaba en cada lugar como una estela.
La pregunta continuó en la cabeza de Sasha, ¿por qué su madre dejó impresa su letra en esa muestra de angustia? Era incapaz de entenderlo, en vez de enseñarle a su hijo a devolver el golpe, lo instaba a poner la otra mejilla, a soportar humillaciones, Miko no se merecía eso, esa mujer estaba mal. Había criado a un hombre que seguía teniendo la inocencia de un niño, un adulto que se había formado con un mensaje que estaba en contra de todas las convicciones de Sasha. Se creía un ángel, ¿cómo carajo no iba a hacerlo con toda esa estupidez? ¿Quién era tan tonto para moldear a un ángel en un mundo lleno de demonios?
Ningún ser humano inmundo era digno de Miko Subaru, nadie lo sería. Sasha se enfureció en ese momento.
«Nadie es tan inocente como para no merecer la muerte y nadie es tan débil como para no soportar un poco de dolor».
Era el lema que formaba parte de los huesos del mercenario. Su vida había girado en torno a ello, gracias a esa seguridad jamás dudó en ejecutar órdenes y en tomar las decisiones necesarias para su bienestar, pero ahora, todo esto lo dejaba fuera de eje. Lo hacía revolverse en su propia mierda, un olor nauseabundo que salía de su alma corrompida. La lluvia se descargó con furia en el exterior de la casa. Sasha guardó las pertenencias y regresó al comedor. Estaba a punto de sentarse cuando la puerta de la calle se abrió. Miko había regresado.
El muchacho dejó las llaves en el recibidor y también su chaqueta en uno de los percheros al lado de la puerta. Dio un suspiro y se secó el agua que había empapado su cabello. Dio pasos hacia la cocina y buscó un vaso de agua. Sasha apareció y Miko ni siquiera lo saludó.
—Te demoraste mucho.
—Anduve por ahí—replicó sin ánimos de entrar en una conversación.
Miko intentó pasar a su lado y Sasha lo detuvo.
—¿Dónde estuviste?
Miko tragó saliva.
—Ya te dije, fui a ver a un amigo.
—¿Cómo se llama tu amigo?
El sacerdote rio sin humor.
—No te importa.—Buscó una vez más pasar, pero Sasha lo arrastró hacia la encimera donde lo presionó. El oxígeno de Miko se quedó atascado en sus pulmones.

—No me voy a ir, Miko, así que, más vale que cooperes.
—¿No te parece que ya he cooperado bastante?—Miko arqueó una ceja—. No te he denunciado, te doy un techo, comida, haces lo que se te da la gana, duermes en mi cama, ¿en qué más quieres que te coopere? —Sasha se humedeció los labios y lo recorrió con su mirada. El corazón de Miko se aceleró de nuevo—. No voy a delatarte si eso te preocupa, y el padre Orlando tampoco lo hará.
Sasha frunció el ceño.
—¿Le contaste de mí? ¿Eres idiota?
—Tenía que hablar con alguien—Miko confesó—. Alguien que no seas tú, así que sí, fui a hablar con mi confesor y le conté todo.
—Eres un…
—¿Qué?—Los ojos de Miko se llenaron de lágrimas por enésima vez en todos esos días que llevaba junto al hombre. La mezcla de rabia y remordimiento era un cóctel brutal que lo estaba destruyendo—. Bastardo hijo de puta, eso es lo que eres, Kozlov. No sé qué te hicieron, pero te mereces todo lo que está sucediendo.
Miko sintió el peso de las palabras descender sobre él como una tonelada de concreto. Jamás había maldecido a nadie, no era eso lo que le enseñaron, no estaba hecho para eso.
—Debería matarte en este preciso momento.
—Hazlo.—Miko rogó, sus pupilas al límite mientras tiraba de la cuerda que anhelaba romper—. Sácame de la miseria, sácame de esta basura en la que me has sepultado, vamos, hazme este enorme favor.
Sasha no supo cuál fue el momento preciso, solo que sucedió. Su boca arrasó con la del sacerdote. Miko gimió por la sorpresa y sus ojos se abrieron al límite. Su primer intento fue apartarse, pero el mercenario lo envolvió en sus brazos y le devoró la boca. Sasha tomó, tomó y tomó, como un huracán infernal que destruye todo a su paso. El beso fue sucio, desordenado, caliente, lascivo. Sasha mordió con tal fuerza el labio de Miko que este abrió la boca y la lengua embistió en su interior con una furia ensordecedora. Minuto tras minuto, el corazón de Miko estuvo a punto de reventar. Miko gimió una vez más, sus piernas trémulas apenas lo sostenían. Estaba allí en la diminuta cocina, con ese hombre de dos metros que lanzaba sobre él toda su fuerza física. Miko se relajó, sus manos, que habían estado en un puño dejaron de contraerse, sus ojos se entrecerraron y percibió el sabor metálico de la sangre y la saliva que se mezclaba junto al inconfundible aroma a colonia y cigarrillos.
«¿Qué estás haciendo, Miko?».
El sacerdote no sabía de dónde salieron las fuerzas, pero logró mover la mole y apartarla de su cuerpo. Ambos se observaron agitados, Miko percibió el hilo de sangre que recorría su labio y sacudió la cabeza.
—Miko.
No podía mirarlo a la cara, no ahora. Miko corrió fuera de la casa y se dirigió a la iglesia. Sasha se afirmó a la encimera y tironeó de su cabello corto. Mierda, sí que la había cagado.

17 Asesinos

Miko corrió al interior de la iglesia y se lanzó de rodillas frente al altar. Su cuerpo estaba mojado por la lluvia, su corazón latía a la velocidad de la luz en su pecho y estaba a punto de escaparse por su boca.

Había ocurrido, Sasha lo había besado.

«No quieres ayuda, Miko. Quieres que te diga que todo estará bien, pero no lo va a estar si no tomas acción. Denuncia a ese hombre frente a las autoridades, sácalo de tu vida. Hasta los ángeles son tentados por el Diablo, padre Subaru. Toma las riendas de tu vida, solo tú puedes hacerlo».

Miko se cubrió la cara y lloró, luego gritó y golpeó el piso de madera hasta el cansancio, hasta que sus brazos estuvieron tan flojos como sus extremidades inferiores. Había fallado, le había fallado a Dios, a su madre, a su hermano, se había fallado a sí mismo. Estaba tan perdido en esos pensamientos, tan perdido en su arrepentimiento que fue imposible notar que, en medio de las penumbras, no estaba solo. Miko juntó las manos a modo de rezo, pero nada salió en medio de los sollozos. Los pasos sigilosos cerca de él, el sacerdote mantenía sus ojos cerrados, su mente yendo de un lado a otro, pero con el deseo latente en cada fibra de su cuerpo. Cada célula se estremeció cuando se percató de que el sabor de Sasha estaba todavía en su boca. Las luces de la iglesia estaban apagadas casi en su totalidad, excepto por una que otra luz lateral. Miko abrió los ojos cuando le pareció visualizar a metros de él sombras que se movían. Lo que le faltaba, ahora estaba preso no solo de la locura sino de visiones, ¿qué sería lo próximo?

La iglesia era muy sencilla, pequeña y acogedora, Miko y sus colaboradores la mantenían siempre limpia y restauraban todo el mobiliario antiguo. El piso de madera crujió al costado derecho. Fue un impulso, Miko se puso de pie, pero antes de que pudiera darse la vuelta ya tenía en su cuello una soga gruesa que presionaba con fuerza y le quitaba la respiración.

«Sasha».

Fue la primer persona que se le cruzó por la cabeza. El hombre detrás de él lo atraía hacia él y apretaba la cuerda con más potencia para asfixiarlo. Se escucharon otros pasos alrededor. Miko buscó zafarse del agarre, sus dedos intentaron hacer ceder la cuerda, pero el asesino era mucho más fuerte que él. El otro hombre que apareció se colocó delante de él. Estaba vestido por completo de negro, no era fornido como Sasha ni mucho menos, pero tenía una buena contextura física. Su cabeza estaba cubierta con un pasamontañas. Llevaba un *tanto* en su mano derecha. Nadie en occidente llevaría una espada japonesa consigo. Miko fue consciente de que los fantasmas de Oriente lo perseguían, lo seguían haciendo, pese a la muerte del *Oyabun.*

Miko tensó la mandíbula, la vida comenzaba a abandonar su cuerpo.

—Debería matarte en este preciso momento.

—Hazlo. Sácame de la miseria, sácame de esta basura en la que me has sepultado, vamos, hazme este enorme favor.

El asesino no era Sasha, pero tal vez, solo tal vez, era la forma en que Dios respondía a sus súplicas.

—¿Qué es la muerte?

—El lugar donde todos iremos, un sitio cálido en donde el sol jamás se pone, un lugar en donde la paz es permanente y somos consolados por nuestros dolores, es por ello que debemos ser

buenos.
La explicación le había parecido simplista en ese momento, Miko siempre fue un niño curioso que no se conformaba con verdades a medias, con explicaciones a medias. Ahora, solo rogaba que su mamá tuviera razón.
Un crujido de huesos y un grito desgarrador. Sasha apareció como un fantasma, o quizás como un demonio, y le quebró el brazo al tipo que llevaba el *tanto* en su mano. De inmediato le quitó la espada corta y se la clavó en la arteria aorta. La sangre se vertió como en cascada sobre el cuerpo del tipo y el piso de madera. El asesino que había tenido a Miko inmovilizado con la cuerda retrocedió y adoptó posición para defenderse. Miko cayó de rodillas e intentó recuperar el aire. A un costado, uno de sus verdugos se desangraba y daba sus últimas respiraciones.
Sasha se paró entre Miko y el asesino. Este sacó un arma, pero fue inútil, antes de que pudiera accionar, el mercenario ya se había lanzado sobre él como una estampida de búfalos y lo lanzó a dos metros de donde estaba cayendo sobre los bancos de la iglesia. El arma se deslizó sobre el piso. Miko se puso de pie, su cuello ardía por la quemadura de la cuerda. Sasha dio pasos firme hacia el tipo que esta vez buscó entre su ropa dos *sai.* Sasha rio.
—¿En serio, cabrón? ¿Vienes a pelear conmigo con tenedores?
El tipo se levantó y con un grito corrió hacia donde estaba Sasha e intentó embestirlo. El mercenario lo inmovilizó, lo levantó de la cintura y lo hizo volar por los aires una vez más. Esta vez el tipo se quejó de dolor entre las maderas rotas.
Sasha caminó hacia él con la misma frialdad con la que se movió durante toda la secuencia. Miko observó al hombre y juntó sus manos en un ruego, se quedó allí, estático, mientras su captor, lo defendía. Sasha asió uno de los *sai* que había quedado en el piso y se dirigió hacia el tipo. Lo levantó del pelo y este gritó. Sasha le quitó la máscara y lo colocó de rodillas. Era un hombre de rasgos orientales puros.
—Yo, Dios te sentencio a muerte, y eso es todo.
Fueron las blasfemias que salieron de la boca del mercenario. Paso siguiente, la punta del sai cayó sobre la cabeza del asesino y se hundió en él. Miko se cubrió la boca ante tal muestra de ferocidad. Sasha golpeó el instrumento en el mango y lo enterró por completo en el cráneo del hombre que miró a Miko hasta el último segundo, hasta que la vida se desvaneció y el cuerpo laxo se desplomó sobre el piso.
—Mierda, ¡qué puto desastre!—Sasha agregó como si estuviera viendo una noticia en el periódico.
Dirigió su vista hacia Miko quien estaba pálido, no solo por lo ocurrido sino por el hecho de que los Matsudaira habían decidido continuar su caza. Miko no estaba salvo, ni él, ni Dohko. El mundo comenzó a dar vueltas, el aire desapareció y el sacerdote cayó desmayado.
Sasha puso los ojos en blanco, como si la reacción de Miko fuera algo anormal. Se rascó la barbilla y puso atención en las armas de los verdugos, paso siguiente fue hacia otro tipo. Aquí había algo muy raro. Armas y asesinos japoneses, Sasha arqueó una ceja y se detuvo en Miko que yacía en el piso.
«¿Qué parte de tu historia me he estado perdiendo?».
Ya habría tiempo para interrogarlo, lo peor de todo es que Sasha no podía creer que hasta los ángeles tuvieran enemigos, pero la muestra insoslayable estaba en el piso de esa iglesia. No podían denunciar esto, no irían a la policía porque ahora estaba seguro de que Miko tenía tanto que perder como él.
Había limpiado escenas de crímenes innumerables veces sobre todas las superficies. Sabía con exactitud cómo debía encargarse de los cuerpos. Lo primero que hizo fue levantar en brazos a

Miko y llevarlo a su casa para que descansara, luego se colocó unos guantes descartables que estaban en el botiquín de primeros auxilios de la iglesia, y buscó los productos de limpieza. Miró su reloj y se percató de que eran pasadas las once. Debía comenzar pronto, la tarea frente a él era ardua.

Lo primero que hizo fue buscar bolsas de consorcio de color negro, desnudó al primer asesino, y lo que encontró dejó muy clara la identidad de Miko, todas las piezas encajaron sin necesidad de que el sacerdote dijera una sola palabra. La oración, la biblia, la foto de la mujer aferrándose a su pequeño en una mezcla de dolor y tristeza. Sasha nunca dejaba de sorprenderse de los innumerables y variados secretos que podían guardar las personas, incluso las buenas.

Miko Subaru tenía sangre *Yakuza*.

18 Yakuza

Miko se removió en la cama. Los truenos y los relámpagos cubrían el cielo y un vendaval azotaba sobre la ciudad. Su respiración se agitó, estaba en medio de una pesadilla, una que hacía mucho tiempo no tenía.
Se observó a sí mismo como el niño de cinco años que le temía a todo, corrió a través de los bosques que rodeaban la ciudad, miraba hacia atrás de manera constante, sus piecitos dolían por las piedras y las ramas secas que se clavaban y rasgaban su piel. Llevaba un pijama, el mismo que usó el día en que su mundo se desmoronó, el día en que Miko Subaru murió para convertirse en otra persona, en este ser que respiraba y ponía lo mejor de sí, pero se derrumbaba a cada segundo. Estaba cansado, pero no podía parar, detrás de él, una gran bestia de ojos rojos y tez oscura como la noche lo seguía, sus dientes eran similares a los de un tigre de grandes y afilados colmillos.
«Quiero tu sangre».
Miko gritó por ayuda, lo hizo una y otra vez a través del sueño, pero fue en vano, nadie iría a su auxilio. Se movió con agilidad entre los árboles altos y de escasas hojas, el invierno se había asentado, lo notó por el vaho que salía de su boca. Miko no dejó de correr, un segundo que se detuviera sería su fin. La bestia lo seguía sin cesar, a paso firme, segura de que lo tendría, confiada de que el niño se rendiría y dejaría que lo devorara. Miko no cedió, corrió con sus piernitas cortas a la mayor velocidad que pudo. Su camino terminó de manera abrupta, llegó a una cascada, el agua corría cristalina y Miko observó el paisaje alrededor, el agua lo llamaba, era la única solución, pero tenía tanto miedo.
El monstruo se paró a unos tres metros de dónde estaba.
«Ríndete».
La voz oscura y gruesa de la bestia se lo ordenó. Miko cerró sus ojos y dio un profundo suspiro. Se debatió entre la vida y la muerte, entre la esperanza y la resignación. Miró la altura a la que se encontraba, lo más probable es que no sobreviviera ante semejante caída. La bestia dio un par de pasos, de sus garras escurría la sangre que manchaba el suelo de tierra repleto de hojas amarrillas y marrones quebradizas.
Volteó en dirección a la cascada, hizo puños con sus manitos blancas y regordetas y entonces lo hizo, corrió hacia ella. La bestia buscó atraparlo, pero él fue más ágil. Uno, dos, tres pasos y el suelo desapareció, la caída se hizo presente y el profundo grito que abandonó su garganta.

Un ahogo y estuvo libre del sueño, Miko se sentó en la cama en una milésima de segundo. Sasha estaba a su lado, envuelto en una toalla mientras buscaba ropa interior en su bolso, el cual no había desarmado en ningún momento. Siempre estaba listo para huir y volver a empezar. Arqueó una ceja y negó.
—Mierda, padrecito. Sí que duermes como muerto a veces. Te hablé un par de veces, pero ni siquiera te inmutaste.
Miko observó alrededor ¿Había sido solo una pesadilla? Sus ojos buscaban algún indicio de lo sucedido, de todo lo ocurrido en esa noche de tormenta. Sasha se quitó la toalla y quedó desnudo frente a él. El sacerdote, en un primer momento, bajó la mirada, pero la curiosidad fue más

fuerte. Sasha estaba allí, tenía un tatuaje que cubría su brazo derecho, una especie de escudo, y en su pecho, cerca de su pezón derecho la imagen de una mujer que parecía un fantasma, ojos grandes y un velo que cubría parte de sus cabellos blancos. su pecho era firme y de aspecto suave, sus abdominales marcados de una manera que Miko jamás había visto, cada músculo era visible, uno podía ver dónde empezaba uno y terminaba el otro, tenía escaso vello, solo un leve camino de color rubio que descendía hasta su pene. Su miembro era ancho y largo, Miko pensó en las veces que se lo había imaginado, bueno, la realidad superaba con creces sus tontas fantasías, las piernas tonificadas, y sus pantorrillas eran de hierro. Todo el cuerpo de Sasha era músculo sobre músculo, esto no era trabajo de gimnasio, eran décadas de esfuerzo físico al punto de dolor. Su piel era blanca, pero no tanto como la de Miko, poseía un leve tono dorado como si, en algún momento, se hubiera bronceado. La cintura era muy estrecha, lo que permitía que su espalda luciera más ancha.

—¿Algo que quiera comentar, padrecito?

Los ojos de Miko se abrieron con asombro ante la diversión en la voz de Sasha, ¿por cuánto tiempo lo había escrutado?

—Yo, hay algo que no puedo entender.—Miko buscó explicarse, pero estaba aturdido—. He tenido una pesadilla que fue tan…

La espada *tanto* y los *sai* estaban a un costado de la cama. Los ojos del sacerdote estuvieron a punto de salirse de sus órbitas.

—¡Dios no!—gritó y se cubrió la boca, volvió a gritar y Sasha se acercó a él y lo presionó contra su cuerpo.

—¡Deja de armar un berrinche, la puta madre! ¡Ya lo solucioné!

Miko negó sin creer lo que estaba escuchando, lo que estaba viviendo.

—¿Qué hiciste con ellos?

—Me encargué de ellos como siempre hago—replicó sin mayores detalles—. No creo que tus oíditos quieran escuchar los detalles.

El estómago de Miko se revolvió, apartó a Sasha que continuaba desnudo y corrió hacia el baño en donde vació el escaso contenido de su estómago, se sujetó al inodoro y las arcadas no lo abandonaron. Sasha se afirmó en el umbral de la puerta de brazos cruzados.

—¿Se puede saber por qué carajo te persiguen los *Yakuza*?—Una pregunta directa y sin filtro. Se conocían demasiado para andar con rodeos a esas alturas.

Miko se limpió la boca, se enjuagó y se secó con una toalla. Quiso pasar, pero Sasha, para variar, no se movió.

—Tú no me has contado nada de tu vida, excepto las muertes que te persiguen, ¿por qué debería hacerlo yo? —Sasha se irguió, caminó hacia el sacerdote y lo asió del cabello, luego dieron pasos hasta que el culo de Miko dio sobre el lavabo, estaba acorralado—. Suéltame.—Miko dijo en voz firme, pero calma.

—Responde la pregunta—replicó Sasha—¿Por qué te persigue la mafia? ¿Por qué no tienes fotos de niño junto a tus padres? ¿Por qué tu mamá te dejó una biblia de regalo y tú la llevas a todos lados como si fuera lo más precioso del mundo?

Miko ardió de rabia, el maldito había estado husmeando en sus cosas.

—Esa biblia es lo más precioso que mi madre me dejó, es todo lo que me quedó de ella cuando me la arrebataron.

Sasha aflojó el agarre en su cabello, y la mano descendió por las hebras negras.

—¿Ellos la asesinaron?

El sacerdote le dio una sonrisa amarga.

—El hijo del *Oyabun* violó a mi madre y asesinó a su esposo—confesó con la angustia haciéndose carne—. Mi madre quedó embarazada de ese hijo de puta. No hay fotos de mí porque mamá perdió el entusiasmo de la vida después de que perdió a su amor, aun así, me crio y me dio todo lo que pudo. Los Matsudaira intentaron matarme cuando solo tenía seis meses de vida, cuando tenía cinco años, ellos aparecieron de nuevo, y esta vez, la asesinaron. Huimos junto a mi hermano a la casa de mi tía y desde allí, a Alemania. Me crie aquí.
Sasha abrió y cerró la boca varias veces.
—Eres el hijo del *Oyabun*.
—No, ahí es donde está el problema—Miko explicó—. Cuando esos bastardos entraron a casa, Jun, el heredero abusó de mi madre frente a su esposo, luego se acercó para burlarse de él, pero él le quitó un arma a uno de sus lacayos y lo asesinó. Mi madre quedó bañada en sangre, supongo que pensaron que moriría, pero eso no ocurrió.
Sasha se alejó de Miko, se afirmó a la pared y negó, apenas procesaba toda la historia.
—Y yo pensando que estaba seguro aquí.—Sasha se burló de su torpeza—¡Eres un muerto que camina, padrecito!
Miko bajó la mirada.
—Te advertí que no era prudente quedarse y no me hiciste caso.
—Pues si me hubieras contado este pequeño detalle, quizás habría aceptado tu dinero y la oferta del hotel.
—No puedo creer que me hayan encontrado después de tantos años. Jamás nos molestaron aquí —explicó Miko—. Era como si el *Oyabun* se hubiera resignado, pero ahora…
—Kaname Matsudaira—dijo Sasha—, ese es el hombre que está a cargo de la corporación ahora.
—¿Cómo sabes su nombre?
—Bueno, miro las noticias, lo que me parece increíble es que tú no sepas que tu tío es el sucesor y está claro que no admitirá competencia.
La confusión llenó el rostro de Miko.
—¿De qué hablas? Yo no soy competencia de nadie. Soy un bastardo mestizo. La *Yakuza* jamás me dejaría…
—Hay una razón por la que estos tipos se están tomando tantas molestias—interrumpió Sasha—, la *Yakuza* no abandona su territorio, nunca, sin excepción, sin embargo, hoy tuve que asesinar y enterrar dos cuerpos a causa de ello.
—No voy a irme, ni huir esta vez.—Miko habló con toda la convicción que latía en su cuerpo—. Si quieren venir por mí, que vengan.
Sasha puso los ojos en blanco. Volvió a caminar hacia Miko quien ya no sabía para donde mirar debido a que el mercenario continuaba desnudo.
—Te van a matar, Miko—sentenció sin un mínimo de duda—¿Estás preparado para ese destino?
—La verdad es que no lo sé.—La voz del sacerdote se entrecortó—. Solo de una cosa estoy seguro, la vida sin libertad no es vida, y me niego a pasar toda mi existencia así.
Sasha lo miró, solo lo miró y Miko intuyó las intenciones del hombre delante de él. Podría negarse, ahora sabía con seguridad que el mercenario no lo forzaría, pero necesitaba esto, necesitaba de su contacto, de su piel, necesitaba probarlo, aunque fuera una vez en la vida, saber si el miedo y el deseo podían coexistir, porque esas dos emociones eran las que atravesaban su cuerpo en ese momento.
Sasha se movió hacia adelante y sus bocas volvieron a encontrarse, esta vez, los brazos de Miko rodearon el cuello del hombre y esto lo atrajo más hacia su cuerpo. Miko ansiaba más, quería todo de él y Sasha no iba a negárselo.

Grábame como un sello sobre tu corazón; llévame como una marca sobre tu brazo. Fuerte es el amor, como la muerte, y tenaz la pasión, como el sepulcro. Como llama divina es el fuego ardiente del amor.

—Cantares 8:6

19 Lujuria

El cabello negro y húmedo caía sobre la suave almohada blanca después de una ducha. Las lágrimas resbalaron por los costados de los ojos mientras Miko se mantenía enfocado en el techo. Arqueó la espalda y dio un gemido cuando Sasha succionó su miembro tan fuerte que lo dejó al borde del desmayo. Jamás se imaginó estar en una situación así, en su mente nunca estuvo la idea de romper sus votos de castidad y mucho menos con un hombre, con un asesino.

«Un asesino que te ha salvado esta noche».

La manera en que había enfrentado a los *Yakuza*, su destreza y masculinidad, sus músculos flexionados en el esfuerzo, en la lucha. Miko llevó su cara a un costado y volvió a gemir cuando Sasha abandonó su pene con un sonido tan erótico que colmó sus oídos.

—Mírame.—La voz firme y ronca, cargada de deseo estremeció a Miko quien se encontró con la mirada de Sasha—. Tus ojos en mí hasta que te vengas en mi boca.

El sonrojo tiñó no solo sus mejillas sino también su pecho, la vergüenza era tal que apenas pudo obedecer. Los ojos verdes grisáceos eran tan profundos e intensos. Una fuerza que atraía a Miko sin retorno. Sasha rodeó el glande con la lengua y sus dientes mordieron la punta, primero de manera cuidadosa, luego ejerciendo presión. Dolió, Miko gimió en una mezcla extrema de dolor y placer cuando el mercenario se tragó su pene una vez más. Sasha recorría con su boca desde la punta hasta la base, su cabeza bajaba y subía, un movimiento lento, sin prisa, pero sin pausa, como si el mercenario supiera que sería la única vez, como si planeara disfrutar cada segundo de su cuerpo. El vello púbico le hizo cosquillas en la nariz cuando su boca se abrió al límite y atrapó el pene de su amante por completo. Sasha tenía un talento único para el sexo oral, lo disfrutaba, no se sentía egoísta en darle tanto placer al otro como él lo estaba recibiendo. Sasha tenía en su mano la verga gruesa sobre la que deslizaba su mano, la cual alternaba entre su pene y el de Miko. Los fluidos mezclados le daban una lubricación ruidosa.

—Sasha.—La voz de Miko se quebró. Estaba al borde del orgasmo, su cuerpo se asemejaba a un sensual acordeón que se contraía al calor de su lengua y sus besos.

La cabeza de Miko se vació de todo pensamiento, a excepción de la cavidad tibia y húmeda en la que se hundía sin tapujos. Miko se mordió el labio inferior y apuñó las sábanas a los costados. Sasha estaba entre sus piernas, con su lengua talentosa que encontraba puntos erógenos en lugares que Miko ni siquiera sabía que tenía.

«¿Podrás apartarte de esto?».

La visión de Miko se tornó blanca, el calor corrió por su cuerpo como un fogonazo que lo quemó desde la punta de los dedos de los pies hasta el último cabello de su cabeza. El orgasmo estalló en la boca de Sasha quien cerró los ojos y lo recibió gustoso. La respiración agitada de Miko, sus piernas que temblaban por los espasmos mientras acariciaba con delicadeza el cabello húmedo de su amante.

Sasha se separó de su pene, abrió la boca y sacó la lengua, la esencia blanca y espesa teñía su lengua y se deslizaba hacia afuera cayendo sobre el pene de Miko una vez más.

—¿Sabes? No soy muy adicto a la leche, pero la tuya me gusta.

Era un guarro, un maleducado de primera, era el hombre que lo había desarmado en un orgasmo, así que Miko se guardó todos los calificativos. Sasha volvió a devorarlo, Miko gimió de una manera intensa y seductora, pronto estaría erecto de nuevo.

Sasha jugó con sus testículos, los apretó y se los metió a la boca para luego succionarlos, lo exploró como si se tratara de un territorio, el cual, apenas había conquistado, había que profanarlo de todas las maneras posibles, llegar a los lugares que nadie más llegaría.
—¿Te gusta cómo te chupo, padre Subaru?
—Cállate.
Fue como un interruptor, el clima caliente se congeló y Miko buscó zafarse de su agarre. Sasha rio y lo arrojó sobre la cama, se posicionó sobre su cuerpo, ambos estaban desnudos, la piel ardiente de su captor se fusionó con la suya y Miko detuvo las ganas de huir de la cama.
—Vamos, es solo una bromita.—Sasha le dijo al oído y le chupó el lóbulo de la oreja—. No me digas que esto no es tremendamente sensual y prohibido.
Miko cerró los ojos cuando Sasha le dio un chupetón en el cuello, luego otro, y otro, la lengua del hombre se paseaba por su piel como si lo conociera desde siempre. Miko rodeó el cuello de su amante con los brazos y lo atrajo hacia su boca. Sasha lo pulverizó con un beso. Su manera de besar no dejaba dudas de quién era el dominante y el experto ahí. La mano derecha de Sasha acarició la cadera, entretanto sus labios seguían moliéndose contra los de Miko. El sacerdote lo mordió tan fuerte que la sangre se mezcló con la saliva. Sasha rio y le dio un lametón, lo había hecho a propósito, se estaba cobrando lo de horas antes.
—¿Te gusta jugar, Miko?—Sasha le mordió el mentón con fuerza y su amante chilló—. Yo voy a enseñarte cómo se hace.
Sin mediar palabra, Sasha se sentó sobre sus talones en la cama y lo giró como si se tratara de una muñeca de trapo. La ansiedad recorrió el torrente sanguíneo de Miko, la incertidumbre, el deseo, ¿qué tenía este hombre para destruir todas sus defensas?
Una nalgada provocó que Miko se aferrara a la almohada, luego otra, y otra, la lengua chupó en sus pantorrillas, serpenteó sobre las piernas hasta llegar a las nalgas, sobre las cuales enterró los dientes. Miko gimió, los dientes quedaron tatuados en la piel blanquecina y perfecta, Sasha volvió a golpearlas, y alternó entre la derecha y la izquierda. Se recostó sobre el cuerpo temeroso y ansioso debajo de él, no tuvo cuidado, nunca lo había tenido y no empezaría ahora, sin importar que Miko pareciera frágil. Lo que le había contado le dio pruebas al mercenario de que el muchacho era sensible y bueno, pero no débil, y mucho menos lo sería para el placer.
Su boca chupó el lóbulo de la oreja una vez más y su cuello.
—¿Te lavaste como te dije?
—Sí—respondió Miko y se mordió el labio inferior.
—Ese es mi chinito.
Miko estaba por insultar, pero la lengua y los chupetones de Sasha lo tornaron una tarea imposible. Sasha descendió por su columna vertebral, la salpicó de besos firmes y posesivos, chupetones que marcaban cada espacio de esa tierra virgen que ahora le pertenecía, y pobre de aquel que buscara invadirla.
Un beso, otro y otro, la lengua se robó toda la atención de Miko cuando se dirigió hacia el sur y desembocó en medio de sus nalgas. Su agujero se contrajo con anticipación. Nada preparó a Miko para lo que venía, nada lo preparó para el estallido de placer que se desató en su torrente sanguíneo cuando Sasha lo penetró con su lengua. Contuvo sus gemidos en la almohada, el reloj de pared marcó una nueva hora, y Miko deseó que el tiempo se detuviera, que la noche se tornara eterna y que Sasha jamás abandonara el lugar del que estaba adueñándose.
Miko levantó las caderas con urgencia, la lengua aleteaba sin descanso y rodeaba su entrada. Sasha sacudió la cabeza y el muchacho gimió como nunca ¿Todo sería así con este hombre?
Sasha lo folló con la lengua de manera implacable, ingresó en su agujero, el cual se estrechó, los

músculos se apretaron de una manera tan deliciosa que Sasha pensó en lo que haría con su verga, en la manera en que ese culo le ordeñaría hasta la última gota de semen. Su miembro se sacudió ante la idea, el mercenario se apretó el pene para frenar su orgasmo. Había un solo lugar en el que terminaría, en el que se derramaría hasta la última gota.

Miko lloriqueaba desesperado, las lágrimas corrían por su rostro y se mezclaban con el sudor. El líquido aceitoso y espeso se derramó sobre su sensible agujero impregnado de saliva. Frunció el ceño y se giró hacia el hombre detrás de él.

—¿Eso es…?

—Sí—afirmó Sasha—, es vaselina. La tomé del botiquín de primeros auxilios de la iglesia.

—¿Le robaste a la iglesia?

—Acabo de matar a dos tipos, y me estoy follando a un cura, ¿qué te hace pensar que no cometería un pecadillo más? Además, no se vería bien comprar lubricante, los de la farmacia empezarían a chismosear y no es la idea, ¿verdad?

Miko se mordió el labio inferior y se dio la vuelta. Se aferró a la almohada húmeda debajo de él cuando los dedos de Sasha rozaron su entrada.

Había roto con todo lo que creía, había cruzado una barrera de la cual nunca volvería a ser el mismo, sin embargo, lo más desastroso y terrible de todo, fue que Miko Subaru no se arrepentía.

20 Brutal

Un par de dedos se enterraron en el interior ardiente, Sasha se deleitó con la manera en que los músculos de Miko se relajaron para él.

—Nunca he estado con alguien virgen—dijo con un entusiasmo que hasta a él mismo le sorprendió, como si después de todos estos años encontrara un giro inesperado y placentero de la vida—. Mira cómo aprietas. Vamos, relájate así puedo entrar.

Una nueva falange golpeó, y Miko se estremeció, el dolor inundó su cuerpo. Sasha le acarició la espalda con suavidad y lo folló despacio, los tres dedos extendían la entrada, el mercenario profundizó y Miko se arqueó, su culo estaba expuesto y listo para él, Sasha había encontrado su próstata. Sacó sus dedos del cálido interior y los limpió en las sábanas, paso siguiente, vertió la vaselina líquida sobre su enorme pene y lo esparció con sus dedos de la base a la punta, el líquido cristalino era abundante, a tal punto que se derramaba sobre las sábanas que deberían cambiar después de eso. Sasha esparció parte de la vaselina también sobre el coxis y las nalgas redondas blanquecinas que ahora poseían un color rosado intenso y tenían marcas de dientes en ellas. El brillo en la piel lucía más erótico con la tenue luz de la lámpara de la mesa de noche. Sasha apoyó el glande sobre la entrada y se deslizó al interior. Miko jadeó, el aire escapó de sus pulmones, una mezcla extraña y deliciosa, el ardor se mezcló con el placer del cuerpo detrás de él, Sasha ingresó despacio, centímetro a centímetro, los músculos se relajaron y cedieron ante la intrusión. Gimió ronco cuando estuvo enterrado hasta los testículos, todo su cuerpo envolvió como un manto al hombre debajo. Miko adoró el contacto, la manera en que Sasha lo inmovilizó y se alojó en su interior, la respiración en su oído, los besos sobre su espalda y su cuello, todo se percibía intenso y devastador. Miko descansó el lateral de su rostro en la almohada y dibujó una leve sonrisa de satisfacción en su rostro. No quería que le robaran este momento, odiaba pensar en que esto que había encontrado sería algo que debería abandonar. Sasha embistió, y un gemido agudo abandonó sus labios.

Sasha no fue delicado en absoluto, lo folló de la misma manera en que besaba y chupaba, violento e invasivo, profundo, dominante, un alfa total que mancillaba a su pareja sin miedo, ni duda. Sasha se estrelló contra las nalgas de Miko que se sujetó a la pobre almohada debajo de él.

—Miko—Sasha gimió, entretanto aceleró sus embestidas—, este culo me está volviendo loco.

Miko dio una risa entre la diversión y el placer. Giró su rostro hacia el hombre detrás de él y lo besó, Sasha respondió el beso con ímpetu. El mercenario follaba con cada fibra de su cuerpo, era implacable, una tormenta de fuego que lo desarmaba y le mostraba de qué estaba hecho, le reveló para qué estaba hecho y de todo lo que se había privado todos estos años sin saberlo.

La cama se meció hacia adelante con una fuerza abrumadora. Las lenguas de los hombres danzaron en un festival de carne y pecado al que solo ellos dos estaban invitados. No era como en sus fantasías, el verdadero Sasha Kozlov era incomparable, y Miko reconoció que la versión original era mil veces mejor.

—Ven aquí.—Sasha lo asió del pelo y Miko gimió, lo obligó a colocarse de manos y rodillas, pero ahora con sus imágenes puestas en el espejo de la pared opuesta. Miko se congeló, quiso esquivar la escena, pero Sasha no lo permitió—. Te quiero aquí, chinito. Quiero ver tus gestos al derretirte de placer cuando te embisto, me encanta tu cara, quiero verla así.

Las palabras sonaron como un panegírico, una alabanza hacia un ser, el cual Sasha todavía no podía creer que cayera en sus garras. Sasha penetró el sensible cuerpo una vez más y Miko cerró los ojos desmoronándose en un jadeo profundo. Sasha no le quitó la mirada de encima, lo asió del pelo, lo sostuvo de sus hombros, lo folló como le dio la gana y Miko se lo permitió, perdido en las sensaciones novedosas, en esa especie de dimensión paralela en la que había caído de una manera irreversible y brutal.

Las lágrimas, la saliva, el sudor fueron un cóctel que se derramó sobre su rostro extasiado, sobre esos ojos verdes y profundos que Sasha no podía dejar de mirar, la boca roja e hinchada se abría sin descanso. Miko gimió con cada embestida que era más dura que la anterior. Tal vez, esta era la forma retorcida en que Sasha iba a torturarlo, quizás era uno de esos juegos mentales en donde lo volvía loco. Si era eso, pues felicitaciones, Sasha estaba teniendo una efectividad increíble.

Sasha tenía su mano derecha enredada en los mechones negros, lo sujetaba con tanta fuerza y lo embestía con tal potencia que Miko hizo una pronunciada mueca de dolor. Sasha, atento a cada gesto, soltó su cabello y lo levantó con sus brazos debajo de las axilas de Miko, lo enderezó en la cama, la espalda sudorosa y las nalgas se adhirieron al torso musculoso y perlado del hombre rubio. No había espacio de separación entre ambos, eran uno y era mágico. Las miradas de Sasha y Miko se encontraron a través del espejo, la mano posesiva de Sasha navegó sobre el torso blanquecino cubierto de su propia saliva y de los cardenales que había esparcido, mejor dicho, los que había marcado hasta ahora, no significaba que fueran los últimos. Miko era un lienzo blanco y puro en el que Sasha arrastraría su pincel hasta que la pintura se agotara y no hubiera un retazo de tela sin tocar. Miko llevó el brazo derecho hacia atrás y su mano cayó en la nalga redonda y perfecta de Sasha.

—Quiero más.—Miko susurró y Sasha estuvo a punto de carcajearse. Estaba pidiendo más, el hombre puro y casto que se sonrojaba con una mirada estaba pidiendo más.

La mano izquierda de Sasha lo asió del mentón y le devoró la boca, la mano derecha pasó de la cadera hacia uno de los pezones el cual retorció. Miko gimió alto en la boca del mercenario. Sasha lo envolvió en su cuerpo y lo que vino después fue incomparable. Si hasta ese momento, todo se sentía abrumador e intenso, este Sasha se tornó un ser de otro mundo. Una máquina de sexo que lo empotró de una manera descomunal.

Miko chilló de placer y se desmoronó sobre el colchón, hilo tras hilo de líquido preseminal empaparon las sábanas. Miko apoyó sus codos entre las sábanas y se observó en el espejo. Se mordió el labio inferior cuando notó que Sasha seguía sin perderse un detalle del encuentro. Salió de su interior y Miko protestó.

—Ponte boca arriba. Abre las piernas.

Miko obedeció, como un corderito manso que encuentra a su pastor, su guía en un camino desconocido. Sasha se coló entre sus piernas, y Miko enredó las suyas a la cintura de su amante. El hombre le profanó la boca, o quizás ambos se comieron a besos porque Miko, esta vez, respondió sin vacilaciones. Las estocadas eran diferentes ahora, más íntimas, los besos y chupetones poblaron su torso, Sasha encendió el fuego en su boca y una barra de acero incandescente en la parte baja que Miko adoró tener en su interior.

Todo el miedo se desvaneció, la culpa se arrastró a un cajoncito donde Miko no la sacaría todavía. Sasha lo empotró con entusiasmo salvaje.

—¿Estás cerca?—Sasha preguntó sobre su boca.

—Sí, muy cerca.—Miko replicó y Sasha asió el pene resbaladizo entre ambos y lo hizo gemir.

—Siente esto, ahora tendrás un espectáculo inolvidable, padre Subaru.

Sasha lo masturbó siguiendo la velocidad de las embestidas, largo y duro, rápido y duro, una y

otra vez. Miko tembló debajo de él, todo su cuerpo estalló en un orgasmo que lo llevó a las estrellas. Gritó su nombre como en un lamento o un alarido de victoria, nadie sabría qué connotación darle, pero fue impresionante.

Sasha cerró los ojos y gimió alto cuando se corrió, el semen se sintió como un río el cual pretendía rebalsar cada parte de Miko.

—Jesús.—Sasha era agnóstico pero su boca solo pudo pronunciar esa alabanza.

Miko mantenía sus ojos cerrados y el mercenario lo embistió lento y profundo, hasta que la erección desapareció, pero sus cuerpos siguieron unidos. La respiración de Miko era agitada, su rostro iba de un lado a otro, Sasha chupó sus labios, luego su mandíbula, su cuello y se enganchó al pezón izquierdo el cual succionó. Miko se retorció.

—Sasha.

—Quizás tengas un poco de ángel, padre Subaru.—Sasha señaló en la nube postorgásmica—.Me acabas de llevar al cielo.—Miko no supo cómo responder, acarició el cabello y el mentón de ese hombre sobre él. Algo en su interior había cambiado de manera irreversible. Miko no podía fingir después de lo sucedido, él había accedido a todo lo que Sasha le hizo y lo había disfrutado —. Te quiero follar de nuevo.—Sasha musitó en su oído antes de plasmar un chupetón en la zona —.Déjame tenerte una vez más.

Miko lo besó, solo lo besó. Buscó sus labios de manera desesperada y lo confirmó. Sasha tenía derecho a hacer lo que le placiera con él y no se opondría. El mercenario se separó de su cuerpo y la sensación de vacío embargó a Miko. El hombre estiró su mano hacia él.

—¿Sasha?—Miko sostuvo su mano.

—Ven, vamos a la ducha. Te voy a tomar allí.

21 Votos

La luz solar dio de lleno en su cara y Miko se despertó de manera repentina. Sus ojos entrecerrados apenas se acostumbraban a la iluminación de su habitación. Las voces en la cocina lo hicieron tragar saliva. Las imágenes de la noche más tenebrosa y placentera de su vida llegaron a su mente como ráfagas de un huracán a trescientos kilómetros por hora.

Apartó la sábana y se cubrió la boca. La prueba de su locura estaba tatuada en cada parte de su ser. Miko se paró y volvió a sentarse, las piernas apenas lo mantendrían en pie. Miró al reloj, tenía una reunión importante dentro de una hora y media ¿Cómo iba a presentarse cojeando? La gente haría preguntas. El miedo, por primera vez después de varias horas, recorrió su columna vertebral, ¿y si la respuesta a las preguntas de la gente estaba escrita en su cara?

Había roto sus votos de castidad de manera irreversible, no sintió culpa, ni remordimiento solo tres orgasmos increíbles que lo dejaron temblando y lo peor, despertaron en él un hambre desconocido, una voracidad que solo podía saciarse de una manera.

«¿No es eso lo que habías deseado la primera vez que lo conociste?».

Ahora todo era nítido como un cristal. La curiosidad había llevado al miedo, el miedo, por algún motivo retorcido, se transformó en deseo y el deseo desencadenó una lujuria insaciable.

Miko no estaba seguro si podría mirar a Sasha Kozlov de nuevo, no por vergüenza, sino porque ese hombre removía cosas impensables en él, emociones que habían estado en un letargo y deberían haberse quedado allí.

La puerta se abrió y Miko se congeló. Sasha se detuvo en la puerta del dormitorio. Miko se cubrió con las sábanas.

—Al fin despertaste.—Sasha dijo sin dejar de escrutarlo.

—Tengo trabajo que hacer.

Sasha arqueó una ceja.

—Le dije a Anastasia que estabas enfermo. Pondrá un cartel de que hoy no se realizarán actividades.

Miko frunció el ceño.

—¿Cómo te atreves a hacer eso? Es mi iglesia. Yo decido sobre…

—Apenas puedes moverte.

Miko tragó saliva.

—¿Cómo lo sabes?

Sasha le dio una sonrisa socarrona.

—Porque no me contuve ni siquiera un poco.

El arrebol tiñó las mejillas de Miko. Le había encantado que no se contuviera, que no supiera lo que significaba el término piedad.

—Voy a tomar unos analgésicos y estaré bien. Deja de meterte en mis asuntos y ahora sal de aquí, debo vestirme.

Sasha frunció el ceño y luego se carcajeó.

—¿Es broma? ¿Qué quieres esconder de mí?

Miko negó y soltó la sábana, se levantó y sintió que las piernas apenas lo mantenían en pie. Reprimió el dolor en sus caderas y se mantuvo erguido. Dio pasos hacia el armario para buscar

su ropa y cubrir su desnudez. Sasha acortó la distancia que los separaba. Lo próximo que Miko supo fue que estaba con su espalda contra el armario y su boca en posesión de la de Sasha.
Miko gimió de rabia y falta de voluntad. Su brazos fueron al cuello del tipo y lo acercaron más a su cuerpo. Sasha lo asió del culo y lo levantó. Miko gritó de dolor y sus piernas se enredaron en la cintura del hombre. Sus miradas confluyeron, estaban tan excitados que sus ojos parecían negros, dos bestias en celo en medio de un ritual de apareamiento perpetuo.
—Eres mío, tomo decisiones por ti porque me has dado ese derecho.—Sasha susurró sobre su cuello—. Ya le dije a Anastasia que se largara, así que, vuelve a la cama.
—No.—Miko buscó alejarse, pero la boca de Sasha hacía la tarea imposible—. Sasha, esto no puede seguir pasando.
—¿Por qué no?
Miko abrió la boca molesto.
—¡No me preguntes eso cuando sabes la respuesta!—Un beso, otro y otro. Sasha lo cargó hasta la cama donde lo arrojó. Miko abrió las piernas como lo hizo varias veces esa madrugada. El mercenario se posicionó entre ellas y sus erecciones entusiastas y dispuestas se levantaron. Se mecieron juntos, era tan molesto que el hombre estuviera vestido. Un segundo de conciencia. Miko estaba a punto de romperse una vez más—. Le he consagrado mi vida a Dios como tú lo hiciste a la guerra. No es negociable.
Sasha bufó.
—Hiciste un voto con Dios, le diste tu alma y está bien, no estoy interesado en ello, lo que deseo probar de nuevo es tu cuerpo y, te guste o no, sientes lo mismo. Deseas esto, estás duro, maldita sea.—Miko le asió el cabello con fuerza. Sus dedos araron sobre su cabeza y sus bocas chocaron una vez más. Sasha se burló y le besó el cuello—¿Por qué no dejas de fingir? ¿Por qué pretendes ser algo que no eres?
Miko lo empujó y se sentó en la cama.
—No lo entiendes. No se trata solo de Dios sino de mí mismo, de mi labor, las actividades a las que les he consagrado mi vida ¡Eso no debería haber pasado! ¡Fue un error!
—No, chinito.—Sasha replicó—. Un error es olvidarte de comprar café en el supermercado. Esto fue una decisión, tu decisión, padre Subaru. No seas un puto cobarde, y no te atrevas a responsabilizarme. Puse mis cartas en la mesa y tú las tomaste, así de simple.
Miko tensó la mandíbula, estaba acorralado.
—Tienes razón.—Miko se levantó de la cama—. Fue una decisión que traerá consecuencias, sobre todo en mi conciencia. No me voy a equivocar de nuevo. Se terminó.
Sasha afirmó su espalda en el respaldo de la cama y se cruzó de brazos.
—Es lo que nunca entenderé de la gente como tú.
—¿Gente como yo?—Miko preguntó confundido.
—Los santurrones, los que se creen por encima de los demás con su moral intachable, mirando desde su pequeño altar a todos nosotros.
Miko se rio sin humor.
—¿Cuándo te he menospreciado?
—Me has dicho bestia, demonio y no sé cuántas cosas más, sin embargo, estabas desesperado por abrirme las piernas y sentir mi verga en tu culo, eso te hace mucho peor que yo.
Miko hizo de sus manos puños. La rabia llenó su torrente sanguíneo.
—Mis votos son sangrados. Sí, ríete cuánto quieras, pero lo siguen siendo, creo firmemente en todo lo que hago, en los pequeños cambios, en que Dios me ha recompensado con un lugar en donde puedo mejorar vidas, en donde puedo generar una sonrisa. En cambio, tú, ¿que tienes?

¿Qué has logrado? ¿Quién te recordará con amor cuando ya no estés en este mundo? ¿Cuánto ayudaste a cambiarle la vida a los demás?
Sasha pasó su lengua por su labio inferior.
—Me follé a un ángel y lo hice venir tres veces , lo hice romper cada maldito voto hipócrita y le mostré el mundo tal cual es.
Miko abrió y cerró la boca varias veces, Sasha lo dejaba sin palabras demasiadas veces.
—No voy a negar que lo ocurrido me gustó mucho y lo disfruté, y sí, fue mi decisión, pero no voy a limitarme a ella ¿y la tontería que acabas de decir? Felicitaciones, un gran legado Kozlov. De seguro pasarás a la posteridad por eso.
Sasha se hizo hacia adelante en la cama.
—No me interesa que el mundo me recuerde, en este momento, solo me conformo con haber marcado tu vida para siempre. En superar a Dios en tu cuerpo por algunas horas y que solo eso me bastara para verte temblando y deseoso por mí como lo sigues estando ahora, incluso cuando juras y perjuras que no volverás a estar debajo de mí.
»Eres mío, padre Subaru, mucho más que de Dios. Si no lo reconoces, es tu problema, y como bien dijiste, ni siquiera podrás confesarlo porque en el fondo, no hay una pizca de arrepentimiento en ti.
Miko sacudió la cabeza y buscó su ropa.
—Estás loco.
—Sigues teniendo una erección después de todo lo que te he dicho. Dime, ¿quién es el loco?
Miko frunció los labios conteniendo un insulto. No le daría el gusto a este infeliz.
—No volveré a romper mis votos por ti, incluso si eso me cuesta la vida.
Sasha le dio una mirada seductora a cada porción de su cuerpo.
—Será mejor que te vistas, padre Subaru, si no quieres que te tome allí mismo y no puedas caminar en un mes.
Miko abrió la boca con horror, el escalofrío lo recorrió del cuello al coxis. Se apresuró a vestirse a pesar del dolor. Salió de la recámara y corrió hacia el patio. Necesitaba aire, se estaba mareando, asfixiando al estar en una misma habitación con su captor.
«¿Tu captor o tu amante?».
Miko se paró en medio del patio y se cubrió el rostro.
Sabía que el momento llegaría, el instante en que su conciencia le daría un golpe peor que los de Mayweather.
«Mis votos son sagrados».
Era un maldito mentiroso. Un promiscuo y mentiroso. Le dolía tanto la verdad.
«¿Te arrepientes?».
El sacerdote se mordió la lengua ¿Sería capaz de darle una respuesta a esa pregunta?

22 Peligroso

—¿Hasta cuándo debo esperar que muevas el culo, Martin?
Sasha ladró y Martin dio un suspiro.
—¿Sabes lo que me está costando tender las líneas, imbécil? ¡Nadie quiere darnos una mano! Novikov nos ha cerrado todas las puertas! Ha amenazado a todo el mundo y nadie con medio cerebro cuestionaría una de sus órdenes. Claro, nadie con un gramo de cordura, por eso tú estás excluido.
Sasha caminó de un lado a otro en la minúscula habitación y se afirmó a la pared.
—Tengo que salir de aquí. Las cosas se han complicado.
—¿A qué te refieres?—La cara de horror de Martin casi divirtió a Sasha, casi— ¿Cómo podrían ponerse peor?
¿Qué parte debía contarle? ¿Qué parte debía omitir? Sasha dio un suspiro.
—El padre Subaru es hijo de Jun Matsudaira ¿Sabes de quién estoy hablando?
La cara de Martin Campbell decía todo.
—¿Jun Matsudaira?—Sus ojos estuvieron a punto de desorbitarse cuando descubrió la verdad—¿Un *Yakuza*? Imposible, ¿cómo pudo pasar eso?
—Es una historia algo complicada. Jun abusó de la madre de Miko y la mujer se embarazó. Jun murió esa noche por una herida ocasionada por Subaru, el esposo de la mujer, pero la cosa no terminó ahí. El viejo *Oyabun* siempre quiso matarlo y Miko huyó hacia Europa cuando tenía solo cinco años. Aquí se crio.
—Bueno, el viejo ahora está muerto. No debería ser un problema ahora.
Sasha se rio de la ingenuidad de su amigo. Increíble que este tipo fuera uno de los mayores traficantes de armas ¿El amor te volvía menso?
—Al parecer el nuevo *Oyabun* quiere seguir el mismo camino, porque dos *Yakuza* nos visitaron anoche.
Martin se cubrió el rostro.
—No me digas que los mataste.
—Por supuesto, los enterré lejos de aquí y limpié la escena del crimen como siempre.
Martin quería decirle muchas cosas, pero era en vano.
—Sasha, ¿por qué carajo te has metido en esto? ¿Por qué no dejaste al sacerdote lidiar con sus propios muertos? ¡Tú ya tienes un cementerio para hacerte cargo!
—Atacaron al padre Subaru—replicó Sasha a modo de excusa—, él todavía me sirve mientras esté aquí, por eso intervine.
Martin frunció el ceño.
—¿Me estás diciendo que tú, Sasha Kozlov, que jamás ayudaste a nadie, te conmoviste por un tipo que no volverás a ver jamás en la vida?
Sasha lo fulminó con la mirada y no fue por la reprimenda, sino por el hecho de pensar en que nunca más vería a Miko.
—Si hicieras bien tu trabajo, yo no debería complicarme la vida con el curita, Campbell, pero mientras comparta su techo y coma su comida, le debo.
Su voz sonó firme, sin un mínimo titubeo o duda en alguna letra. Martin chasqueó la lengua.

—Hago lo que puedo, has hecho el trabajo muy difícil amigo, y ahora esto. Sabes que los *Yakuza* no se quedarán con los brazos cruzados. Si tienen al cura en la mira, pasarán por encima de ti o quien sea con tal de cumplir sus objetivos.
—Estoy preparado para lo que venga. No me voy a morir antes de ver la cabeza de mis enemigos goteando sangre en mis manos. Quiero que me consigas todo lo que sabes del nuevo *Oyabun.*
Martin negó y sus dedos se enredaron en su cabello.
—No vas a poder enfrentarte a ellos tú solo.—Martin advirtió—. La próxima vez no serán dos asesinos. Los japoneses son meticulosos, no hay errores de cálculo. Esta vez, no podrás.
Sasha sonrió con un aire de desafío.
—Lo peor que hiciste fue decir que no puedo , eso solo me da la fuerza para dejarte en ridículo a ti, y a todos esos hijos de puta.
Martin le dio una sonrisa de labios cerrados.
—Estás más loco que una cabra, pero estimo que a esta altura no es una novedad para ti.
Sasha se rascó la barbilla.
—Consígueme toda la información sobre el nuevo *Oyabun*, del resto me encargaré yo.
—Amigo—Martin dio un suspiro—, es un secreto a voces de que es un monstruo peor que su padre.
—Eso es fantástico, ya estoy harto de discutir con un ángel, ni siquiera es un reto.
Martin chasqueó la lengua.
—Todavía no entiendo cómo el padre Subaru no ha huido.
—Es fácil. No tiene a dónde ir y hoy está vivo gracias a mí.—Sasha señaló—. Me debe tanto como yo a él, y ,mientras no pierda de vista eso, estaremos bien.
Martin asintió.
—Sé que soy un hijo de puta al pedirte paciencia, pero es todo lo que puedo decirte en este momento.
Sasha contuvo los insultos.
—Apresúrate, Martin. El tiempo se me agota y la poca paciencia también.
—Lo sé, amigo. Cuídate. Estamos en contacto.
—Nos vemos.

****

Barrio residencial Den en Chofu, Tokio. Japón.

El golpe sobre el escritorio fue tan estruendoso que la mujer sentada en el sofá a metros de él dio un salto, luego vino otro y otro, hasta que el tipo se puso de pie y pateó el opulento escritorio de madera que había sido usado por la familia por siglos.
—¡Bastardos!
Kaname gritó con toda la rabia que llevaba acumulada. Los ataques de ira eran tan frecuentes en el último tiempo que su esposa ya no huía de ellos, al contrario, buscaba la manera de conciliar, a pesar del miedo.
—Kaname, por favor.—La mujer se acercó y lo abrazó. El hombre quiso apartarla, pero se contuvo. El labio inferior le temblaba de rabia y decepción.
—¿Es que nadie en este lugar puede hacer un trabajo tan simple?—Kaname se dio media vuelta y se colocó de frente a su esposa para sostenerla de los hombros. La mujer lo observó con miedo. Era un sentimiento que todavía no alcanzaba a procesar. Siempre hubo amor, a veces, comprensión o incluso lástima, esas eran las emociones que habían llenado sus intercambios, sus

conversaciones y los silencios. Ahora, Kaname se mostraba irreconocible incluso para la mujer con la que compartía su cama—. Déjame solo—espetó y la mujer no tuvo más alternativa.
Kaname se humedeció los labios y bufó cuando la mujer abandonó el despacho. Llamó por teléfono a sus *saiko koman* y gritó.
—*Oyabun*.
—¡Los quiero a todos en mi despacho en diez minutos!—Los pulmones lanzaron todo el aire de una forma violenta y rápida.
—De inmediato, *Oyabun*.
Kaname se rascó el rostro con rabia, lo hizo con tanta fuerza que su tez adquirió una coloración blanquecina. Sus dedos tamborilearon sobre el escritorio con impaciencia. Con el devenir de los minutos, los hombres fueron llegando y se ubicaron en diferentes lugares del enorme despacho. El agua de la cascada exterior se escuchaba desde allí, aun así, se asemejó a una gota que no apaciguó el incendio que brotaba del jefe.
—Acabo de recibir un mensaje en donde me confirman que dos de nuestros mejores hombres han desaparecido en Alemania.—Los dedos se presionaron sobre la madera—¿Alguien tendría la amabilidad de explicarme qué está sucediendo?—La voz de Kaname fue calma, una tensa calma, el ojo del huracán—¿Cómo pasó esto? ¿Cómo es posible que mi sobrino, que es un muchachito escuálido y tonto, lograra quitarse de encima a dos asesinos entrenados? ¿Alguna excusa? ¡Alguna explicación coherente!
La voz tronó en el despacho, todos temblaron.
—El sacerdote no está solo—respondió uno de los hombres que llevaba más tiempo en ese trabajo. Kaname frunció el ceño. El hombre miró a otro de los consejeros y este le acercó el celular con algunas fotografías. Kaname lo observó. En la imagen aparecía un enorme hombre rubio—. Ese tipo se está quedando con el padre Subaru, aún se desconoce si es un pariente o un amigo, pero creemos que él tuvo que ver en la desaparición de nuestros hombres.
Kaname dio un enorme suspiro.
—¿No puedo obtener mi venganza tranquilo? ¿No puedo obtener mi paz? ¿Es que acaso no la merezco?—Los hombres no supieron si eran preguntas retóricas o Kaname necesitaba una respuesta. Guardaron silencio como hacían la mayor parte del tiempo. Desatar su furia no era una alternativa—. Quiero que averigüen hasta lo que ese hijo de puta come—ordenó entre dientes—. Tráiganme a mi sobrino como les ordené, de lo contrario, ustedes van a ocupar su lugar. ¿Me escucharon?
—Sí, *Oyabun*. Haremos todo lo que está en nuestras manos.
Kaname le sonrió, un segundo después abrió el cajón de su escritorio, sacó un arma y le voló la tapa de los sesos delante de todos sus consejeros.
—¿Escucharon sus palabras?—indagó con su mano izquierda temblando mientras se arreglaban su ceja—. No quiero que hagan lo posible, quiero que se vuelvan fantasmas o demonios si es preciso para obtener a Miko Subaru. No me importan los límites, rómpanlos y ejecuten mis órdenes ¿He sido claro o necesitan una nueva advertencia?
—No es necesario, señor—alegó otro de los *saiko koman*.
Kaname acarició el arma que ahora descansaba sobre el escritorio.
—Ahora, retírense. No me molesten hasta que tengan toda la información del gorila albino, y mi sobrino esté en sus manos.
Sus lacayos se agacharon haciendo una reverencia y abandonaron el despacho. Kaname tensó la mandíbula y golpeó el escritorio una vez más con toda su furia. La adrenalina lo recorrió junto con la ira. El final estaba cerca. Podía olerlo y él saldría victorioso, como siempre debió ser.

23 ¿A qué le temes?

Fráncfort del Meno, Alemania
Cuatro días después.

Las luces de algunas velas cerca del altar daban un aspecto más íntimo a la iglesia. Era maravillosa de noche, transmitía paz y sobre todo amor. Miko siempre se sintió a gusto allí, y pese a lo sucedido con los asesinos, decidió que eso no lo iba a amedrentar. Había anochecido, y él se sentó en el primer banco intentando reflexionar en lo que se había convertido su vida. Había regresado a las actividades el día anterior. Su cuerpo se recuperó sin problemas, las marcas violáceas y rojizas comenzaron a atenuarse con el paso de los días. Volvía a ser él, al menos en su aspecto físico.
Llevaba cuatro días durmiendo en el sofá de la sala. No era lo ideal debido a que era pequeño, pero todo era mejor que seguir compartiendo la cama con Sasha. El hombre no iba a ceder su espacio, es más, se lo había dejado más que claro, entonces Miko no tuvo alternativa.
Quedarse con Sasha en una misma cama era demasiado. Miko dudaba de su autocontrol, ¿cómo no hacerlo si ese hombre, con una mirada, destruía toda su seguridad y convicciones?
No le dio más vueltas al asunto y optó por la salida más fácil. Alejarse de él. El hombre se mantuvo en silencio, no se burló y ni siquiera lo cuestionó. Miko luego lo entendió ¿Por qué lo haría si nada de lo que sucedió significó nada para él?
Miko tenía la biblia en la mano, la acarició despacio por los bordes, con la punta de su dedo índice. Su mente estaba vacía de pensamientos. No sabía por dónde empezar a hablar con Dios. Lo había intentado en la misa, pero fue incapaz. Se deleitó con la belleza de Cristo delante de él y la manera en que su imagen le llenó el corazón. Era una imagen cruda, en aflicción, pero sus ojos mirando al cielo, seguro y convencido de que algo mejor vendría, que esa decisión era la correcta.
—Desearía tener tu fuerza, cómo me gustaría parecerme más a ti—musitó Miko en medio de la penumbra. Siempre encontraba algo nuevo en la estatua, era como un niño que nunca pierde su capacidad de sorprenderse—. Perdóname por haberte dejado de lado, por haber interpuesto mis deseos, perdóname—Miko lloró y agradeció una vez más, como tantas otras veces.
Los pasos en el piso de madera le revelaron que no estaba solo y en las penumbras apareció él. Sasha se sentó a su lado en silencio. No fue incómodo, ni culposo, solo un momento en el que ambos contemplaron lo mismo. Llevaban días sin hablarse, Miko desconocía cómo actuar cerca de él, así que prefirió el silencio.
—¿De verdad creía que podía salvar el mundo sacrificándose?
Fue una pregunta que le atravesó el pecho a Miko, porque él también lo había pensado en incontables oportunidades. Sasha, que no tenía pelos en la lengua, la había lanzado y puesto sobre la mesa.
Miko no respondió de inmediato. Ambos escucharon sus respiraciones, y continuaron allí, sin

prisa, como si el tiempo se detuviera.
—Hay una historia que mi tía me contó cuando era niño, poco antes de huir a Europa.— Miko habló y se humedeció los labios—. Era una novela, no recuerdo su nombre, pero recuerdo todo lo que me hizo sentir como en ese momento. Es increíble la manera en que el cerebro se torna selectivo y crea anclajes emocionales que nos acompañan toda la vida.—El sacerdote recorrió con sus dedos la biblia.
»Sucedió en Bélgica en el siglo XVIII. Había un niño llamado Nello que quedó huérfano a la edad de dos años. No tenía otros familiares conocidos, así que, terminó en casa de su abuelo que vivía en el campo. Su abuelo tenía algunas vacas y se dedicaba a vender la leche en el pueblo. Caminaban varios kilómetros junto con su caballo y su carro para hacer ese trabajo. En uno de esos viajes, encontraron a un perro al cual habían golpeado hasta dejarlo al borde de la muerte. Ambos lo adoptaron y se tornó inseparable con Nello. Al perro lo llamaron Patrasche. Hacían el recorrido todos los días al pueblo. Nello amaba la pintura y tenía una gran capacidad para ello a pesar de que era analfabeto. Era un niño alegre, a pesar de su vida difícil. En uno de los duros inviernos que tuvieron, su abuelo se enfermó de gravedad y murió.
»Nello quedó a la deriva junto a Patrasche. La única persona mayor que se preocupaba por él había muerto. Como Nello anhelaba ser pintor se enteró de una exposición en la Catedral de Amberes en dónde, por primera vez, exhibirían «El descendimiento de Cristo» y «La elevación de la Cruz», dos obras que pertenecían a Rubens. Nello no tenía dinero para ir, se había quedado sin casa y lo único con lo que contaba era su perro. Había perdido todo por lo que, en Nochebuena, decidió ingresar a la iglesia a escondidas cuando estaba vacía junto a su perro y pudieron observar las pinturas como tanto deseaba. Las temperaturas fueron tan duras que, a la mañana siguiente, Nello y Patrasche fueron encontrados en un banco en frente de las pinturas, ambos abrazados. Habían muerto congelados.
Los ojos de Miko estaban llenos de lágrimas. Sasha no lo observó.
—Es solo una historia, padre Subaru.
—Lo sé, créeme que lo sé—Miko sollozó—, pero ¿ese no ha sido el final de millones de niños a lo largo de nuestra historia? Muriendo congelados, abusados, asesinados, y las personas dándole la espalda. Nosotros mirando a otro lado mientras esas pobres almas sufrían ¿Qué nos pasa, Sasha? ¿Por qué somos así?
Sasha dio un suspiro profundo, y, esta vez, se enfocó en Miko.
—¿Es que ese tipo crucificado frente a ti no te enseñó nada? No puedes cambiar el destino de los demás y tampoco salvar al mundo. ¡No puedes! ¡Deja de torturarte con eso! Dios, eres insoportable.
El hombre estaba enojado. La bondad de Miko era como una bofetada en su cara.
—Quizás mi psicóloga tenía razón.—Miko no negó todo el razonamiento de Sasha—. Tal vez ,me veo a mí mismo en cada niño que sufre, quizás siempre creí que lo había superado y ni siquiera estoy cerca.
Sasha volvió su vista hacia el altar.
—Eres demasiado bueno, chinito.—Sasha apretó los dientes—.Tener un corazón así de grande es un problema tarde o temprano. Estás condenado a sufrir, y es como si aceptaras la condena con felicidad. La pregunta no es qué le pasa a la humanidad, la cuestión es, ¿qué te ocurre a ti? ¿Piensas que siendo bueno recibirás algún tipo de dádiva? ¡No! ¡Al contrario! ¡El mundo se encargará de aplastarte con más fuerza! ¡Iluso!
Las lágrimas no dejaban de correr en el rostro de Miko.
—¿Qué te sucedió a ti?

—¿De qué hablas?—Sasha respondió a la defensiva.
—Tú no naciste siendo malo, ni siendo un asesino despiadado. Dime lo que quieras, niégalo como te plazca, pero, por segundos, puedo verte. Te enojas conmigo porque perdiste la fe, pero antes de perderla, la tuviste.
—Deja de hablar mierda.
Miko se limpió el rostro húmedo.
—Sí, son destellos muy leves, como pintitas de luz en medio de la gran oscuridad que te rodea.
Sasha se carcajeó.
—¿Qué pasa, padrecito? ¿Te quieres convencer de que no te follaste a alguien tan malo? ¿Es eso? ¿Todo el problema es por el polvo?
—No intento convencerme de nada, ya te dije además que me gustó. Fue una decisión que tomé al igual que las que tomaste tú al tornarte de este modo.
—Bien, creo que ya oí suficiente.
Sasha quiso ponerse de pie y Miko lo sujetó con fuerza del brazo.
—¿Cuándo perdiste tu corazón?
Miko pensó que jamás encontraría la respuesta, pero, una vez más, este hombre lo sorprendía de maneras inimaginables.
—No fue algo de una sola vez.—Sasha confesó—. Fueron una sucesión de hechos que me mostraron el mundo tal cual es, algo que tú te niegas a admitir padre Subaru, por eso te siguen pasando todas estas vicisitudes, a ti te gusta vivir así, a mí no.
—Cuéntame.—Miko replicó sin caer en sus provocaciones. Ya sabía cómo funcionaba Sasha cuando se sentía acorralado en una conversación incómoda—¿Cómo se llamaba?
Los ojos de Sasha se abrieron, pero de inmediato se recompuso.
—¿Por qué no te metes en tus propios asuntos?
—Acabo de contarte algo muy íntimo, un retacito de tela de dolor escondido en mi corazón.—Miko señaló—. No te has reído ni burlado, quiero mostrarte que yo también puedo conservar un secreto tuyo.
Sasha puso los ojos en blanco y rio una vez más. Era una risa genuina, ese sonido era hermoso para Miko. El sacerdote se preguntó cuánto tiempo había ocultado esto que ahora ardía en su pecho.
—Ya conoces bastante de mis secretos, y cada vez que abro una puerta le pones un clavo más a tu ataúd, chinito.—Sasha se argumentó—¿No te basta con que la *Yakuza* quiera tu culo para agregar a los Wagner?
Miko tragó saliva al escuchar de esa partida de mercenarios con los cuales nadie quería meterse.
—Estoy en calma con la idea de que mis días están contados, siempre lo estuvieron desde el momento en que me engendraron. No tengo miedo, Sasha. La pregunta sería, ¿por qué tienes temor de compartir tu intimidad conmigo? Y no me vengas con la historia de que has estado dentro mío y no puede volverse más íntimo que eso.
—Miko ya deja de …
—¿A qué le temes, Sasha?—Miko interrumpió.
—Yo no tengo miedo. Lo perdí hace años.
—Dime cómo lo hiciste, dime por quién te volviste este ser irrompible frente a mí.
Sasha se rascó la barbilla.
—Te encanta jugar al sacerdote conmigo, ¿verdad?
—No, solo quiero ser tu amigo.
—Un hombre que nunca pierde la fe.—Sasha dijo con socarronería.

—La fe es lo único que me mantuvo en pie, Sasha Kozlov. La pregunta es, ¿qué ha sido aquello que te tuvo en pie a ti después de todos estos años?
—No es una historia bonita.
—Ninguna historia real lo es, pero es tuya y me gustaría escucharla.
—Esto no va a cambiar nada, chinito.
—Lo sé, nunca esperé que cambiaras por mí, Sasha, y, aun así, te he aceptado en mi vida, en mi cama y en mi cuerpo. Voy a hacer de nuevo la pregunta porque eres talentoso en evadirla, ¿a qué le tienes tanto miedo?
El hombre sentado al lado del sacerdote, por primera vez había perdido todo el control. Hacía tanto que no hablaba de esto, de hecho, escapaba de su memoria que lo hubiera hecho con alguien alguna vez. De pronto, el frío congeló sus entrañas y de nuevo estaba allí. Su amor le sonreía y todo parecía un sueño, uno que le arrebataron en un abrir y cerrar de ojos.

24 Tienes un corazón

No me malinterpretes, chinito. No quiero contarte nada de mi vida porque hablar sobre el pasado es resucitarlo de una manera estúpida. No soy como tú. Jamás tuve crisis de conciencia o me preocupé por todo el mal que había en el mundo, nunca agradecí toda la mierda, en la cual, la vida quiere enterrarse porque solo alguien con un gran desequilibrio mental haría eso. Tuve dinero, millones, los tengo todavía, quizás mis hermanitos no lo cederían tan fácil, pero tarde o temprano lo harían porque es mi derecho, soy el mayor, aunque no me porté como tal demasiadas veces. Nunca fui el hermano ejemplo, o el hermano protector, al cual, le cuentas tus confidencias. Si Svetia, Ibrahim o incluso Mischa me hubieran contado sus intimidades, me habría carcajeado. Cuando tuve que apartarme lo hice, y cuando tuve que ponerles mi bota en el cuello, los aplasté sin miramientos. Mi hermanito menor sabe mucho de eso.

Vengo de una familia que puede destruirte solo con un par de llamadas, y siento que, en parte, los Kozlov hemos disfrutado de ese poder, tiene cierto erotismo, esa cosa sensual que te arrastra y te lleva, algo así como una sirena, algo que no puedes dejar ir incluso cuando te arrastre hacia la muerte. No obstante, una vez que me sumergí en el mundo militar me fijé como meta construir mis propios contactos. Este hombre que ves aquí, que sus enemigos apodan «el Reptil» es el resultado de luchas y pérdidas, pero, sobre todo, de disciplina incluso cuando carecía de fuerzas para levantarme de la cama. Mi madre, Melek, era una buena mujer, pero demasiado permisiva y débil, mi padre, el típico hijo de puta con dinero que cree que puede hacer lo que le plazca, de hecho, lo hizo. Descartó a mi madre como si fuera un engranaje usado que ya no servía para su enorme maquinaria.

—No me das el sexo que necesito.

Nunca olvidaré esas palabras, nunca olvidaré el rostro de mi madre procesando el hecho de que estaba fuera de juego. Estábamos cenando, sabía que el bastardo nos había convocado a todos por algo.

—Quiero una cena íntima con ustedes. Celebrar mi cumpleaños con mis seres queridos.

Todavía no puedo creer que mis hermanos cayeran, y lo que me pareció más patético, es que mi mamá, después de décadas de vivir con él, todavía fuera sorprendida por sus manejos. Me mantuve estoico, entretanto mi madre se derrumbaba frente a mí.

Sí, ya sé que vas a decirme, ¿por qué no la abrazaste? ¿Por qué no la arropaste con amor cuando más te necesitaba? Yo también me lo pregunté, pero la verdad es que ella y mi padre habían criado a hijos de perra muy fuertes que no se conmovían con nada, ni siquiera con su propio dolor. Recuerdo de niño haber llorado, haber corrido en busca de su ayuda y ella solo decirme que así era la vida, y que debíamos hacernos cargo de las pruebas que se nos pusieran en frente. Jamás tuve un aliciente de parte de ella, hoy creo que fue lo mejor que hizo, de lo contrario, de seguro estaría muerto o sería un blandito como tú, chinito, que llora con historias tristes y quiere la paz mundial.

Mi padre habló con una frialdad como si estuviera contando que la comida estaba salada. Mamá cayó presa de la locura, y cuando su situación emocional empeoró, descubrieron un cáncer. Mi padre la mató, siempre lo responsabilicé a él.

Tenía una amante por supuesto. Fue un secreto a voces primero, y, luego, dejó de fingir frente a

la sociedad, si la gente quería hablar pues que lo hiciera. Mi padre trajo a su amante a nuestra casa, al lugar donde estaba junto a mi madre y la obligó a salir de su cama para que su nueva esposa calentara el lecho. La imagen me revolvió el estómago, fue demasiado incluso para mí. La mujer desconocida tomada de su brazo, una pobre infeliz que era solo unos pocos años mayor que yo, ávida de poder y riqueza, lo notaba en sus ojos. La conducta de mi padre me enseñó una brillante lección. La traición no se olvida, y tampoco se perdona. Si me fallas, lo pagarás, incluso si tardo décadas en cumplir mi venganza, lo haré, iré por ti y te desollaré vivo.
El bastardo mostró a su nueva esposa como un trofeo. Mamá no lloró frente a nosotros, pero sé que lo hacía por las noches. Lo hizo cuando se marchó de la casa y nos pidió que no nos preocupáramos, a pesar de que el cáncer se expandió por cada rincón de su cuerpo. Ya no había lugar en esa casa para ninguno de nosotros.
No iba a quedarme allí, no tenía sangre para controlarme y matar a golpes a mi padre, porque eso es lo que se merecía. Fue cuando decidí retomar mis actividades en el ejército. Fui a una escuela militar en mi adolescencia. No puedo decir que la vida allí era cómoda, pero era tranquila. Hacía mis ejercicios, aprendí a usar las armas con una habilidad que incluso mis superiores envidiaban. Nadie era mejor en combate cuerpo a cuerpo que yo, nadie era mejor con un arma que yo. Regresar al lugar me centró, me demostró que fui débil al marcharme de allí.

—¿Por qué lo abandonaste?
—¿Qué?—Sasha había contado la historia de una manera automática, como si no deseara mostrar sus sentimientos.
—Dijiste que te fue bien en la escuela militar y luego en el ejército, ¿por qué te fuiste de un sitio al que considerabas tu lugar en el mundo?
—Supongo que me harté—replicó con enojo. Estaba de nuevo a la defensiva.
—Acabas de mencionar la palabra debilidad, ¿qué es debilidad para ti?
—Ser compasivo—dijo sin titubear—, tener esperanzas, buscar agradar y soportar cosas solo por necesidad, enamorarse de personas que nunca podrán corresponderte. Eso es ser débil.
Un nudo se asentó en la garganta de Miko.
—¿Cuán roto debes estar para considerar el amor como a una debilidad?
Sasha le dio una mirada de odio. Este imbécil nunca lo entendería.
—¿Qué quieres demostrar, padre Subaru? ¿Que tengo un corazón? ¡Por supuesto que lo tengo! Late a cada segundo y me mantiene aquí, incluso cuando no quiero hacerlo. Me da fuerzas en momentos en los que me he rendido, me da ira, venganza, me da la fuerza para demostrarle a todo el mundo que se equivoca al meterse con Sasha Kozlov. Tengo un corazón, chinito, pero es obvio que no se parece al tuyo.
—Claro que sí—replicó Miko—, si consideras el amor una debilidad fue porque, en un momento, aunque fuera solo una milésima de segundo, tocó tu corazón. Fingiste que eso no ocurrió como es tu esencia. Te enojaste, insultaste y maldijiste, pero la cálida sensación en el pecho nunca se fue del todo, ese recuerdo nunca te abandonó. Si has sentido el amor, aunque fuera una vez en tu vida, eso nunca te abandona.
Sasha chasqueó la lengua, se hizo hacia adelante en el banco, apoyó sus codos en las rodillas y su vista continuó en el altar y en las imágenes.
—Te envidio, ¿sabes?—Fue casi un susurro, pero Miko lo escuchó—. Envidio tu pureza, tu inocencia incluso cuando hablas con personas como yo.—Sasha se enfocó en él—. Tus ojos diáfanos, ese verde incorruptible que puede dar paz y pasión ardiente al mismo tiempo. Envidio tus lágrimas porque puedes llorar cuando sientes dolor, pero también cuando te invade el placer.

Envidio todas tus facetas, chinito. Eres un ser extraordinario.

25 Mijail

Querías saber en qué momento me convertí en esto. Te dije que fueron una sucesión de hechos, pero no es verdad, fue uno, solo uno, un par de meses que se guardaron en mi memoria y me acompañarán hasta el día en que me muera.

Mijail, así es como se llamaba, así es como se presentó mi compañero de cuarto. Era alto como yo, pero muy delgado. No tenía nada especial, cabello castaño claro, ojos marrones, nariz puntiaguda y pequeña, su rostro era más bien huesudo, sus pómulos destacaban en su tez blanquecina, tenía tres lunares en su mejilla derecha a modo de triángulo, eran más o menos del mismo tamaño. No eran enormes ni tapaban su cara, ni nada de eso. Mijail era un rusito promedio, al menos, eso creí cuando lo conocí, pero la vida tenía otras jugarretas para mí, inimaginables y dolorosas.

Te dije que apenas me dolió ver a mamá sufrir, pues con Mijail todo fue distinto. Algo en mí se abrió a experimentar sentimientos cuando ni siquiera sabía con claridad lo que eran.

Mijail fue obligado a formar parte de ese lugar. Era un adolescente flacucho que sus familiares enviaron para hacer florecer su fuerza masculina. Como si ser hombre representara molerse a golpes y decir groserías. Bueno, quizás en ese momento todos los pensamos, pero algunos de nuestros instructores se movían con respeto, y no por eso dejaban de ser hombres fuertes.

Todo lo que hicimos, en lo que nos fuimos convirtiendo fue nuestra propia elección. Podría haberme quedado en casa con una vida de lujos mientras mi padre organizaba orgías en la mansión. Fui incapaz de hacerlo. Nadie que tuviera un poco de respeto por sí mismo aguantaría eso. Sí, me encanta el dinero, pero estar ahí, comer de la mano de mi padre después de lo que le hizo a mamá me parecía grotesco, incluso una aberración.

En la escuela era diferente. Mi personalidad pronto llamó la atención de mis instructores. Algunos buscaban desafiarme, provocarme con que yo no estaba a la altura. Hice que se comieran cada palabra. Esos hijos de puta no supieron qué los golpeó. Estaba en mi mejor momento cuando Mijail irrumpió en mi vida. El tonto con el que compartía mi habitación, el que lloraba por las noches y rogaba morirse antes de seguir ahí. Era exasperante, no se esforzaba lo suficiente. Se quejaba de su vida todo el tiempo, lloraba a mares, pero no de la forma en que lo haces tú. Mijail era egoísta, le gustaba ser víctima, jugar ese rol y la autocompasión es algo que nuestros instructores no iban a tolerar.

—Deja de lloriquear por los rincones.—Una madrugada me cansé de sus sollozos—. Las cosas no cambiarán por arte de magia o porque llores. Estos bastardos se ríen de tu dolor, dime, ¿te parece bien darles el gusto?

—Quiero volver con mi tío.

—¿Te envío aquí?

—Sí.

—¿Qué te hace pensar que tus ruegos lo van a conmover? No le importas hombre y, ¿quieres que te diga una cosa? ¡Está muy bien! Al único que le debe importar tu patética vida es a ti. Nadie moverá el culo para sacarte de aquí. Más vale que lo entiendas, te acomodes los huevos y dejes de llorar como una muñequita idiota que necesita atención.

Mijail me observó con sus ojos grandes. Me di cuenta de que al principio me habían parecido

comunes, pero no lo eran. Eran de un color ámbar y tenían algo así como chispas de luz alrededor. Mijail se limpió las lágrimas y guardó silencio. Supongo que estaba procesando todo lo que le dije. Luego, dio media vuelta y se durmió, por fin pude descansar después de días con el sonido constante de sus lloriqueos.

Después de esa madrugada, el panorama cambió. Mijaíl dejó de protestar por la comida o por la dureza de los ejercicios. Se volvió metódico y sacó todo su potencial. Me sentí orgulloso. Fue como encontrar a alguien que necesitaba que lo guiara y yo encontré una labor más allá de jugar a los soldaditos.

Mijail era inteligente. Le enseñé tiro y se volvió mejor que yo, no reprobó ninguno de los exámenes y nos volvimos cada vez más cercanos. Fue el primer amigo que tuve, he tenido pocos desde esa época hasta hoy. Una noche, mientras hablábamos de estrategia, Mijail acercó su rostro al mío y me besó. Me congelé por un segundo, pero luego lo así del cuello y nuestras bocas chocaron con violencia. A partir de ahí, las cosas solo escalaron en intensidad. Primero, solo compartimos algunas pajas, pero después no fue suficiente para ninguno de los dos.

Sucedió como todo lo nuestro. Fue extraño y placentero. Mijail me miró todo el tiempo mientras me aventuraba entre sus piernas y descubría que podía sentir cosas por un hombre. El miedo me embargó, creo que fue la última vez que sentí miedo, cuando me di cuenta de que el corazón latía más rápido cuando estaba cerca de él, me percaté de que las horas volaban cuando conversábamos o nos besábamos, cuando estábamos uno frente al otro en nuestra litera. Mijail ya no era un chico promedio, no para mí. Esos rasgos que, al principio, me parecían comunes, me resultaron con el devenir de los días, en los más hermosos que vi en mi vida. Desde su cabello pajizo y castaño, su rostro pálido, sus pómulos puntiagudos y su nariz que era demasiado pequeña para su rostro alargado y claro, luego estaba su sonrisa. La genuina, no la que le mostraba por compromiso a todo el mundo. Sus dientes eran perfectos, de un suave tono blanco con el tamaño justo, amaba la sonrisa de Mijail. Lo amaba. Me había enamorado de ese idiota. No había forma de negarlo.

—Ellos van a descubrirnos.

Mijail estaba aterrado. Le juré una y otra vez que nunca iba a pasar. Nuestro trato frente a los demás continuaba siendo inexistente. No nos mirábamos, no nos hablábamos, ¿quién sospecharía?

Subestimé a mis instructores. Lo supe cuando nos sacaron de la cama a las seis de la mañana a mí y a Mijail para hacer ejercicios. El frío alcanzaba los quince grados bajo cero. El vaho salía de nuestras bocas y también de nuestros cuerpos que se estaban entumeciendo a pesar del esfuerzo físico. Corrimos a través del bosque desolado por dos horas.

—¡Levántate! ¡Ahora!—El instructor le gritó a Mijail quién había quedado tendido en el piso.

Yo continué mi camino. El paisaje blanco y los gritos de los dos instructores eran lo único que me acompañaba. Cerré los ojos y rogué.

«Levántate por favor, levántate».

Mijail, como si escuchara mis pensamientos, lo hizo. Se levantó y siguió detrás de mí. El viento helado se alzó y nos envolvió. Mis dientes castañearon. El final del recorrido estaba cerca. Solo un poco más.

Me detuve en el lugar indicado y me agaché para recuperar el aliento. Coloqué las palmas de mis manos en las rodillas, el frío golpeaba mi rostro, así que, me lo cubrí. Mijail llegó en ese instante. El alivio llenó mi cuerpo. Uno de los instructores se acercó a mí y sonrió.

—Muy bien, maricón. Hiciste un gran trabajo.—La mirada del tipo me mostró que esto no había terminado. Mijail estaba cruzado de brazos y temblaba—. Un nuevo objetivo. ¡Allá!

Vi la bandera roja en medio del inmenso lago congelado.
—No puedes hacer eso.
—¿No, Kozlov? ¿Por qué no?
—¿Por qué nos estás castigando?
El otro instructor caminó cerca de Mijail y golpeó su hombro.
—¿Por qué lo haríamos? ¿Te has portado mal? ¿Algo que nos quieras decir?
Nuestro temple no falló. No nos miramos. Si no les decíamos la verdad, no tenían nada. No podían acusarnos con nuestras familias, no podían expulsarnos por conductas indecentes. Estos hijos de puta carecían de pruebas, pero estaban decididos a que confesáramos. Temí por Mijail. Estaba mucho más agotado que yo. Si él se rompía, me quedaría solo, y, si bien estuve tranquilo al principio, ahora que lo tenía a él, que era mío, ya no quería dejarlo, no iba a apartarme. No me importaba que fuera ilegal o una aberración. Yo amaba a ese idiota. Lo entendí en ese momento cuando lo único que deseaba era protegerlo. Lo amaba y era mío, me correspondía.
Una vez que terminara esta tortura se lo diría, le diría que lo amaba y que había sido lo único bueno que me pasó en la vida. Estaba decidido a luchar por él contra el puto mundo, si era necesario. Mijail me cambió la vida de maneras inimaginables.
—A mi señal corren hacia allí. Quiero esa bandera roja en mi poder—ordenó el instructor. Me concentré en el objetivo. Quería que esto terminara. Mijail también lo hizo—¡Ahora!—La voz del instructor se perdió en medio de las ráfagas de viento. Corrimos con todas nuestras fuerzas al punto marcado. Llegamos a la orilla del lago y observé su espesor—¿Qué esperan? ¡Avancen!
Obedecimos sin chistar. La bandera nos esperaba en el centro del lago. El viento estaba a punto de elevarnos como una pluma y sacarnos en vuelo. Corrimos, el hielo crujió, pero lo ignoré. Estábamos en peligro. Había que salir de allí. Me adelanté y le gané a Mijail. Saqué con toda mi fuerza el mástil improvisado con la bandera roja enterrado en el hielo y el desastre ocurrió.
Fueron milésimas de segundo. El hielo crujió, partiéndose en casi todas las direcciones. Mijail me observó, con esos enormes ojos marrones que jamás olvidaré. El terror lo eclipsó.
—No corras.—El pánico se apoderó de él e hizo todo lo contrario. Mijail corrió de regreso a tierra firme y fue tragado por el hielo—¡Mijail!
Los instructores gritaban en la orilla sin poder hacer nada.
Me deslicé a rastras hacia donde había caído. El viento se intensificaba a cada segundo. Busqué a Mijail, pero no lo encontré, entonces observé debajo de la capa de hielo que él luchaba por abrirse paso a la superficie. Me puse de rodillas y usé mis puños como nunca antes. Golpeé una y otra vez. Busqué con desesperación el hielo más fino y se lo señalé para que se moviera hacia allí, él lo hizo. Me arrastré hasta allí y repetí la operación. El hielo empezó a teñirse de rojo. La sangre de mis puños atravesó mis guantes.
—¡Ayuda! ¡Ayuda!—Uno de los instructores corrió alejándose. Puse todo de mí, te juro que lo hice, no me rendí, pero Mijail sí lo hizo—. No me abandones, por favor—susurré sobre el hielo empañado de mi sangre. Él apoyó su mano y se despidió—¡No te atrevas hijo de puta! Te amo, ¿me oíste? Te amo ¡Eres mío! ¡No tienes permitido dejarme! ¡No puedes dejarme!
Todo mi cuerpo se llenó de agujas, mi pecho se abrió en carne viva y mi corazón dejó de latir. Mijail se hundió en el lago mientras yo le gritaba una y otra vez que no me dejara, que le diera una oportunidad a la vida incluso cuando había sido dura con él. Debo haberme desmayado porque lo próximo que supe es que estaba en el hospital y que había despertado. Mi hermana Svetia fue la única que me acompañó. Me acarició la mano sin saber cómo consolarme. Le pregunté por Mijail y ella solo negó con tristeza.

No hubo lágrimas ese día, ni al día siguiente, ni nunca. Jamás lloré después de eso. Lo enterré en mi corazón para siempre, lo atesoré como lo único bueno que tuve en mi vida.
Los instructores fueron expulsados, nunca hallaron pruebas de mi homosexualidad ,así que, seguí adelante. Si antes era hielo, a partir de ese momento, decidí que el odio sería mi único compañero.
Fue así como ingresé a los Spetsnaz, la unidad élite rusa, en dónde aprendí una infinidad de trucos que utilicé sin escrúpulos. Cuando Wagner me pidió unirme a ellos no lo pensé demasiado. La guerra era parte de mí, como una de las hélices del ADN. ¿Quién era yo sin un arma? ¿Quién era Sasha Kozlov si no podía destruir todo a su paso?

—Eres un Kózlov; es mi deber. No porque te considere valioso, sino por el simple hecho de que llevas mi apellido y me dejas en ridículo a mí y a mis verdaderos hermanos.

—Te recuerdo que yo también soy tu hermano, aunque no te guste.

—No lo eres—replicó—. Solo eres un polvo sin protección, ni más ni menos, Mischa. Cuanto antes lo entiendas, mejor.

Cuando mi hermano menor recurrió a mí pidiendo ayuda, no lo dudé. Iba a destruirlo. Su debilidad me repugnaba, su vulnerabilidad cuando no había sufrido ni el uno por ciento de lo que sufrimos nosotros. Al final, las cosas no salieron como las planeé, pero todavía tengo en mente deshacerme de él y su amante.

Abandonó todo por amor, dejó su vida tal cual la conocía por un hombre, mientras que yo estaba metido en relaciones sexuales con miembros de mi equipo que desconocían el significado de la lealtad. Quizás, la envidia sea la nota más sobresaliente de mi personalidad, el fantasma que me persigue cada día y se burla de lo que jamás pude tener. Mijail se llevó lo único bueno de Sasha Kozlov en esa gélida mañana. Este hombre frente a ti ya no tiene nada que ofrecer, excepto muerte y venganza.

26 Lágrimas

Sasha sintió la calidez que lo arropaba cuando volvió en sí, cuando regresó a la actualidad y comprendió que seguía cerca de ese sacerdote que lo frustraba. Miko lo tenía abrazado y lloraba a su lado para variar. Era una especie de dique sin contención, al cual, nunca se le agotaban las reservas.

—Lo siento, lamento tanto que lo perdieras.

—Sí, yo también, aun así, no fue tu culpa, así que, deja de llorar. Tu complejo de salvador es irritante.

Miko se limpió las lágrimas y se apartó, fue cuando se percató de que los ojos de Sasha también estaban brillantes.

—¿Por qué no te permites llorar?

—¿Para qué?—Sasha se recompuso—¿Eso cambiará algo? ¿Mijail, de pronto, volverá a la vida? ¿Tendré la posibilidad de decirle te amo? Dime, ¿qué has arreglado con tus lágrimas? ¿Trajiste a tu familia de vuelta? ¿Tu mamá resucitó?

Sasha frenó su lengua, pero fue tarde. Su mirada fue hacia el piso. Miko volvió a mirar la cruz delante de él.

—Todo lo ocurrido me trajo hasta aquí, Sasha Kozlov. El abuso de mi madre, su muerte, el desamor con la esposa de mi hermano, los consejos del padre Orlando, los asesinos que van y vienen en busca de mi sangre, tú, todo me trajo a este segundo en el que estoy frente a la cruz y reconozco la grandeza de Dios, reconozco mi grandeza y mi fuerza y reconozco que jamás tuve que herir a nadie para avanzar en la vida.—Sasha miró sus manos. Miko se puso de pie y se persignó—. Ojalá algún día te puedas ver como yo te veo, Sasha Kozlov. Ruego a Dios por eso, por tu salud, por tu vida , por lo que harás cuando te vayas de aquí. Lo hago y jamás me arrepentiré de ello.

Miko caminó lejos del altar. Sasha se quedó allí ensimismado cuando sus ojos empezaron a humedecerse. Estaba llorando.

Las lágrimas recorrieron su rostro cual tormenta de verano. Sasha lloró por primera vez desde aquella mañana en que la vida de su amor se congeló. Fue incontrolable, las emociones que siempre estuvieron allí afloraron. Un río que se derrite con la llegada de la primavera.

El sabor del primer beso, su perfume, sus manos que lo recorrieron temblorosas la primera vez que yacieron juntos. Las conversaciones, las risas juguetonas y ,una vez más, las palabras no dichas cubrieron todo.

—Te amo. Te amo.—Sasha sollozó y se echó de rodillas.

Se cubrió el rostro y entendió las palabras de Miko. Todo lo ocurrido lo había llevado hasta ahí. Su corazón latió con más fuerza, un aroma a rosas inundó sus fosas nasales, y, de pronto sintió que no estaba solo, que, a pesar del dolor, nunca lo estuvo. Se abrazó a sí mismo y lloró, pero el llanto ahora se tornó una amalgama de nostalgia y felicidad. Estaba ahí, estaba vivo, respiraba, sentía, estaba sintiendo. No era un pedazo de hielo como pensó, era un ser humano, uno por cuyas venas corría sangre tibia. No era un reptil como lo habían llamado sus camaradas. Ya no necesitaba serlo, no en ese momento en el que Dios lo encontraba y lo abrazaba.

***

Regresó a la casa dos horas después. Miko dormía en el sofá, Sasha se sentó a su lado. Estaba de costado, llevaba un pantalón corto y una camiseta sin mangas, solo estaba cubierto con una fina sábana. Sasha rozó un mechón de cabello que había caído sobre su frente y lo acomodó detrás de su oreja.
Los ojos de Miko se abrieron. Tragó saliva y volvió a cerrarlos.
—¿Qué haces aquí?—preguntó—. Es tarde.
—Recién llego.—Sasha admitió y lo besó.
Miko no buscó apartarse, sus labios se abrieron y recibieron la lengua de Sasha quien lo presionó con todo su cuerpo.
—Vete a dormir Sasha.—Miko pidió, pero el hombre no tenía planeado irse sin él.
—Acuéstate conmigo.
—Sabes que no puedo.
—Sí puedes, te necesito hoy. Vamos. No te hagas el difícil.
Miko rio y negó.
—Muy gracioso decirle eso a un sacerdote, al cual, dejaste cojo.
—Prometo ser más suave.
—No mientas.—Miko lo reprendió. Sasha volvió a besarlo. Miko le devolvió el beso con hambre. Llevaba cuatro días luchando contra la tentación. Lo deseaba más que nada. Era vergonzoso pensar en ello, pero era la verdad. Miko le acarició la barbilla, tenía una barba incipiente. Sus ojos estaban hinchados—. Estuviste llorando—afirmó y Sasha salpicó besos por la comisura de sus labios.
—Si, he llorado como jamás en mi vida.—Miko dejó que los besos se intensificaran. La boca codiciosa descendió hasta su cuello para plasmar chupetones en ella—.Te falté el respeto.—Sasha murmuró.
Miko dio un suspiro.
—Supongo que estás intentando pedirme disculpas a tu modo, pero no lo necesito.
—Qué bueno, porque no sé cómo pedir disculpas realmente. Nunca lo hice.
—El hecho de que lo reconozcas es un paso importante.
Sasha le devoró los labios una vez más. Miko gimió y se rindió a sus caricias y a esas manos que ya lo estaban desnudando.
«Prometiste guardar tus votos».
Una voz, una voz muy bajita le recordó el motivo por el cual estaba durmiendo en el sofá. Sasha levantó su camiseta y su boca se cerró sobre su pezón derecho, y luego sobre el izquierdo. Los retorcía con los dedos y no dejaba de observar a su amante quien se mordía el labio inferior.
—Estos me encantan.
Miko respondió con un gemido y frunció el ceño cuando succionó con fuerza. Lo desnudó por completo. Su cabeza se perdió entre las piernas delgadas y tonificadas ,las cuales, se cerraron para mantener a su amante allí. Miko se retorció, Sasha lo chupó como una paleta y el muchacho perdió la noción del tiempo. Esto era lo más maravilloso que había probado en su vida. Las manos de Sasha se sentían como si pertenecieran a su cuerpo. El enorme hombre lo levantó y lo cargó en brazos hasta la cama. Sus bocas no se despegaron. Su fuerza era excitante, el hecho de saber que ese tipo podía hacer lo que le placiera era un subidón que dejaba a Miko mareado.
Sasha lo arrojó en el centro de la cama y Miko respiró su aroma en las sábanas. Ya no había espacio en el que no estuviera presente.
—Date la vuelta.
Miko se mordió el labio inferior y obedeció.

La mesa de noche tenía el frasco de vaselina líquida sobre ella. No había lugar a dudas que sucedería de nuevo. Miko fue consciente en aquel momento, pero no se detuvo. La boca de Sasha lo recorrió desde las pantorrillas hasta las nalgas y se enterró en ellas. Miko dio un fuerte gemido y arqueó su espalda. Sasha mordió y chupó sus nalgas. Nunca escatimó en todo el placer que daba, es como si el hombre disfrutara más dar en todo sentido de la palabra.
Miko se mordió los dedos de la mano y giró su cabeza hacia la zona donde Sasha trabajaba. El mercenario asió la vaselina y la esparció sobre sus nalgas y su agujero. Hundió un par de dedos y Miko se estremeció. Las falanges se abrieron como tijeras y Miko empujó su trasero sobre ellas. No tardó en dilatarse, Sasha no tardó en follarlo como quería.
Lo colocó de perfil, Sasha se sentó sobre sus talones. Lo asió del culo y la cintura con potencia y lo embistió. Un largo gemido abandonó la garganta de Miko que estuvo a punto de correrse en ese segundo. A Sasha le ocurrió lo mismo. Habían pasado solo unos días, ¿cómo era posible extrañar tanto la cercanía de otro ser humano? Es como si se hubiera ablandado, como si Miko fuera un refugio del cual no quería salir.
«No perteneces aquí».
Más de una vez al día el mercenario debía recordárselo, pero la soga se ataba al cuello con más fuerza cada día. Estaba atado al padre Subaru. Un hombre con el que jamás podría tener más que un polvo.
«¿Qué más pretendes de él?».
Sasha lo empotró con furia. Enojado con Miko y con él mismo, enojado por sus recuerdos y por lo que albergaba su corazón. Tenía uno, y seguía latiendo.
El vaivén violento, por momentos, se tornaba lento y profundo. El canal lubricado se abría para él, sin restricciones. Miko sollozaba de placer entre sus manos. Sasha salió de su interior y se acostó de perfil, igual que su amante. Rodeó su torso con un brazo y con su mano derecha guio su miembro al interior de nuevo. Sus caderas tomaron impulso. Miko respondió sus embestidas con el mismo hambre.
Esta vez, Miko lo observó en medio de la brutal follada. Sus miradas se encontraron y el sacerdote entendió que había más, mucho más en esos orbes verdes grisáceos. Sasha lo besó con toda la pasión de su cuerpo, sus bocas, lenguas y dientes chocaron en un beso que ambos necesitaban.
La mano de Sasha fue al pene de Miko y lo masturbó al ritmo de las embestidas. Miko gimió en su boca con entusiasmo y se vino en su mano. Su interior se cerró y asfixió la verga de una manera cruel y deliciosa. Sasha lo rebalsó. Gota a gota se derramó en el interior de ese hombre que, una vez que se entregaba, dejaba de poner objeciones. Eso le encantaba.
Sasha abandonó su entrada y Miko se giró hacia él. Acarició su rostro y lo besó, limpiando sus lágrimas. El mercenario frunció el ceño, cuando el sacerdote le sonrió en una mezcla de ternura y cálido placer. Sasha entendió que debía marcharse de allí lo antes posible, porque de ningún modo podía haber llorado por un maldito orgasmo.
—No te asustes. Son solo lágrimas de placer.—Miko habló para espantar el miedo tatuado en los ojos del hombre.
—No tengo miedo.
Miko lo besó con hambre y lo volteó en la cama para posicionarse sobre él.
—Por supuesto, Sasha. Tranquilo, no diré nada más.

27 ¿Estás enamorado de él?

Ya no había forma de parar. Miko dejó de intentarlo y hacer cuestionamientos sobre su vida o su ética. Se encargó de disfrutar a ese hombre.
«Es un asesino».
Sí, lo era. Sasha jamás negó su esencia, pero luego estaba el otro lado, ese que Miko adoró probar. Era un amante perfecto.
Estaban en el piso de la cocina, se habían levantado hacía solo media hora y Miko lo montaba como al mejor semental. Llevaban diez horas de sexo. Habían dormido apenas una media hora, pero se sentían renovados. Sasha le pellizcó los pezones.
—Vamos, chinito. Quiero verte saltar.
Su entrada sobre estimulada se encontraba suelta desde la noche anterior. El pene húmedo y resbaladizo encajaba en su interior de una manera perfecta. No podía dejar eso, Miko fue dolorosamente consciente de que las puertas del infierno se habían abierto y ya no había formas de cerrarlas.
Sasha lo volteó en el piso y se posicionó sobre él, las embestidas se tornaron más rápidas y violentas. Miko sollozó de placer, su cuerpo se estremeció ante el toque, ante sus besos y chupetones, ante el cruel salvajismo que lo transformaba a él mismo en una bestia insaciable.
«Esto es vida».
Miko cerró los ojos y estalló entre ambos abdominales. El semen salpicó el abdomen, pecho e incluso los labios de Sasha y este solo lo chupó y lo saboreó sin dejar de embestir con fuerza.
—Sabes rico.—Sasha musitó sobre sus labios y los chupó—. Eres irresistible, chinito.—Miko lo abrazó con sus brazos y piernas.
El mercenario lo embistió con lujuria y posesividad. Ese cuerpo debajo de él era suyo. Todo lo que sabía, se lo había enseñado él y el orgullo palpitó en su interior. Se besaron de nuevo, está vez con lentitud, gozando el postorgasmo alucinante. Un golpe en la puerta los sacó de la ensoñación. Los dos se observaron.
—Padre Subaru.
—¡Es Anastasia!—gritaron al unísono y se pusieron de pie.
—Voy en un minuto, amiga—señaló el sacerdote mientras buscaba su ropa y el semen corría por sus piernas. Puso los ojos en blanco. Genial.
Arreglaron la casa y a ellos mismos de la mejor manera posible. Miko se colocó la camisa gris y el alzacuello. Lo último que necesitaba es que su amiga viera los chupetones de solo minutos atrás.
Miko abrió la puerta con una enorme sonrisa. No es que fuera hipócrita, de hecho, después del polvo de Sasha, el sacerdote sentía como una especie de reseteo. Su cuerpo se llenaba de entusiasmo. Increíble todo lo que lograba ese hombre de treinta y ocho años.
—Buenos días, Ana.
—Padre Subaru.—La mujer lo abrazó e ingresó a la casa—.Traje strudel de manzana.
—Has alegrado un poco más mi mañana entonces.
—¿Sasha no ha llegado aún? Dijo que me ayudaría a organizar la semana.
Miko frenó una carcajada. ¿De verdad se había ofrecido a eso?
—Sí, hace un rato. —Miko mintió sin alternativas—. Creo que está en el baño.

Sasha se presentó en la cocina cinco minutos después. Saludó a Anastasia y desayunaron con la exquisitez que la mujer preparó.
Organizaron la semana con los voluntarios. Sasha aportó ideas y Miko sintió que todo era surrealista. Ese hombre había penetrado cada espacio de su vida, pero las mentiras, tarde o temprano, salen a la luz, sobre todo, si eres un mal mentiroso.
Miko se arregló el cabello y se sentó en su despacho para armar la lista de compras de la semana para la iglesia con el dinero recaudado. Anastasia le ayudó.
—¿Qué piensa hacer, padre?
Miko sonrió.
—¿Con qué?—El rostro de Anastasia era serio. La sonrisa divertida de Miko se desvaneció—¿Cómo lo supiste?
—Lo escuché cuando llegué a tocar la puerta. No es precisamente sutil en sus gemidos.—Miko se sonrojó. El hecho de saber que era tan desvergonzado y que nada le importaba cuando estaba en los brazos de Sasha, hizo que quisiera encontrar un hoyo y enterrarse allí por toda la eternidad. Anastasia se acercó y le puso la mano en el hombro—. Usted no sabe mentir, padre Subaru. Eso es bueno en la mayoría de los casos, pero esto es un problema. Lo intuí desde el primer momento. Sus ojos tienen un brillo especial cuando está a su lado, y a él le sucede lo mismo.
Miko frunció el ceño.
—Sé que está mal, he luchado toda mi vida por dar el mejor ejemplo, y ahora solo soy un promiscuo.
La mujer se humedeció los labios con tristeza.
—¿Está enamorado de él?
Miko negó.
—No, no lo estoy, es solo carnal. Es físico, su boca, la manera en que me besa y todo mi cuerpo se estremece. Una sensación desconocida, peligrosa, pero irresistible. Me hace temblar, me llena de una alegría inenarrable.—Anastasia comenzó a reír fuerte. Miko frunció el ceño—¿Qué es tan gracioso?
—Padre Subaru lamento decirle que sí lo está. Está muy enamorado y ni siquiera se ha dado cuenta.
—No digas eso, por favor no lo digas.
Anastasia dejó de reír y tragó saliva.
—Usted ya lo sabía, solo que estaba en negación.
—De por sí es malo enamorarse siendo un cura, pero encima él, eso es suicida.
—¿Por qué dice eso?
Miko juntó sus brazos en el escritorio y descansó su rostro en ellos.
—Él no es un buen hombre. Tiene un pasado muy duro, pero terrible al mismo tiempo.
Sasha le advirtió que toda persona que conociera toda la historia corría peligro, así que, no daría mayores detalles.
—A usted le hace bien de maneras inimaginables. Yo creo que tan malo no debe ser.
Miko se echó hacia atrás en la silla y afirmó sus codos en los reposabrazos. El corazón estaba a punto de salirse de su pecho.
—¿Vas a informar esto?
Anastasia negó con firmeza.
—¿Cómo cree que haría algo así, después de todo lo que nos ayudó a mí y a mi esposo?
—No puedo pedirte que mientas por mí, porque Dios te pedirá cuentas por tus acciones de

manera individual. Es tu conciencia, Anastasia.
—Dios sabe que es un buen hombre y que no está haciendo nada malo.
Miko comenzó a reír.
—He roto los votos que juré preservar toda mi vida. Le hablo a la gente de redención cuando yo estoy condenado, confieso a personas y me atrevo a aconsejarles. Soy un hipócrita, Anastasia. Me miro al espejo y soy incapaz de ver más allá. Entonces, cuando decido que esto no debe continuar, Sasha aparece y mi seguridad vuela por los aires.
—Tiene que ser cuidadoso , más que nunca.
—¿La gente ha comenzado a hablar?
—No, están entretenidos con otros chismes, pero, en algún momento, se enfocarán en usted o en Sasha. No es justo que pierda todo por alguien que, de seguro, pasado unos meses, se irá.
—Menos que eso.
Miko sintió el vacío que llenó su estómago. Sasha se iría pronto. Solo esperaba la llamada de su amigo para partir y hacer lo que mejor sabía. Los *Yakuza* no habían regresado, pero solo era cuestión de tiempo. Aparecieron cuando él era apenas un bebé, luego a sus cinco años y ahora una vez más ¿Qué los detendría cuando ya conocían su paradero?
—Huele a él todo el tiempo. Ese fue el primer indicio.
Miko pestañeó ante la afirmación de la mujer.
—¿Cómo dices?
—Usted no se da cuenta, pero hay mujeres como yo, a las cuales, no se les escapa nada. Su aroma ha dejado de ser suyo. Está impregnado por una colonia y un aroma a cigarrillos que jamás percibí hasta que Sasha entró en su vida. Debe cuidar los pequeños detalles, esos son los que destapan los grandes secretos.
Miko se olfateó y reconoció que Anastasia tenía razón.
—Lo tendré en cuenta.
—Usted nunca se ha permitido ningún placer de este mundo, padre Subaru. Ahora, solo ha comenzado a entender que, incluso siendo un ángel, está con los pies en la tierra.
—Sasha genera cosas en mí que no sabía que existían. Deseos que nunca salieron a la luz.
Anastasia sonrió.
—Lo dicho, está enamorado.
—No es posible, no puedo enamorarme de él.
Anastasia puso los ojos en blanco a su lado.
—Ojalá pudiéramos decidir a quién le entregamos el corazón, padre Subaru, sin duda, la vida sería menos dolorosa.

A cambio de ti entregaré hombres ¡A cambio de tu vida, entregaré pueblos! Porque te amo, y eres ante mis ojos, precioso y digno de honra.

—Isaías 43:4

28 Posesividad

«Ojalá pudiéramos decidir a quién le entregamos el corazón, padre Subaru, sin duda la vida sería menos dolorosa».

El agua y el jabón líquido se deslizaron con suavidad por su cuerpo maltratado y colmado de marcas de amor.

Miko tenía un nudo en el estómago desde esa mañana. La conversación con Anastasia lo había dejado con una palpable tensión. El final se acercaba y, sin importar el desenlace, la vida lo separaría de Sasha Kozlov.

«Te entregaste a un hombre que te abandonará».

¿Había otra alternativa? Miko exploraba en su mente las posibilidades. Sasha era un hombre libre, un asesino que tomaba todo lo que deseaba, que destruía familias y torturaba. Él era un sacerdote, un hombre que jamás debió mirar a alguien más con deseos lujuriosos, y mucho menos a un hombre. Después de la visita de la *Yakuza* en su propia iglesia, su destino estaba sellado. Debería haber hablado con su hermano, contarle lo sucedido, pero luego también debería contarle de Sasha y lo que hizo con esos dos tipos, entonces calló. Guardó silencio, porque la verdad era demasiado triste.

El pecho le dolía cada vez que pensaba que Sasha se iría.

«Se ha enamorado de él».

¿Cómo no hacerlo? Sin importar la manera en que comenzaron, Sasha se mostró sincero en todo momento, le dio un giro vertiginoso a la vida, lo hizo sentir de una manera indescriptible. Se sentía como si su alma hubiera clamado por él, por su encuentro. Miko dio un suspiro. No quería llorar. Fue cuando las manos enormes y conocidas rodearon su cintura.

—Sasha. —Miko se apoyó en el pecho del hombre que lo abrazó desde atrás. Ni siquiera lo escuchó ingresar al baño.

—Has estado callado, chinito ¿Qué te sucede?

Miko se mordió el labio inferior cuando las manos enjabonadas de Sasha lo recorrieron y los dedos jugaron con sus pezones que, al parecer, eran su debilidad por la manera en que los tocaba y los chupaba. Miko se volteó hacia el hombre. Su cuerpo estaba húmedo y caliente.

—Anastasia lo sabe.

Sasha arqueó una ceja.

—Vieja metiche.

—No—Miko lo detuvo—, solo me lo dijo porque ella sostiene que somos demasiado obvios. Está protegiéndonos.

Sasha dejó escapar una risa sin humor.

—Eres tan fácil de manipular, chinito.

—¿Es que eres incapaz de ver bondad?

Miko frunció el ceño, intentó zafarse del agarre, pero Sasha no lo permitió.

—No estoy acostumbrado a recibir muestras de cariño o caridad. Tarde o temprano, la gente muestra su verdadera cara.

El sacerdote dio un suspiro, todavía estaba molesto.

—Nunca tendrás a nadie a tu lado si piensas así.

—No lo necesito—replicó Sasha—, no me queda mucha vida después de todo.

Esta vez, la mirada de Miko fue a los ojos fríos de Sasha. No era una broma, Sasha en realidad estaba seguro de que la muerte no tardaría en abrazarlo.
—No pienses así—expresó Miko y ocultó sus sentimientos, el corazón dio un vuelco al pensar una vida sin ese hombre. El asesino que había irrumpido en su mundo y lo puso patas para arriba en solo semanas.
Sasha apresó la boca de su amante con la suya. Lo arrinconó contra la pared de baldosas blancas. Miko gimió de dolor, porque lo había empujado muy fuerte.
—Deja de pensar en el futuro.—Sasha le musitó en el oído—. Que pase lo que tenga que pasar, ahora estás conmigo.
Miko rodeó su cuello con sus brazos y asintió. Contuvo el dolor que lo embargó en cada centímetro de su cuerpo y se entregó a la pasión de ese hombre.
Sasha presionó sobre las nalgas y lo levantó. Las piernas de Miko se atenazaron a su cintura. El agua se deslizó sobre su piel y se mezcló con sus fluidos. Los dedos húmedos ingresaron sin problema en su cuerpo. Miko se dio cuenta de que follaban tan a menudo que necesitaba poca preparación. Sus pieles se llamaban hacia un baile acompasado, en donde el control y la sumisión se sentían una. Sasha creía que dominaba al hombre al cual penetraba con ímpetu sobre la pared, pero Miko solo necesitaba gemir y mirarlo con esos orbes verdosos para que perdiera todo raciocinio.
«Nadie ha provocado esto en mí».
Miko se estaba convirtiendo en su debilidad. Después de lo sucedido aquella noche, de las lágrimas por su amante muerto, Sasha había soñado con Mijail, había acariciado su rostro, besado sus labios y todo fue abrumador, pero en algún momento, las manos que sostenía ya no eran sus manos, y la boca que adoraba no pertenecía a él. Miko se coló en su mente de la misma forma que en su cuerpo. Se dijo una y mil veces que esto solo era carnal, un desahogo a toda la basura que lo rodeaba, pero su estructura firme de convicciones se resquebrajó y el suelo se deslizó debajo de sus pies. Sasha estaba allí, en el sueño, y su amor ya no era Mijail, sin importar cuánto se prometieron.
Miko lanzó un gemido agudo, entretanto sus caderas iban hacia adelante y hacia atrás, respondiendo a cada embestida brutal. Sasha serpenteó con su lengua sobre el cuello y volvió a su labios, los mordió y estiró al punto de sangrarlos. Miko se estremeció en sus brazos. El sonido de sus pieles chocando, el vaivén violento y lascivo que provocaba que abriera las piernas más y más. Sasha podía tomarlo como le placiera, ya no habría crisis de conciencia, ni tristezas, solo el momento. Sus cuerpos dándose un goce infinito, sus almas encontrándose en una simbiosis inexplicable con palabras. Las uñas se tatuaron en la piel blanquecina de Sasha, el hombre chupó sobre el pezón derecho y Miko apoyó la cabeza sobre las baldosas. Era demasiado e insuficiente al mismo tiempo.
—Miko—su nombre sonó como una despedida. El sacerdote lo abrazó mientras las embestidas adquirían velocidad—, mastúrbate.
Miko obedeció, su mano se metió en medio de ellos y empuñó su verga húmeda con potencia, del mismo modo a la increíble penetración. El semen salpicó, todo lo que ocurría con él era un espectáculo digno de ver, un deleite para los ojos lujuriosos de Sasha. La entrada se tensó cuando el orgasmo lo noqueó. Sasha apretó los dientes y dio un gemido ronco cuando su miembro fue ordeñado tan fuerte que las piernas le temblaron. Miko Subaru era un regalo del cielo, uno al que Sasha no quería renunciar.
Se bañaron, se quitaron los fluidos, solo para caer en la cama y continuar la faena. Sasha se maldijo a sí mismo por vivir en una erección constante, pero allí estaba, la vaselina corrió por la

entrada y su pene encajó sin problemas. Miko estaba sobre sus manos y rodillas, su nalgas turgentes merecían decenas de azotes y Sasha no se privó de ello, no quería arrepentirse en un futuro, odiaba pensar en que le quedarían cosas pendientes para hacerle a ese cuerpo dispuesto, a ese ángel que no conocía del mal, pese a haber estado rodeado toda su vida de él. Sasha se enterró hasta la empuñadura, las estocadas firmes, profundas, rápidas y duras tenían a Miko con la voz ronca. Nunca se cansaría de escucharlo, era el sonido más maravilloso del mundo. Sasha había escuchado gemidos masculinos y femeninos a lo largo de su vida, nada se comparaba a la dulzura de Miko Subaru, ni siquiera Mijail.

Observó el punto de unión de sus cuerpos, el pene que se deslizaba en el interior lubricado, y salía hasta quedar unido por la punta para ingresar con vehemencia una vez más. Miko mantuvo los ojos cerrados y se dejó llevar a un nuevo universo, a un mundo paralelo en donde no necesitaban salir de esa cama.

«Usted nunca se ha permitido ningún placer de este mundo, padre Subaru. Ahora, solo ha comenzado a entender que incluso siendo un ángel está con los pies en la tierra».

Las palabras de Anastasia se colaron en su mente, rompieron la niebla del deseo por un segundo. Cuando Sasha lo notó, de inmediato lo volteó boca arriba y lo embistió de frente.

—Tu mente aquí, padrecito.

Miko no se inmutó, el enojo pasó a un segundo plano cuando las estocadas encontraron su próstata. El orgasmo comenzó a escalar en su vientre y lo recorrió como una potente corriente eléctrica. Sus caderas dieron espasmos, Sasha las acarició y continuó follando ese sitio del que nunca querría salir.

Esta vez, una idea infernal surcó su cabeza. Sasha salió del cálido interior, Miko se retorcía con las réplicas del orgasmo y él se masturbó sobre el abdomen y su pecho. La esencia bañó la piel blanquecina y llena de sus marcas. Sasha odiaba cuando los chupetones y las mordidas se desvanecían en la piel. Surcó con sus manos el cuerpo suave y sin vello. Miko volvió a gemir y se retorció bajo su toque. Olía a él, sabía a él, Sasha como una bestia sin límites, quiso adueñarse de todo lo suyo.

Se acostó a su lado y lo atrajo a su cuerpo para besarlo. Miko con la calidez que lo caracterizaba respondió con una sonrisa adormilada. Sasha siempre lo dejaba agotado, pese a ser trece años mayor que él. Tenía una resistencia que el sacerdote no poseía, incluso cuando estaba en sus veinte.

—¿Me elegirías por encima de Dios?

Miko lo observó confundido. Sasha no paraba de tocarlo y besar su rostro.

—¿Qué?

—Responde.

—Sasha, no deberías…

—Responde, maldita sea.—Sasha lo asió del cabello y adhirió su frente a la del hombre—¿Me elegirías por encima de Dios?

Los ojos de Miko se llenaron de lágrimas, besó su boca y descansó la cabeza en su pecho. La respuesta lo destrozó.

—Sí, Sasha. Te elegiría sobre todo, incluso por encima de Dios, y esa es mi condena.

29 Tráelo a casa

Ciudad de Ginza, Tokio, Japón.
Tres días después.

—Sasha Kozlov.—Kaname observó las imágenes del hombre sobre la pantalla frente a todos sus *saiko koman*. Uno de ellos explicaba—. Es un militar ruso de treinta y ocho años. Perteneció a la unidad élite rusa. Estuvo con los *Spetsnaz* alrededor de cinco años y después se unió al grupo Wagner. Ha actuado en países como el Congo, Namibia, Sudán del sur y Venezuela. Era mano derecho de Vitali Novikov hasta que ocurrió un hecho confuso que obligó a Sasha a darse de baja.
—¿Qué sucedió?—Kaname frunció el ceño.
—A este hombre se lo acusa de estar en medio de un triángulo amoroso con el hijo de Novikov, el cual, fue descubierto por Kozlov. Eso derivó en la muerte de Darío Novikov y en la desaparición de su amante, un ruso llamado Talo Petrov.
—Interesante.—Kaname se acarició el mentón— ¿Esta versión ha sido confirmada?
—Nadie la confirmó—señaló el hombre—, pero las sospechas son claras. El grupo Wagner se ha desplegado en busca de Kozlov. No es la primera vez que está rodeado de rumores acerca de su sexualidad.
—¿Cómo es que lo mantuvieron en el ejército? Ellos odian la homosexualidad.
—Hay un hecho sucedido en un colegio militar de Moscú. Kozlov y otro de los alumnos tenían un romance, dos instructores intentaron amedrentarlos, pero las cosas se salieron de control.
—¿Lo mataron?
—Se hizo pasar el hecho como un accidente para proteger a los instructores, años después ambos hombres fueron encontrados muertos.
—Kozlov.—Kaname sonrió.
—Nunca se comprobó, pero es lo más probable. No es un hombre para tomarse a la ligera. Tiene la fuerza, la destreza, el profesionalismo y está completamente loco.
—Entiendo.—Kaname lo pensó por un segundo. No iba a seguir exponiendo a su organización a las represalias y muchos menos, lejos de Japón. De pronto, todo tuvo sentido. Si no puedes contra el enemigo, únete con sus enemigos para destruirlo—. Comunícame con Novikov.
—¿*Oyabun*?
Kaname levantó la mirada. Los *saiko koman* estaban en silencio.
—Novikov me ayudará a capturar a mi sobrino y él tendrá su venganza.
—El grupo Wagner recibe directrices políticas, no es solo un grupo de mercenarios.
—Haz lo que te digo—replicó y el asesor asintió—. Del resto me encargaré yo.
—Enseguida, *Oyabun*.
El hombre hizo una reverencia y se marchó. El resto de los asesores lo observó.
—¿Algo que quieran decir?
—Está loco.
Fue inevitable, tarde o temprano, alguno permitiría que su temperamento emergiera.

—No—replicó Kaname en calma—, solo aseguro mi poder. Miko Subaru regresará a casa, le guste o no.
—Su venganza nos costará todo.
—¿Qué te puede costar a ti?—preguntó con un atisbo de diversión—. Yo soy lo único que queda de esta familia. Si muero, todo se perderá, así que, es lo mismo. No tengo miedo a la muerte, pero lucharé con uñas y dientes por mantenerme vivo.
—Miko Subaru es un sacerdote, jamás ha mostrado interés en la organización y es un mestizo.
—¿Sabes cuál es la diferencia entre ustedes y yo?—Kaname se puso de pie y caminó con sus manos en la espalda—. Ustedes presumen y yo asumo. El bastardo jamás luchó por el poder, pero eso no significa que no lo hará y menos ahora cuando tiene cerca a un aliado tan habilidoso.
—*Oyabun*, es solo un hombre.
Kaname negó ante la supina ignorancia.
—No es un hombre, es un asesino de élite.

***

Sasha veía una película mientras que Miko leía un libro. Ambos estaban en el sofá. Miko se mordió el labio y pensó en que casi parecían una pareja de verdad, casi.
—*¿Me elegirías por encima de Dios?*
—*Sí, Sasha. Te elegiría sobre todo, incluso por encima de Dios, y esa es mi condena.*
Le dio vueltas a la conversación con su amante después del crudo orgasmo. Se preguntó si Dios lo perdonaría por amar a un hombre, se preguntó si merecía perdón o si incluso estaba arrepentido. La respuesta fue un no rotundo.
Miko no se arrepentía. Le había agradecido a Dios su vida, le había pedido por sus feligreses, porque ellos carecían de la culpa de sus deseos egoístas, y, llegada la tarde, habían hecho el amor de nuevo como cada día. Sasha, la bestia insaciable que se adueñaba y marcaba su cuerpo sin reparos, él, un pobre tonto que estaba viviendo un cuento que ni él mismo creía.
—¿Qué estás pensando, chinito?
Sasha rio sin mirarlo cuando Miko se acurrucó en su regazo.
—Nada, solo tonterías.
—¿Qué clase de tonterías?
—Solo eso.—Miko se sonrojó. Sasha lo asió del cabello con fuerza. El sacerdote pensó en lo loco que estaba para acostumbrarse a los arrebatos agresivos del mercenario, pero quizás era la única forma en que sabía demostrar sus sentimientos.
—Eres un mentiroso patético.—Sasha lo besó antes de Miko le respondiera. El sacerdote gimió al borde de la asfixia, el hombre lo liberó y lo observó—. Chúpamela.
Miko abrió sus ojos con sorpresa, en lo que llevaban juntos, Sasha no le había pedido aquello. La destreza en los orales del ruso era única, de todos modos, no iba a negarse. Se retiró del regazo, se puso de rodillas y se colocó entre las piernas del tipo. Sasha se bajó la cremallera. La única luz presente en el ambiente era la de la pantalla del televisor y el velador al lado del viejo sofá. Sasha asió su enorme miembro y lo puso en la cara de Miko. Este lo sujetó con ambas manos, era de color rojizo, la punta poseía un color más intenso y tenía una enorme vena que lo surcaba desde el glande hasta los testículos. Era hermoso, diferente al suyo, pero bello. Sasha estaba completamente depilado allí.
Miko saboreó la punta, jugó con ella y el líquido preseminal que salía a borbotones. Lo masturbó con ambas manos y Sasha tiró su cabeza hacia atrás, relajándose. Genial, estaba haciendo un buen trabajo. La lengua serpenteó ágil y divertida toda la extensión.

—Deja de jugar, chinito Métela en tu boca o yo lo haré.
Miko dio una risilla y obedeció. El trozo de carne caliente latió en su cavidad, el chico cerró los ojos y su cabeza descendió hasta que toda la extensión fue al interior. Los ojos de Sasha se abrieron y gimió.
—Por Dios, hombre, ¿es en serio?—Sus amantes siempre se quejaron de su enorme tamaño. Miko lo tomaba con gracia y deleite, como si lo hubiera hecho miles de veces. Ahuecó sus mejillas y Sasha percibió el pinchazo de placer.
Minuto tras minuto, Miko jugó con el glande, chupó a su gusto y succionó de una manera exquisita. Sasha le acarició el cabello, ¿por qué era tan perfecto?
—Estás hecho para tener mi verga en ti todo el tiempo.—Sasha afirmó con orgullo y posesividad —. Naciste para ser mío, chinito.
Miko gimió ante el halago y succionó con más fuerza. Las caderas de Sasha se impulsaron hacia arriba y buscaron su liberación. Miko acarició sus piernas y permitió que su amante usara su boca. Sasha lo sujetó de la nuca y le impidió retirarse, pero Miko jamás tuvo esa intención. El semen golpeó su garganta, gota a gota, el sacerdote se percató de que él también estaba duro. Sasha aflojó su agarre, la boca se retiró y su amante se limpió la comisura de sus labios, perdido en el placer. Sasha metió su pie entre las piernas de Miko y este gimió.
—Ponte de pie, quítate el pantalón, sube al sofá y móntame la cara.
Miko gimió de solo imaginarlo. Obedeció de inmediato. Se arrancó el pantalón corto que era lo único que llevaba, se trepó al sofá y apoyó un pie en un costado y el otro del otro lado, dejando a Sasha en medio. El mercenario apoyó su cabeza en el cabecero y abrió la boca.
—Dame leche.—Era un guarro asqueroso. Miko se avergonzaba de todo lo que decía, pero al mismo tiempo, lo excitaba. Miko obedeció, asió su miembro y lo puso en la boca, la cual lo devoró.
No duró mucho, fueron apenas unas succiones y un par de jaloncitos para que Miko se liberara. Sus piernas trémulas hicieron que cayera sobre el regazo de Sasha quien limpiaba con su lengua los restos de la corrida. Los hombres se besaron y compartieron su sabor. Sasha lo abrazó y respiró en su cuello. Estaban cansados, pero de algún modo, nunca se saciaban.
El celular de Miko vibró sobre el extremo del sofá. Sasha lo asió y observó el número. Su rostro plagado de éxtasis se tiñó de preocupación, no de alivio.
—¿Quién es?—preguntó Miko que ya se había hecho la idea que Sasha nunca le devolvería su celular.
—Es Martin Campbell, mi contacto—explicó—, es un mensaje.
Miko tragó saliva y su corazón se aceleró.
—¿Te vas?
Sasha le dio un beso en la frente. Un beso diferente a todo lo vivido.
—Sí, padre Subaru. Es el momento de irme.

30 No te vayas

Miko se sentó en el piso del baño y se hizo un ovillo. Lloró como hacía mucho tiempo no lo hacía. Sasha no iba a quedarse, no lo elegiría por sobre la sangre. Era un hombre de guerra y siempre iba a serlo. Racionalmente Miko lo sabía, pero su corazón, su corazón idiota que había renunciado al mismo Dios por él, no supo qué hacer. No quería mostrarle que esto le afectaba, después de todo, Sasha nunca le hizo promesas de amor eterno.
«¿Me elegirías por encima de Dios?».
¿Por qué le había preguntado eso si no pensaba renunciar a su venganza? Miko no entendía. Se puso de pie y se limpió el rostro. Salió del baño y caminó hacia la habitación en donde encontró a Sasha sentado en la cama. Observaba el celular y daba suspiros.
—¿Estás bien?
—Sí—replicó de inmediato—, estoy planificando los próximos pasos. Tengo un pasaje de avión a Ciudad del Cabo que sale dentro de cuatro horas.
Miko se limpió las manos sudadas en su pantalón corto, ese que se había quitado y le habían arrancado de la piel decenas de veces.
—¿Tan pronto?—preguntó con un hilo de voz y Sasha asintió con su vista en él.
—No me mires así, chinito. Tú sabías cómo sería.
Miko se derrumbó en llanto. Sasha apretó los puños con rabia y tristeza.
—Quédate conmigo.—Las palabras salieron de la boca sin pensar demasiado. Miko se montó a su regazo y lo abrazó—. Puedo abandonar esto por ti, puedo ser…
—¿Abandonar a tu iglesia? ¿A la gente que te necesita?—Sasha lo apartó con suavidad—¿Sabes lo que sufrirás con esa decisión?
—No me importa. Si me dejas, no voy a recuperarme.—El nudo en la garganta era tan intrincado que hizo que le dolieran hasta los oídos—. Tú me enseñaste cosas maravillosas.
Sasha rio sin humor.
—Te enseñé a follar, padre Subaru. Créeme, no necesitas un gran talento para eso, de hecho, puedes conseguir a alguien más si le agarraste el gustito.
Miko frunció el ceño.
—¿Qué estás diciendo? ¿Piensas que soy un cualquiera que me entregaría al primero que pase?
Sasha dio un suspiro y negó.
—No, no quise decir eso, solo…—Sasha lo apartó y se levantó—. Se terminó, padre Subaru. Puedes entenderlo o quedarte con la rabia, yo me voy.
Miko se limpió las lágrimas y Sasha se dirigió al baño. El sacerdote lo siguió. Se paró en el umbral de la puerta con sus manos en oración.
—Te amo, Sasha—confesó porque ya nada importaba de todos modos—. Me he enamorado de ti. Soy capaz de todo por ti. Renunciaría a mis votos, a esta vida, al mundo si es preciso, pero jamás dejaría de amarte. Sé que no lo parece, sé que a lo mejor no he mostrado más allá mis intenciones, pero quiero una vida contigo. No me importa lo que diga la gente, o toda la congregación eclesiástica. Te amo ¡Te amo, maldita sea!
Sasha apoyó sus manos en el lavabo. Su cabeza gacha, pensativo, pero decidido al mismo tiempo.

—Me la deben, Miko. No voy a renunciar ahora. Voy a asesinar al hijo de puta de Charles Brandon y después eliminaré a Novikov. No hay nada más que hablar.
—¿Por qué odias de ese modo a Brandon? Entiendo lo de tu jefe, pero ese hombre, ¿qué hizo?
—Me pagaron por asesinarlo y yo no dejo trabajos sin terminar, eso es todo.
—No—Miko dio un suspiro y se limpió las lágrimas—, hay algo más.
Sasha le dio una sonrisa de labios cerrados.
—Me encanta que todavía tengas la puta esperanza de comprender cómo funciona mi cerebro.—Algo se rompió en Miko en ese momento. Sasha se percató de ello, y supo que era mejor así. Pasó a su lado y le tocó el hombro—. Cuídate, padre Subaru. Buena suerte.
Miko no le respondió, solo se limitó a mirar al piso. Cuando la puerta se cerró detrás de él cayó de rodillas al suelo y se derrumbó en llanto.

****

—¿Quién es el mejor? ¿Quiero que lo digas, Sasha Kozlov? ¿Quién es el mejor?
—Cierra la boca y dime, ¿conseguiste todo?
—Martin Campbell no ha perdido su toque, hermano. Revisa tu correo, tienes un pasaje de ida y vuelta a Sudáfrica. La ubicación de tu querido teniente Brandon, y de su novio.
—Espera un momento, ¿Charles Brandon tiene un novio?
—Claro que sí, una cosita bella veinte años menor. Sí, lo de Sugar daddy al parecer se le da bien. Una vez que termines tu trabajo, deberás viajar a Suiza en donde te espera una nueva cuenta bancaria a la que serán transferidos tus fondos, al menos, los que no fueron congelados por tu jefe.
—¿Qué sabes de Novikov?
—Continúa apostado en Rusia, a la espera de novedades en torno a ti, al parecer te subestimé, ocultarte con el curita fue bastante bueno. Me imagino su felicidad al deshacerse de ti.
Sasha observó el boleto de avión mientras esperaba en la sala VIP del aeropuerto.
«Te amo, Sasha».
No había forma de que alguna vez se olvidara de Miko Subaru. Sasha se resignó a vivir con el recuerdo de la persona más bella y dulce que conocería en su vida. Martin había movido cielo y tierra para sacarlo de Alemania, para que él pudiera comenzar una nueva vida, pero ¿realmente deseaba eso?
«Ya tenías una nueva vida».
Sasha sacudió la cabeza. Una pareja de hombres se sentó frente a él. Ambos estaban de la mano y hablaban muy cerca. Sasha creció en un país en donde ser diferente se castigó con la muerte por muchos años, ahora eran tolerados, pero no necesariamente queridos. Él mismo había lanzado desdeños sobre su pobre hermano menor cuando se enamoró de su entrenador. Lo único que le quedaba era la venganza. Era cerrar este capítulo y después pensar en qué haría por el resto de su vida. La idea de una playa paradisiaca era buena, pero ¿acaso no había conocido ya el paraíso? ¿Acaso no lo había desechado como si no fuera nada?
Dio un suspiro y se concentró en su objetivo. Martin le había enviado toda la información necesaria para sus próximas veinticuatro horas. El plan era sencillo, infalible, Charles Brandon no lo esperaba. Lo mataría y este nunca se enteraría cómo pasó.
El altavoz anunció el embarque del vuelo. Sasha asió su bolso y la chaqueta. Las pertenencias que lo venían acompañando desde que toda esa locura comenzó, desde el momento en que pensó que deshacerse de Novikov y su amante era algo sencillo.
Una punzada de remordimiento atravesó su cuerpo.
—¿Es que eres incapaz de ver bondad?

—No estoy acostumbrado a recibir muestras de cariño o caridad. Tarde o temprano la gente muestra su verdadera cara.
—Nunca tendrás a nadie a tu lado si piensas así.
—No lo necesito, no me queda mucha vida después de todo.
«Adiós, chinito».
Sasha dio un suspiro profundo, y por un instante, el aroma a lavanda y menta invadió sus fosas nasales.
«Mío».

31 Señuelo

Casa de campo a las afueras de Múnich, Alemania.
Veinticuatro horas después.

—Mi hermano está triste.
Hanna dejó de amasar los panes saborizados y escuchó a su esposo hablar de Miko.
—¿De qué hablas? Yo lo vi muy alegre. Está muy entusiasmado con eso del voluntariado.
Dohko negó con firmeza.
—Tiene un tic desde que era bebé. Cuando está triste, su carita lo hace todo el tiempo.
Hanna rio.
—Cosa de hermanos, nunca las entenderé.
—Lo sé, amor, lamento que hayas sido hija única.—Dohko dio una sonrisa tranquila—. Miko fue un regalo hermoso, sin importar el modo en cómo llegó a este mundo.
Hanna tragó saliva, era de las pocas personas que conocía esa parte de la oscuridad. Dohko lo mantuvo oculto hasta hacía solo unas semanas. En un principio, Hanna se molestó, pero luego entendió el motivo. Era una mezcla de rabia y vergüenza. Ahora admiraba más a su esposo y a su cuñado. Su entereza a pesar del dolor, sus ganas de vivir eran algo que no todos poseían. Se sintió feliz que esa sangre corriera por las venas de sus hijos. No serían vencidos por las dificultades. Quizás, después de todo, los mitos y leyendas de los ninjas y los samurái no eran solo eso.
—Miko se preocupa por todos—señaló Hanna—, sufre los dolores de los demás como propios, de seguro alguien llegó pidiendo ayuda y eso lo afectó. Lo has visto llorar por gente que ni conoce. Es una persona muy sensible.
Dohko asintió.
—Tienes razón, quizás por eso no nos dio detalles. Será lindo verlo la semana que viene de nuevo. Necesita cambiar de aire más seguido.
El timbre sonó y Hanna frunció el ceño.
—¿Alguien venía?
Dohko se encogió de hombros con tranquilidad.
—No que yo sepa.
Hanna puso los ojos en blanco.
—Espera, ya sé quién debe ser. La vieja charlatana que encontré el otro día en el mercado quiere que le de mi receta del strudel para presentarse en la feria.
Dohko arqueó una ceja.
—¿Tu competidora te está acosando por tu receta?
—Y piensa que soy tan mensa que se la daré.—Hanna entornó los ojos—. Lo lamento, pero no tengo pensado regalar el puesto número uno en la próxima feria.
Dohko rio, los niños jugaban en el jardín trasero. Hanna se acercó a la puerta de madera y la estampida fue tan poderosa que la hizo volar. El gigante de dos metros destruyó la endeble puerta y se coló en la casa. Hanna gritó y buscó una manera de huir, pero otro de los tipos, la

sujetó del cabello y la inmovilizó en el piso.
—¡Dohko! ¡Los niños!—Era todo lo que a Hanna le preocupaba.
Dohko se puso de pie y corrió hacia el jardín. Habían pasado dos décadas desde los ataques. Los bastardos se habían tomado su tiempo, no obstante, cualquiera que conociera a los *Yakuza* sabía que las deudas con ellos se pagaban, y aquí había una enorme deuda. Hubo días en los que a Dohko le hirvió la sangre. Esos hombres habían matado a su padre solo porque se atrasó en los pagos. Está bien, su padre cometió un error, nunca debió recurrir a ellos, pero que ellos buscaran venganza cuando fueron los responsables de su muerte y el abuso de su mamá era inaudito.
Dohko se percató de que estos tipos no eran asiáticos. Es más, por lo que balbucearon hablaban en ruso.
Los hombres se dirigieron a Dohko. Hanna luchó con el gigante, se enganchó a su rostro y clavó sus uñas en él hasta desgarrarlo, el tipo gritó y le dio un puñetazo tan fuerte que la arrojó a un metro y la dejó inconsciente.
—¡Hanna!
Dohko se detuvo antes de salir por la puerta hacia el jardín trasero. Sus pies querían regresar y socorrer a su esposa, pero no tenía sentido. No podía ganar esta batalla, solo huir.
Los rostros de los tipos estaban descubiertos, eso aterrorizó a Dohko. En ningún momento les apuntaron con armas, solo utilizaron la fuerza física ¿Quiénes eran esta vez? ¿De qué clase de artimaña se habían valido los *Yakuza*?
—¡Papi!—Nuri gritó con su vocecita quebrándose ante el escándalo en el interior de la casa. Dohko la alzó y dio pasos hacia Johan quien estaba estupefacto.
—¡Corran!—gritó para que se dirigieran hacia campo abierto. Necesitaban ayuda.
Los hombres se desplazaron con calma detrás de ellos. Dohko, que llevaba agarrado de una mano de Johan y en brazos a Nuri volteó para verificar si lo seguían. Sus ojos se abrieron cuando notó que los tipos no estaban allí.
—¡Papá!
—Corre, pequeño. Vamos, tú puedes.—Dohko le dijo con dulzura a su niño, mientras Nuri iba pegada a él como un bebé koala.
La próxima casa estaba a solo doscientos metros más. Dohko corrió entre los árboles hasta llegar a la casa vecina. Allí fue recibido por la señora Braun quien le sonrió, pero de inmediato se dio cuenta de que nada estaba bien.
—Dohko—su voz se le entrecortó—, ¿qué está pasando?
—Llama a la policía. Unos hombres han entrado a nuestra casa y…
Uno, dos, tres disparos. Dohko se congeló y los niños gritaron cuando el pecho de la señora Braun se abrió con tres balas. El hombre se dio la vuelta hacia el lugar desde donde habían disparado. Un tipo más delgado junto al gigante de dos metros tenía un rifle de asalto. El hombre avanzó hacia él, y Dohko se rindió sin mayor resistencia. El tipo le quitó a Johan, quien lloró desconsolado. Nuri lo abrazó con todas la fuerza que albergaban sus bracitos. Las lágrimas se deslizaron en el rostro de Dohko. Los recuerdos guardados emergieron con la fuerza de un huracán. De pronto, ya no era Johan quien lloraba, era su hermano Miko. La impotencia y el miedo de perderlo todo lo invadieron.
—Por favor, no nos hagan daño.—Dohko buscó acercarse a Johan, pero el tipo lo asió del cuello y el aire se esfumó.
—*Не делай глупостей, иначе ты нас узнаешь.*
«Deja de hacer tonterías, de lo contrario nos vas a conocer».
—*Пожалуйста.*

«Por favor».
Fueron las únicas palabras que Dohko supo decir en medio del desasosiego. Dohko llevaba años sin hablar el idioma nativo de su madre, sin embargo, estaba allí, listo para salir cuando fuese necesario. Nunca esperó que fuese en circunstancias tan macabras.
El gigante le hizo una seña. Johan lloraba mientras lo agarraban de la camiseta celeste para que no escapara.
—*Пойдем, нас ждет начальник.*
«Vámonos, el jefe espera la confirmación».
Dohko dio pasos inseguros y el tipo que llevaba el rifle le apuntó a la espalda.
—Apresúrate, no tenemos todo el día.
Dohko apuró su caminata, Nuri no se movía en sus brazos, el hombre la observó y se percató de que se había desmayado. El trayecto se sintió como un peregrinar a la muerte. El gigante no dejaba que su hijo se acercara y eso provocaba que Dohko se pusiera todavía peor.
—Es mi hijo—dijo en un intento absurdo de ablandar su corazón—, déjalo que venga conmigo.
—El asesino parecía sordo. Johan tironeó su brazo, pero fue en vano—. Cariño—Dohko le habló a su hijo por temor a que lo destrozaran de un golpe—, mantén la calma. Todo estará bien.
Johan lloraba sin consuelo. El corazón de Dohko, los pocos pedazos que lograron reconstruirse a lo largo de los años terminaron por estallar en su interior. Sus hijos nunca se olvidarían de este hecho, y él se odió por pertenecer a la familia Subaru, se odió por maldecir a su madre y a su padre, se odió por pensar que las cosas deberían haber sido diferentes.
«Miko».
Pensó en su hermano, en lo que podría haber sucedido con él. Atravesaron el umbral de la puerta que daba al patio trasero y Dohko observó que Hanna estaba sentada en una silla. La sangre corría de su rostro, su nariz molida por el puñetazo, sus ojos entrecerrados, aún continuaba mareada.
—Mamá.—Johan se liberó del agarre y corrió hacia su mamá y la abrazó. La mujer, en una acción más instintiva que racional, abrazó a su hijo quien se desmoronó en lágrimas amargas.
El primer mastodonte que golpeó a Hanna llamó por celular a alguien. Dohko fue arrojado sobre una silla al lado de su esposa quien lo abrazó junto a su hija.
—¿Quiénes son?—preguntó con la esperanza de que su esposo supiera lidiar con esto, pero el hombre negó. Esto era diferente.
El asesino habló en ruso y luego activó el formato de videollamada y lo acercó a Dohko. Nuri se removió en su regazo y se estremeció al notar que no estaba en una pesadilla. El hombre la calmó y le besó la frente.
—Buenos días, señor Subaru.
Un hombre rubio de ojos azules, barba poblada, contextura física impresionante a pesar de que estaba en el umbral de los sesenta años.
—Buenos días.—Dohko se guardó todos los insultos que ansiaba propinarle a ese hijo de puta—¿Quién es usted?
—Mi nombre es Vitali Novikov, ¿cómo lo han tratado mis muchachos?
La sangre embulló en Dohko.
—Golpearon a mi mujer, asesinaron a mi vecina y me están apuntando con un arma a mí y mis dos hijos pequeños, diría que sus muchachos, como usted los llama, se han portado como la mierda.
Una leve sonrisa se dibujó en Novikov.
—Tranquilo, Dohko. Si su hermano coopera, muy pronto será libre de nuevo y no deberá

preocuparse por nosotros.
El temor golpeó el corazón de Dohko una vez más.
—¿Qué quieren de mi hermano? ¿Quiénes son ustedes?
—Su hermano tiene algo que deseo, señor Subaru—explicó Novikov—, y usted me ayudará a que me lo entregue.

32 Rendición

Fráncfort del Meno, Alemania.

Miko intentó concentrarse en el excel que estaba haciendo en su computadora con los gastos mensuales, pero resultó imposible.
—*Se fue, Anastasia. Me dejó.*
—*Lo lamento tanto, padre Subaru.*
Los ojos le dolían y estaban hinchados ¿Por qué carajo su corazón masoquista volvía a la última conversación con ese idiota?
—Padre.—La voz de Anastasia lo sacó de la tortura—. Le traje un café y unas donas. Las he preparado para la reunión de esta tarde. Dígame, ¿qué le parecen?—Miko tenía un nudo en el estómago que le impedía que algo se mantuviera allí. Había vomitado tres veces, sus ojeras y su deterioro eran evidentes—¿Por qué no descansa un rato?
—No puedo quedarme en cama simplemente llorando, Anastasia. No funciona así, de lo contrario, no voy a reponerme.
—No digo que se quede por meses, pero, por hoy, podría permitirse esto.
Anastasia habló con la misma calidez de siempre.
—Soy patético, ¿verdad?—preguntó con una risa sin humor—. Soy un sacerdote y me he enamorado de un tipo que no quiere nada conmigo. Un tipo que despertó cosas en mí que jamás esperé sentir ¿Para qué? ¿Para abandonarme? ¿Para dar vuelta la página sin miramientos?
—Ya se lo dije, uno no decide a quién amar, padre, simplemente sucede. Si fuera tan sencillo, se evitarían muchos divorcios.
—Me estoy muriendo por dentro, Ana.—Miko reconoció—. En un rato debo salir frente a un grupo de personas y ayudarlas, ¿cómo puedo? ¿Cómo ayudar cuando el que necesita una mano soy yo? No estoy acostumbrado a sentirme así.
—¿Así cómo?
—Desvalido—confesó—, desamparado, triste, enojado, decepcionado. No lo sé, es tal el revoltijo de sentimientos que ya no sé por dónde comenzar.
Anastasia se sentó frente a él en el despacho de la administración de la iglesia.
—Padre, ¿usted quiere seguir con esto?—Anastasia preguntó—. ¿Todavía conserva su vocación o Sasha se llevó todo lo que era?
—No lo sé—sus ojos se llenaron de lágrimas una vez más—, nunca tuve más sueños que esto. Mi iglesia, mis feligreses, mi hermano, mis sobrinos y yo era feliz. Lo era, a pesar de todo lo que me ocurrió en la vida, yo lo era, pero ahora, es como si me hubieran sacudido y mi mundo se puso patas para arriba. Amo a Dios, lo sigo amando, pero…
—¿Qué?
Miko dio un suspiro.
—Amo más a Sasha, amiga.—La voz se le entrecortó—. Pensé que me arrepentiría de mis dichos o mis pensamientos, pero no es así. Lo amo y estoy dispuesto a dejar todo, pero él no me quiere en su vida. Dime, ¿cómo hago para recuperar mi vida? ¿Cómo es posible borrar de mi

mente todo lo vivido?
Anastasia se mantuvo en silencio. Asió su mano y la apretó entre las suyas. Lo mejor que podía hacer era estar a su lado. No había palabras que al padre Subaru le dieran alivio o aliento, eso debía venir de su interior, era un proceso duro, y debería seguir ese camino en solitario. Sin embargo, Anastasia le mostraría que podía apoyarse en ella cuando estuviera agotado, llorar en su hombro cuando el hastío lo superara. Eso es lo que hacían los amigos. Estar ahí, acompañar, y rogar que encontrara de nuevo el camino a casa.
El teléfono de la iglesia sonó. Miko recordó, en ese instante, que debía comprar un nuevo celular. Anastasia dio pasos hacia la mesita donde estaba instalado el teléfono todavía y contestó. Miko miró la pantalla de la computadora y los números se asemejaron a jeroglíficos egipcios.
—Padre Subaru.—Miko levantó la mirada y observó a Anastasia—. Es su hermano.
Miko le dio una sonrisa. Se encontrarían ese fin de semana así que, de seguro, quería ultimar detalles. El sacerdote estiró la mano hacia la mujer y esta le alcanzó el teléfono inalámbrico.
—Dohko, ¿cómo has estado?—Silencio. El frío fue tan intenso que Miko se congeló—¿Estás bien? ¿Me escuchas?
—Nos encontraron, Miko.
Miko se cubrió la boca. Los *Yakuza* no habían regresado hacia donde él estaba, habían ido hacia su hermano directamente.
—¿Cómo? ¿Estás bien? ¿Los niños?
La respiración de otra persona se oyó del otro lado de la línea. Una respiración agitada. Miko tembló.
—¿Quién es usted?
—Una camioneta pasará a buscarte dentro de una hora y te llevará al aeropuerto.—La voz gruesa y firme, decidida. A Miko le recordó la voz de Sasha—. Desde allí, uno de mis camaradas te entregará un pasaje de avión rumbo a Tokio. Le harás una visita a tu tío.
Miko se levantó de la silla. Anastasia sentía la desesperación vibrar en el cuerpo de su amigo.
—No—Miko negó con la cabeza y con su voz—, no puedo hacer eso. Yo no voy a regresar a ese lugar.
—¿Crees que estás en posición de negociar, idiota?—El tipo escupió las palabras—. Más vale que muevas el culo y te prepares, o, de lo contrario, recibirás la cabeza de tu hermano, su esposa y tus sobrinos. Es tu decisión, padre Subaru, solo tuya. Piénsalo muy bien.
—¿Quién es usted?—Las palabras se atropellaron en su garganta—. Usted no es japonés, su acento.
—*Не задавайте глупых вопросов и сотрудничайте. Ваша судьба ждет вас, Matsudaira.*
«No hagas preguntas idiotas y coopera. Tu destino te espera, Matsudaira».
Miko frenó el grito de horror y la desesperación.
—Usted trabajaba para Novikov, ¿no es así?
Las piezas del rompecabezas encajaron. Si no podían contra Sasha, los Matsudaira buscarían refuerzos, ¿y quién mejor que el exjefe vengativo?
—*Уже поздно, малыш. Каждая минута имеет значение.*
El hombre cortó y Miko gritó. Lanzó el teléfono contra la pared y este se molió en mil pedazos.
«Se hace tarde, niño. Cada minuto cuenta».
Anastasia corrió hacia el sacerdote quien era una bola de ira. Gritó como nunca, pateó el escritorio y arrojó la computadora al suelo y la pisoteó. La mujer lo sacudió de los hombros, y le dio una bofetada. Miko cayó de rodillas y Anastasia, sin saber qué había sucedido, entendió que era el fin.

Miko pensó en su hermano y en su familia. En las caritas llenas de alegría de Nuri y Johan que ahora se teñían de eterna tristeza. Nunca se olvidarían de este hecho, el trauma los acompañaría sin importar cuántos terapeutas visitaran a lo largo de los años. Miko todavía veía a su madre muerta en las pesadillas, todavía escuchaba los pasos y los gritos a través del pasillo. Miko había recibido una sentencia de muerte y lo único que lamentaba era el sufrimiento de sus sobrinos.

—Debo irme.—Miko se tambaleó y se puso de pie—. Debes cancelar las actividades, Anastasia, debo regresar a Japón.

La mujer frunció el ceño. Se puso de pie y siguió al sacerdote.

—¿A Japón? ¿Qué va a hacer allí?

—Ellos me quieren—Miko se pellizcó la sien con su vista fija en la cama—. Ellos me quieren y estoy harto de huir.

Anastasia pensó que le hablaban en un idioma desconocido.

—Miko—habló con toda la calma que pudo reunir—, no puedes ir a ningún lado en el estado que está.—El sacerdote sacaba una mochila y guardaba allí algunas pertenencias—¿Me estás escuchando?

—¡Los van a matar, Anastasia!—Miko gritó con todas sus fuerzas y tiró la mochila al suelo—¡Tienen a mi familia!

Anastasia se colocó las manos en la mejilla.

—Miko, explícame por favor, por lo que más quieras. Mira en el estado en que te encuentras.—Anastasia muy pocas veces lo tuteaba, pero las formalidades habían quedado de lado—. Debe ser un error.

—No, amiga.—Miko asió una vez la mochila y dio un suspiro—. El único error de todo esto siempre fui yo, y lo voy a remediar.

33 Charles Brandon

¿Había algo peor que un asesino entrenado al cual no le temblaba el pulso? Sí, lo había. Un asesino entrenado, con físico y rostro de divinidad que gozaba de cientos de contactos y al cual todos querían en sus filas.

Ese era el maldito Charles Brandon, el hombre al que le ordenaron matar y Sasha falló.

El atardecer caía en Ciudad del Cabo. La playa estaba casi desierta, excepto por Charles, un muchacho rubio, el cual, por sus características, Sasha concluyó que se trataba de Bastian Driesen. Lo acompañaban un hombre y una mujer también rubios junto con dos bebés.

«¿De verdad tiene un novio?».

Sasha todavía estaba en shock. De todos los mercenarios, jamás esperó que Charles Brandon fuera gay. Sasha estrechó los ojos y lo entendió. Conocía a ese pequeño hijo de puta. Había estado presente en la última contienda con Brandon y su equipo. Todavía recordaba la manera cómo había perdido. Había contado con todos los recursos económicos y humanos para aplastar a Brandon, sin embargo, contra todo pronóstico, el idiota salió ganador.

—Tú también me has fallado, Sasha

—Todavía no termino con ellos.

—¿No? ¿Y si ya abandonaron el país?

—Es imposible con esta nieve. Ya te dije que son míos.

—¿Sabes qué? Estás fuera.

—¿Qué?

—Lárgate de mí vista.

—¿Me estás echando?

—Sí, amigo. Estás fuera.

—Te vas a arrepentir.

—Ya me arrepiento de haberte contratado. Ve a arreglar tus problemas familiares o a encubrir homicidios. A mí no me jodas más. No necesito inútiles aquí.

Dejan Klimovsky, el cliente que lo contrató, pensó que podría humillarlo sin más. La muerte lo había alcanzado tiempo después. Sasha tensó la mandíbula al recordar la manera en que trataron de matarlo a él meses después sus mismos hombres en colaboración con los enemigos. Talo Petrov lo traicionó no solo sexualmente, sino a todo nivel.

«Sasha Kózlov, miembro del grupo paramilitar Wagner, fue encontrado muerto en un hotel de Leipzig, Alemania. Se presume que se trató de un ajuste de cuentas, dado que estaba involucrado en el asesinato de uno de sus superiores. Un gran escándalo sexual que salpica a las fuerzas rusas».

Las noticias falsas propiciadas por el grupo Wagner para despistar. Nada de lo que habían informado era verdad. Ni el lugar, ni mucho menos su fallecimiento. Sasha había esquivado la guadaña muchas veces, tenía más vidas que los felinos.

Ya nada de eso importaba. Era hora de terminar con lo postergado. Brandon estaba condenado a morir ese día. El viento sopló con fuerza, mientras Sasha estaba apostado a varios metros de la playa usando unos binoculares para captar las acciones que se venían produciendo desde hacía varias horas. Brandon abrazó al joven y lo besó, este se trepó y enganchó sus piernas a su cintura y le sonrió. Sasha apartó los binoculares y respiró profundo. Él había tenido lo mismo hacía solo

horas. Podría tener lo mismo si no fuera un hijo de puta egoísta de mierda.
Los orbes verdes que lo miraron con resignación y angustia. Cada gesto de súplica removió las entrañas de Sasha.
«Es demasiado tarde».
Sasha había tomado una decisión y debía amoldarse a las consecuencias. La vida lo puso en una encrucijada y eligió el camino fácil, el conocido. Sasha era un experto en armas, en asesinar, en rastrear y cazar. La otra opción le causó escalofríos. Regresó su vista a sus víctimas, a esas personas ajenas a lo que les sucedería. El novio de Brandon tenía ahora uno de los bebés en sus brazos y lo acunaba, el pequeño tocó su rostro y comenzó a reír. Brandon se acercó y ambos observaron los gestos del niño con ternura. El exteniente le besó la mejilla y Bastian dejó un beso en los labios. Sasha tensó la mandíbula, el odio por Brandon creció a pasos agigantados.
«Te envidio, ¿sabes? Envidio tu pureza, tu inocencia incluso cuando hablas con personas como yo. Tus ojos diáfanos, ese verde incorruptible que puede dar paz y pasión ardiente al mismo tiempo. Envidio tus lágrimas porque puedes llorar cuando sientes dolor, pero también cuando te invade el placer. Envidio todas tus facetas, chinito. Eres un ser extraordinario».
¿Acaso no era envidia lo que lo invadía ahora? ¿No era ese sentimiento profundo que ardía en sus vísceras al saber que nunca tuvo opciones?
«¿Nunca tuviste opciones o nunca las quisiste?».
Sasha sacudió la cabeza, ¿desde cuándo su cabeza hacía preguntas tan imbéciles? ¿Cuándo se volvió tan sensible? ¿Es que acaso había tenido conciencia después de todo?
«La condición para tener una crisis de consciencia es albergar una, padrecito. Créame cuando le digo que carezco de ella y, cuando observo lo que la conciencia les hace a las personas, agradezco por eso. Mire lo que le hace a usted. Vive en preocupación, queriendo cambiar un mundo podrido. El débil será devorado por el más fuerte, ni más ni menos. Negarse a entenderlo es vivir en guerra con sus propios pensamientos».
El maldito Miko Subaru y su cuerpo irresistible, las sonrisas dulces y las lágrimas de tristeza por el mundo que lo rodeaba. Ese bastardo era el culpable de lo que le estaba acaeciendo. Debería matarlo cuando todo terminara, sacarlo de su sistema de una vez y para siempre.
Sasha estaba recostado sobre las dunas de arena a la lejanía. Tenía su rifle preparado, los guantes, su chuchillo favorito con la imagen de la sirena, todo estaba listo para completar su misión. Había cruzado el mundo para llegar allí, ¿por qué estaba dudando?
Las horas se diluyeron como arena entre los dedos. Sasha se encontró en la misma posición por horas, hasta que la pareja y los bebés se marcharon y ellos decidieron regresar a su hogar que estaba a algunos metros de la playa. Sasha tomó su visor nocturno y descendió por las dunas, atravesó la playa en esa noche sin luna y llegó a una de las murallas de la mansión de Brandon. Se escuchaba una suave música en el interior. Sasha observó las cámaras de vigilancia y se apresuró a escalar el muro. Se montó sobre la pared, y se descolgó sobre uno de los árboles de uno de los jardines que daba a la piscina. Un aroma a comida casera llenó sus fosas nasales. El patio contaba con varios metros, había seis reposeras, una piscina tamaño olímpica que tenía una pequeña cascada. Había una puerta de cristal que cubría una de las paredes. Sasha observó que el patio estaba unido a la cocina en donde Brandon cocinaba. Bastian se encontraba en el sofá que estaba en sentido opuesto a la reposera, estaba cruzado de piernas y solo llevaba una bata por lo que parecía, tenía una tablet en su mano y se reía de algún vídeo.
Sasha se detuvo al comienzo de la piscina. El sonido de la música y la tranquilidad le impidieron al muchacho percatarse de que estaba siendo observado. Sasha tragó saliva. La imagen de su Miko riendo, leyendo alguna tontería, entretanto disfrutaba de la paz de su pequeño hogar.

«Hogar que tú le robaste y mancillaste para luego huir».
Tarde se dio cuenta Sasha de que poseía una conciencia y que ella le estaba jugando una mala pasada. La vista de Bastian fue hacia el hombre, sus miradas se encontraron y la comparación con Miko se hizo más fuerte en su corazón. El miedo y la sorpresa surcaron cada gesto.
—*¿De verdad las personas hacen toda esta tontería?*
—*Las personas hacen lo necesario para sentirse bien y encontrar su camino.*
—*Claro, entonces si yo vengo y le cuento que soy casado y me tiro a toda la ciudad, ¿usted sería capaz de guiarme por el camino correcto?*
—*No puedes salvar al que no desea ser salvado, intento aconsejar, pero cada ser humano tiene lo que se llama libre albedrío. Son sus decisiones las que van a generar determinadas consecuencias.*
El muchacho se estremeció, miró hacia el interior de su hogar, pero Brandon estaba concentrado en el manjar que preparaba. Sasha apuntó, la perplejidad inundó su rostro, pero no se amedrentó, ni bajó la mirada.
—Cariño, ¿te parece si le agrego roquefort a…?
Bastian observó a Brandon quien se encontró con la mirada de Sasha. El agua corría en medio de ellos, la cascada era un sonido incesante que, en lugar de traer calma como hacía solo unos minutos, creaba tensión.
—Charles.—Bastian habló con un hilo de voz.
—Tranquilo—dijo Brandon y estrechó la mano para que fuera hacia él.
Bastian, sin dudar un segundo, se acercó a él. La seguridad, la confianza enojaron a Sasha. No había dudas en el rostro del joven, ese hombre moriría por él y para protegerlo ¿Qué mejor venganza sería asesinarlo?
—¿Qué haces aquí?—La voz de Brandon fue dura.
—Voy a terminar mi trabajo—replicó Sasha mientras apuntaba a Bastian. Brandon lo colocó detrás de él.
—El trabajo terminó y tú perdiste.—Brandon recordó—. No es mi culpa que hayas escogido el bando equivocado.
Sasha chasqueó la lengua, fue el momento en que se percató de que estaba temblando.
«Ojalá algún día te puedas ver como yo te veo, Sasha Kozlov. Ruego a Dios por eso, por tu salud, por tu vida , por lo que harás cuando te vayas de aquí. Lo hago y jamás me arrepentiré de ello».
Miko confió en él de la misma forma que ese muchacho se entregaba a Brandon. La diferencia es que Brandon le había demostrado que daría todo por él, incluso lo que no tenía, mientras que Miko confió con su corazón limpio y recibió migajas.
—¿Lo amas?—Sasha preguntó a Brandon acerca de su amor y este lo abrazó con fuerza.
—Más que a mi vida.
Sasha rio sin humor, ¿para qué se molestaba en hacer preguntas de las cuales ya conocía las respuestas?
—¿Morirías por él?
—Sin dudarlo.
—No, Charles, por favor. —Bastian habló y fue para pedirle a su amor que no arriesgara su vida por él. Brandon lo acarició y lo tranquilizó. Las lágrimas corrían por las suaves mejillas.
—¿Matarías por él?
Charles tragó saliva.
—Haría arder el mundo por él.

Sasha elevó el rifle y los dos amantes se abrazaron a la espera de su ejecución. Brandon enfrentó su sentencia sin bajar la mirada.
—Muy bien—Sasha acarició el gatillo—, que así sea entonces.

34 Kaname

Fráncfort del Meno, Alemania.
Dos días después.

Sasha observó las puertas de la iglesia con un nudo en la garganta. Recordó la primera vez que ingresó allí, la primera vez que se encontró con la cara más hermosa que había visto en su vida. Se humedeció los labios y apretó la carta que llevaba en el bolsillo derecho de la chaqueta. Si Miko no quería verlo, sería paciente, pero no iba a rendirse sin luchar por una oportunidad esta vez.
Dio pasos hacia el interior de la iglesia y leyó el cartel que estaba a la altura de los últimos bancos. El infierno se habría congelado en ese momento por el hielo que salió de Sasha. Caminó hacia el interior, y, desde allí, tomó el pasillo que conducía a la casa trasera.
—¡Sasha!—El grito quejumbroso lo hizo voltear hacia la mujer que apareció desde el confesionario—¡Por Dios! ¡Estás aquí!
La mujer asió sus enormes manos y Sasha negó.
—¿Qué sucede? ¿Miko está enfermo?—Anastasia soltó sus manos y se cubrió el rostro para llorar—. Por Dios, mujer, me estás asustando.
—Unos hombres, unos mafiosos.—Anastasia no paraba de llorar—. Miko me contó su historia, él…
—Lo sé—replicó Sasha y apretó sus brazos—, la puta madre, dime ¿qué coño pasó?
—Secuestraron al hermano de Miko y a su familia en su casa en Múnich—confesó Anastasia destrozada—, le dijeron al padre Subaru que, si no regresaba a Japón, ellos morirían.
«Esto es tu maldita culpa».
Sasha controló el ataque de ira contra sí mismo y se concentró en remediar el desastre. Miko no estaría en peligro si él se hubiera quedado a su lado.
—¿Sabes dónde vive su hermano?
—Sí—Anastasia afirmó—, es de la zona rural, él…
—Escucha, mujer—Sasha presionó sus brazos—, sé que conoces poco de mí y lo que Miko debió contarte no ha sido muy bueno, pero él me importa, me importa mucho y voy a rescatarlo.
Anastasia negó asustada.
—Miko dijo que su familia son una partida de monstruos.
Sasha rio y arqueó una ceja.
—Está claro que tú no me conoces, amiga.—Sasha se humedeció los labios—. Ahora dime todo lo que sabes del hermano de Miko y donde se encuentran, voy a ir por ellos.

****

Barrio residencial Den en Chofu, Tokio. Japón.

Las manos le sudaban y las piernas apenas lo sostenían. La mansión era imponente, quizás la más grande que Miko contempló en su vida. Todo gritaba sofisticación y dinero viejo. Los

hombres que lo escoltaron desde Alemania iban detrás de él cuando subió las escaleras y atravesó las puertas hacia un enorme despacho repleto de libros. Había un sofá en una esquina en combinación con dos sillas de época, enormes jarrones de porcelana con dibujos de dragones grabados en ellos, una alfombra roja que combinaba con el mobiliario marrón oscuro. Miko hizo de sus manos puños ya que no paraban de temblar. En el centro del lugar había un escritorio antiguo y, detrás de él, un sillón que se asemejaba más a un trono. Las paredes en color crema estaban decoradas con algunas pinturas y fotografías. Hubo una que a Miko le llamó la atención. Algo feo y oscuro se asentó en su estómago. Después de todos estos años, pudo conocer a su padre. La forma de sus mejillas y sus labios eran tan parecidos que el sacerdote no necesitó confirmación. Miko se paró frente al escritorio vacío. Sus captores continuaban detrás de él.

Pasaron alrededor de cinco minutos, cinco minutos que se asemejaron a cinco siglos. Miko se miró las manos, las pasó por su ropa, pero fue una tarea en vano, el sudor jamás se secaba, de igual modo las gotitas que impregnaban su frente.

¿Si querían matarlo porque simplemente no lo hacían?

Era absurdo montar un espectáculo para lo inevitable. Miko no entendía lo que su tío pretendía.

—Bienvenido.—Las puertas se abrieron detrás de él y un hombre en un kimono blanco caminó hacia su encuentro. Miko tragó saliva.

—Señor Matsudaira.—Miko hizo una reverencia. Si este hombre se había vestido de gala, el sacerdote pensó que, quizás, había una esperanza.

Kaname lo observó de pies a cabeza. Una leve mueca de disgusto cruzó su rostro antes de dibujar una sonrisa de labios cerrados.

—Soy el *Oyabun*, sobrino.—Kaname lo corrigió y le dio una sonrisa falsa.

—Mis disculpas, *Oyabun*. No volverá a suceder.

Kaname se detuvo frente a él. Miko pensó que su presión sanguínea disminuiría a tal punto que colapsaría.

—Te desagrado, ¿verdad?

Los ojos de Miko se abrieron con sorpresa.

—¿Por qué lo haría? No lo conozco.

Kaname sonrió y negó. Les hizo una seña a los dos guardaespaldas para que se marcharan. El despacho quedó en silencio una vez que la puerta se cerró.

—Sé que piensas que tienes derecho a mi puesto—acusó Kaname—, solo porque mi hermano cometió un error.

La sangre le hirvió a Miko.

—Violar a una persona no es un error, es una aberración—replicó con la molestia vibrando en su voz—, y jamás pretendí formar parte de esta familia, es más, si por mi fuera, me cortaría las venas para que esta sangre, su sangre, se drenara de mi cuerpo.

Una bofetada le cruzó el rostro a Miko, fue tan fuerte que lo arrojó al suelo. Kaname ardía de furia, era visible en sus ojos oscuros que ahora tenían llamas.

—¿Cómo te atreves a hablar así de mi sangre, bastardo?—reprendió a Miko y el sacerdote se tocó la mejilla y notó que su labio estaba sangrando—¿Sabes acaso quiénes somos? ¡Somos dioses!—Kaname exclamó como si de verdad lo creyera—. Por siglos hemos tejido los hilos de esta sociedad, la hemos manejado a nuestro antojo, y tú te crees con derecho a decir basura de nuestro linaje.

—Tu linaje me hizo perder a mi madre.—Miko se puso de pie—. Tu linaje ha puesto en peligro a mi hermano y a su familia. Puedes vanagloriarte todo lo que desees, en el fondo, sabes muy bien que tengo la razón.

Kaname respiró y contuvo la furia que atravesó cada molécula de su cuerpo.
—El padre Subaru—Kaname se burló—, ¿escuchas como hablas? ¿A quién le puedes dar lecciones de moral?
—Yo nunca le di lecciones a nadie—dijo Miko—. A diferencia tuya, no me creo un dios.
Kaname sonrió una vez más.
—Puedo ver lo que mi padre vio en ti más allá de tu cuerpo escuálido—pronunció con desdén—. Lo veo incluso ahora cuando estás derrotado. Tienes la soberbia de Jun, esa imagen de pulcritud cuando en realidad, era todo lo contrario.
—¿Por qué no tomas lo que desea?—Miko respondió sin dudar—. Si quieres mi vida, puedes tomarla, deja en paz a mi hermano, él no tiene nada que ver con esto.
Kaname se alejó y caminó hacia el escritorio, acarició el borde, y se detuvo en la pared detrás de él donde descansaban tres *katanas*.
—Estas espadas han estado en mi familia por trescientos años—explicó con orgullo—. Han defendido el honor, y también la codicia. La del medio pertenecía a tu padre. Siempre creí que era la más hermosa de las tres.
—A mí me parecen iguales.
Kaname cerró los ojos y rio.
—Eres un mocoso tan ignorante.
—Y tú eres un viejo muy resentido.
—¿Qué?—La sonrisa se borró del rostro de Kaname.
—Tú quieres todo lo que tenía mi padre para apaciguar tu dolor, la manera en que te menospreciaban, pero es inútil.—Miko no le tuvo piedad—. Las veces que te dejaron de lado, los desprecios y humillaciones de tu hermano y tu padre, sí, es así cómo funciona una persona que tiene tanto resentimiento que no puede con su alma. Piensa que, si se apodera de todo del otro, logrará ser feliz. Lamento decirte que tú nunca serás feliz, porque la envidia te consume. Ya no importa que el abuelo esté bajo tierra igual que mi padre, tampoco interesa si me matas a mí, o a todos los Matsudaira del mundo, nunca será suficiente para ti, porque en el fondo, el problema es que tú no eres suficiente ¡Nunca lo has sido!
Las lágrimas brotaron de los ojos de Kaname. El hombre saltó sobre Miko y sus manos fueron a su cuello. Sus ojos estaban desorbitados, la humedad bañaba su rostro. El sacerdote buscó defenderse, pero fue inútil. Kaname era más grande y fuerte.
—Esta es la última que me haces, bastardo—Kaname pronunció entre dientes sin liberar la garganta de Miko—. En dos días, durante la noche de luna llena, vas a someterte al *seppuku*, ¿me escuchaste?
Kaname le dio un empujón y apartó a Miko con violencia. Este acarició su cuello. Estaba agitado y, poco a poco, el oxígeno volvió a llenar sus pulmones.
—No—replicó—, ejecútame tú. Me quieres ver muerto, quieres venganza, pues sé un hombre y mátame.
Kaname sonrió con malicia.
—¿Crees que no sé lo que intentas hacer? ¿Lo que significa para un sacerdote quitarse la vida?—La sonrisa se desvaneció y su rostro se tornó monstruoso—. Quiero verte llorar cuando claves el *tanto* en ti. Cuando tus ojos se llenen de dolor ante el corte en el vientre y la profanación de cada uno de los órganos, mientras yo estaré frente a ti observando como exhalas tu último aliento.
Miko negó sin importarle las consecuencias.
—No voy a suicidarme, no lo haré—replicó sin mostrar un atisbo de miedo, pese a que no había dejado de temblar.

—Lo harás—Kaname sentenció con frialdad—, de lo contrario, traeré a tus sobrinos aquí y les enseñaré la *katana* de tu padre.
—Son niños.—Miko estaba horrorizado y asqueado—¡Son inocentes!
Kaname dio pasos de nuevo hacia el escritorio y tomó asiento.
—Depende de ti, sobrino. Estimo que, esta vez, actuarás con sabiduría.

35 ¿Quién eres?

Casa de campo a las afueras de Múnich, Alemania.

El silencio era ensordecedor. Sasha atravesó uno de los alambrados que dividían algunos de los campos de la zona y se escabulló en los jardines de la casa de Dohko Subaru. Había dos hombres afuera. Las luces en el interior de la vivienda estaban encendidas. Dohko y su familia de seguro, estaba allí. Sasha llevaba el rifle, un par de cuchillos y su destreza. No necesitaba nada más en aquel momento.

«No te preocupes, Anastasia. El padre Subaru regresará».

El deseo ferviente de destruir a los que le hicieron daño a Miko era el único aliciente que lo impulsaba. Sasha era letal cuando se proponía algo, y estos idiotas se habían metido con algo que le pertenecía.

«No te pertenece, tú lo abandonaste».

Sasha sacudió la cabeza. Ya habría tiempo para lamentos y remordimientos. Estaba a unos pasos del hogar del hermano de Miko.

Sasha se escondió detrás de la arboleda y analizó la situación. El sonido de los insectos era lo único que interrumpió la quietud de la noche. Se acercó despacio, se movió entre las sombras y la escasa luz artificial fuera de la propiedad. Los tipos estaban tranquilos, confiados ¿Tanto lo subestimaban? Eso enojó al mercenario.

—¿Piensas que Kozlov vendrá? ¿De verdad?—preguntó uno de los gigantes a su compañero más pequeño. Ambos estaban sentados en el césped del jardín. Sus rifles a un costado. La calma era tal que parecían los dueños de casa.

—Hemos tomado prisionero al sacerdote que lo ayudaba—afirmó el otro—. No tiene dinero, ni contactos a los que pueda acudir, solo le queda intentar matarnos, y se llevará una sorpresa.

Novikov se unió a los Matsudaira porque era su última alternativa para atraerlo a la boca del lobo. El próximo paso implicaba viajar directamente a reunirse con esa manada. Sasha se arrastró por la hierba hasta un árbol donde estaba apoyada una pala y un rastrillo. Asió la pala y sonrió.

—Un animal acorralado, me gusta—dijo el tipo de menor estatura—. Siempre quise ver a Kozlov así.

—Lamento pincharte el globo, amigo, pero eso no va a suceder.

Los hombres se dieron la vuelta, y Sasha golpeó al más grande con la pala. Los dientes y la sangre volaron como en una película de terror. El otro intentó levantar el rifle y disparar. Sasha, con la pala que escurría de sangre la clavó en su abdomen con tanta fuerza que lo abrió de par en par, sin embargo, el tipo logró hacer un disparo y Sasha maldijo.

El disparo activó a los dos hombres en el interior de la casa. Dohko y Hanna se observaron sin saber qué sucedía. Uno de los tipos se quedó al lado de Dohko, las miradas cómplices del matrimonio lo dijeron. Los niños estaban atados y lloraban en el sofá de la sala, lejos de ellos. Dohko, a pesar de estar atado de manos y pies en la silla, aprovechó la distracción para arrojarse encima del tipo y desestabilizarlo.

El tipo de inmediato reaccionó y le dio una patada en el rostro, la cual, estuvo a punto de dislocarle el cuello, debido a la manera en que su cabeza se sacudió. Hanna gritó y observó los

ojos perdidos de su esposo.
El mercenario le dio una nueva patada, esta vez en el estómago. Le apuntó con el rifle con un gesto de desdén y asco. Uno, dos, tres disparos, el tipo se sacudió como si estuviera recibiendo golpes eléctricos y cayó sobre Dohko. Hanna gritó, presa de la desesperación y observó en el umbral de la puerta al enorme hombre que daba pasos seguros hacia ellos.
Pateó al bastardo que yacía muerto y levantó la silla. De inmediato asió el cuchillo y comenzó a cortar las cuerdas de las manos y los pies de Dohko. El hombre no entendía, este tipo lucía como los secuestradores, ¿por qué lo estaba ayudando?
—¿Quién eres?—preguntó Dohko y Sasha lo escrutó.
—Mi nombre es Sasha—replicó—. Soy amigo de tu hermano.
Una vez que liberó a Dohko, este, antes de continuar el interrogatorio, se levantó y ayudó a su esposa quien lo abrazó y corrió a la sala por sus pequeños.
—¡Mami!—Los niños lloraron entre sus brazos—¡Papi!
Dohko sintió que un mar de lágrimas se acumulaba en sus ojos. Estaban vivos. por Dios, habían sobrevivido gracias a ese desconocido. El celular entre la chaqueta del bastardo muerto sonaba. Sasha tensó la mandíbula y observó el número. Sabía de quién se trataba.
¿Había necesidad de provocarlo? Sasha se lo preguntó, pero se percató que, con el enojo, Novikov también cometería errores. Presionó para aceptar la llamada y se humedeció los labios.
—Novikov—dijo con voz calma—, tanto tiempo.
Desde el otro lado el silencio se volvió un manto que cubrió todo con incertidumbre e ira.
—Kozlov, supongo que has encontrado algunas de las sorpresitas que te envié, pero el tesoro no está allí, amigo.
Sasha dio un profundo suspiro, Vitali tenía un talento mayor a él a la hora de exasperar a la gente.
—¿Tan bajo has caído que te has metido con un pobre sacerdote?—Sasha cuestionó para quitarle peso a lo de tesoro.
—Dime, Sasha, ¿no ha quedado nada por corromper que ahora te revuelcas con los curas?—¿Cómo carajo lo sabía? Sasha tembló—¿Queres saber cómo lo descubrí? Bueno, es el tipo de víctima que a ti te gustaría, el tipo de hombre del cual tú te aprovecharías y que sería un pasivo sumiso.
—Tu hijo también era un pasivo sumiso, Vitali.—Sasha golpeó—.Una lástima que le gustara entregarle el culo a todo el mundo, incluso a los tipos ajenos.
—¿Qué acabas de decir hijo de puta?—Vitali siseó, la rabia a punto de explotar. Bien, ya lo tenía, había recuperado el control.
—No me importa dónde te escondas, Novikov.—Sasha esquivó el tema—. Bajaré al mismo infierno y te desollaré si le haces daño al padre Subaru.
—¿En serio? ¿Cómo hiciste con los que mataron a Mijail Serev?
—No tienes idea las cosas que tengo planeadas para ti—recalcó—, así que, más vale que me entregues al cura de una sola pieza, perfecto y bonito como estaba, o de lo contrario, tu y tus hombres que se preparen.
—Eso no será posible.—Vitali se burló—. Kaname Matsudaira tiene reservado otro destino para él. Ya no me corresponde a mí.
Sasha se enfocó en Dohko quien estaba a su lado. En la otra habitación se escuchaba a Hanna calmando a los niños.
—Miko Subaru es mío—afirmó con posesividad—. Voy a recuperarlo.
—Sasha, él no va a sobrevivir, y tú tampoco ¿Por qué no te haces la idea de qué perdiste?

Sasha cortó la comunicación y arrojó el celular contra el piso, se agarró la cabeza. Dohko lo sostuvo.
—Sé dónde está mi hermano.
—En Tokio—replicó Sasha—, lo sé, voy a ir por él.
—Voy contigo.
—No—Sasha lo detuvo—, serías un estorbo.
Dohko tensó la mandíbula.
—Pues estorbo o no, voy a ir. Yo me crie huyendo de esos bastardos, sé todo lo que mi madre y mi papá contaban acerca de ellos, te guste o no, necesitas mi ayuda, además, es mi hermano, y por mucho que lo estimes, yo lo amo.
—No lo amas más que yo.—El dolor era tan intenso que Dohko pudo percibirlo. Carajo, ¿en qué se había involucrado su hermano en este tiempo? Sabía que algo andaba mal, pero desconocía cuánto.
Dohko tragó saliva.
—Tú no me mandas, voy a ir—sentenció incluso cuando ese hombre poseía la capacidad de aterrorizar a cualquiera solo con su físico. Sasha puso los ojos en blanco.
—Está bien, me voy ahora. Despídete de tu familia ya, no me voy a demorar por ti.
Dohko corrió hacia su habitación y armó una pequeña mochila. Hanna se derrumbaba en lágrimas y lo abrazaba.
—Debo ir por él, Hanna.
—Lo sé, ya lo sé—añadió la mujer con resignación—. Te amo, siempre te voy a amar.
—Yo también.—Las palabras de Dohko se entrecortaron a pesar de que quiso mantenerse fuerte —. Volveré.
—Júrame que lo harás—rogó Hanna—. Júramelo.
—No te preocupes, él volverá.—Sasha habló desde la puerta y la pareja lo observó—. Ya, deja de llorar y apresúrate, hombre.
Dohko asintió y dejó otro beso en los labios de Hanna, abrazó a sus pequeños que también lloraban desconsolados, pero él les aseguró que volvería. El nudo en el estómago de Sasha se apretó, él había dejado a muchas familias sin sus padres y maridos, ¿por qué ahora le causaba lástima?
«Jamás me verás ser indiferente al dolor».
Sasha sacudió la cabeza, el chinito imbécil lo había ablandado hasta ese punto. Dohko condujo su automóvil al aeropuerto, compraron los boletos y se sentaron a esperar su embarque. Dohko, ahora con sus pensamientos más fríos, sintió que el miedo lo invadía. Observó al hombre a su lado que estaba cruzado de brazos y con su vista fija en algún punto. No parecía asustado, no parecía nervioso, era un glaciar.
—¿Desde cuándo conoces a mi hermano?—preguntó para romper el silencio molesto.
—Lo conocí varias semanas atrás—señaló Sasha.
Dohko se mordió el labio inferior y apretó la mochila que tenía en sus brazos.
—Dijiste que lo amabas.
—Así es.
Dohko bajó la mochila y se enojó.
—¿Eso es todo? ¿No vas a contarme nada?
Sasha arqueó una ceja.
—¿Qué quieres saber? ¿Cuándo empecé a follarlo?
El hombre se sonrojó y volvió su vista a la mochila.

—Eso, eso es…
—¿Qué?—Sasha interrumpió con burla—¿Pecaminoso?
—Es un sacerdote.
Sasha, esta vez, rio más fuerte.
—¡Sí! ¡Lo es, y folla como el cielo!
Dohko se rascó el rostro, Sasha contuvo un ataque de risa. Carajo, este todavía era más santurrón que el padre Subaru.
—¿Piensas que tienes un futuro con él?
La sonrisa de Sasha se desvaneció. Pensó en el rostro de Miko, en los cabellos lacios que le caían en la frente, en su sonrisa tierna y en el cariño desbordante no solo por él, sino por la humanidad.
—No, Dohko.—Sus palabras fueron una sentencia—. No hay futuro para nosotros, pero voy a asegurarme que lo haya para él.—Sasha sacó del bolsillo de su chaqueta la carta que le había escrito al padre Subaru—. Cuando esto termine, quiero que se la entregues.
El hombre asintió y asió el papel para guardarlo en su bolsillo.
—No te preocupes, Sasha. Lo haré.

36 Seppuku

Barrio residencial Den en Chofu, Tokio. Japón.
Inicio de la luna llena. Celebración del *seppuku*.

Miko se mantuvo de rodillas rezando desde que lo alojaron en una de las habitaciones a la espera de su sentencia. No pedía por él, Dios ya había decidido su destino en el momento en que lo engendraron sino por las personas que amaba.
Pidió por su hermano y su familia, por esos dos pequeños que no merecían el dolor que los estaba afectando.
«Si alguna vez hice algo que te agradara, pido que lo consideres y los libres del mal».
Las lágrimas corrieron por sus mejillas, Sasha vino a su cabeza en ese momento, sus besos, su cuerpo, su manera de ser que a veces era tan fría, pero otras no tanto.
«Permítele conseguir la paz, dale la oportunidad de convertirse en un hombre nuevo, entrego mi vida, padre, a cambio de ello. Sé que ambos te hemos fallado muchas veces. Sé que no puedo negar que lo amo con todo mi corazón. Tú que siempre defendiste el amor en todas sus formas, protégelo».
El *seppuku* era una parte clave del *bushidō*, el código de los guerreros *samurái*. El acto podía ser voluntario, usado por los guerreros para evitar caer en manos del enemigo o para expiar un fallo al código del honor, u obligatorio, por mandato de un *daimyō* o señor feudal, *shōgun* o tribunal en caso de que un *samurái* cometiera un delito de asesinato, robo o corrupción.
En tal caso, lo habitual era poner al acusado bajo custodia concediéndole un plazo para la consumación del *seppuku*. De no producirse, el reo era automáticamente ejecutado. Lo normal era que se efectuase a su debido tiempo, ya que la familia de un ejecutado heredaba su deshonor y era despojada del patrimonio a su cargo, lo que significaba perder la pertenencia a la casta *samurái* y prácticamente morir de hambre en muchos casos.
Aquí no había honor, esto era solo un circo para engrosar el ego de un psicópata con problemas de infancia. Miko sacudió la cabeza ante la sensación de injusticia ¿Por qué debía morir? Él nunca había querido nada de los Matsudaira, se mantuvo puro y casto siempre, honró la palabra de Dios con amor, y ayudó a todo aquel que le pidió ayuda. Miko no quería enojarse, no quería irse con el corazón lleno de ira con su padre celestial, con la virgen María, no quería, pero era tan difícil.
Observó la *yukata* de color blanco sobre su cama. Habían elegido la tela de peor calidad como una muestra más de humillación. Como si se tratara de alguien indigno, alguien sin valor.
«Eres demasiado valioso, por eso busca asesinarte».
Miko se lo repitió varias veces a lo largo de todo el proceso. Hora tras hora que estuvo a la espera de la luna llena. Todavía le resultaba inverosímil pensar que él mismo se mataría, que él mismo se condenaría al suicidio, al tormento de su alma.
«¿No te parece que ya he sufrido bastante?».
Miko dejó caer las lágrimas de nuevo, el reclamo hacia Dios salió del fondo de su corazón. Sí, quizás se equivocó en entregarse en cuerpo y alma a un hombre, pero ¿de pronto eso borraba todas sus buenas obras?

Miko dio un profundo suspiro. Se bañó como le ordenaron, se perfumó con esencia de rosas, el aroma era embriagador, Miko lo olió entre sus manos y se transportó a otro mundo, a un universo en que su vida sería feliz, un sitio donde podría estar con quien amaba, un espacio en donde su amor no lo abandonaba en busca de sangre y venganza. Miko se secó las lágrimas, debería estar enojado con Sasha, pero simplemente era imposible.

Secó su cuerpo y se vistió para la ceremonia. El corazón galopaba en su pecho, el temblor en sus manos resultó imparable. Iba a morir, iba a morir por su propia mano. Su reflejo en el espejo de la habitación le mostró lo peor de él. El miedo se notaba en cada gesto, en cada mueca, en sus ojeras, en sus ojos rojizos, en el verde oscuro apagado de sus orbes que alguna vez irradiaron luz y entusiasmo.

Los pasos se escucharon a través del pasillo. Las puertas de la enorme habitación se abrieron y un par de hombres le hicieron seña para que los acompañara. Miko tragó saliva y asintió. Estuvo a punto de retroceder e intentar huir más de una vez en el trayecto, pero su cabeza le dijo que eso era peor.

Los hombres lo escoltaron fuera de la mansión, descendieron por las escalinatas de piedra y dieron pasos a través de un jardín rodeado de cerezos. Las flores caían y coloreaban de rosa el suelo, las flores blancas alrededor creaban una especie de sendero que se combinó junto con los cerezos. Había cuatro hogueras en el sector donde se realizaría el ritual, una en cada punto cardinal, el suelo allí estaba cubierto de una alfombra de color rojo que muy pronto se teñiría con su sangre. Miko se ubicó en el centro de la plataforma ceremonial, alrededor de esta, comenzaron a llegar hombres vestidos con kimonos elegantes y tomaron posición, Miko observó hacia todos lados, los hombres estaban perdidos con su mirada en el suelo, en sus rostros se denotaba que era más bien una obligación presenciar ese acto de «honorabilidad».

Kaname carecía de honor, ¿cómo carajo podía exigir eso a los demás?

El *Oyabun* apareció vistiendo un kimono turquesa con ribetes dorados, el dibujo de un pavo real atravesaba su manga.

«Fecundidad, nacimiento, comienzos, riqueza».

Lo último ya lo tenía, Miko pensó en el innumerable poder acumulado por ese bastardo. Kaname se deslizó con calma por el mismo sendero por el que Miko había llegado a cumplir su sentencia.

—Mis leales *saiko koman*—dijo una vez que estuvo a algunos metros frente a Miko entre las dos hogueras gigantes que ardían en fuentes dotadas que poseían grabados de dragones—. Gracias por estar aquí hoy.

Miko tensó la mandíbula cuando un hombre, al parecer un sirviente, acercó una serie de *tantos* a donde él estaba. El sacerdote negó.

—No voy a elegir el cuchillo de mi muerte.—Miko interrumpió el discurso de Kaname—. Elígelo tú, ya que este teatro es tu puta idea.

El rostro de Kaname se deformó. Miko se mantuvo firme en el lugar mientras los murmullos entre sus consejeros fueron inevitables. Kaname tembló, pasó una mano para arreglarse su ceja derecha y le sonrió.

El sirviente se volvió hacia Kaname y mostró las espadas. Kaname las acarició y tomó una que tenía un mango de color verde con el dibujo de una hechicera. Fue él mismo quien dio pasos hacia el centro de la plataforma y lo colocó frente a Miko.

—Uno de los *tantos* de tu padre.—Kaname se burló—. Es una buena opción para un traidor.

—Estimo que hablas de ti mismo.—Miko lo desafió.

Kaname lo lanzó al piso y le dio una mirada de desdén.

—Levántalo, perro. Busca tu muerte.

Miko apretó los dientes. Le echó un vistazo al *tanto* y al lugar donde se encontraba Kaname, podía tomarlo y clavarlo en su garganta.
«¿Qué hay de tu familia?».
La voz de la razón frenó el instinto de supervivencia y la rabia del sacerdote quien se agachó y asió la espada corta.
Todos tomaron asiento, los sirvientes sirvieron el *sake*, incluso a Miko quien no lo bebió. Una vez que el ritual de la bebida finalizó se prepararon para la parte central de la ceremonia. Un viento fresco se había levantado, los cerezos desperdigaban flores por cada espacio, las llamas de las hogueras danzaban en la promesa de muerte.
—Miko Subaru, has sido condenado por traición a esta familia, por deshonrar el nombre de tu padre y del mío, por deshonrar el código de los Matsudaira portando incluso un apellido ajeno. Ahora, es momento de cumplir la sentencia.
Miko observó la espada entre sus manos y rogó por un nuevo milagro. Se sentó sobre sus talones y respiró hondo. La hoja filosa parecía burlarse de él, de la misma forma la mujer que tenía grabada. A su mente vino una imagen parecida, la del cuchillo de Sasha. Miko cerró los ojos y contuvo las lágrimas. Apoyó el *tanto* en su vientre y lo hundió.
—¡Cuidado!
Dos de las fuentes de las hogueras rodaron y prendieron fuego la alfombra, los *saiko koman* ardieron entre sus elegantes kimonos, entretanto Kaname se levantó en busca del perpetrador. El dolor de la herida en el vientre era demasiado, la sangre comenzó a manchar la *yukata* blanca como la nieve. Su visión se tornó borrosa, los gritos se intensificaron, el sonido de disparos y dos hombres que venían hacia él. Esto debía ser un delirio propio de su estado mortal. Su mente buscando darle imágenes para llevarse en el viaje que comenzaría. Dohko y Sasha corrían hacia él, Miko supo que se trataba solo de un sueño.

37 Hoguera

Una hora atrás.

—Así que esta es la residencia de los Matsudaira.
—Nunca había venido aquí—dijo Dohko mientras se encontraban apostados en los techos de la mansión contigua—¿Por dónde ingresaremos?
Sasha se encogió de hombros sin quitar la vista del lugar con sus binoculares.
—Pues por la puerta, ¿por dónde más?
Dohko frunció el ceño.
—Sasha. ¿te estás escuchando? ¿Has perdido la cabeza?
—Sí, desde el momento en que me enteré de que Miko había caído en manos de estos bastardos —afirmó—, o tal vez antes, no lo sé con exactitud. Ven, no nos demoremos más, parece que la ceremonia está a punto de comenzar.
Sasha le dio una palmadita a Dohko y corrieron a través de los techos, bajaron por uno de los laterales que conectaba a los árboles del enorme y perfumado jardín de esa mansión. Caminaron despacio, Sasha había notado que había algo de diez hombres, pero todos eran japoneses, ¿dónde carajo estaba Novikov? Eso lo preocupó, pero ya no tenían tiempo.
Avanzaron como kamikazes, Sasha se paró frente a los hombres en la puerta y les sonrió con socarronería.
—¿Cómo están, camaradas?
Cuando los tipos quisieron reaccionar, Sasha ya tenía su arma con silenciador en su mano y los eliminó a todos. Dohko estaba un par de metros atrás y miraba la escena, boquiabierto, esos tontos jamás habían tenido oportunidad. Las cámaras de la entrada los captaron de inmediato. Sasha le dio un golpe en el brazo a Dohko.
—Prepárate, aquí vienen.
Sasha y Dohko corrieron hacia los jardines que ocupaban por lo menos dos mil metros. Se camuflaron con la vegetación y observaron cómo los saiko koman arribaban a la escena. Si los guardias los atrapaban, sería el final.
—¿Qué hacemos?—preguntó Dohko, expectante.
—¿Alguna idea?—dijo Sasha divertido.
Dohko observó las fuentes en las que ardían las potentes llamas y sonrió. No era un asesino entrenado, no tenía la capacidad letal de Sasha, pero no permitiría que su hermano muriera.
Sasha comprendió el mensaje.
—Tienes una vena sádica, Dohko. Me gusta.
Los hombres, esta vez, salieron de la oscuridad hacia las farolas, dos guardias les apuntaron y dispararon, Dohko lo esquivó y Sasha los noqueó como un búfalo. Los tipos saltaron a varios metros. Dohko saltó sobre ellos y empujó las hogueras que se vertieron sobre las alfombras. Las llamas se avivaron por el viento y el fuego se esparció hasta donde estaban los saiko koman.
—¡Mira!—Sasha señaló hacia el centro de la ceremonia, Miko tenía la espada clavada en su abdomen, pero no lo había rebanado.

—¡No! ¡Miko!—Dohko gritó.
La docena de asesores que acompañaban a Kaname gritaban en medio del fuego que se esparcía. A Sasha se le quebró el corazón, sí, ese órgano del cual pensó que carecía. En medio del desastre, corrieron hacia Miko y lo tomaron en brazos. Los ojos de Miko parpadearon.
—Sasha—pronunció con un hilo de voz. El hombre le besó la frente.
—Perdóname, de verdad perdóname por abandonarte.—Las lágrimas corrieron por las mejillas de Sasha y Miko le sonrió débilmente, sus ojos se cerraron—. Quiero que te vayas de aquí, busca ayuda.
El mercenario le ordenó a Dohko, pero este negó.
—¿Qué hay de ti?
—¡Quién se atreve a profanar la casa Matsudaira!
El grito ensordecedor de Kaname los trajo de nuevo a la realidad, al ambiente espeso teñido de gritos y de hombres que huían.
—Vete con él, necesita ayuda—pronunció Sasha y Dohko frunció el ceño de dolor.
—Sasha.
—Todo está bien ahora, Dohko.—Sasha estaba convencido de ello. Su misión había terminado en el momento en que encontró a Miko—. Llévatelo, por favor.
Dohko le echó un último vistazo a Kaname Matsudaira. tenía en su mano dos katanas. El hombre tragó saliva y salió del lugar. Si no lo hacía ahora, no podría hacerlo nunca. Los guardias, que ahora se perdían en los gritos y el tumulto reaccionarían y los apresarían una vez más.
Las ráfagas llegaron con más fuerza. Kaname estaba descalzo, se había hecho un rodete y tenía en su mano esa antigüedad. Sasha arqueó una ceja.
—¿De verdad vamos a pelear con esas reliquias?
Kaname le arrojó una de las espadas a Sasha y este la asió en el aire.
—Has profanado mi casa y ahora solo te queda la muerte.
—Si no hubieras tomado mis cosas, tu casa seguiría intacta, imbécil.
Kaname se puso en posición de combate. Sasha también lo hizo. Jamás en su vida había usado una espada, pero le gustaban los cuchillos y era hábil con ellos, de hecho, su pequeña sirena descansaba entre su cinturón en ese momento.
Los árboles de cerezo comenzaron a desmoronarse, las flores ardían y caían sobre el jardín y el viento las trasladaba al techo que también empezó a arder.
La mansión estaba en ruinas. Muy pronto, ellos también quedarían calcinados.
Kaname dio un grito y se lanzó a la batalla, Sasha levantó la katana y frenó el golpe inicial, el japonés tenía una habilidad suprema con la espada. La maestría con la que la movía, al derecho y al revés, el avance y el retroceso en una especie de danza. Sasha esquivó el corte en el cuello, Kaname inclinó la katana y tocó su pecho. Sasha gritó ante el corte en su piel. Había atravesado la ropa como si nada.
Kaname se paseó sigiloso, Sasha lo siguió atento como un tigre ante el cazador, el mundo alrededor de ellos se tornaba cenizas. El Yakuza se lanzó una vez más y con tanta fuerza que Sasha se vio obligado a retroceder y caer al suelo. Kaname apretó la mandíbula y bajó la espada sobre el hombre, pero este movió su pierna y enredó la del Yakuza. Kaname cayó de espaldas y arrojó la katana. Sasha se levantó como un resorte y la pateó lejos de él. Kaname intentó ponerse de pie, pero Sasha lo detuvo con la katana a la altura del cuello. Los ojos del hombre destilaban furia.
—No saldrás vivo de aquí—amenazó Kaname y Sasha asintió.

—Lo sé—Sasha hizo una mueca de decepción—, pero tú tampoco.—El mercenario asió la espada con las dos manos—. Te sentencio a ti, maldito bastardo, a perder la cabeza.
Los ojos de Kaname ardieron, su boca intentó abrirse, pero el filo letal de la katana atravesó su cuello. La cabeza rodó hacia el fuego alrededor, su cuerpo convulsionó como normalmente ocurría en esos hechos. Sasha lo observó, con un placer inenarrable, hacía tanto tiempo que no disfrutaba de una buena muerte.
Dos disparos cayeron en su espalda, Sasha se quedó estático, una sensación extraña, pero conocida, había sobrevivido a la muerte varias veces, pero esto se sintió diferente. Otro disparo más y este lo tumbó. Sasha sintió que el piso se abría y el demonio reclamaba su alma. Su respiración se entrecortó. Eran solo cuatro hombres, el bastardo salió en medio de las llamas y le sonrió.
—Tarde o temprano, ibas a ser mío, Sasha Kozlov.—Sasha cerró los ojos, esa era la razón por la que el hijo de puta no había aparecido en ningún momento. Estaba a la espera, como el asesino entrenado y experimentado que era. Sasha balbuceó y tosió, la sangre empapó su camiseta. Habló muy bajo y Vitali se puso de rodillas a su lado con burla—¿Qué pasa, Kozlov? ¿Tienes algo para decirme?
Sasha no era un hombre de palabras, sino de hechos. Con el último aliento tiró de Vitali sobre él y sus dientes se clavaron en su cuello. El hombre gritó, pero era sostenido con tal fuerza que fue imposible zafarse.
Los tres hombres buscaron la forma de ayudarle, de apuntarle a Sasha, pero su cuerpo estaba cubierto con el de Vitali. Por salvarlo, iban a terminar matándolo. Sasha, como el reptil que era, se enroscó a su exjefe y lo desangró con sus dientes. El chorro de sangre embadurnó su cuello, rostro y ropa, pero no se detuvo. Cuando Vitali se sacudió sobre él, Sasha asió el rifle que había quedado a su lado, usó al tipo como escudo y les disparó a sus camaradas, los cuales cayeron abatidos al suelo. El fuego lo alcanzó, el humo llenó sus pulmones y el hombre intentó ponerse de pie.
—Miko—dijo con las fuerzas que le quedaban—, te amo.

****

Miko abrió los ojos y sintió que se ahogaba. Dohko corrió a su lado y lo sostuvo.
—Tranquilo, cariño—pronunció su hermano con lágrimas entre alegría y tristeza.
La cabeza del sacerdote dio vueltas, Miko buscaba a ese hombre que ahora sabía que había estado allí.
—Estoy vivo—pronunció sin dejar de buscar y Dohko asintió.
—Sí, estás vivo.
Miko sonrió nervioso, la desesperación comenzaba a ganarle, el dolor en su vientre lo trasladó a la cruda realidad. El sacerdote acarició las manos de su hermano.
—¿Dónde está? ¿Dónde está él?
Dohko frunció los labios, pero sus ojos colmados de lágrimas eran respuesta suficiente.
—Sasha, te dejó esto.—Dohko, con sus manos temblorosas le entregó el trozo de papel—. Él quería que lo tuvieras.
Miko se lo quitó de las manos y abrió el papel doblado. Leyó las primera líneas y se cubrió la boca, su rostro se deformó en un amargo llanto, gritó con todas sus fuerzas y Dohko lo abrazó. Había perdido a Sasha, y, esta vez, era para siempre.

38 Gracias

No pude matar a Brandon, Miko. No pude. Él tiene a alguien como tú ¿Cómo podría hacerle daño a ese ángel? Quizás Brandon no se lo merece, pero, si yo tuve la suerte de conocerte a ti, ¿porque él no tendría el mismo derecho? ¿Por qué iba a negarle esa posibilidad solo porque yo nunca podría quedarme a tu lado?
He escrito estas palabras porque quiero que sepas que nunca debí haberme marchado de tu lado, que fue una acción estúpida, y ahora debo cargar con esas consecuencias. Por un momento, recordé las palabras de tu madre en esa biblia vieja que tú conservas con tanto amor, recordé esos versos que hablaban de Bernadette Subirous y pensé en que, tal vez, yo podría dar gracias del mismo modo. Sí, soy muy consciente de que no soy un santo, pero estuve al lado de un ángel, eso debe contar, ¿no crees?, así que, aquí están, espero no te rías con ello, o mejor sí, ríete, porque tienes la risa más hermosa que he escuchado en mi vida.
Supongo que Dios escucha a todo el mundo, entonces creo que también lo hará conmigo. Tú me enseñaste eso.
Por nacer en una familia sin corazón, te doy gracias, Señor. Por el bastardo de mi padre que solo pensaba en sí mismo y siempre nos humilló, te doy gracias. Por mis amores, por Mijail quien me ayudó a entender que podía amar y encontrar mi corazón cuando lo tenía sepultado, te doy gracias. Por mis batallas ganadas, por mis batallas perdidas, te doy gracias. Por la sangre de mi cuerpo, por mi capacidad para levantarme incluso de la muerte, te doy gracias. Por mis hermanos, a los cuales nunca entendí, te doy gracias. Por ponerme en el camino de un ángel, el cual, nunca merecí, te doy gracias. Por Miko Subaru, por prestármelo por un tiempo para que me enseñara cosas que yo desconocía, te doy gracias. Te doy gracias por el sol que me calentó en medio del hielo, por las tormentas que mojaron mi rostro en la sequedad del desierto, por las sonrisas y las tristezas, por la oportunidad que me diste de salvar a una persona, por todo, te doy gracias.
Miko, fuiste la primavera después de un eterno invierno. Fuiste un soplo de vida mientras esperaba una muerte agónica. Quizás, ambos nos habíamos esperado toda la vida y solo por eso, todo lo que pasé para llegar a este momento, ha valido la pena. Si tuviera que volver a nacer, elegiría estar contigo para protegerte toda la vida. Es irónico, divertido, o quizás trágico como tu Dios actúa. Me hizo ver la luz sacrificando a uno de sus ángeles. Me mostró que tenía derecho al amor, incluso en lo sacrílego.
Te amo, siempre voy a amarte.

Sasha.

Moscú, Rusia.
Dos meses después.

Los copos de nieve caían incesantes tiñendo el paisaje solitario del cementerio. El frío congelaba sus pies y los dedos de las manos se entumecían a pesar de llevar guantes. La tumba estaba descuidada. Nadie se había acercado en todo este tiempo. Miko se agachó, acarició el nombre en la lápida de mármol y se persignó. Habían puesto una cruz a su lado. El sacerdote levantó la vista

y la contempló.
—¿Sigues pensando que está vivo?—Dohko habló a su lado.
Miko le sonrió con dulzura.
—No solo lo pienso, estoy seguro de ello. Él es como nosotros, un ave fénix.
¿Por qué no iba a pensarlo cuando nunca encontraron su cuerpo? ¿Por qué no albergaría esperanzas a pesar del rostro gris de quienes comentaban que nadie podría haber sobrevivido a ese incendio que consumió hasta los cimientos?
—Miko.
—Sé lo que vas a decir.—El sacerdote lo interrumpió—. No importa si no albergas esa fe, Dohko. En mi corazón tengo esa certeza. Puedo sentirlo incluso a kilómetros de distancia, lo sentiría a millones de años luz. Sasha está vivo.
El hombre dio un profundo suspiro y se abrazó a él mismo. El frío hacía estragos.
—¿Por qué no regresó a ti? ¿Qué? ¿Te salva y desaparece de tu vida?
Miko hizo una mueca de tristeza.
—Sasha siempre creyó que no estábamos destinados a estar juntos, de hecho, pienso que estaba en lo cierto, nunca lo estuvimos, pero eso no hace que lo ame menos.—El sacerdote suspiró—. De hecho, el amor por él se incrementa a cada minuto, ¿entiendes por qué no me resigno?
Dohko se encogió de hombros.
—Te entiendo, pero ¿no crees que estás persiguiendo un fantasma?
—¿Recuerdas cuando mamá decía que hablaba con tu padre en las noches?—Dohko asintió—. Yo tengo las mismas charlas con él. Le cuento mi día en la iglesia, le digo que todavía tengo mis dudas sobre seguir esta vocación, que ya no se siente como tal. Quiero seguir ayudando, pero el alzacuellos cada día se siente más pesado.
—¿Y él qué te dice?—Dohko preguntó con curiosidad.
—Siento calor en el pecho, como si su alma me envolviera y me diera seguridad.
Dohko lo abrazó con todas sus fuerzas, ambos temblaron por el frío y rieron.
—Siempre voy a estar para ti. Lo sabes, ¿verdad?
—Mi hermano bello.—Miko lo asió del rostro—. Mi protector incansable.
Miko estuvo tres semanas en el hospital, a eso le siguió una lenta recuperación que llevó adelante en Alemania, no obstante, la imperiosa necesidad del sacerdote de conocer Rusia no cesó hasta que arribaron allí dos días atrás.
¿Qué esperaba de ese sitio? Miko no lo sabía con exactitud, pero eran pequeñas cosas que lo acercaban a su amor, al menos en su alma.
«Está vivo».
El pensamiento se mantuvo firme por varias semanas, hasta que una mañana el sacerdote se preguntó si todo era una fantasía, si su villano podría haber esquivado la muerte una vez más. Había días que eran más luminosos que otros, días en los que soñaba despierto y escuchaba pasos en su casa, días en que el aroma a colonia y cigarrillos, que poco a poco desaparecía de sus sábanas y almohadas, regresaba con fuerza.
«Estás en negación».
La terapeuta que comenzó a visitar le dijo que apenas estaba procesando el duelo, que era normal cuando las personas perdían a alguien que amaban. Miko fue incapaz de cuestionar ese hecho.
Anastasia se llevó a Serafín, como le había puesto al pequeño gatito, una semana después que Miko llegó. Era lo mejor, ya que el sacerdote apenas podía hacerse cargo de algunas ocupaciones.
—*Voy a traerlo cuando esté mejor.*

—*Gracias.*

El animalito no tenía la culpa de sus desvaríos. Merecía paciencia y comprensión, cosa que el sacerdote ya no sabía cómo entregar, y este era, quizás, el mayor de los problemas.

Miko estaba en medio de la crisis existencial más grande de toda su vida. No sabía quién era, qué buscaba, había perdido el entusiasmo del principio, y su luz era tapada por las sombras de la verdad, la cual negaba.

Luego de dos meses, la esperanza se derritió como aquellos copos de nieve al ser besados por el sol. Sasha no había regresado, no envió un mensaje, ni una foto, nada. Miko se apretó el corazón un día mientras estaba sentado frente a la cruz y las lágrimas brotaron de sus ojos. Sasha Kozlov estaba muerto.

Por encima de todo, vístanse de amor, que es el vínculo perfecto.

—Colosenses 3:14

39 Aparición

Fue un día que comenzó como todos. Sasha se había ido hacía seis meses atrás y Miko ya lo estaba entendiendo. Las charlas entre él y el alma de su amor continuaban. Le seguía diciendo que lo amaba, pero ahora, de vez en cuando, le reclamaba su partida.

«Aceptación».

Según la psicóloga estaba en una nueva fase del duelo, había hecho un gran progreso. Miko se sentía peor que antes. Más cansado y apático de todas las actividades que antes llenaban su día a día.

Miko se vistió para la misa de la mañana. Poca gente concurría a ella, era más sencilla, más tranquila, a él le agradaba. El aroma a incienso y mirra se esparció en el ambiente, el hombre se apoyó en el altar y se humedeció los labios. Había escrito algunos ayudamemoria, ya que últimamente se le hacía difícil improvisar. Miko levantó la mirada y su boca se secó cuando observó el último banco.

«No puede ser».

Miko pestañeó y se olvidó el idioma en que hablaba. Balbuceó y buscó las notas con desesperación. Estaba loco, Sasha no podía estar sentado allí. Cerró los ojos y respiró profundo, su vista regresó a ese sitio y la imagen continuaba allí, el hombre era real, no producto de su mente delirante.

«¿Por qué carajo te apareces recién ahora? ¿Quién te crees para invadir la poca paz que he conseguido?».

La rabia nubló sus sentidos, pero de inmediato se apaciguó.

Miko no podía volver el tiempo atrás, tampoco lo deseaba. Había tenido más pasión en esos meses que en sus veinticinco años. Había conocido el amor en su más grandiosa expresión, había sufrido el dolor lacerante de la pérdida una vez más. Ese hombre lo hizo sentir vivo, le mostró que estaba hecho de carne, no solo de espíritu.

No odiaba a Sasha Kozlov, pese a que quisiera convencerse, ¿cómo podría cuando el hombre se empeñó en hacerlo adicto a él?

No había muerto, Sasha estaba ahí, sentado al final del pasillo a unos pasos de la imagen de la Virgen María. Miko se preguntó si ese hombre entendería que casi había muerto desangrado por dentro.

«Ya no importa».

Miko desvió sus ojos verdes hacia los feligreses y dio misa. Se concentró en su labor como nunca. Habló sobre la bondad y la redención. Estuvo tentado a reír ante la ironía. No lo observó ni por un segundo, carecía de sentido, sin embargo, la escena prosiguió durante varias semanas para tortura del sacerdote, y, cuando Miko finalizaba la misa, Sasha desaparecía. Así sin más, sin una palabra de arrepentimiento o incluso burla.

Durante tres largas semanas, Miko se preguntó qué estaba mal en su vida, porque no podía librarse del recuerdo de un hombre que aparecía como un fantasma para torturarlo. Un hombre que lo llevó a cuestionar su cordura y la esencia misma de ese acto de impartir sabiduría y amor porque para él, siempre se trató de un acto de amor.

Miko se sentó frente al altar una vez que finalizó la misa ese viernes y miró a Cristo en la cruz como era su costumbre. Acarició la biblia que siempre lo acompañó, la biblia que su madre le

había regalado.
Una figura conocida se instaló a su lado. Miko percibió el calor de su cuerpo, lo había extrañado tanto que pensó que se desmayaría. estuvieron así por quince minutos, quince tortuosos minutos, en los cuales al sacerdote le costó hasta respirar. Apoyó la biblia en su abdomen, sobre la enorme cicatriz que ahora lo acompañaba.
—Este lugar trae paz, creo que se parece mucho a ti.
Miko reprimió las ganas de llorar cuando escuchó su voz después de meses.
—Tienes suerte, a mí ya no me trae nada—replicó con tristeza.
«Cierra este ciclo y sigue adelante».
Miko entendió que su labor había terminado en ese instante, entendió que su mundo nunca sería igual y que debía seguir con su vida, lejos de la iglesia. Ya no era el padre Subaru, dejó de serlo mucho tiempo atrás. Apretó con fuerzas la biblia de esa mujer con ojos tristes y soñadores que fue su madre.
—Miko.
—¿Qué quieres, Sasha?—preguntó con su voz tan firme que se enorgulleció.
—Quiero que me perdones.
Miko estuvo a punto de soltar una risita. Contempló la cruz, se enfocó en el Jesús bañado en sangre y entendió que era hora de servir desde un lugar menos corrompido, desde un sitio con menos hipocresía y sobre todo sin miedo. Miko tuvo miedo toda su vida. Miedo a su padre y a su clan, miedo a que lo encontraran, miedo a perder a su hermano, miedo de perder a sus amigos, respiraba miedo.
¿Qué clase de vida era esa? ¿Podía seguir la obra de Dios siendo quién era? ¿Un ser débil que vivía alejado del mundo, que vivió privado de tentaciones hasta que se sumergió en ellas hasta el cuello, hasta que devoró e incluso se extasió con el pecado y con la promesa de lo profano?
Si quería ser un soldado de Dios debía dejar de mentirle a todo el mundo y, sobre todo, dejar de mentirse a sí mismo.
—Perdóname.—La voz de Sasha a su lado se entrecortó. El hombre de hielo, de pronto, se hizo trizas—. También me gustaría una confesión.
Miko dio un suspiro, controló las profundas ganas de abofetearlo, golpearlo hasta que le dolieran las manos, hasta que las lágrimas incansables, por fin se agotaran.
—¿Por qué debería perdonarte?—Miko indagó—¿Por tomarme prisionero? ¿Por insultarme o burlarte de mi fe? ¿Por dejarme a un lado, por desaparecer y dejarme con un vacío inenarrable en el pecho? Dime, ¿por qué debería perdonarte?
Miko pasó la palma de la mano derecha por su frente. Carajo, la molestia no se iba.
—No podía quedarme a tu lado.
—Ya estabas a mi lado, imbécil.—Miko le dio una mirada asesina por primera vez desde que el tipo se sentó a su lado—¿Qué te costaba quedarte? ¿Qué te costaba no fingir tu muerte?
—¡No podía!—Sasha gritó y golpeó el banco con tanta fuerza que hizo eco en el espacio vacío. Miko no se inmutó. Estaba acostumbrado a su violencia—¿Es que no lo entiendes, Miko? Era incapaz de destruir lo más bello que me pasó en la vida. Porque, a medida que me conectaba contigo, me decía que no debía arrastrarte al infierno. Dime, ¿cómo podría un ángel sobrevivir al infierno? Porque eso es lo que tú eres, padre Subaru, un ángel, y, por primera vez, fui incapaz de destruir lo que amaba. Sé que me odias, sé que debí regresar y decirte que estaba vivo, pero fue lo mejor. Nadie le quita un ángel a Dios sin ser castigado, y, créeme, que yo lo he sido. He sido castigado cada puto día de mi vida desde que me alejé de ti.
¿El corazón podía doler un poco más de lo que ya dolía? Miko se percató de que sí, de hecho,

estaba sufriendo como nunca.
—¿Qué es lo que quieres confesar?—preguntó a sabiendas de que lo más coherente sería levantarse y dejar a Sasha allí.
—Es algo vergonzoso.—Sasha titubeó. Miko puso sus labios en línea recta.
—Es una confesión, lo que digas estará solo conmigo. Será entre tú y yo, por hoy, dejaremos a Dios afuera de esto.
Sasha asintió y se miró las manos.
—Soy consciente de que fue duro para ti. No pienses que no lo he pensado, y por eso me avergüenzo de mi conducta. Al principio, rogué que me olvidaras, que dejaras la iglesia y encontraras a alguien que te ame como nunca antes. Luego me di cuenta. Yo no soy una buena persona, Miko, ya lo sabes, así que, tuve que ser honesto conmigo mismo. La verdad es que no quiero que me olvides, no quiero que ames a otro, solo a mí, anhelo que me recuerdes cada día de tu vida, como yo lo haré. No deseo que otras manos te toquen, y sería capaz de matar a quien tuviera la osadía de rozar tu piel. Carajo, esto debe sonar tan mal para ti, porque en mi cabeza suena horrible y yo estoy loco.
Miko cerró los ojos por un momento y escuchó su confesión, la última confesión que ese hombre a su lado le haría. Fue así como se sintió en su corazón. Sasha no quería volver, no le estaba pidiendo una nueva oportunidad, solo que le diera paz a su conciencia, pues que así fuera, el sacerdote ya estaba cansado, estaba harto de llevar ese peso en su alma, en su cuerpo, en su corazón destruido.
—Está bien Sasha. Te perdono.—Dicho esto, Miko asió la mano del hombre y colocó la biblia sobre ella. Era momento de seguir—. Es un regalo para ti, para el hombre que me enseñó del infierno y que también me sacó de él. El Miko Subaru que recibió esta biblia de las manos de su madre, te pertenece. Puedes hacer lo que quieras con él. Tienes mi perdón y amor eterno. Sé feliz, Sasha, yo lo intentaré.

40 Lavanda y menta

Kandahar, Afganistán.
Seis meses después.

—¡Por favor! ¡Respeten su lugar en la fila!
Miko pidió a las personas que no discutieran ni tomaran lugares que no les correspondían durante la entrega de las raciones de la comida. Llevaba seis meses de Afganistán y se odió todos los días por haberse quejado de sus problemas, por haber llorado por nimiedades. La realidad superaba la ficción. Miko vio cosas a lo largo de esos meses que le helarían la sangre al más duro, y harían tirar hasta las tripas al más fuerte.
Era un espacio ocupado por varias organizaciones no gubernamentales, organizaciones médicas y de ayuda alimenticia. Miko había renunciado a sus votos y lo primero que hizo fue buscar un lugar que lo hiciera olvidar todo lo vivido. En parte lo había logrado. Se humedeció los labios, el calor de las montañas era apremiante, Miko estaba acostumbrado a la humedad, a las lluvias constantes, pero esto era insoportable. Miko estaba ayudando a repartir las raciones cuando un par de camionetas se avistaron a lo lejos. El polvo del camino hizo obvio que se acercaban. Miko chasqueó la lengua. Repartió todo lo que pudo, se apresuró junto con los demás colaboradores antes de que esos bastardos estuvieran más cerca. Cuando las camionetas se aproximaron, la gente corrió a ocultarse. Los hombres tenían la cabeza y el rostro cubierto, todos llevaban uniforme militar y cargaban rifles AK47. Miko pensó en que, si no hubiera conocido a Sasha, se habría orinado cada vez que esos hombres aparecían en el campamento. Miko y los voluntarios se alejaron de las raciones de comida puestas en mesas de madera plegables. El líder del grupo, un tal, Aldair, hizo seña hacia todos lados y habló en árabe. Miko se mantuvo apacible, con su cabeza fija en la mesa. El encargado del campamento movió las manos para que se calmaran, pero los gritos se hicieron más fuertes. Otra camioneta se visualizó a un par de kilómetros, todos cerraron los ojos. Carajo, ¿quién más podía ser?
—¿Qué les pasa?—preguntó Miko a Zulema, una joven afgana.
—Están molestos, dicen que distribuimos alimentos que ellos necesitan.
—Pues que hagan la fila como todos—dijo entre dientes Miko.
Un par de tiros al aire. Las personas gritaron y se cubrieron el rostro. Miko se adelantó.
—¡Ya deja de hacer eso!—exclamó firme, el tipo frunció el ceño—. Sí, imbécil, a ti te estoy hablando.
El encargado del departamento buscó excusas, pero el tipo vio rojo. Se acercó hacia Miko y lo sostuvo con violencia de la camiseta. Miko no se amedrentó. Aldair miró su cuello y vio la cruz en él. Se la arrancó y les mostró a sus compañeros. Estos se acercaron y apuntaron a Miko con sus rifles.
—Miko—dijo Zulema, el hombre estaba firme.
—Saca a las demás personas de aquí—dijo entre dientes—. Apresúrate.

El encargado del departamento gritó cuando lo golpearon con la punta del AK47.
—Mi comida.—Aldair pronunció con un inglés muy rudimentario. Miko tensó la mandíbula.
—No es tuya—replicó sin miedo.
La furia ardió en los ojos de Aldair, levantó el arma y le apuntó a la cabeza a Miko. El muchacho apenas se sostuvo en pie. La camioneta jeep que avistaron a la lejanía llegó en ese instante. Los ojos del matón no abandonaron los de Miko. Sus gestos pétreos como si ninguno de los dos tuviera nada que perder.
—Yo que tú, bajaría el arma.
Fue la primera vez que Miko pestañeó desde que el enfrentamiento comenzó. Esa voz lo hizo tambalear, lo hizo olvidar la noción del tiempo y el espacio, y él volvió a ser el muchacho de besos y caricias. Meses habían pasado desde la última vez que hablaron. Semanas duras en las que, a veces, solo aparecía en su cabeza de manera esporádica.
«Te perdono, Sasha».
Miko lo había perdonado, y lo dejó ir, porque es lo que el mercenario quería. No pidió una nueva oportunidad, no rogó por un beso o un abrazo, solo el perdón y una tonta confesión que Miko nunca olvidaría, que reproducía en su memoria cada noche cuando se abrazaba a la almohada y recordaba su aroma, la suave colonia mezclado con el aroma a cigarros caros.
La mente humana era tan fantástica, la manera en que se aferraba a recuerdos, a una esencia, a un aroma, a una sonrisa, a una fotografía, a un sonido. Un anclaje emocional para seguir vivo. Todo en Sasha Kozlov fue una anclaje emocional para Miko.
Sasha llevaba una camiseta militar verde, una pantalón camuflado y botas de combate, en su cabeza llevaba una kufiya de color blanco con bordados rojos, y un agal negro, su rostro estaba cubierto, al igual que el de los cinco hombres que lo acompañaban.
Sasha Kozlov era un ser impresionante en todo momento, pero cuando estaba vestido de ropa militar era, simplemente, sublime, una especie de aparición divina. Su impresionante musculatura, el rifle de asalto que lucía enorme en sus manos, sus doscientos cinco centímetros de altura y sus ojos, lo único que estaba a la vista de su rostro. El verde grisáceo, los orbes lucían casi transparentes con la luz del sol de frente. Miko quedó sin aliento.
Aldair lo apuntó con el arma y movió las manos. Sasha se mantuvo estático, al igual que el resto de sus hombres.
اخرج من هنا—
«Vete de aquí».
Fue todo lo que Sasha pronunció frente al hombre que ahora ardía de furia. Aldair alzó la voz y se fue sobre el ruso. Los hombres de Aldair levantaron las armas y los de Sasha hicieron lo mismo. El tipo lo asió de la camiseta y esa fue la gota que rebasó el vaso. El mercenario le dio media vuelta al arma y golpeó el rostro del tipo con la empuñadura. Uno, dos, tres golpes, Aldair retrocedió ante los embistes sobre su cara de la cual saltó la sangre como en una película de terror. Cuando los tipos que lo acompañaban quisieron reaccionar, los hombres de Sasha los abatieron a todos. Los gritos se avivaron, las personas alrededor se cubrieron con terror a la espera de su sentencia. Sasha arrojó al tipo al suelo, su rostro desfigurado y sus manos que intentaban cubrir el arma.
—Ahora aprenderás que a los ángeles se les respeta.—El hombre dio un grito y Sasha lo fusiló. Volvió a cargar su arma y se detuvo en las personas a su alrededor. Señaló al encargado del campamento que estaba en estado catatónico—. Diles que todo está bien, que no hay riesgo para ellos.
El hombre aterrorizado asintió varias veces. Miko estaba estático, como si sus pies fueran

incapaces de moverse del suelo polvoriento. Sasha se descubrió el rostro y le sonrió con malicia. Esa sonrisa que Miko odiaba y amaba al mismo tiempo, ¿para qué mentir? Nadie podía ser indiferente a Sasha Kozlov.
Sasha se colgó el rifle en el hombro y caminó hacia Miko.
—¿Estás bien, chinito?
Miko asintió, de nuevo percibió el calor que emanaba del cuerpo sudado y perfecto frente a él.
—Gracias—replicó en un susurro, entretanto la entrega de alimentos se normalizaba—,¿qué haces aquí?
Sasha se humedeció los labios y chasqueó la lengua para darle una sonrisa.
—Me gusta salir de caza a lugares exóticos.—Sasha bromeó y Miko sonrió. Percibió las lágrimas acumularse en los ojos, mierda, ¿por qué tenía que llorar?—¿Cómo la estás pasando?
—Este es el infierno—dijo Miko sin equivocarse—,literalmente.
Sasha dio un profundo suspiro.
—Sé que las has pasado mal en la vida, pero siempre se puede estar peor, y todas estas personas alrededor lo comprueban.—Miko asintió y Sasha entrecerró los ojos, su mirada lo recorrió de pies a cabezas—. Estás bello, chinito.
Miko sintió que sus mejillas se enrojecieron, incluso en el calor asfixiante.
—Gracias, tú también.—Miko bajó la mirada y se arregló el cabello—¿Cómo llegaste ahí?
—Estuve en Rusia ayudando a uno de mis primos con algunos asuntitos pendientes y bueno, Martin Campbell me pidió algunos favores, y era mi deber devolverle la mano después de todo lo que hizo por mí.
—Por nosotros—recalcó el muchacho—, todo lo que hizo me ayudó a mí también. No estaría aquí de no haber sido por tu ayuda.
Miko tragó saliva, se sentía como un tonto adolescente frente al chico que le gusta. No sabía cómo actuar.
—¿Qué tal si me invitas algo para tomar, chinito? Los muchachos y yo estamos algo cansados.
—Por supuesto.—Miko actuó de inmediato y se dirigió al interior de una de las carpas. Habló con el encargado quien no tuvo problemas de que los hombres se quedaran unas horas allí.
Miko se sentó al lado de Sasha, ambos bebían el té en un vaso de plástico.
—Mañana sale nuestro avión a Alemania de nuevo—dijo Sasha y acarició la mesa de madera desgastada frente a él, sus orbes verdosos se clavaron en Miko—¿Vienes conmigo, chinito?
Miko abrió y cerró la boca varias veces, luego frunció el ceño.
—¿Has venido por mí?
—Sí—Sasha rio—, ¿de verdad te creíste que solo vendría por negocios aquí?
—¿Quieres algo conmigo?
—Sí.
—La última vez…
—La última vez apenas podía con mi alma y mi corazón—confesó Sasha—. Te había fallado tanto que solo me conformé con tu perdón, pero ahora…—El mercenario dio un profundo suspiro—. Sé que no soy digno de ti, una bestia como yo, de hecho, no podría ser digna de nadie, pero confío en que me aceptes. Confío en que todavía hay algo de tu amor hacia mí.
—Esa es la propuesta más desabrida y desordenada que escuché en mi vida—replicó Miko.
Sasha se encogió de hombros.
—No hay nada romántico en mí, chinito. Si esperabas rosas y que pusiera mi rodilla en el suelo para pedirte matrimonio, creo que no soy el indicado.
Miko le sonrió.

—Eres el indicado—musitó cerca de su oído—, y me hace feliz verte de nuevo.—No podían tocarse, no podían abrazarse, ese lugar era una sentencia de muerte para personas como ellos—¿A qué hora se marchan mañana?
—A las seis de la mañana—agregó Sasha.
—Si lo desean, pueden quedarse en el campamento.
—Eso sería bueno.—Sasha controló el entusiasmo infinito en cada célula de su cuerpo. El mercenario lo olfateó y Miko rio.
—¿Qué?
—Hueles a lavanda y menta.
—¿Qué tonterías dices?
—Hueles a hogar y amor, hueles a cosas que extraño, pese a que solo las compartí contigo algunas semanas.
Miko tragó saliva.
—Me vas a hacer llorar—reclamó—, después dices que no hay nada romántico en ti.
Sasha se rio y bebió lo que quedaba de su té. Se puso de pie y se dirigió hacia sus hombres contándoles dónde pasarían la noche. Miko apretó el vaso con su bebida y sonrió como un tonto. Su corazón se había acelerado.

41 Entre silencios y gemidos

Miko le dio vueltas a la cama y pensó en lo que sería de su vida dentro de unas horas. Aguantó una risita y sacudió la cabeza.
«Vamos a extrañarte, Miko. Tu labor es invaluable».
Él también extrañaría ese lugar pese a sus condiciones inhóspitas. La carita de felicidad de los niños cuando sus platos se llenan, la felicidad de las madres y los padres, las charlas con sus colegas sobre la vida, el amor, y preguntas existenciales que solo pueden surgir en ese tipo de ambientes.
Cuando has perdido todo, cuando estás de rodillas, sin agua frente al sol ardiente, cuando tu familia yace bañada en sangre a tu alrededor es cuando entiendes lo bendecido que eres, comprendes la grandeza de la obra de Dios en ti, en la fuerza indómita de seres que, sin tener nada, se levantan una y otra vez. Eso es lo que nos hace humanos, eso es lo que nos hace libres, eso es amor, y Miko estaba agradecido por ello, por esa experiencia, por esos seres maravillosos, sin embargo, el alma de Miko clamaba por estar en otro sitio, su cuerpo ardía por encontrarse con el de ese hombre, por amarlo sin control, al límite, con esas ráfagas que oscilaban entre la violencia y el placer.
Miko percibió la erección que se había formado. Sus dos compañeros de carpa, al parecer, estaban esa noche en otro lado, así que tenía libre para tocarse y soñar con los brazos de Sasha, con su piel bronceada por el sol, y sus ojos verdes grisáceos. Miko se mordió el labio inferior, escupió en su mano y cerró los ojos empuñando su erección. Desconocía cuánto tiempo había pasado cuando la carpa se abrió y alguien ingresó en la oscuridad. Miko fingió dormir, aunque su respiración agitada lo delataba. Unas manos poderosas ingresaron entra la manta y surcaron sus piernas. Miko se sentó en la litera y Sasha se le fue encima. Sus bocas se encontraron en un beso desordenado, cruel y erótico. Sus lenguas lucharon por el control, las manos de Miko fueron hacia el cabello de Sasha, que ahora estaba un poco más largo y lo estiraron. Minuto tras minuto, sus labios se negaron a soltarse. Sasha afirmó su frente en la de Miko.
—Tanto tiempo, chinito—dijo agitado.
—Mis compañeros pueden venir—advirtió Miko.
—Les he dado quinientos dólares a cada uno. El único que se vendrá esta noche, eres tú.
Miko abrió la boca.
—¿Has sobornado a mis compañeros?
—Sí, y voy a aprovechar cada centavo pagado.
Antes de que Miko volviera a hablar, Sasha le devoró la boca. La prisa en quitarse la ropa, las manos que iban y venían en cada rincón de su delgado cuerpo. Sasha lo presionó contra el colchón y le abrió las piernas y su cabeza fue a parar entre ellas. Miko mordió la manta para no gritar cuando su amante lo comió completo, un león comiendo un gran bistec después de meses de veganismo. Miko levantó las caderas y Sasha succionó, los ojos del muchacho se cruzaron ante la fuerza de las succiones.
Estaban en un territorio donde corrían el riesgo de muerte si los atrapaban, aun así, Miko quiso gritar el nombre de su amante con toda su fuerza para que todo el continente asiático lo oyera. No lo haría, por supuesto. Miko aún guardaba un poco de pudor y conciencia en su interior. Sasha abandonó el pene y se chupó los labios.

—Sabes mejor de lo que recuerdo—musitó y le chupó el cuello, luego su lengua descendió sobre su pecho hacia los pezones, esas protuberancias rosas que adoraba estirar, morder y succionar.
Miko se mordió el labio inferior y le acarició el cabello, el cuello, los hombros, todo lo que estaba a su alcance, apenas podían verle, y eso lo hacía incluso más prohibido y sensual. Sasha le mostró un sobre de color plateado.
—Esto es lubricante, chinito—explicó—, es lo único que traje desde la civilización.
Si Miko estuviera en su estado normal, le habría recriminado la frase, pero este hombre solo ansiaba la verga de Sasha vapuleando su interior después de meses de sequía. Sasha embadurnó sus dedos y de inmediato buscó la entrada, Miko se relajó ante el firme agarre en sus caderas y las falanges ingresaron. Dio un par de gemidos cuando los dedos tocaron su próstata y la lengua de Sasha aleteó en su pezón derecho y luego en el izquierdo. Miko estuvo listo en tiempo récord. Abrió las piernas para su hombre y este se coló entre ellas.
—Sé que siempre lo hicimos a pelo, pero antes me había hecho una prueba de ETS unas semanas atrás y sabía que no estaba infectado con nada.
—¿Has estado con alguien más en estos meses?—Miko se mordió el labio inferior, desconocía lo que haría si eso hombre le decía que sí.
—Claro que no.—Sasha le acarició el hueso de la cadera y volvió a darle un chupetón a su pezón —. Solo eres tú, chinito.
Miko suspiró de alivio.
—Pues yo tampoco estuve con nadie más, así que no hay problema. Estamos bien, y me gusta sentir tu piel.
—¿Te gusta?—Sasha lo penetró despacio y Miko gimió—¿Así te gusta?
Miko asintió varias veces, el sonido del lubricante en la fricción era perfecto. Sasha esperó que su amante se adaptara, pero estaba tan necesitado que comenzó a embestir a los pocos segundos, Miko lo agradeció. Rodeó con sus brazos el cuello, y con sus piernas el culo tonificado de Sasha, lo presionó para que profundizara en su interior. Miko recibió la lengua de Sasha en su boca, y completaron la unión perfecta. Eran uno en todo el sentido de la palabra. Su mente, cuerpo y espíritu vibraron al unísono.
—Te he extrañado.—Miko gimió y arañó la espalda musculosa—. Te he extrañado tanto.
—Y yo a ti, mi chinito—replicó Sasha y gruñó al aumentar la velocidad de los embistes—. Te amo tanto.
Miko lo hizo rodar en la litera por lo que ambos cayeron sobre el suelo polvoriento. Lo cabalgó con hambre y desesperación, entretanto la lengua de Sasha recorría su cuerpo. Todo era una estimulación a los sentidos, la fricción, el sonido de sus cuerpos chocando, el lubricante resbaladizo, el sudor, sus perfumes, sus besos, los chupetones, todo los trasladaba a otra dimensión, una en el que el placer, el sexo y el más puro amor confluían.
—¿A quién le perteneces, chinito?—Sasha lo empotraba con furia y Miko gemía despacio—. Dime.—Lo presionó un poco más de la cintura para profundizar la penetración.
—Tuyo—replicó Miko sin pensarlo demasiado—, siempre he sido tuyo.
Sasha le dio la vuelta y lo posicionó a cuatro patas sobre el suelo, Miko sintió dolor en las rodillas, pero lo calló. El hombre lo embistió con todo su poder y él puso los ojos en blanco. Se mordió el labio inferior, mientras las manos poderosas sujetaban sus caderas con fuerza y Sasha lo follaba sin una pizca de piedad.
Golpe tras golpe en la próstata provocaron que Miko se viniera en el suelo, el semen cayó en la tierra y el resto Sasha lo usó para masturbarlo de nuevo y no darle descanso. El mercenario salió de su interior, se levantó y tomó en brazos a Miko como si se tratara de una pluma.

—Sube—ordenó—, tus piernas arriba de mi cintura.
Miko, pese a que apenas podía moverse, obedeció. Sasha lo folló de pie sin parar. El enorme pene se deslizaba en el interior resbaladizo sin restricciones. Sus bocas se adueñaban de la otra sin descanso. Miko saltaba sobre la verga y mordía su labio inferior para no gemir y alertar al resto de sus colegas. Miko acarició su torso, serpenteó sobre cada detalle del cuerpo escultural mientras Sasha tomaba el control del sexo y embestía rápido y duro. Miko chilló de placer y salpicó el pecho y el rostro de Sasha. Su cuerpo convulsionó por el orgasmo, pero el mercenario no dejó de penetrarlo. No le dio respiro. Lo arrojó una vez más a la litera y se metió entre sus piernas. Miko, perdido en el orgasmo, tatuó sus uñas en las nalgas turgentes de la máquina de sexo que tenía sobre él.
Las lágrimas de placer y alegría empaparon su rostro, Sasha dejó chupetones en su mandíbula y cuello. Miko cerró los ojos para disfrutar del semental encima de él.
—Nunca puedo saciarme de ti.—Sasha confesó y un gemido ronco abandonó sus labios, el semen caliente llenó el interior de Miko quien se sacudió en un tercer orgasmo—. Eres un pecado andante, no sé cómo carajo me contuve de follarte en el altar frente a tus feligreses cuando te conocí.
Miko comenzó a reír. Sasha decía cosas locas en medio del subidón orgásmico. Acariciaron sus cuerpos sucios, ambos se mantuvieron de perfil. Sasha capturó sus labios de nuevo.
—Vendrás conmigo, ¿verdad?
—Por supuesto que sí, ya te lo dije—Miko le chupó el lóbulo de la oreja—. Me has hecho adicto a tu cuerpo.—Sasha rio y le dio un pequeño beso en la nariz respingada—¿Estuvo bien?
—¿Bien?—Sasha se burló—. Me has hecho eyacular como un toro, ¿eso responde a tu pregunta?
Miko le dio un golpecito en la frente.
—No hay necesidad de ser grosero, pero sí, debo reconocer que yo también estaba muy necesitado.
—El sexo es buen catalizador.
Miko tragó saliva.
—Yo no estaba necesitado de sexo, Sasha. Estaba necesitado de ti.
En medio del sudor, el suelo polvoriento y los fluidos mezclados, Miko todavía lo sorprendía con su amor.
—¿Por qué me dejas tocarte, Miko?—Sasha preguntó con un nudo en la garganta—¿Por qué permitiste que estas manos sucias y manchadas de sangre se sintieran con derecho sobre ti?
Miko le sonrió con dulzura y lo besó, luego acarició con su nariz la de Sasha.
—Tus manos han sido lo mejor que me pasó en la vida, Sasha.—Miko confesó—. No me importa lo que sucedió antes, no me importa quién fuiste o quien debiste ser para sobrevivir, yo solo veo a este hombre, el que arriesgó su vida por mí, el que me besa, me cobija, me hace el amor y me brinda un placer encomiable. Por este hombre, soy capaz de todo, Sasha, de todo, incluso de matar.
Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Sasha y Miko las besó con ternura.
—Eres una belleza, chinito. Fue lo primero que pensé cuando te conocí y es lo que seguiré pensando toda mi vida. Eres el ángel que me salvó.
—Y tú eres el demonio que me devolvió la vida, así que, estamos a mano.

Cuando la tormenta de arena haya pasado, tú no comprenderás cómo has logrado cruzarla con vida ¡No! Ni siquiera estarás seguro de que la tormenta haya cesado de verdad, pero una cosa quedará clara, y es que la persona que surja de la tormenta no será la misma que penetró en ella. Ahí estriba el significado de la tormenta de arena.

—Haruki Murakami.

Epílogo

Zona rural cerca de Múnich, Alemania.
Dos meses después.

Miko abrió la ventana y respiró el aroma de la menta fresca luego de la lluvia que venía del jardín. Era un día especial. Hoy celebraba el primer cumpleaños en su nueva casa, en nuestra nueva casa, aunque todavía me cueste adaptarme. Estamos a solo media hora del hogar de su hermano Dohko, por lo que las visitas son constantes. No sé si alguna vez me acostumbre a esta relación, sé que es enfermizo, pero odio compartir a Miko con quien sea, incluso con su familia, quisiera que volviéramos al principio, cuando solo éramos los dos y él solo se dedicaba a las misas y las reuniones, pero de inmediato regresábamos a nuestro sitio y nos olvidábamos del mundo, yo me olvidaba del mundo. Ayer le ayudé en el jardín, sé que lo hace feliz, pero a mí me exaspera, las putas plantitas se secan, todo lo que toco se seca. Aun así, si soy honesto, los momentos que paso con él son los más felices de mi vida, no sé cuánto soportará mi carácter y mi forma de ser, pero según él está contento de tenerme a su lado de la forma que sea. Mi chinito es romántico.

Le sigue molestando que lo llame de ese modo, no solo porque es japonés sino porque, si soy sincero, los rasgos europeos son los predominantes en esa cara hermosa. Adoro la combinación, sus gestos, su piel blanquecina la cual puedo marcar a mi antojo, sus ojos verdes que poseen el color de la menta, esta hierba que Miko cultiva con tanto amor, él huele a ella todo el tiempo, su ropa, su cuerpo, quiero tener su olor adherido a mí siempre.

Mi amigo Martin cree que estoy loco, que no duraré un segundo más aquí, creo que tiene razón, pero si Miko entregó sus votos por mí, yo puedo soportar vivir en «la casita de Heidi». A veces me despierto en medio de la noche, las pesadillas me siguen acompañando y dudo que alguna vez se vayan, pero entonces él se remueve a mi lado y el dolor desaparece, la desesperación se torna calma y todo parece acomodarse, me siento vivo, me siento joven, me siento como una persona nueva. No voy a mentir, he seguido haciendo de las mías. Todavía llevo adelante algunos negocios, y Miko se mantiene en silencio con respecto a eso. No le gusta lo que hago, es un trabajo contrario a todos sus valores, y tiene razón, pero a veces, el instinto me supera.

Martin dice que si pongo esfuerzo me acostumbraré y que le tomaré un gustito único a la calma en familia. He decidido confiar en él, después de todo, él es la prueba viviente de que todo es posible cuando se trata de amor. Miko está cada día más hermoso, parece florecer con la primavera, me gusta observarlo sin que se de cuenta, cuando canta, cuando lee, cuando trabaja en el jardín. La forma en que se pierde en sus tareas diarias, entonces, pasado un tiempo me mira, me sonríe y por Dios, mi corazón golpea mi pecho. Miko posee una cuerda invisible que me ata a él, que me asfixia y me hace sentir vivo al mismo tiempo. Es una emoción compleja e inexplicable, pero hace que todo sea correcto y los arrepentimientos ni siquiera lleguen a mi corazón.

La casa se prepara para recibir a los invitados, hemos puesto una mesa en el jardín con manteles blancos, copas en las que serviremos un suave vino blanco, dulces que Miko ha preparado junto con el pan y un delicioso té. Durante el almuerzo habrá chuletas y puré de patatas, las hierbas se mezclan con la preparación e impregnan la cocina con un agradable

olor. Es aroma a hogar, es la primera vez que lo huelo en toda mi vida y provoca cosas en mí, pero la mayoría son buenas.
—Feliz cumpleaños—digo sobre su nuca y lo beso. Lo envuelvo entre mis brazos y Miko se estremece.
—Gracias, amor.
«Amor».
Si me hubieran dicho que tendría a alguien que me llamaría amor me habría reído mucho, pero ahora, soy incapaz de apartarme de él. Recuerdo cuando Martin me dijo que estaba en Afganistán cumpliendo labores humanitarias, ¿qué hacía una flor allí? ¿Es que no se daba cuenta de que iba a marchitarse si no la rescataba? Había visto la manera en que la realidad golpeaba a todas esas personas, a las personas que buscan mejorar la vida de los demás en esos sitios, en parte pierden su corazón, el dolor es tan grande que pocos corazones soportan tal nivel de miseria y desesperación. Cuando encontré a mi chinito seguía siendo la misma flor que abandoné, la flor de la cual me alejé por miedo, pero ya no más. Estoy convencido de que nunca le haría daño, así que no voy a temer a algo que no ocurrirá. Amo a Miko Subaru, no me importa cómo pasó, pero no me arrepiento, como dije, no me arrepiento de nada, ni de lo bueno, ni de lo malo, después de todo, esas cosas me trajeron aquí y si Dios tiene algún plan, como bien dice mi pequeño, hay que seguirlo, porque, en definitiva, él ve cosas que son imperceptibles a nuestros ojos y a nuestra mente racional.
No soy creyente, nunca lo seré, pero reconozco que hay alguien superior que me dio una nueva oportunidad y no pienso desperdiciarla, considero que aprendí de mis errores, al menos, de la mayoría de ellos. Miko se voltea y me mira de frente, escruta mis gestos y mis ojos, a veces le pregunto qué es lo que busca, pero él se encoge de hombros.
—Me gusta corroborar que eres real.
Pongo los ojos en blanco y lo beso. Lo beso y el tiempo se detiene, lo estrecho de la cintura y lo llevo más cerca de mi cuerpo, donde pertenece, él gime con dulzura cuando los besos se transforman en algo más. Hacemos el amor todo el tiempo, lo peor es que esta ansiedad debería saciarse, pero el sexo tiene el efecto contrario en mí, mientras más lo tengo, más quiero.
—Te compré algo.—Me aparto porque estoy a punto de desnudarlo y follarlo en la cocina. Miko aplaude y su rostro denota felicidad plena.
Le entrego el paquete y él lo abre de inmediato. Miko sonríe cuando lo encuentra.
—¡Es una mamushka!—exclama con felicidad y sus ojos se llenan de lágrimas al instante—. Mamá tenía una, pero nosotros…
—Sé que el legado de tu mamá vive en ti—digo mientras las lágrimas ruedan por sus mejillas de porcelana—, la mamushka es símbolo de prosperidad y de fertilidad.
—Estamos abonando una nueva vida para que crezca.—Miko me interrumpe con su voz entrecortada—. спасибо, Саша.
—Gracias a ti—respondo con un nudo en la garganta, amo cuando mi idioma sale de sus labios —, espera, hay algo más en el paquete. Miko se muerde el labio inferior, deja la mamushka en la encimera y encuentra ahora una bolsita de seda, mi chinito la abre y me encanta su expresión—. Podemos usarla para nuestra celebración privada.
Miko comienza a reír, sus mejillas se tornan de un carmesí profundo, se avergüenza, todavía se avergüenza de mi lujuria. Miko juega con la suavidad del raso y el encaje, lo vi en la vidriera de aquella casa de lencería y fue inevitable imaginármelo a él con esa tanga. Nunca me gustaron los hombres ni bajos, ni femeninos, pero él saca un lado de mí que no estoy dispuesto a guardar en el closet nuevamente.

—Sasha—Miko se muere el labio inferior—, es bellísimo.
Mi chinito encuentra la tarjeta que he puesto junto con el regalo.

Cada cien años se enamora un ángel de un demonio,
uno sacrifica su paz, y el otro renuncia a su odio.

—Eres mi ángel y me salvas cada segundo, cada hora, cada día.—No puedo guardarme estas palabras, a veces lo intento porque me siento demasiado expuesto, pero Miko me ha golpeado tan fuerte que me dejó indefenso—. Gracias por aceptarme de nuevo a pesar de mis errores.
—Tú también me salvas—Hay tanta sinceridad en su rostro cuando me habla, no esconde nada, no se guarda nada, creo que estoy aprendiendo eso de él, aunque me cuesta—. Gracias por enseñarme que no necesito ser un ángel todo el tiempo.
Miko me abraza y aspira mi aroma, yo hago lo mismo con el de él, nuestros abrazos se aferran al cuerpo del otro con tanta fuerza que nos volvemos uno, y solo con su abrazo, con su fuego, con su aroma a menta, yo soy feliz. Me propuse serlo cada día y, como él me había demostrado que todo era posible, me propuse hacerlo feliz a él también.
Jamás esperé encontrar la belleza de este sentimiento, no estaba en mis planes enamorarme y replantearme mi vida, no tenía pensado dejar de ser un demonio, pero a veces, solo a veces, lo sacrílego puede tornarse santo. Un demonio que tiene a su ángel en sus brazos, y hará arder al mundo y a cualquiera que planee arrebatárselo. Esa es mi promesa, una que he grabado con sangre.

Capítulos extras

Nocturno

Sasha levantó el arma y apuntó. Brandon y su amor estaban preparados para lo que viniera. Bastian abrazó a su hombre y cerró los ojos cuando su mejilla se apoyó en su pecho.
—Maldición—balbuceó Sasha y bajó el rifle—, no puedo hacerlo.
Brandon frunció el ceño, debería reaccionar y aprovechar los titubeos de ese bastardo, pero algo en su interior, le dijo que este hombre frente a él era diferente. El Sasha Kozlov que una vez conoció quedó sepultado por esta nueva versión.
—¿Qué pasa? ¿Deberías estar en otro lugar? —Brandon preguntó y la mandíbula de Sasha se tensó.
—Por esta vez te salvas, hijo de puta.
Brandon asintió y abrazó a su amor.
—Lárgate de aquí y no regreses. Este nunca fue tu lugar.

Sasha probó el pastel de chocolate y fresas mientras se encontraba sentado en el jardín de su hogar. El sabor era empalagoso, su paladar se estremeció ante la delicia. Miko era un gran cocinero, y el hombre sonrió al notar que se había sacado el premio mayor. Muchas veces pensó en la última frase que Brandon le dijo.
«Este nunca fue tu lugar».
Como si el bastardo pudiera ver más allá, como si su corazón estuviera expuesto de tal modo que, todo aquel que estaba enamorado, se percataba de ello. El sonido de los insectos acompañaba la tranquilidad de la noche. Los invitados se habían marchado y la casa ahora emanaba una sensación de calma única. Era tan malo cuando al momento de compartir a Miko y sus atenciones, incluso cuando se trataba de su hermano y Anastasia.
Sasha recordó que solo se libró de una muerte inminente en Tokio al pensar que jamás volvería a ver a Miko, eso le resultó imperdonable. Es así como con tres disparos se escabulló y llegó a urgencias de un hospital. Martin Campbell ,una vez más, como el amigo leal que era lo había ayudado con recursos económicos y finalmente salió de Japón sin problemas. Después de casi un año, los ecos de la muerte por fin comenzaban a acallarse.
—Creo que me pasé con el chocolate. —Miko caminó hacia el hombre con un plato, un tenedor y una porción de pastel. Sasha le sonrió.
—¿De qué hablas? ¡Está bueno!
—¿Solo bueno? —Miko hizo un puchero. Sasha abrió la boca.
—¿Desde cuándo te volviste tan egocéntrico, chinito?
—Ya te he dicho que no llames así.
Miko buscó golpearlo, y Sasha tiró del muchacho hacia él para besarlo. El beso fue dulce y empalagoso como el postre.
—Eres mi chinito—musitó sobre sus labios y les dio un lametón—, además ya deberías acostumbrarte a que no dejaré de llamarte así. —Miko negó y metió el tenedor en el pastel, se llevó un nuevo bocado a la boca—¿De verdad te regalaron una tostadora?
—¡No te burles!
Sasha se carcajeó. Miko volvió a golpearlo y esta vez se lanzó sobre él. El hombre apenas pudo

dejar el plato sobre el jardín antes de que su amor se montara sobre su regazo. Miko también colocó su plato a un costado, de lo contrario, harían un desastre.
—Tu cara cuando lo vi fue un poema.—Sasha se burló.
—Es un regalo tan bueno como cualquier otro.
—Miko, a ti no te gusta el pan tostado.
—Pues, ellos no lo sabían.—Miko le pellizcó la nariz. Sasha apoyó sus manos en las nalgas sobre el pantalón de chándal.
—¿No tienes ropa interior? —Miko frunció la boca y luego se mordió el labio inferior para frenar una risita—¡Qué cosita más cachonda!
Sasha le mordió el cuello y Miko gritó.
—¡Oye! ¡Eres un bruto!
Rieron como un par de tontos enamorados, se deleitaron con la imagen del otro mientras los sonidos nocturnos los envolvieron. Sasha jugó con su cabello y absorbió su aroma.
—¿Pasa algo?
Miko tragó saliva y desvió la mirada.
—Nada importante.
Todos los sentidos de Sasha se pusieron en alerta.
—No me mientas, sabes que no eres bueno en eso.
—Es solo…—Dio un suspiro y paseó su dedo por el primer botón de la camisa de Sasha.
—Deja de balbucear y habla.
Miko apoyó su cabello en el torso de Sasha y se quedó quieto.
—Naoki Matsudaira me ha llamado.

Regalo de cumpleaños

—*Miko.*
—*Por favor, no quiero hablar de ello todavía, por favor.*
—*Está bien. No lo haremos si no lo deseas.*
El clima había cambiado después de aquella declaración. La cabeza de Sasha volvía a la afirmación de Miko ¿Qué carajo querría la viuda de Kaname Matsudaira con él?
Terminaron el pastel, se ducharon y fueron a la cama. Sasha se había olvidado incluso del regalo que le compró junto con la *mamushka*, sin embargo, Miko lo tenía muy presente, así que, cuando salió del baño con una bata transparente, con algunas gotitas de agua que resbalaban por su pecho a causa del cabello mojado, Sasha se olvidó hasta de su nombre.
—Miko—dijo en un tono cargado de sorpresa y seducción.
Miko le sonrió y se quitó la bata, el satén y el encaje rojo combinaban tan bien con la piel blanquecina y suave como la porcelana. El muchacho trepó a la cama y gateó hasta donde estaba su hombre. Sasha arrastró su boxer por sus piernas y lo tiró hacia un lado. Miko sonrió ante la urgencia y la necesidad. Se acomodó a horcajadas del hombre cuya espalda estaba afirmada al respaldo de la cama. Sasha lo acarició despacio, dejó besos y chupetones de forma aleatoria, Miko gimió y rozó sus pectorales, nunca se cansaba de mirar a su amante. Este hombre era una delicia, sí, incluso siendo un vil demonio, como a Sasha le gustaba llamarse. La mano derecha se enredó en la tanga, los dedos rozaron la entrada y encontró el plug entre ellas.
—¿Sorpresa? —Miko dijo con una risilla divertida.
—Más que sorpresa, me encanta. —Sasha lo besó con hambre, lo rodeó con sus brazos y lo estrujó con tal fuerza contra su cuerpo que su amante gimió de dolor.
Sasha le comió la boca, Miko clavó sus uñas sobre los hombros musculosos, sus caderas danzaban en un baile erótico, su entrada se rozaba con el duro miembro que ya estaba húmedo. Sasha metió su mano entre la tanga y asió su pene. Miko puso los ojos en blanco cuando comenzó a masturbarlo y a chupar sus sensible pezones. Estaba ido cuando llegó la próxima orden de ese ruso mandón.
—Date la vuelta, móntame a horcajadas de nuevo, quiero azotar ese culo mientras se balancea.
Miko se mordió el labio inferior y asintió. Sasha asió el lubricante que estaba sobre la mesa de noche y se lo entregó. Miko se dio la vuelta y se montó sobre su regazo. Su amante se apoyó por completo en el respaldo y se mordió el labio con una sonrisa maliciosa. Deslizó la tanga a un costado y quitó el plug. Miko sostuvo su pene y lo masturbó un par de veces, lo lubricó y se sentó sobre él, el deslizamiento fue lento por el tamaño. Sasha le acarició la espalda y pronto, el miembro fue engullido por completo. Miko balanceó sus caderas de arriba hacia abajo, gimió cuando comenzó a follarse con el enorme trozo de carne. Sasha le dio una nalgada, luego otra, y el vaivén se aceleró. Sasha apoyó la cabeza en el respaldo y gimió.
—Mierda, chinito ¿Cuándo te volviste una zorra? —musitó y Miko solo gimió, aumentando el vaivén de sus caderas. Sasha lo sujetó de la cintura y lo guio para aumentar el ritmo. En un momento se irguió en la cama y llevó a Miko hacia adelante, el muchacho cayó sobre las sábanas y todo el peso del ruso recayó en él.
Los gritos de placer fueron inenarrables. Sasha lo folló sin contemplación. Le besó el cuello y la

mejilla, chupó el lóbulo de la oreja y luego, sin abandonar su cuerpo lo posicionó de perfil. Miko estaba inmovilizado, los embistes lo enloquecieron y se vino sin tocar su pene. Convulsionó mientras su amante le seguía dando duro sin piedad. Desconocía si había más hombres como Sasha, pero agradecía que este semental lo hubiera elegido a él.

Sasha salió de su cuerpo, le dio media vuelta para que quedara boca arriba y se masturbó sobre su pecho. El semen se deslizó sobre el torso y el abdomen, Sasha lo esparció con sus propias manos.

«Mío».

El macho alfa en el interior de Sasha bramó de gusto.

—Eres un pervertido—dijo Miko, pero gimió cuando las manos serpentearon en su cuerpo.

—Solo para ti, chinito. Lo mejor de lo mejor.

Naoki Matsudaira

Miko se lanzó agotado sobre la cama, envuelto en la toalla después de una follada brutal en el baño.
—Tú no te contienes un poco, ¿verdad?
—¿Por qué lo haría cuando nunca te molestó? —preguntó Sasha con una enorme sonrisa.
El muchacho negó y lo asió del cuello para volver a besarlo con hambre. Sasha, por supuesto, no opuso resistencia.
—Eso es porque se siente muy rico. —Miko le musitó—. Se siente tan rico que me haces quererlo siempre.
El ego de Sasha alcanzó niveles estratosféricos.
—Lo que pasa es que eres un puto afortunado, chinito.
—Lo soy. —Miko de verdad lo sentía. Sasha le pellizcó la mejilla y no dijo nada. Era obvio, para él, el exsacerdote, en algún momento, se arrepentiría.
Se abrazaron y se quedaron en silencio, sus respiraciones se tornaron acompasadas. Miko escuchó los latidos de su amor y se decidió a hablar.
—Ella quiere que la visite, Sasha. Quiere que la ayude a reconstruir el imperio.
Sasha, que estaba un poco entre dormido, abrió los ojos como platos.
—Hablas de Naoki—afirmó Sasha y Miko asintió—, ¿tú quieres hacerlo? ¿Te gustaría tener un vínculo con ella?
Miko lo abrazó con más fuerza.
—Tengo miedo de equivocarme.
Sasha le besó la cabeza y le peinó sus cabellos. Ya conocía la respuesta de su chinito.
—Podemos ir—explicó—, puedes reunirte con ella, si lo deseas.
—Me gustaría tener contacto, ¿sabes? Naoki no parece una mala persona, pero ¿y si me equivoco?
—No lo harás—replicó Sasha—, y si ocurre, yo estaré a tu lado. Siempre lo estaré.
Miko se humedeció los labios, sus manos trazaron líneas sobre los tatuajes.
—¿Serías capaz de soportar un mes en Japón?
Sasha arqueó una ceja, luego le dio esa sonrisa que Miko amaba, llevó su mano derecha hacia una de las nalgas.
—Yo con estas, puedo pasar un siglo.
—¡Tonto! —Miko rio y el miedo se atenuó. Sasha dejó un beso en su frente.
—Nunca tengas miedo a lo desconocido, y tampoco al pasado.
Miko tragó saliva.
—Mamá siempre me dijo que el pasado no tenía nada bueno.
—No eres tu mamá—replicó Sasha—, y sin el pasado no estarías aquí, así que, en lo que a mí respecta, amo tu pasado, porque te puedo amar a ti.
Miko se acurrucó más cerca de su hombre. El miedo, esta vez, se desvaneció por completo.
—Te amo, Sasha.
El hombre dio un profundo suspiro.
—Yo también te amo, mi pequeño ángel, y espero que mi regalo te haya gustado, porque él que tú me diste, fue maravilloso.

Agradecimientos

Ay, ¡qué decir, mis amores! Este libro tiene mucho de mí, espero que lo hayan amado tanto como yo. Gracias infinitas por adquirirlo, por comprarlo y no piratearlo, por contribuir a este proyecto y no hacer todo lo posible para hundirlo. Gracias a todos los que me leen en Amazon, como siempre les digo, contribuyen a mi felicidad de una manera inimaginable.
Gracias a mis seguidores de Wattpad que todas las semanas esperan la actualización, gracias por haber sido mi primer público y seguir ahí a través de los años.
Gracias a mis seguidores de Instagram que promocionan mi contenido y me dan like a todas mis locuras. Gracias de verdad ¡No sé qué haría sin ustedes!
Gracias a mis padres, a mi hermana querida, Vanesa, gracias por ser mi sostén y alegría. Gracias a mis amigos que son pocos, pero los mejores.
Gracias a Eva Bolfán y a Alicia Hernández V. por ayudarme en la corrección, mis mujeres de hierro, siempre ahí.
Este es el primer libro de la saga «Prohibidos», la verdad, dudé bastante en pensar que, a lo mejor, Sasha merecía un libro, de hecho, si no hubiera sido por José J. y su insistencia no sé si le habría dado una oportunidad, así que, ¡gracias también a vos!
Gracias por estar en mi vida a todos y a todas incluso cuando los nubarrones cubren el sol, siempre podemos empezar de nuevo, siempre podemos llorar y levantarnos, no nos quedemos en el piso, aunque duela, no porque seamos fuertes o invencibles, sino porque nos merecemos una vida plena y llena de cosas maravillosas.
Te amo y te abrazo.

Paz.

Acerca del autor

PAZ IRIBARNE



Paz Iribarne, licenciada en Ciencias Políticas, hace algunos años decidió dejar de lado los textos

políticos para dedicarse a su verdadera vocación: escribir novelas románticas cargadas de erotismo, drama y acción, con el amor como protagonista único.
Paz suele decir que escribir le permite liberar su alma, esa que muchas veces sintió estaba encadenada.
La carrera en la que se graduó jamás le permitió eso, así como tampoco el trabajo a tiempo completo que tenía en una empresa de comunicaciones. Hoy su meta es seguir escribiendo, porque es una tarea que hace con el corazón, donde se siente valorada y amada.
La autora ha creado diversas novelas y sagas del género LGBT, así como también de romance heterosexual, tales como la Saga Besos Ocultos (Gay), Trilogía Obsesiones (Gay), Trilogía Juegos de Poder (Gay), Trilogía Callums (Gay), Trilogía Locura de Amor (Gay), Saga Deseos Eternos (Gay), Deber y Deseo (Hetero), Atracción, Deseo y Caída (Romance bisexual), Bilogía Match point (Gay) Bilogía Sangre y cenizas (Hetero), Possessive (Gay) y la saga Prohibidos (Gay).
Todas las obras están publicadas en plataformas como Amazon y Booknet.